





Joan R. Provencio

El mar de diamante

ePUB v1.0
SMAGX01.12.15

más libros en epubgratis.org

Título: El mar de diamante

© 2015, Joan Rodon Provencio

Editorial Nostar

4 Twyford Avenue, W3 9QA, London

editorialnostar@gmail.com

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta obra podrá ser reproducida o transmitida en forma alguna y por ningún medio electrónico o mecánico, incluyendo fotocopiado, grabación, o por cualquier otro sistema de almacenamiento de información, sin el permiso escrito del autor.

La obra está registrada con el número 1501042904213 en Safe Creative. Para más información remitirse a www.safecreative.org

Portada por Tang I Chien y Joan Rodon Provencio

A mis padres

“La próxima vez prueba apuntando al caballo”

John Wayne

Era sublime el paisaje que se veía desde la ventana del comedor de casa de Otero: un jardín decrepito, sin verdes, sucio de tierra dormida y delimitado por una cancela de metal a medio pintar. Enfrente, hacía rato ya que se habían prendido luces en algunas ventanas de las casas de la urbanización; también en la calle, una calle indistintamente gris, como su grava, que a no muchos metros más abajo se desharía en una carretera rural, y otros tantos se perdería irregularmente, así como el resto del pueblo, entre los viñedos y los cañaverales del escarpado paisaje. Aunque si algo había realmente bello en todo aquello, en el cuadro conformado por la carpintería de aluminio de aquel ventanal, tenías que buscarlo un poco más arriba, por encima de aquella difusa amalgama de casuchas, más allá incluso del límite que establecía la valla del propio jardín, y de la carretera que se encaramaba al fondo de todo en los viñedos y hasta el mismo horizonte: el cielo, un inmenso cielo purpúreo, con escasas nubes rizadas de naranjas atravesando el azul como tornasoles de satén, un monstruoso mar pero al revés cuya belleza hacía rato ya que había empezado a avasallar los colores de la tierra, inundándolos hasta disolverlos en el blanco y negro del anochecer.

Recuerdo que era Navidad aquella noche tan preciosa y tan tranquila que me alcanzó suavemente, casi sin que me diera ni cuenta, mientras miraba embobado el paisaje pintado en aquel ventanal. Más concretamente se trataba de una de aquellas Navidades que, como buen Testigo de Jehová que era, siempre me acababan sucediendo un poco de refilón, como si fueran un día efectivamente especial pero de un modo un poco extraño. Recuerdo también que aquel año Lucía y yo habíamos decidido pasar tan señalada fecha allí, en casa de Otero y su familia, quienes al ser Testigos como nosotros tampoco la celebraban, y que, al fin y al cabo, era prácticamente uno de los pocos sitios que teníamos para no celebrar algo, tan solos estábamos los dos. No es que no fuera un buen lugar en el que estar, no pretendía decir lo contrario, de hecho, tanto Otero como su madre, así como sus hermanos pequeños, aun siendo pobres y unas pobres víctimas de todo el mundo, empezando por su padre y marido, pasando por el casero, y acabando por las más altas instancias de la religión que de una manera extraña compartíamos, eran probablemente unas de las personas más mansas y hospitalarias de la comarca. Aquella misma tarde, para no ir más lejos, y aún desde el ahora ya lejano mediodía, se habían dedicado a agasajarnos a Lucía y a mí con toda clase de atenciones, entre las que se hallaban, como no podía ser de otro modo, raciones ingentes de comida, incluidas dos

meriendas casi consecutivas, así como otra dosis no menos generosa de conversación; es decir, algunos de los mayores placeres de la vida. Y sin embargo, a pesar de todas aquellas bondades, sí que es cierto que aquel anochecer habría preferido estar en cualquier otro lado. No cabe duda de que esto era así por culpa de Lucía. Y más concretamente, por el hecho de que lleváramos enfadados casi todo el día. Resulta que, horas antes de aquel anochecer, en el mismo trayecto en coche a casa de Otero, habíamos tenido una discusión; a aquellas alturas ya ni siquiera recordaba cuál había sido el origen, o el motivo, más allá de que la habíamos llevado de forma muy desordenada, manteniendo un tono agrio pero contenido en todo momento, casi sin ni saber lo que decíamos ni a dónde queríamos llegar; una discusión, en el fondo, muy a nuestra manera. De cualquier modo, todo era una inmensa estupidez; lo supe, de hecho, con bastante certeza en aquel mismo instante en que, tras llevar perdido en la ventana como llevaba desde hacía un siglo, sin más alternativa que mirar aquel precioso paisaje y obsesionarme con lo primero que me pasaba por la cabeza, volví mi mirada al comedor y, viéndolos a todos allí, hablando y comiendo, de repente sentí algo con mucha seguridad, con algo así como una fuerza inextricable. Sentí, básicamente, que iba a ser un auténtico imbécil si esperaba un segundo más para abrazar a Lucía. Supe de pronto que era menester que dejara aquella ventana y llevara el sillón en el que me hallaba acodado hasta el sofá, contra cuyo respaldo Lucía apoyaba un hombro, las piernas cruzadas, y recibiendo medio alelada medio sorprendida las palabras que fluían sin cesar, y con la cadencia de un palmeo flamenco, de los labios de la madre de Otero, para, aunque quizás no llegar al extremo de abrazarla, sí decirle algo cariñoso, o ni siquiera decirle nada, sencillamente ser un poco más ligero con ella y conmigo y con lo que demonios fuera que hubiera pasado aquella mañana, y que no debía ser muy diferente de lo que siempre había sucedido y siempre habría de suceder entre nosotros dos. Y lo peor de todo es que, aun así, aun a pesar de la claridad con que vislumbré aquel mapa imaginario en el suelo del comedor de casa de Otero, no moví ni un dedo. Fui totalmente incapaz. Se trataba quizás de un fallo general, no tenía por qué tener que ver necesariamente con Lucía, era como si de repente todo lo que tenía en frente, a la vista, mis propios pensamientos, aquel precioso anochecer en la ventana, por más evidente y diáfano que se me presentara, se hallara en última instancia separado de mí por algo infranqueable, algo mucho más grave que la distancia, como una barrera transparente, o unos barrotes, y que convertía cualquier intención o cualquier claridad en un impulso vacío de principio y destinado a convertirse solamente en el reflejo apagado de una incapacidad. En realidad nada de lo que venía pasándome a lo largo

de aquel día, y probablemente de las últimas semanas, me encajaba ni lo más remotamente. Y eso, en estos momentos, me tenía más bien confundido y más bien triste.

De cualquier modo, puesto que de vez en cuando me pasaban cosas como ésta, de andar por la vida más perdido que un perro, traté de no dejarme vencer por el desánimo. Tarde o temprano, estaba seguro, mi creatividad se desbloquearía, aunque fuera por unos breves instantes, y entonces me vendría con toda probabilidad alguna solución, o una ocurrencia, o quizás simplemente una idea suelta a la que acabara pudiendo sacar algún tipo de utilidad. Así pues, mientras aquello no llegaba, no tenía más que tratar de hacer algo entretenido con mi vida, como, por ejemplo, dejar de comportarme con la gente que me rodeaba, y que había tenido la amabilidad de invitarme aquella noche de Navidad a su casa, como si no tuviera nada que ver conmigo. Con este ánimo, pues, puse un poco de mi parte y al cabo de nada conseguí retornar en cuerpo y alma al comedor de casa de Otero. Fue entonces cuando descubrí algunos elementos que hasta aquel momento, puede incluso que a lo largo de toda la tarde, me habían pasado totalmente desapercibidos. Había, por ejemplo, bastante ruido a mi alrededor. El hermano pequeño de Otero, que estaba en el suelo, al lado de la mesa de centro, se hallaba enfrascado en una terrible batalla entre dos camiones de juguete y todo un elenco de superhéroes varios, mientras su hermana le dirigía lo que no supe entender si se trataban de reproches o acicates. También estaba puesto el televisor, que Otero miraba con cierta displicencia, arrellanado en el extremo del sofá; mientras que en el centro de la sala trataba de hacerse hueco en el escaso espacio sonoro sobrante aquella conversación que llevaban la madre de Otero y Lucía, y que a estas alturas estaba provocando en esta última un gesto de gravedad tal, que era fácil colegir que andaría pensando en sus cosas mientras a la vez era capaz de sentir un terrible pánico porque no le asaltaran las ganas de bostezar. Fue precisamente mientras estaba observando esta escena que, casi más como un acto reflejo, decidí intervenir y echarle un cable a Lucía: me incliné hacia donde estaba Otero y le pregunté discretamente si no tendría alguna película que pudiéramos ver. Él entendió enseguida mi movimiento y, efectivo, no tardó más que un instante en girarse, alcanzar una bolsa de papel plateado, y extraer de ella un par de DVD recién alquilados, muy posiblemente para la ocasión. Acto y seguido, y al contrario de lo que podría parecer lógico, de repente la casa entera redobló su frenesí: el hermano pequeño de Otero dejó por un momento la batalla de juguetes y se puso a vitorear a su hermano mayor, también su hermana se incorporó, recogió algunas bandejas de la mesa de centro y, tras llevarlas

a la cocina, volvió con nuevos aperitivos, y finalmente la madre de Otero hizo algunos vanos intentos por volver a captar la atención de Lucía, que ahora miraba algo azorada la escena que se había montado a su alrededor. Pocos minutos más tarde Otero había conseguido calmar mínimamente a la concurrencia y ultimar una consulta sobre cuál de las dos películas ver, cuya decisión final, y tras el empate a votos, recaía, como era usual, en Lucía. Centrada, entonces, toda la atención, y un creciente e insólito silencio, sobre ella, acabó por ponerse algo tímida y soltó con franqueza que lo que ella quería no era otra cosa sino *versangre*, a lo que Otero adujo que las dos eran bastante cruentas, aunque probablemente *La matanza de Texas* era un pelín más. Como a Lucía le pareció bien la sugerencia, y nadie dijo una palabra en contra, Otero la sacó de su funda, la insertó en el DVD y, tras pedir a todo el mundo que se acomodara en su sitio, le dio *alplay*.

Casualmente, aquella película, por lo menos al principio, me ayudó un poco a aliviar aquella desazón que llevaba sintiendo desde que mi mirada se perdió en el anochecer del ventanal. Quizás fue gracias a su argumento —relativamente llamativo en sus compases iniciales—, o al silencio que cuajó de repente en aquel comedor justo después de que Otero apagara las luces, pero lo cierto es que bajo su influencia me sentí un poco mejor. Llegué incluso a plantearme por un momento que la solución a todos los problemas de la vida bien podría ser esta: encontrar simplemente una buena distracción; aunque lo que sucedió algo así como media hora después de haber empezado la proyección enseguida me devolvió a la realidad. Resulta que, girándome unos instantes hacia la posición de Lucía, la descubrí mordisqueándose su labio inferior. Era aquella una manía detestable que tenía esta chica, le pasaba que, cuando se aburría, se ponía nerviosa, o sencillamente le daba por ahí, se mordía una pequeña pupa que tenía en el labio. A aquellas alturas yo ya le había explicado algo así como un millón de veces que eso no era más que un círculo vicioso, que la pupa existía porque se la mordía, y que luego se la mordía porque existía, con lo que si no era ella misma quien le ponía freno a la situación, la pelota seguiría haciéndose más y más grande hasta que al final un día se le caería el labio al suelo. Había llegado hasta a controlarla noche y día, dándole incluso un buen capón cada vez que se metía las manazas en aquel labio; aunque de eso haría ya mucho tiempo, en una época en que aún era —o eso me creía— capaz de manipular a Lucía, aunque fuera a ciertos niveles. Ahora, simplemente, desde hacía ya un tiempo, me resignaba a callarme y a exasperarme por dentro, que es precisamente lo que hice en ese mismo momento. Era aquél, por cierto, un día perfecto para enfadarse con Lucía. No sé por qué, sencillamente a veces nos

tocaba vivir épocas así, por más incluso que coincidieran con una bella Navidad como la que estábamos viviendo. Supongo que en estas ocasiones debíamos estar un poco con ganas de estar solos con nuestros asuntos, y como no se nos ocurría perdernos de vista un rato, porque no teníamos mucho más que hacer en la vida a parte de estar siempre el uno pegado al otro, luego acabábamos complicándonos la existencia a más no poder; que era precisamente lo que estábamos consiguiendo aquella noche. Eso, desde luego, no significaba que no nos quisiéramos a rabiar, era una cuestión más práctica: a veces simplemente no sabíamos muy bien cómo gestionar nuestro cariño. Por ejemplo, haría cosa de un par de semanas antes de aquella Navidad nos pasó algo similar, y tanto nos enredamos esta vez que al final acabamos nada más y nada menos que *prometiéndonos*. Todo sucedió en una noche normal y corriente de entre semana, recién acabado de cenar, con los dientes lavados y cuando ya me iba a dormir. Resulta que, nada más entrar en mi habitación, me encontré con una buena sorpresa: Lucía estaba llorando a moco tendido tumbada sobre mi cama. Obviamente extrañado, porque no era Lucía una mujer a la que le resultara fácil acabar en llanto, me acerqué cautelosamente a su posición y, una vez me hube sentado a su lado, me puse a acariciarle la espalda con la yema de los dedos. Al cabo del rato, cuando encontré que los lloros habían cesado ligeramente, decidí preguntarle con tiento qué le sucedía, y como no obtuve respuesta, enseguida determiné para mis adentros —y no sin cierta preocupación— que Lucía habría tenido algún tipo de problema con alguien de su familia; cosa, por lo menos por aquella época, bastante usual. Además, los problemas que generaba la familia de Lucía eran de verdad para llorar, o para escribir una novela; no tengo más que decir que ella, a la sazón, había acabado viniendo a vivir conmigo a casa de mis padres para evitar males mayores... Pues bien, el caso es que estuve como media hora acariciándole la espalda y preguntándole y mencionando nombres: el de su madre, el de sus tías y sus nueve hermanos, e incluso el de sus cuñados, que no eran pocos, uno por uno, con toda la paciencia del mundo, a ver si daba con la raíz del problema; hasta que al final conseguí ablandar un poco su cáscara y obtener una mínima explicación. Y he de reconocer que, aunque gran parte de lo que me dijo era, como de costumbre, totalmente ininteligible, lo poco que capté me sorprendió bastante. Para empezar, su problema no tenía *nada* que ver con su familia sino con *nuestra relación*. Inverosímil. Me dijo una frase que sonaba a algo así como que *no sabía en qué dirección estábamos yendo*. Por Dios, eso sí que me pilló por sorpresa: Lucía poniéndose a hablar del futuro. Aunque en el fondo no debería haberme sorprendido tanto, porque no era ésta la primera vez que a Lucía le entraba un telele y te lo

planteaba de forma que acababas creyendo que el mundo se iba a acabar a menos que tomaras una decisión precipitada. El caso es que, tan pronto me lo dijo, y como si fuera una especie de intuición, se me ocurrió la idea de casarnos y, sin pensarlo un solo instante, decidí proponérselo. Como respuesta, Lucía se quedó en el más absoluto silencio. No tardó en incorporarse lentamente y quedárase mirando fijamente, aún con los ojos algo húmedos y con una cara que era para haberle hecho una foto, no cabía más estupefacción en un rostro, imposible saber si se alegraba, si estaba disgustada o si simplemente la había fulminado un rayo. De hecho, a la vista de tal expresión estuve a punto de reconocer mi torpeza y disculparme por esta pequeña locura transitoria, o mejor dicho, un mero creativo cambio de tema, pero entonces Lucía se enjugó las lágrimas con las mangas del jersey y acto y seguido me abrazó y me dio el sí. Luego volvió a separarse, me miró otra vez con cautela, y finalmente me abrazó más fuerte y volvió a llorar, pero esta vez ya era evidente que era de alegría. Yo casi no me podía ni creer que por una vez hubiera dado en el clavo, y menos de esta manera, sin proponérmelo, sin esfuerzo, nada más que soltando la primera temeridad que me pasaba por la cabeza, por lo que no dediqué ni un segundo más a pensar si estaba haciendo bien o no. Está claro, visto en la distancia, que se trataba de una locura: yo recién llegado a la veintena y ella sin haber cumplido aún ni siquiera los dieciocho... ¡Éramos unos niños! Pero con Lucía las cosas no funcionaban así. Para mí Lucía era... Lucía, al principio, cuando la veías por primera vez *era imposible* que la conocieras. Igual te daba la sensación de que se trataba solamente de una chica muy guapa y muy tímida, quizá una de esas chicas que no acababan de asumir su rol más que a trompicones y de forma totalmente egoísta. Sin embargo, a medida que ibas pasando tiempo con ella, y a poco que te dedicaras a observarla, te dabas cuenta de que había algo gigantesco en su interior. No me refiero a que fuera una persona maravillosa, o a que tuviera una inteligencia especialmente reseñable, que, a mi juicio, así era, me refiero a algo mucho más insondable, totalmente inaccesible a simple vista. No sé cómo definirlo, para atisbar la naturaleza de ese algo tenías que ser muy sutil, tenías que buscarlo en reflejos, en ecos, en descuidos, coger a Lucía a punto de dormirse, o mientras miraba callada un punto indefinido del mueble del comedor, o sencillamente parlotando y carcajeándose con una voz grave que le daba por poner a veces, y con la que consideraba que me estaba imitando. En estas ocasiones te dabas cuenta de que ella era capaz de ver u oír algo tremendo que estaba a su lado, algo que a ti se te escapaba, que estaba fuera de tu campo de visión, algo que podía ser un espejo, o un vacío inconmensurable, o una gaviota, imposible adivinar, pero que fuera lo que fuera,

una beldad o un demonio, era evidente que le consumía toda la vida. Y yo me enamoré de Lucía viéndola mirar aquello y luego girar la cabeza hacia mí y necesitar urgentemente algo y yo no tener la menor idea de qué, pero de cualquier modo conseguirlo, dárselo, hallarla al poco renovada, fuerte, ¡viva! a mi lado. Y es por eso por lo que normalmente no me importaba mucho que se dieran este tipo de situaciones que siempre, como si fuera el único lenguaje con el que fuéramos capaces de comunicarnos, acabábamos creando, tales como la de aquel absurdo día en que acabamos prometiéndonos matrimonio, o como la que estaba teniendo lugar en aquella misma noche de Navidad. Supongo que daba por sentado, como si poseyera toda la lógica del mundo, o como si mi fe fuera simplemente inquebrantable, que con Lucía, aunque fuera improvisando, aunque las cosas se tomaran su tiempo, o la vida nos llevara por derroteros más o menos tortuosos, al final todo acabaría saliendo como siempre nos había salido. Es decir, más o menos bien.

Aquella noche, sin embargo, era obvio que las cosas no se iban a poner tan fáciles. La película, por ejemplo, solamente conseguí aguantarla hasta la mitad. No porque fuera mala, que lo era —con Lucía y con Otero solamente era posible ver cine totalmente insustancial—, sino porque en un momento dado, no mucho rato después de aquel instante de zozobra que sucedió a haber descubierto a Lucía mordisqueándose el labio, no pude evitar que todas las desazones y preguntas que habían estado macerándose en mi mente a lo largo de la tarde por culpa de aquella dichosa discusión cristalizaran en algo más físico, y me provocaran una sensación interna como de urgencia, que con el paso de los minutos se acabó convirtiendo en una cierta claustrofobia. Así que, llegado aquel momento, me levanté de un respingo y les comuniqué a todos que Lucía y yo nos marchábamos. Otero, como respuesta, se incorporó, puso la pausa en el DVD, y acto y seguido no dio crédito a lo que acababa de oír. Tampoco parecían estar asumiendo mi anuncio su madre ni el resto de su familia, que ahora, curiosamente, no acertaban apenas a articular palabra. Tuve que volver a repetir la misma frase, añadiendo a trompicones y sobre la marcha algún tipo de excusa rápida, como que me encontraba mal —lo que tampoco es que fuera del todo mentira—, mientras las luces del comedor se iban encendiendo paulatinamente y, ahora sí, un verdadero silencio hacía presa de toda la casa y de casi todo el pueblo. Realmente me sabía mal dejarlos así, tan de súbito, habían preparado un buen festín especialmente para nosotros para la cena, y les debió dar auténtica lástima que no nos quedáramos a compartirlo con ellos. Sin embargo, por una vez aquel día algo parecía tener una consistencia sólida y visos de fiabilidad, y no tenía la menor intención de

dejarlo escapar, aunque fuera por cortesía para con mis anfitriones. Lucía, por ejemplo, que era muy perspicaz para estas cosas, no opuso la menor resistencia en ningún momento. Se limitó a mirarme, al principio con un deje de preocupación, aunque en seguida mudando a una expresión accesible, como si ella supiera mejor que yo cuál era el origen de mi urgencia. No tardó en empezar a recoger sus cosas y ayudarme a excusarme con Otero y su familia. Llegó incluso antes que yo al coche.

El viaje de vuelta no hizo sino empeorar las cosas. Y no fue porque hubiera cesado en mis intentos de evadirme; esta vez probé de ponerme, por ejemplo, algo en el radiocasete: primero la radio, luego acaso alguno de los CD que solía llevar siempre por allí, música que había sido determinante en multitud de momentos ambiguos de mi vida... Supongo que no ayudó mucho el hecho de que en cierto momento Lucía decidiera asirme la mano, que yo en aquel momento mantenía reposada en el cambio de marchas, para ofrecerme a continuación una agradable sonrisa. No sé por qué me turbó tanto esa sonrisa, es posible que tuviera algo que ver el que me costara reconocerla entre las que eran más típicas en ella; no era, por ejemplo, una de las que ponía siempre que ocasionaba algún problema que afectaba a todo el mundo y no se daba cuenta de ello hasta que, dos años después, ya no quedaba nadie que no hubiera pasado por el proceso de enfadarse y luego perdonarla; tampoco se trataba de una en que las comisuras de su boca apenas se inclinaban, no tanto, por lo menos, como su ceja derecha, cuyo sutil arqueo invitaba a seguirla a cualquiera que fuera la travesura que acabara de ocurrírsele... Era, en realidad, una sonrisa me atrevería a decir que sencilla, una sonrisa simplemente hermosa, quizá la más bella que había visto nunca en mi vida. Es posible que con ella, Lucía simplemente pretendiera decirme que me comprendía, o que por lo menos, aunque no me comprendiera, estaba allí, conmigo, a mi lado. El caso es que yo, como reacción a esa sonrisa, no se me ocurrió otra cosa más que llegar a la conclusión de que había llegado el momento de enfrentarse a aquel estúpido desencuentro que había provocado nuestra discusión. Así que saqué el tema. Lo hice con cautela, eso sí, porque a Lucía según cómo la agarraras no había manera de ponerla a hablar de un asunto serio. Aunque ni aun así, ni yendo con todo el tiento del mundo, conseguí mucho más que irle borrando poco a poco aquella preciosa sonrisa de la cara. A pesar de todo, no me costó seguir insistiendo:

—Cariño —le dije—, llevamos todo el día de malas, ¿hasta cuándo vamos a alargar esto? ¿Tan difícil te resulta centrarte un segundo?

Ahora, además de no sacarle una palabra, conseguí que apartara su mirada y la dejara apuntando hacia la ventanilla, donde aquel anochecer que antes me admiraba había

engullido ya todo el paisaje y lo había cubierto de un manto negro.

—Tú ya no me quieres ¿no? —se me ocurrió añadir a continuación, para mi sorpresa, y también, por supuesto, la de Lucía, que siguió sin abrir la boca, pero esta vez volvió de nuevo la cabeza hacia mí y me miró con unos ojos que translucían algo así como una cautelosa curiosidad. Tras aquella arriesgada afirmación, no tardé en entender que seguir buscando una solución a todo aquello a través de las palabras iba a ser una grave torpeza por mi parte, amén de algo sin sentido.

Llegamos a Vilafranca al cabo de media hora más de tenso viaje, y cuando entramos en casa nos encontramos con que mis padres no estaban. Debían hallarse no celebrando la Navidad con algunos amigos de la congregación, o quizás los dos solos por ahí con mi hermano, quién sabe. Enseguida, mientras a Lucía le sonaba tan inoportunamente como solía su teléfono móvil, yo me dirigí a mi habitación, donde, tumbado en la cama, me dediqué un buen rato simplemente a oír, como quien lamenta el ruido del tráfico, los pasos arriba y abajo, y los cambios de tono de voz de Lucía. Totalmente aburrido y ansioso, acabé por salir al balcón de mi habitación a tomar un poco el fresco, y a dejar que mi ánimo se endulzara un poco con las luces anaranjadas de la noche vilafranquina. Fue justo al volver a entrar que me encontré de frente a Lucía. Bloqueado por la sorpresa, me limité a seguir manipulando con la mano izquierda la pieza rota de un reloj que había cogido compulsivamente de la mesita de noche, mientras ella se retiraba unos pasos y se detenía dubitativa en mitad de la habitación. Al cabo de unos instantes observé aliviado como por fin abría la boca. Cabizbaja y sin encararme me dijo que se marchaba. Aún tardó unos segundos más en musitar, aún más quieta y más volátil de lo que ella solía ser, un nuevo dato: *a casa de Sole*.

Lo primero que pensé, tras recibir aquella exigua dosis de información, fue que era verdaderamente extraño —aunque por otra parte muy propio de Lucía— que me soltara que se iba ahora, precisamente cuando estábamos en plena disputa prematrimonial. Aunque preferí no decir nada al respecto, porque ciertamente notaba que había algo rondando por ahí que se me estaba escapando. Permanecí, pues, quieto, atento, unos instantes, hasta que Lucía por fin levantó la vista y reposó su mirada húmeda en la mía. Entonces, a la vista de sus lágrimas, por fin entendí. Abrumado, no se me ocurrió otra cosa más que llevar a cabo lo que realmente había deseado hacer toda la tarde: abrazarla. Ella recibió mi abrazo con algo de frialdad, ejecutando sencillamente una ceremonia que ya se había convertido en ritual: cruzó sus brazos entre los dos, como abrazándose a sí misma a la vez que yo lo hacía, como

si mi cariño, o tal vez el suyo propio, nunca le hubieran sido suficientes por sí solos; aunque la realidad era mucho más prosaica: sencillamente le dolían los pechos cuando la apretaba contra mí. Aún tuvo que pasar un buen rato más para que llegara a comportarme con verdadera honestidad con la situación. No fue, de hecho, hasta después de que cesara aquel abrazo doble, y también su suave llanto, y aun hasta más tarde, cuando Lucía ya había llenado dos bolsas de basura con su ropa y sus enseres más básicos, y se estaba sentando encima de ellas para poder cerrarlas, que aterricé de pronto en la realidad. No creo que sea necesario describir con mucho detalle el cuadro que se creó en unos pocos segundos. Basta con decir que lloré y que supliqué bastante. De hecho lloré y supliqué a lo largo de casi todo el proceso que acabó con Lucía cerrando tras de sí la puerta de casa. Luego, solo y despechado en mi habitación, y como un último esfuerzo para domar aquella alimaña en que se había convertido mi Navidad, traté de sugestionarme de que si Lucía me había dejado *eradefinitivamente* porque no me quería. Pero eso era, obviamente, una falacia.

Y así, efectivamente, fue como Lucía se largó de repente de mi vida. Mentiría si dijera que aquello no fue una especie de catástrofe para mí; y no lo digo solamente por aquella fogosa primera reacción, que bien pudo ser provocada por las circunstancias tan inmejorablemente elegidas —así, sin previo aviso, apenas una semana después de prometernos en matrimonio, y en una noche supuestamente dedicada a la paz y al amor—, sino también por los días que vinieron a continuación. Amén de perder toda noción de un horario coherente de comidas y sueño, así como mi sentido de la higiene personal, me dediqué aquellas jornadas casi en exclusiva a navegar por una especie de pequeño infierno de horas inconexas y volubles, que me permitió visitar certeramente el antesala de la desesperación. Es obvio, y así quedó demostrado, que mi fallo había sido estar demasiado volcado en esta relación, en Lucía. Debido esta focalización, o aferramiento, luego la separación no pudo desarrollarse de forma un tanto más dulce, o quizás civilizada.

Y, sin embargo, también diré que hubo una pequeña parte de mí que, en el mismo momento en que Lucía cerró la puerta del recibidor de mi casa, se sintió de pronto aliviada. Y es que, siendo sinceros, la relación que habíamos llevado hasta aquel momento ella y yo no podría decirse que hubiera sido todo *logratificante* que podría esperarse. Ciertamente es que, ya prácticamente desde el primer momento en que nos habíamos cruzado en la vida, una noche de domingo, al la salida del Salón del Reino de Vilafranca del Penedés, nos habíamos hecho bastante bien el uno al otro, incluso en aspectos ciertamente complejos de abordar; y también que, visto en su globalidad, estar juntos todo aquel tiempo había sido una experiencia especialmente rica en matices y, sobre todo, emocionante. Pero, por otro lado, también lo es que más allá de este cariño mutuo, o de esta generosa simetría, nunca llegamos a converger *ennada*. No había más que ver cómo acabábamos gestionando siempre nuestros asuntos: cometiendo una torpeza tras otra, acaso de la manera más frívola; si me apuras, muy probablemente no habíamos conseguido *comunicarnos* mínimamente el uno con el otro ni una sola vez en toda nuestra vida. Y luego no solamente estaba la cuestión más intrínseca de nuestra relación, también yo tenía por mi lado algunos asuntos pendientes de resolver con mi vida y que había ido posponiendo una vez tras otra por resultarme imposible enfrentarme a ellos estando sumido en una relación tan absorbente. Sucedió que, supongo en parte por el hecho de haberme criado de la forma más anacrónica posible, en el seno una religión bastante cerrada de miras,

aunque también sobre todo por mi propia personalidad, de un natural en realidad nada ambicioso, siempre presto a distraerme con la primera memez que me pasara por delante, que a la sazón no podría decirse que hubiera visto demasiadomundo. O que el que había visto no lo había podido mirar, digamos, todo lodirectamente a los ojosde que me creía capaz. Dicho de otra manera, que tras una infancia y adolescencia de las que había salido más sobreviviendo que otra cosa, ahora me había encontrado de repente, y sin casi ni verlo venir, lanzado a una prematura edad adulta, con prácticamente todos los aspectos de mi futuro asentados en una apuntalada inmovilidad, y sumido en los preparativos de nada más y nada menos que unaboda. Y todo esto sin que en ningún momento llegara a darme la sensación de haber aprendidonadade la vida. Así que, aunque fuera de forma muy somera, y aún estando envuelta en aquel torbellino de sentimientos, fue imposible no entrever cierta lógica en lo que había sucedido. Simplemente, alcancé en cierto momento a entender, lo que había pasado era que Lucía, esta vez, había sido más lista que yo, o más despierta, y que, en el fragor de los acontecimientos, había tenido la habilidad de percatarse de que juntos, efectivamente,*no estábamos yendo a ningún lado*. Luego, antes que dilatar un final tan inevitable, debió concluir que era mejor actuar, con lo que, con su habitual delicadeza, acabó haciendo lo primero que se le pasó por la cabeza, es decir, hacer mutis por el foro.

El caso es que, quieras o no, la vida sigue, y no tuve que esperar más que exactamente una semana para despertarme una buena mañana —concretamente la de fin de año— y encontrarme con que me habían vuelto ligeramente las ganas de vivir. Recuerdo que lo primero que hice, aún algo asombrado a la vista de esta casi insólita sensación, fue incorporarme y quedarme sentado en el borde de la cama. Mientras aún me acababa de desvelar, y de cara al luminoso ventanal de mi habitación, desde donde verdeaba la punta del campanario de la Basílica de Santa María, enseguida me pregunté si esto sería algo así como una señal, o un indicativo, de que estaba saliendo ya del bache, y de que no quedaba muy lejos el momento de empezar lo que venía a seruna nueva vida. Instantes después miré el reloj en mi teléfono móvil —marcaba las cuatro de la tarde—, y decidí llevar mi entumecido cuerpo al baño a darme una buena ducha y un minucioso afeitado; fuera como fuera, no iba a empezar nada sin antes arreglar un poco mi aspecto. Una vez refrescado, y con las tripas protestándome sonoramente, me acerqué también por la cocina, donde, como mis padres no me habían dejado nada preparado para comer, muy probablemente teniendo en cuenta la lamentable agenda que llevaba los últimos días, decidí hincarle el diente a una lata de

olivas que había abierta en la nevera y a unas tostadas a las que apliqué sobrasada con generosidad. Finalmente, y como guinda a mi ajetreado despertar, me senté en el sofá e hice tranquilamente la digestión mientras veía varias veces seguidas la información deportiva del canal veinticuatro horas.

Una hora más tarde, aseado y bien comido, me hallaba de nuevo en mi habitación, con las manos en los bolsillos, la cabeza apoyada en el cristal del ventanal que daba al balcón, donde el horizonte empezaba ahora a fundirse en rosados, y pensando cuál habría de ser el siguiente paso a dar. La verdad es que, al contrario de lo que me esperaba, aquel buen humor con el que me había levantado no solamente no se diluía al pasar de los minutos, sino que a cada vez me iban entrando más ganas —e incluso prisas— por ponerme manos a la obra con aquel nuevo futuro que, a poco que me descuidara, era ya capaz incluso de imaginar. De hecho, no hubo de pasar mucho rato para que se me ocurriera qué era lo primero que tenía que hacer a continuación: conseguir que me diera un poco el aire. Por Dios, estábamos en fin de año, la noche más animada del calendario, era precisamente allí afuera, en la calle, donde me estaba esperando *elmundo*, con sus inopinadas realidades y sus nuevas e instructivas experiencias, no aquí, entre las cuatro paredes de mi habitación, revuelto entre las melancolías y autocompasiones en las que me había enclaustrado la última semana. No esperé, pues, un segundo para hacerme con mi teléfono móvil y ponerme a buscar algún tipo de plan para poder salir aquella noche. Probé lo primero de todo con Esteban, un amigo que tenía desde los tiempos del instituto. Esteban y yo siempre habíamos tenido una relación de lo más transgresora porque él era Protestante y al ser nuestras religiones antagónicas se suponía que debíamos hacer cosas del estilo de intentar cuestionar las creencias del otro, o hacer preponderar las nuestras, aunque al final la manera en que nos relacionábamos era de lo más normal y corriente. Por ejemplo, nos pasábamos el día hablando de lo que era mi mayor debilidad en este mundo: la música. Resulta que Esteban era un avanzado estudiante de piano, y siempre andaba descubriendo nuevos modelos de guitarras y teclados electrónicos, amén de discos e instrumentistas, que corría a enseñarme y de los que entre los dos sacábamos buen jugo. La pena es que esta vez iba a ser resultar imposible quedar con él; al parecer andaba de vacaciones por Madrid con su novia y fue él mismo quien me comunicó por teléfono que no tenía intención de volver a Vilafranca hasta pasado Reyes. Pertinaz, volví a mi agenda de teléfonos y valoré otras opciones. Pensé, por ejemplo, en contactar con algún otro antiguo compañero del instituto, cosa que resultó imposible, pues no había conservado el número de nadie aparte de Esteban, o con

Mimi, una antigua novia de la que siempre había guardado un recuerdo inmejorable, y a la que, llegada la hora de la verdad, no me atreví a llamar por simple timidez. Hasta que al final, y no sin antes haber repasado de nuevo, varias veces, todas mis alternativas, llamé a Otero. Él, tras apenas un par de tonos, respondió animado al teléfono, y no tardamos en ponernos a pegar la hebra. Primero de todo, le pedí disculpas por mi espantada del día de Navidad, tras lo cual, una vez quedó todo aclarado, hablamos de Lucía. Le expliqué los detalles de su partida con dos bolsas de basura llenas de ropa, también nuestra discusión de aquella mañana, u otras cosas que yo seguía empeñado en vincular a su marcha. Incluso, ya de cara al final, me metí también un poco con ella. Hay que reconocer que fue toda una crueldad por mi parte, porque, aparte de a mí, y un poco a Otero, Lucía no tenía a nadie más. Aquella tal Solea cuya casa había ido a vivir no era más que una petarda que había conocido haría apenas unas semanas atrás en la discoteca; me habría extrañado sinceramente que sus padres la dejaran estar allí más que un par de noches. Luego, claro está, se hallaban sus pretendientes, todo un elenco de seres delicuescentes y lamentables que no tenían otra ocupación en la vida más que tener un ojo pegado a sus movimientos, y que ahora, indudablemente, iban a rebrotar como hongos; aunque a éstos era difícil incluirlos en nada. Dudo sinceramente que el más entero de ellos hubiera sabido qué hacer con Lucía aunque la hubiera tenido en sus manos un siglo entero. El caso es que, una vez acabados los reproches, y tras un breve silencio, le comenté a Otero que la razón última de mi llamada, aparte de para disculparme, era que necesitaba urgentemente salir un poco de casa. Él, tras pensárselo unos breves instantes, y con la misma eficacia que tuvo en Navidad con las películas de DVD, me dijo que tenía la solución *perfecta* para mí. Me comentó que al día siguiente, primero del nuevo año, había convocada una gran quedada en el Skating Club de Barcelona. Aparte de él y su familia, iban a venir también muchos otros Testigos de la zona de Barcelona; podría de este modo, me dijo, volver a ver a gente con la que hacía tiempo que no me cruzaba —eludió con sutileza el hecho de que era yo el que hacía cosa de un año que no me dejaba caer por un Salón del Reino—, charlar con ellos, evadirme un rato... A punto estuve de decirle que no a ese plan, entre otras cosas porque no me apetecía demasiado levantarme pronto al día siguiente para ir a Barcelona, y por que lo que yo quería, en el fondo, era salir aquella noche, aunque luego no tardé en imaginarme a mí mismo intentando sobrellevar con la misma entereza otro día como el que de hoy y me entró tal pánico que le dije que sí. Luego me pasé el resto de la tarde en la habitación de mi hermano, que estaba de vacaciones escolares, molestándolo a ratos, y a otros

enseñándole ese tipo de cosas que un hermano mayor tiene la responsabilidad de mostrar a sus continuadores, como qué música debía escuchar, o qué cosas tan lamentables podía esperar de la vida a poco que creciera, y más tarde, ya por la noche, vi las campanadas de fin de año con él y mis padres. Al fin y al cabo, un buen rato en familia tampoco me iba a matar.

Al día siguiente me presenté totalmente somnoliento a la radiante mañana de Barcelona. Como mi horario de sueño seguía implacablemente desplazado, aquella noche no había conseguido dormir una sola hora; media a lo sumo, siempre y cuando incluyéramos en el cómputo los ratos sueltos de duermevela. Aun así, con aquel día tan espléndido que hacía, resultaba casi imposible no ponerse, aunque fuera, un poco de buen humor. Qué demonios, estaba en Barcelona, la ciudad donde nací y donde me crié, y la que, a pesar de ser una ruidosa urbe y todo lo demás, siempre sentí como mi hogar; por lo menos más de lo que era la exasperantemente tranquila Vilafranca. Así que cuando conseguí dejar mi Focus rojo bien aparcado y, poco más tarde, localizar a Otero y su familia en mitad de la cola de entrada al Skating, no pude acercarme a donde estaban más que con una amplia sonrisa en los labios. Ellos, por su parte, enseguida se alegraron de verme —me confesaron que estaban seguros de que no iba a venir— y no tardaron en prestarse a una de sus conversaciones en la que no faltaron las reiteraciones y las obviedades sobre Lucía. No tenía la menor intención de quejarme, ¿de qué otra cosa íbamos a hablar en aquel momento? Era el tema de moda.

A todas estas, nos encontramos con que había tanta gente esperando para entrar, que la cola se prolongó como media hora. Yo, aparte de charlar con Otero y su familia, ocupé aquella espera mirando las caras que había a mi alrededor, la mayor parte de las cuales las conocía de vista, o me sonaban, y saludando de vez en cuando, con más o menos efusividad, a las personas que el mismo Otero me iba presentando. Aquello estaba realmente lleno de Testigos; enseguida me sorprendí de que hubieran conseguido ponerse de acuerdo para hacer algo juntos que no fuera provocarse sueño unos a los otros. De hecho, no necesité saludar ni a media docena de ellos para acabar ya de los nervios. Eso es algo que me venía pasando en los últimos tiempos con mis compañeros en la fe; por esa razón, de hecho, había dejado de ir a las Reuniones. No es que los Testigos de Jehová, en general, me parecieran una mala religión, no querría dar esa impresión; yo, en realidad, siempre me sentí bastante orgulloso de haber nacido en su seno, y de haber tenido la oportunidad de aprender todas las cosas que aprendí gracias a ellos. Me constaba además, porque así lo había investigado, que

contaban con algunas virtudes que, si otras confesiones todavía no envidiaban, quizás deberían hacerlo; por ejemplo, se tomaban la Biblia un poco en serio. Los tenía por una buena religión incluso a pesar de que hacía ya un tiempo ya que había descubierto la mayor parte de sus defectos, como esas contradicciones en las que incurren siempre los credos, y que acaban por teñir todos esos principios y profecías en la que basan su fe de un punto algo esperpéntico; o esa absoluta carencia de sentido del humor, al que gustan sustituir por una luctuosa insistencia de dotar a todos sus gestos de una pretendida pulcritud. En realidad, el único problema, después de todo, que tenía verdaderamente con mis compañeros de creencia, radicaba, básicamente, en el hecho de que un buen día les dio por empezar a considerarme *unrebelde*. ¡Un rebelde! Santo Cielo. Mi madre, por ejemplo, a ella sí que habría entendido que la catalogaran de rebelde. Mi madre, la persona que me enseñó a amar la vida y la libertad, tenía en realidad un grave problema con los Testigos, y es que siempre se empeñó en enseñarles también a ellos, y con la misma minuciosidad que había aplicado conmigo, a amar la vida y, por encima de todas las cosas, fuera incluso contra la propia idiosincrasia de la religión, también *la libertad*. De hecho, los Testigos, por lo común, no solían querer tener nada que ver con la libertad, pero eso a mi madre siempre le dio igual. En realidad, como más despistado a este respecto, o incluso bloqueado, se le apareciera un correligionario, más ganas le entraban a ella de invitarlo a casa a comer con nosotros, o a salir a predicar juntos, e instruirlo a continuación en el osado discurrir por los angostos desfiladeros de la mente abierta. Era un ejercicio realmente hermoso —más que productivo— el que practicaba mi madre, y que bien podría haberse considerado acaso como *unarebeldía*; aunque nada más lejos de mis aspiraciones. A mí, por ejemplo, me habrías puesto a hablar delante de la escrutadora mirada de un Anciano, o de cualquier otro Testigo aferrado a sus principios, y a la que hubiera visto que mis palabras empezaban a sembrar el pánico me habría puesto nervioso —por no decir histérico—, y a mis argumentos no les habría costado nada empezar a desestabilizarse, a desviarse completamente, sino a ponerse abiertamente en mi contra. Por supuesto, hasta aquel momento, tampoco había llevado a cabo ninguna otra de esas conductas que suelen recibir el apelativo de subversivas; no había, por ejemplo, tomado en mi vida ni una sola rodaja de morcilla, ni probado gota de alcohol —más allá de alguno de los digestivos que mi abuela nos servía en las ocasiones especiales—, ni tampoco fumado el más inocente de los cigarrillos; ya no hablemos, por supuesto, de drogas. Ni siquiera había sido capaz de saltarme la menor de las leyes u ordenanzas municipales; por Dios, debía ser el único ser animado en Vilafranca

que no sabía lo que era colarse en el Cercanías. En realidad, si lo pensabas detenidamente, la única rebeldía que había cometido en toda mi vida, no había sido otra sino estar con Lucía. Nunca, a los Testigos, y especialmente a los de mi congregación, les gustó Lucía y tampoco se guardaron un instante de manifestarlo. Siempre me dijeron que ella iba a acabar siendo mi perdición; aunque, en el fondo, nunca dejó de darme la impresión de que en lo único en lo que pensaban al decirme este tipo de sentencias era en sexo. Cosa que todavía me irritaba más, porque si de algo soy celoso, es de mi vida privada.

El caso es que estaba allí para *empezar una nueva vida*, y no para enredarme en viejas rencillas, así que intenté olvidarme un poco de mis reticencias —y también de que en los Testigos, cuando a uno se le catalogaba *derebelde*, todo el mundo empezaba a comportarse como si aquello se tratara de una enfermedad contagiosa—, y traté de ser lo más amable y accesible con todas aquellas personas que nos saludaron en la cola de espera, y también con las que iban interrumpiendo nuestro camino una vez nos dejaron acceder al local. A continuación, a petición mía, nos fuimos directamente al bar, y mientras nos tomábamos un reconstituyente desayuno sentados en una de las pocas mesas vacías, siguió el desfile de conocidos de Otero. Ésta vez, era el mismo Otero el que, ignorando completamente el cortado que tenía delante, no dejaba de ir y venir de otras mesas, trayendo siempre consigo a amigos a los que me quería presentar. Otero era un tipo tan simpático —y tan chismoso—, que podías apostar a que conocía a la mitad de los Testigos de España. Aunque muy probablemente sólo conocía a los más falsos, por lo menos los que me había estado presentando hasta aquel momento aquella mañana lo habían sido todos sin excepción. Con los últimos que trajo, de hecho, una parejita ecuatoriana de recién casados, ambos con una inalterable sonrisa apelmazando sus labios, no pude reprimirme y acabé haciéndoles una prueba. Les conté chistes. En ningún momento dejé de tener la boca llena, tanta era la avidez con la que comía, y, tras casi toda la noche sin dormir estaba incluso un poco afónico, por lo que dudo sinceramente de que se me entendiera una sola palabra, pero ellos se rieron de todos y cada uno de ellos a mandíbula batiente. Fue algo ciertamente desasosegante. Así que, antes de que el espectáculo acabara derivando por caminos más desagradables, decidí disculparme con Otero, y con la parejita, e ir a relacionarme con mis propios conocidos. Quizás así conseguiría relajarme un poco e invocar ligeramente aquella suerte que tan esquiva me había estado siendo últimamente.

Ya fuera del bar, y pasando por al lado de un grupito de personas, me encontré la primera de todas con una chica de la congregación de mi abuelo, a la que, tras unos

instantes de vacilación, acabé alargando la mano como saludo. Extrañamente, a pesar de que habíamos coincidido en multitud de ocasiones, me costó un buen trabajo reconocerla. La recordaba alta y rubia y bastante guapa, pero en este año que hacía que no la había visto parecía haber perdido gran parte de su encanto; ahora daba la sensación de estar algo encorvada, y su pelo mal teñido semejaba más bien una llama exhausta, translúcida. Luego tampoco es que consiguiéramos hablar demasiado, entre otras cosas porque, por más que lo estuve intentando, no conseguí recordar su nombre en ningún momento, lo que me llevó a pasarme el rato que estuve frente a ella absorto, haciendo memoria, hasta que un incómodo silencio precedió *aladiós y recuerdos para la familia*. Un poco desorientado, y por supuesto sintiéndome culpable, la dejé atrás mientras me preguntaba cómo era posible que mi memoria hubiera conseguido borrar cosas como aquella tan rápidamente. Tuve, de hecho, que hacer cuentas para asegurarme que era solamente un año el que había pasado, y no seis o siete, desde que me había dejado de relacionar con mis compañeros de religión. Intentando, de cualquier modo, que no decayera el ánimo, dirigí acto y seguido mis pasos hacia las gradas, donde ahora había reconocido a un grupito de chicos recostados en los escalones, con los patines en las manos, pero sin mucha intención aparente de ponérselos. Entre ellos se encontraba Abraham, el mejor amigo de mi hermano: un chaval gigantesco y bonachón, un buen tipo que, además, siempre hizo buenas migas con Lucía. No me sorprendió mucho que, nada más saludarlo, me preguntara por *lo mío*.

—La llevé en moto a Vilanova, a casa de su amiga —me dijo a modo de explicación.

—¿Ah sí? —dije, fingiéndome desinteresado—, me preguntaba a quién habría llamado... ¿Qué tal la viste?

—Hecha una magdalena, no paró de llorar en todo el viaje. La escuchaba incluso a través del casco. Y con el viento que hacía...

La verdad es que este dato me extrañó un poco. Supongo que esperaba que me dijera que Lucía se fue riendo y cantándole a la vida; aún tenía la esperanza de convencerme a mí mismo de que no se trataba más que de una mujer sin entrañas, una cantamañanas.

—Antes de marcharse me hizo prometerle que cuidaría de ti —me dijo instantes más tarde Abraham con expresión solemne.

—¿Que tú cuidaras de mí?

—Sí, fue eso lo que dijo.

La verdad es que me di un hartón de reír.

—Vamos, pero si tú no sabrías cuidar de tu canario.

Abraham sonrió raro, pareció justamente como si hubiera tenido un canario y se le hubiera muerto esa misma semana. Estuve, de hecho, a punto de indagar en el tema, pero luego se me fueron todas las ganas. En lugar de eso, le di recuerdos para la familia y me marché por donde había venido. Llegado este punto, ya no solamente había perdido la fe en empezar mi nueva vida aquella mañana, sino que hasta empezaba a estar convencido de que había cometido todo un error viniendo allí. La siguiente media hora en la que continué mi viacrucis por todo el local, no hizo sino confirmar mis peores vaticinios. No saqué *nad*de todas aquellas personas con las que me crucé, más que un par de silencios tensos con un Anciano de mi congregación que había ido allí a pasar el día con su familia —y a controlar—, y una entrecortada y tediosa conversación con una pareja de gemelos que, años atrás, me habían echado de su grupo de música por decir palabrotas en los ensayos. Frustrado y somnoliento, acabé por volverme al bar con Otero y su familia. Allí, mientras miraba las musarañas un rato, podría dejar que mi autocompasión recuperara a sus anchas el terreno perdido en las últimas horas.

Fue, sin embargo, cuando llevaba apenas unos minutos allí, exhibiendo mi mejor cara de funeral, que de forma inesperada algo vino a llamar mi interés. Se trataba, como no podía ser de otro modo, de una hermosa damisela, y, curiosamente, me la presentó el mismo Otero. Enseguida que la vi acercarse, rodeada de su séquito de compañeros de congregación, no pude evitar fijarme en ella: era poseedora de una belleza realmente exuberante, pelo larguísimo, negro como sus ojos, un cuerpo fino y delicado como un ciempiés... Aunque, de todos sus encantos, había uno en concreto que llamaba ostensiblemente la atención: el pletórico busto que lucía, de lo más generoso y a la vez proporcionado que podía verse por aquel local. A la vista de aquella maravilla, de hecho, no me costó decirme que difícilmente iba a encontrar una manera mucho más fiable de *empezar una nueva vida* que al lado de una mujer como la que tenía ante mis ojos, así que, a pesar de que no conseguí estar atento un solo minuto a lo que hablaban, apenas me costó nada quedarme un buen rato junto a Otero y aquellos nuevos amigos suyos. Incluso creo que llegué a flirtear un poco con la chica. Lo hice, eso sí, discretamente, con una técnica que tenía yo para ligar con Testigos del sexo femenino y que consistía en fingir a toda costa que lo último que pretendía en ese momento era precisamente eso, ligar. Luego, todo hay que decirlo, es posible que la técnica no me funcionara del todo bien; seguramente porque, con el sueño que tenía, me resultaba imposible evitar que mi mirada se colara continuamente en el opulento

escote de la dama como si fuera una bolita de papel. Al final, de hecho, no me cabía duda de que ella estaba incluso sintiéndose un poco violenta conmigo, impresión corroborada cuando vi que se marchaba casi sin despedirse tan pronto como encontró una buena distracción. Incapaz, sin embargo, de rendirme, cuando volví a quedarme a solas con Otero le pregunté por ella.

—Qué bien la chati, ¿no?

—Ya, pero su padre es *Anciano*. Y además ya se está *conociendo* con un Hermano.

—Y entonces, ¿por qué me la presentas?

Otero se encogió de hombros y se retiró avergonzado. No se lo había dicho en serio, pero, inocente de mí, ¿cómo iba a esperar de Otero, o de cualquier otro Testigo, que cogieran una broma? Pues bien, acto y seguido, y aunque fuera para no tirar el dinero que me había costado la entrada y la gasolina, decidí largarme otra vez del bar, y acercarme a la caseta a alquilar unos patines, que es, al fin y al cabo, a lo que había venido allí aquel dichoso primero de enero, a patinar. Claro está que, con el sueño que tenía, y siendo como era la primera vez en mi vida que ponía mis pies sobre una pista de hielo, era esa la manera perfecta para rematar aquella semana como se merecía, es decir, rompiéndome alguno de mis huesos favoritos; aunque luego, como quiera que ya me venía mereciendo un golpe de suerte, de repente las cosas no me salieron tan mal como me esperaba. Tras calzarme los patines, y salir con cautela a la pista, no me costó mucho más que algunos minutos hacerme con los rudimentos más básicos del patinaje sobre hielo, para acabar encontrándome al poco dando vueltas con los demás tan tranquilamente, como si aquellas cuchillas fueran una mera extensión de mis extremidades inferiores. No querría tampoco exagerar, porque las cosas siempre se recuerdan con más épica de la que en realidad tienen, pero lo importante es que me lo pasé muy bien durante aquel rato, y que me encontré muy cómodo y muy a mi aire, a pesar de lo solo y desgraciado que llevaba sintiéndome toda aquella mañana, y toda la semana, y de que tenía tanto sueño que a cada momento se me entornaban los ojos y acababa viendo delante de mi nada más que una mera mancha blanca moteada de puntitos multicolor difuminados. En realidad no entiendo cómo no me caí ni una vez. El único incidente que tuve a lo largo de todo aquel rato fue que casi atropello a un viejo, aunque luego no nos pasó nada de importancia a ninguno de los dos. Pasado el susto, me quedé incluso un rato charlando con él, para asegurarme que estaba bien del todo, y porque de repente me apeteció. Siempre me había llevado de maravilla con los viejos, aunque fueran incluso Testigos, me daban una paz muy genuina, muy inequívoca. Aunque en esta ocasión me temo que tuviera también algo que ver que

aquel hombre me recordara una barbaridad a mi abuelo; casi podría decirse que eran como dos gotas de agua. Si no fuera porque mi abuelo había fallecido algunos años atrás, y también porque habría sido difícil encontrarlo en un lugar donde uno fuera mínimamente susceptible de pasárselo bien, quizás hasta habría podido creer que era él mismo. Siempre lo quise bastante a mi abuelo, por cierto, aunque es verdad que nuestra relación nunca llegó a ser de lo más fluida. Siempre me extrañó, por ejemplo, que no llegara a echarlo demasiado de menos después de que muriera. Solo era capaz de acordarme de él cuando me sucedían cosas como ésta, que me tropezara de casualidad, y en el sitio más inesperado, con su viva imagen.

Pues bien, rato más tarde, y cuando ya mis piernas empezaban a flaquear, entendí que seguir en ese sitio estaba siendo una tontería, por lo que devolví los patines y enfilé el camino de la salida de la forma más discreta posible; no quería tener que volver a soportar las súplicas de Otero y su familia para que me quedara. En mitad de camino, sin embargo, me encontré de casualidad a la chica morena de pecho turgente de antes, y, como era evidente que a esas alturas ya me había enamorado hasta las trancas de ella, no tuve más remedio que detenerme y saludarla. Hasta hice otro discreto intento de acercamiento, en esta ocasión explicándole que me veía obligado a marcharme porque, con el sueño que tenía, si permanecía un rato más en la pista, corría el riesgo de caerme y que una cuchilla cambiara drásticamente la composición de mi adorado peinado. Esperaba su reacción para valorar la posibilidad de pedirle el teléfono, pero cuando vi que ella no se molestaba ni siquiera en sonreír, pensé que, definitivamente, era mejor dejarlo correr. Era, por lo menos, toda una alegría que antes de irme de allí hubiera encontrado a un conocido de Otero capaz de comportarse conmigo con genuina franqueza.

Salí, pues, a la soleada calle, me metí en el coche y luego volví a casa conduciendo con un auténtico miedo de dormirme al volante y matarme en una curva. Cuando ya por fin llegué a mi habitación, lloré un poco, y no tardé nada en quedarme frito como un lirón.

Está claro que si lo que pretendía era salir *al mundo*, o aún mejor, *mirarlo directamente* a los ojos, meterme en mitad de un encuentro religioso, y más aun siendo la religión en cuestión una que ya me tenía puesto desde hacía tiempo en su punto de mira, no había sido el movimiento más hábil de los posibles. Quizás para acometer con un poco más de garantías un movimiento de esta índole habría hecho falta tener algo más de voluntad, o de suerte, o acaso estar un poco más desesperado de lo que, en el fondo, estaba yo. El caso es que, después de aquella mañana en el Skating, sin muchas más ideas ni recursos, y como tampoco es que fuera yo alguien que huyera despavorido de la soledad, decidí dejar de embarcarme en nuevas pérdidas absurdas de tiempo y, con el paso de los días, empecé a encerrarme cada vez más en mi habitación. Podríamos decir, de hecho, que no me hallaba muy lejos de algún tipo de patología mental, o de ordenarme monje, cuando una tranquila tarde a finales de aquel mismo enero apareció por mi habitación mi padre —que, por cierto, era también mi jefe—, y, tras hacerme varias preguntas impracticables con el expresivo rictus de una papaya, acabó amenazándome con echarme de casa si pasaba una semana más repantigado en la silla de mi escritorio y sin aparecer por la tienda. Mentira, mi padre nunca me amenazaría con medidas tan drásticas; en realidad al pobre siempre me resultó bastante fácil ponerlo nervioso y simplemente me estuvo preguntando por cómo me iba todo durante un buen rato hasta que debió sentirse lo suficientemente preparado como para *sugerirme* que quizás lo que me iría mejor para *superar* mi ruptura con Lucía sería ir recuperando ya la normalidad *de una vez*; es decir, volver a la tienda. Dicho lo cual, me miró largo rato y enseguida me dio la impresión de que esperaba algún tipo de reacción por mi parte. Yo, tras meditarlo durante unos segundos, le pedí que me diera un par de días de reflexión, hasta el fin de semana, y que si acaso entonces le diría algo a este respecto. No creo que se sintiera muy satisfecho con mi respuesta, pero aun así asintió, me dio un beso y se marchó por donde había venido.

En realidad había una razón muy sencilla por la que me costó tanto darle una respuesta a mi padre. Y es que me repateaba volver a trabajar. No creo, por otro lado, que se tratara de una cuestión de holgazanería, no por lo menos exclusivamente; probablemente el problema era un poco el de siempre: el trabajo con mi padre, simplemente, no estaba hecho para mí. Todo era una cuestión de carácter: yo siempre pensé que alguien como yo, con mis virtudes y mis defectos, debió de haberse buscado algo más mecánico, por ejemplo, en una fábrica, o en una cadena de montaje,

algo, en cualquier caso, que conllevara cierta repetición, un catálogo de gestos prestos a ser explorados con calma, perfeccionados, y en los que la *equivocación*—obviamente sujeta a unos límites— jugara un papel meramente marginal. Equivocarse, para no ir más lejos, era una de las cosas que no podías permitirte en el trabajo de mi padre. Me explico: resulta que mi padre tenía una tienda de televisores y equipos de música al final de la Parellada, la calle más comercial de Vilafranca. Él, mi madre, y un tipo llamado Manel —que era *uncrack*— se encargaban de la parte comercial, mientras que un hombre llamado Jorge y yo completábamos la pandilla siempre arriba y abajo en la furgoneta de reparto. El caso, y aquí es donde empieza el meollo de la cuestión, es que el producto que vendíamos no era convencional; no se trataba la nuestra de una de esas míticas tienduchas llenas de polvo y de ruido en las que se alineaban en filas heterogéneas pantalla tras pantalla todos los televisores con la misma imagen. Lo que nosotros vendíamos, al contrario, eran equipamientos *de alto standing*, es decir, destinados a clientes con un poder adquisitivo nada desdeñable. Y aquí me gustaría aclarar que mis reticencias no tenían nada que ver con los ricos, puesto que para mí los ricos nunca entrañaron en sí una diferencia esencial con el resto de los mortales; ambos colectivos, al fin y al cabo, están hechos nada más que de personas que, sin importar lo que ya posean, van a seguir ambicionando más. La única diferencia que quizás sí llegué a encontrar a los ricos, en este caso en particular, era que éstos exudaban, como si tuvieran una glándula heredable por abolengo, del mismo modo que se heredan los ojos azules, los apellidos compuestos, y las letras del tesoro, un aroma de insatisfacción constante: digamos que habían llegado al tope. No les pasaba como a los pobres, que a base de años en las que las desazones eran lo único que la vida concedía como respuesta a los grandes anhelos, acababan asumiendo algún tipo de conformismo, o tolerancia; los ricos, por su parte, parecían comportarse como si el sitio en el que estaban fuera el mismísimo cielo, y como luego les costaba un mundo creérselo —porque en el fondo no son tan tontos como parecen—, no tenían más remedio que andar confirmándose a cada momento. Y aquí es donde entraba yo, porque mi trabajo era ser como una especie de hada madrina, vestido con mis mocasines, mis pantalones de pinza, jersey gris bordado con las iniciales de la empresa, ¡guantes blancos! —comprado todo en el mismo Corte Inglés de la Diagonal un buen día de rebajas—, montándoles día tras día aquel televisor, equipo de música, *osistema digital integrado*, que habría de recordarles lo felices que podían llegar a ser. Y cuando estás constatando tu presencia en la cresta de la ola, esperas que por lo menos tu cicerone no haga cierto tipo de cosas tales como, efectivamente,

equivocarse. Nunca llegué a manejarme lo más mínimo en este aspecto de mi trabajo; Jorge, por ejemplo, se equivocaba de vez en cuando, pero el tipo era un maestro del disimulo. Su truco era simple aunque ingenioso: siempre estaba enfadado. De este modo, cuando montábamos algún percal y el cliente venía a interesarse por ello, Jorge lo fulminaba con la mirada y estrujaba con fuerza la herramienta que tuviera en ese momento en la mano. Me dejaba perplejo: a veces conseguía que los clientes asumieran ellos mismos la culpabilidad del fallo con un grave sentido de responsabilidad. Yo, en cambio, cada vez que cometía algún tipo de error, lo primero que me salía era sonreír, lo que era, sin duda, lo peor que uno podía hacer en estos casos; más que nada porque los ricos pueden ser duchos en muchas cosas: tener multitud de carreras y posgrados, conocer a la perfección todas las lenguas romances, o haber visitado la práctica totalidad de países que hay en el mundo, pero si hay una especialidad en la que son infalibles, por encima de todas las demás, no hay duda que se trata del arte de *lasonrisa*. Se pasan tanto tiempo sonriéndose los unos a los otros, los hijos de puta, que luego es imposible que venga alguien como yo, se cuele en su mundo, y les suelte una sonrisa sin que sean capaces de leerle hasta el último recoveco del alma. Recuerdo perfectamente mi primera instalación. Por aquel entonces mi padre acababa de abrir la tienda y yo todavía no sabía que iba a acabar haciendo de técnico; aún no habíamos ni siquiera contratado a Manel, ni a Jorge, y estábamos allí mis padres y yo plantados todo el día en mitad de la tienda sin casi saber ni qué hacer, más que limpiar las teles y aspirar una y otra vez aquella maldita moqueta del demonio que nos había costado una fortuna. Hasta que un buen día vendimos nuestro primer televisor. Lo consiguió mi padre, y cuando nos lo comunicó a mi madre y a mí montamos una fiesta de aúpa. Fue a continuación, una vez firmado y cobrado el adelanto, que se planteó una importante cuestión: ¿quién va a instalarlo? Enseguida lo vi claro. La verdad es que en el poco tiempo que llevaba trabajando allí me había dado cuenta que *venderiba* totalmente en contra hasta de mis principios, y por alguna extraña razón se me ocurrió pensar que instalarlos iba a ser distinto. Así me ofrecí voluntario, y a mi padre le pareció una idea tan perfecta, que, una vez asegurado que tenía las herramientas necesarias en la furgoneta, me envió directamente a la batalla. Y digo bien: *a la batalla*. Más que nada porque los clientes, que eran unos alemanes monolíticos, angulosos como astillas de sílex, se las habían apañado muy bien para convencer a mi padre de que no habría problema, que la instalación ya estaba hecha. No sabían decir una palabra en español, pero convencer a mi padre de que solamente había que desembalar y cobrar la propina lo hicieron con un límpido castellano. Pues

bien, me encontré con el problema nada más llegar al sitio: no había enchufes. Bueno, como muy bien habían señalado los alemanes, sí que los había, pero no en esa sala; para un rico, *que la instalación esté hecha*, significa que en un radio de tres manzanas habrá un enchufe de corriente. Creo que fue en aquel mismo momento cuando me di cuenta de que ser técnico no iba a ser tampoco el trabajo de mi vida. De todos modos, como no soy alguien que se amedrente ante los retos, una vez me hube recuperado del susto me dirigí a ellos, y les dije que, como instalador experimentado que era, y tras haber visto varias docenas de proyectos de diseño de interiores a lo largo de mi carrera, había llegado a la conclusión de que su televisor quedaría mucho mejor *estéticamente* en la sala contigua, donde, efectivamente, había enchufes. Ante el silencio con el que reaccionaron ante mi propuesta, añadí a continuación una extensa aclaración relativa a la mala acústica de la estancia en la que nos hallábamos —apoyándola en todo momento con terminología técnica que iba improvisando, y a la que iba dotando de misteriosas siglas a cada vez que se me presentaba la ocasión—, y cuando acabé mi exposición, dejé suspendida una sonrisa, cual lánguido toque de triángulo. Ellos me miraron entonces, analizando esa sonrisa con la profundidad de un punto de fuga, y en menos que décimas de segundo sabían con una serena seguridad que les estaba soltando un camelo. *No*, dijeron, *televisor allí*, y su tono de voz había adquirido una claridad que me dejó helado. Luego su discurso se embarulló quizás un poco: *Televisor allí, tú a mí, dinero, allí*; difícil sintaxis con un significado harto evidente: era obvio que si no ponía el televisor del demonio *allí*, ellos no iban a soltarme *un duro*. Así que, sin otra alternativa, borré inmediatamente la sonrisa de mi rostro, asentí, y me encaminé al desolador panorama que representaba aquella sala yerma de electricidad. Tras unos minutos de cavilaciones entendí que había que alargar el cable hasta la habitación contigua. Luego, como en mi vida había tenido nada que ver con un cable, y menos aún con la expansión o reducción de su longitud, no tardé en determinar que era necesario soldar. Tampoco había estado nunca en la misma habitación que un soldador, pero eso, a aquellas alturas, no me sonaba a otra cosa más que a excusas. De modo que me armé de valor, le eché mano a un soldador naranja que había visto rondar en la caja de herramientas, y me puse a trabajar bajo la escrutadora mirada de los alemanes, que ahora hacían turnos para supervisar que no se me ocurriera volver a soltarles una sonrisa de mentira. Para resumir: empecé el trabajo a las seis de la tarde y no acabé hasta las doce de la noche. Eso sí, aprendí a soldar. A última hora, además, tuvo que venir mi padre a buscarme porque en el proceso de aprender —nunca puedes aprender *nada* en la vida sin molestar a todo el mundo por el camino—

les había quemado el parqué con el soldador y pedían un descuento por ello. Y además tampoco estaba en disposición de conducir: a falta de mejores ideas había decidido pegar el cable a la pared con *supergluey*, tras usar algo así como dieciséis tubos, estaba tan colocado que no podía dar ni dos pasos sin tener que apoyarme en las paredes. No querría concluir esta estupenda anécdota sin comentar la maravillosa sonrisa que mi padre les mostró a los alemanes antes de despedirse. Fue de verdad admirable: eso no era una sonrisa, era una filigrana, una pieza de orfebrería; los rompió como porcelana. Eso sí, al descuento ni se les ocurrió renunciar.

Y lo peor de todo es que esto, mi lentitud de reacción ante mis equivocaciones, o incluso los propios clientes —a los que, en el fondo, solamente me tocaba ver tres o cuatro veces antes de cobrar y deseárselos toda la suerte del mundo con aquella lamentable vida de lujo y desenfreno que les había tocado vivir—, no eran mi auténtico *problema* laboral. Mi verdadero y genuino problema en el trabajo de mi padre no era otro sino Jorge, el otro técnico. Y con esto no quiero decir a que lo tuviera por un mal tipo, o a que me cayera mal; antes al contrario, Jorge en realidad me parecía un tipo excelente y, más importante aún, me caía estupendamente. Me caía bien a pesar de que la mayor parte del tiempo se lo pasaba, como he dicho, serio y enfurruñado. Tenía un humor de perros el dichoso Jorge, no había momento del día en que no murmurara o insultara en voz baja a lo que tenía al lado, especialmente a las cosas, como a las herramientas o a las teles, a las que era capaz de odiar con un odio visceral, un odio que solamente puedes albergar en tu pecho a través de un oscuro y medrante sufrimiento; siempre me pregunté cómo podía aquel tipo llevar tantos años trabajando de técnico con esos sentimientos tan negativos que alimentaba contra sus propias herramientas de trabajo. Aunque casi era peor en las pocas ocasiones en las que venía contento, pues entonces empezaba con sus bromas escatológicas, y le daba por poner a toda mecha en el radiocasete de la furgoneta su música *heavy metal*—y yo creo que no hay nada que me cause tanta repulsión en el mundo como el *heavy*—, y entonces me tocaba aguantar toda una sobredosis de simpatía que, por fortuna, no solía durar hasta mucho más allá del mediodía. Pues bien, a pesar de todo, de sus cambios de humor, de la música *heavy*, y de todo lo demás, me caía genial el bueno de Jorge. Me caía tan bien, que incluso no me importaba *nada* que él no disimulara un ápice que me odiaba. Supongo que era, en gran medida, porque lo entendía. Para empezar, resulta que cuando íbamos juntos a una instalación, como él era mucho más experimentado que yo, a mí me tocaba hacer de ayudante, cosa que no me importaba; aunque desde luego no era lo que mejor se me daba de ese trabajo. Hacer de

ayudante es el estado del ser humano que más concentración requiere, tienes que estar alerta sin la ayuda de ninguna trama mental, sin líneas rectas de razonamiento, eres un barco completamente a la deriva. Es, por ejemplo, totalmente imposible que no te sientas atraído por cosas como el cuarto de máquinas de la piscina, o el piano viejo de la sala de estar, o una colección de litografías alineadas a lo largo del pasillo cuyo dueño muy probablemente todavía no se ha dado cuenta de que son pornográficas. Obviamente Jorge, que era un tipo de ideas fijas, acabó llegando a la merecida conclusión de que yo, o estaba sordo o era tonto, y empezó a tratarme como si cada vez se decantara más por la segunda. Aunque, siendo sinceros, es posible que hubiera *otrazón* por la que Jorge me odiara, una acaso mucho más íntima y vinculada a sus sentimientos... Supongo que todo empezó ya desde el primer día. Resulta que cuando mi padre los contrató a él y a Manel decidió hacer una fiestecilla en honor de los recién llegados. Fuimos, pues, a un buen restaurante del centro de Vilafranca, y cuando llegó la hora de sentarnos, yo elegí hacerlo a su lado, como para empezar a acostumbrarme a lo que iba a ser mi día a día a partir de ese momento. Fue entonces, cuando ya estábamos pidiendo la comida, cuando Jorge hizo algo que me llamó mucho la atención: tras elegir una ensalada de primero, esperó a que todo el mundo acabara de pedir para llamar al camarero. Una vez lo hubo tenido a su lado, y con una mirada sombría, le pidió que, por favor, no pusiera aceitunas en su ensalada. El camarero asintió y se marchó, pero enseguida noté que Jorge no se había dado por satisfecho: pocos instantes después volvió a llamarlo y le insistió en el tema, esta vez aclarándole que lo que quería no era que *le quitaralas* aceitunas a la ensalada, sino que sencillamente *no se las pusiera*. Para concluir dijo, ya incluso un poco de malos modos, que si le traían un plato por el que hubieran pasado aceitunas, no se lo comería. El camarero le insistió con plena seguridad que perdiera cuidado y, finalmente, volvió a enfilar el camino de la cocina. Hirviendo de curiosidad, yo no pude esperar ni dos segundos antes de preguntarle a Jorge el porqué de tan peculiar petición. Como respuesta él, que aún no me odiaba, pero ya empezaba a calentar la cosa, me dirigió una mirada de espanto y me dijo bruscamente que *por nada importante*. No me dejó otro remedio que volver a preguntar. Creo que aquella fue la primera vez que Jorge optó no contestarme. Días más tarde, como tenía la duda clavada como una espina, le volví a recordar alguna que otra vez el asunto, en ocasiones de camino a una instalación, los dos en la furgoneta, otras directamente me acordaba en las horas de descanso, comiendo en un bar de menú... Pero por más que insistía, nunca conseguí sacarle nada. Era Jorge un tipo realmente inaccesible, y enseguida supuse que debía

tener algún tipo de trauma infantil con las aceitunas, quizá se había atragantado con una de pequeño, Dios sabe. Lo supuse al ver que cada vez que le mencionaba la palabra *aceituna u oliva*, sufría como una especie de arcada general, tampoco algo muy evidente, porque Jorge de por sí era un tipo demasiado tenso como para sufrir una convulsión, pero sí que había algo en su postura que daba esa impresión, digamos que se erizaba todo él en una grave tensión enfocada, como si su bello fueran girasoles y se volcaran con violencia hacia mí simultáneamente: pequeños tentáculos crispados, ojos con la misma mirada que él le ofrecía a sus odiados objetos... En realidad no sé muy bien por qué insistí en lo de las olivas. No debería haberlo hecho, obviamente. Supongo que al principio debí pensar que como yo tenía miedos para llenar un carro, igual podría ayudarle a superar el suyo, o por lo menos a que se sintiera comprendido; pero puedo asegurar que lo último que se sintió Jorge era comprendido. De hecho creo que lo que se sintió fue atacado. Supongo que el pobre hombre gastó toda su paciencia las dos primeras semanas y luego no pudo albergar más que odio hacia mí. El tema es que lo entendía. Era imposible no entender al bueno de Jorge. Por eso, precisamente, me caía tan bien.

En resumidas cuentas, que a pesar de todo, de los clientes, de Jorge, y, para qué nos vamos a engañar, de la pereza que me daba, al lunes de la semana siguiente ya estaba de nuevo en la tienda con mi traje de técnico-hada madrina, y preparado para trabajar en pos de que la rueda de la felicidad de los ricos siguiera dando la mismísima impresión de que giraba. Al fin y al cabo, ¿qué otra cosa iba hacer, exigirle a mi padre unas vacaciones de un año y medio, a ver si por la gracia de Dios me venía el buen humor, y entonces podía comportarme con madurez? Además, al final hasta resultó que mi padre tuvo algo de razón sobre lo de que volver al trabajo me iba a ayudar a recuperar un poco *la normalidad*. Obviamente no al principio, pero poco a poco, con cada nueva quemadura de mi soldador naranja, y cada nueva bronca de Jorge, empecé a destensarme, y a base de ir acumulando días y ejemplos y analogías empecé a notar como se iban deshaciendo, tímidamente pero con seguridad, toda aquella ristra de nudos que iba arrastrando desde la Navidad. Un par de meses después de mi ruptura con Lucía, de hecho, casi me habría atrevido a decir que lo había superado. Y aunque no fuera así, que no lo era, por lo menos me parecía magnífico haber recuperado un poco el rumbo hasta encontrar un buen principio desde el que empezar a armar aquella anhelada *nueva vida*. Uno, desde luego, mucho más fiable que el que yo me había conseguido labrar por mí mismo hasta el momento en que mi padre irrumpió en mi habitación con su sensatez por bandera.

Quizás, llegados a este punto, solamente quedara un pequeño detalle al respecto de Lucía que me mantenía todavía algo preocupado. Tenía que ver con las noches. Es bien sabido que la hora nocturna es una prueba para el valor y para el espíritu, y que no hay nada mejor que la oscuridad para que las verdades salgan a flote; o acaso las mentiras. Y mis noches, pasados aquellos dos meses, no podía decirse que hubieran mejorado todo lo deseable. Quizás tuviera algo que ver en esto el hecho de que no conseguía acostumbrarme a dormir en mi propia habitación: resulta que, ya desde el primer momento en que Lucía vino a vivir a mi casa, huyendo de la suya, cogí la rutina de quedarme a dormir con ella en el sofá del comedor; que era la estancia que mis padres le habían asignado como habitación. No era lo más cómodo del mundo, desde luego, aquel tresillo apenas daba para que nos recostáramos de lado, pero aun así la noche era el momento en el que Lucía solía aparecerseme más brillante, perdía cuidado, sus palabras se entrelazaban con más sentido que nunca con los silencios, y por momentos hasta me creía capaz de entrever aunque fuera una mínima parte de su alma. De modo que al final siempre acababa prefiriendo alargar aquellos instantes tan tranquilos hasta que lo merecieran, lo que muchas veces significaba hasta el sueño, o hasta el mismo amanecer, aun a costa de mi rendimiento y el de Lucía en nuestros respectivos trabajos, los indisimulados suspiros de mis padres despeinados y en batín, iluminados a primera hora de la mañana por el delicado crepúsculo, y, lo que no es menos importante, la salud de mi espalda. Además, Lucía siempre tuvo el sueño muy tranquilo, no se movía lo más mínimo en toda la noche, ni roncaba, y siempre que se despertaba lo hacía de un radiante buen humor, por lo que, a fuerza de repetirlo, al final ambos llegamos a acostumbrarnos a esa situación. Y ahora, de nuevo en mi habitación, y aun habiendo pasado ya varios meses, me resultaba imposible no echar de menos aquellos ratos tan incómodos, aunque tan llenos a la vez de vida, y así, desubicado, me quedaba muchas noches en vela —normalmente las que al día siguiente había más trabajo—, insomne, mirándome en el espejo de la oscuridad y encontrándome a mí mismo pensando indefectiblemente en Lucía, o no sólo en ella, a veces solamente mirando la parcela de bóveda celeste que Vilafranca pintaba en ventanal de mi habitación, o adivinando figuras en las sombras del techo, o incluso simplemente con los ojos cerrados, sabiendo que eran ya pasadas las cuatro, la hora más peligrosa de la noche, y temiendo, como efectivamente acababa sucediendo en tantas ocasiones, que a partir de esa hora ya no hubiera retorno y sólo fuera a ser capaz de dormirme —y si lo conseguía— una vez el despertador me comunicara que había llegado la hora de empezar el nuevo día.

Esto, estas noches, obviamente, en ocasiones me hacían dudar, o tener la tentación de volver a contactar con ella. Era obvio que si no seguía todavía enamorado de Lucía, por lo menos aún sentía algo por ella. Aunque es precisamente por esta razón, para no enredar con estas sutilezas, y entorpecer el proceso por el que ambos estábamos pasando, que nunca llegué a hacerlo. Preferí que, si alguna vez teníamos que volver a establecer contacto, fuera la misma Lucía la que tomara la iniciativa; al fin y al cabo, era ella la que había tomado la decisión de marcharse, a ella, pues, le tocaba el turno de palabra. Además, tenía el pleno convencimiento de que lo haría. Sabía, porque la conocía, que más pronto que tarde se sentiría culpable, o se daría cuenta de que se lo sentía, y que entonces decidiría sacar la cabecita del caparazón para dar algún tipo de señal de vida. Es más, hasta sabía perfectamente cómo lo haría —con Lucía estas cosas eran fáciles de adivinar—: de la forma más cobarde posible. Un buen día, por ejemplo, me levantaría por la mañana, miraría mi correo, o mi teléfono móvil, y allí me encontraría un mensaje suyo, escueto, sencillo, con pocas palabras. Poniéndonos en el caso de que consiguiera reunir las agallas suficientes como para hacerme una llamada, estaba seguro que lo que me encontraría al otro lado del teléfono sería una voz irregular aunque bien modulada, la de Lucía llevando a cabo algo que le cuesta horrores, pero que ha entendido que no tiene más remedio que hacer, con la que me saludaría tímidamente primero, para acto y seguido hacerme toda una serie de preguntas directas acerca de cómo estaba yo, cómo me iba en el trabajo, o quizás si había vuelto al Salón del Reino; con un poco de suerte hasta me preguntaría hasta por mi madre, a la que quería como si fuera la suya propia. Fuera cual fuera, eso sí, el punto en el que nos centráramos, trataría por todos los medios de esquivar todo trasfondo delicado; tampoco yo la buscaría, ¿para qué?, me limitaría a responder brevemente a sus preguntas —con Lucía no podías explayarte mucho en explicaciones si no querías que acabara distrayéndose con la primera mosca que le pasaba por delante—, y enseguida, una vez me pareciera verla un poco más relajada, me interesaría por sus asuntos. Ella, entonces, encantada por el giro de la conversación, no tardaría en llenar sus palabras de matices, e hilar con pompa una maravillosa historia sobre lo bien que le estaba yendo todo, y lo estupendo que era el nuevo mundo que acababa de conocer...; casi se avergonzaría de estar poniéndome la miel en los labios. Obviamente, ante tal exhibición de claridad yo me reiría, claro que sí, porque entre otras cosas ella no esquivaría la ocasión de cachondearse de todo el mundo, de insultar o de alabar indistintamente a personajes históricos y livianos que siempre, estuviera donde estuviera, centrifugarían a su alrededor como destellos, o como

golondrinas; también, por supuesto, le añadiría suspense y miedo y situaciones horribles, Lucía salvándose por un pelo, y sin embargo, después de todo, un final feliz y digno de ser contado. A continuación, una vez hubiera quedado ya explicado todo lo explicable, y tan pronto como empezáramos a oler un tufillo de trascendencia en nuestras palabras, no tardaríamos en ponernos de nuevo algo nerviosos, cosa que seguramente acabaría conmigo tosco y ella tímida, o viceversa, y finalmente, huyendo de una destartalada sensación de insuficiencia, nos despediríamos con nuestros mejores deseos, para seguir tan tranquila, o tan buenamente, con nuestras respectivas vidas.

Pues bien, como quiera que no debía conocer un carajo a Lucía, resultó imposible prever que lo que acabaría sucediendo al final sería *justo lo contrario* de lo que pensé. Es decir, que Lucía se pasara aquellos cuatro meses exactos sumida en su nueva aventura, guardando el más hermético de los silencios, para de pronto, un jueves cualquiera, encontrándome yo con el pijama puesto, los dientes recién lavados y, por una vez, el sueño adecuado para poder dormir hasta la barrera del despertador, dejarme la pantalla de mi móvil brillando encima de la mesilla de noche con un rastro de nada más y nada menos que *dieciséis* llamadas perdidas. Recuerdo perfectamente lo perplejo que me dejó aquel descubrimiento. Me quedé, de hecho, un buen rato de pie, petrificado, sopesando en mi mano aquel móvil que ahora de repente había empezado a pesar como si se tratara de un animalillo muerto. Era muy posible que fuera aquella la primera vez que Lucía había llamado más de dos veces seguidas a alguien. Ni aun yéndole la vida en ello había sido nunca tan insistente; no era, desde luego, de ese tipo de mujeres.

Segundos más tarde, y sin haberme recuperado aún de la sorpresa, me tumbé en mi cama, dejé de nuevo el teléfono en la mesilla de noche, y a continuación me dediqué a navegar a lo largo de diferentes estados de ánimo. Primero, durante unos minutos, intenté convencerme a mí mismo de que no tenía por qué suceder nada, que Lucía se habría dejado algo en casa y que ahora simplemente querría recuperarlo, algo acaso muy importante, como el páncreas, por ejemplo. Luego, por supuesto, estuve también un buen rato fantaseando con su vuelta a mi vida y las válidas excusas que tendría para haberse marchado, y que convertirían nuestro reencuentro en una evolución simplemente natural de una de aquellas verdades tan sutiles que solamente ella era

capaz de ver a tiempo, y que ahora, en su última proyección desde la oscuridad hasta la más pura evidencia, iba a revelarse constituida a partes iguales de la más turgente lógica y de agotador sexo reconciliatorio. Dudé, sobre todo, mucho, o durante mucho rato; hasta que al final entendí que no había en realidad nada que decidir, que yo ahora por fin tenía mi vida más o menos reconducida; no era ninguna virguería, ni mucho menos, pero tampoco es que se estuviera del todo mal en ella; por lo menos ahora no me encontraba con un drama de proporciones apocalípticas cada vez que se me ocurría despistarme un segundo. Así que volví entonces por un instante al teléfono y le envié un mensaje a Lucía diciéndole con un cariño premeditadamente deslavazado que deseaba que todo le estuviera yendo bien, pero que en estos momentos me encontraba muy ocupado, y que, en caso de que necesitara algo, llamara a mi madre, que la atendería igual de bien como siempre había hecho. Luego, por precaución, no fuera caso que nada más ver mi mensaje a Lucía le diera por llamarme otra vez, decidí apagar el móvil, tras lo cual, finalmente, me encartoné entre las sábanas y sin demasiada esperanza de dormir un solo minuto en lo que quedaba de noche.

Pues bien, al día siguiente, como además de para llamar, usaba el teléfono de despertador, no pude levantarme ni mucho menos a la hora. Jorge, de hecho, me esperaba en el almacén con todo el aspecto de llevar trabajando en una bronca más y más elaborada por cada minuto de mi ausencia. Aunque luego pareció no necesitar ninguna guía, porque se puso a improvisar con una finura exquisita, qué manera de hilar un descalificativo tras otro, imposible saber cuándo estaba machacándote y cuándo gustándose a sí mismo, o sencillamente fluyendo, vibrando a la misma frecuencia visajes, aspavientos y golpes en el capó. Cuando, al cabo del rato, debió de darme por escarmentado, me ordenó subir a la furgoneta y arrancamos. Aquel día, según me detalló mientras chupaba con fiereza de su cigarro, e iba despegando con teatrales gestos los brazos del volante, teníamos que cablear una obra en La Poble de Segur, una masía de unos mil metros cuadrados, y con lo tarde que íbamos, y las horas de viaje que requería llegar a la instalación, no había que descartar que por mi culpa fuéramos a necesitar otro día adicional para acabar el trabajo.

—Después si hay que cambiar la agenda se lo dices tú a tu padre —añadió Jorge como colofón, en el mismo momento que tomábamos la autopista. Luego ya no volvió a abrir la boca en el resto del día, más que para darme órdenes. Por lo menos así pude disfrutar de un viaje de ida y vuelta verdaderamente apacible por la hechizante autopista de Lleida y luego por los mil tortuosos caminos rurales que separaban la carretera de la masía de nuestros clientes.

Cuando volví a casa, unas diez horas más tarde, cansado, y no del mejor humor tras haber compartido aquel interminable día con la versión más enfurruñada de mi ya de por sí arisco compañero de trabajo, ya solamente tenía ganas de acostarme. Ni siquiera cené, me fui directamente a mi habitación, y me eché en la cama. La verdad es que durante el día no había pensado tanto en Lucía como cabía esperar; probablemente con Jorge ahí al lado, mirándome con cara de no tener el menor escrúpulo de tirarme una llave inglesa tan pronto se me ocurriera despistarme, no me había resultado un gran esfuerzo permanecer concentrado en lo que tenía que estar. Sin embargo, ahora, en la tranquilidad de mi habitación, no me fue tan fácil acallar las desafinadas notas de la intranquilidad que emitían mis costillas como si fueran las láminas de un xilófono. Estuve, de hecho, bastante rato así, horas incluso, nada más que rebozándome entre las mantas como una croqueta, tratando de olvidarme de todo, con la esperanza de que si lo había conseguido el día anterior, también podía hacerlo esta noche. Hasta que al final, sobre las tres de la madrugada, y con los ojos ya tan abiertos como platos, se me ocurrió que una explicación no podía hacerle daño a nadie. Así que llamé a Lucía. Ni siquiera caí en la cuenta de la hora que era, hasta que el teléfono había dado ya varios tonos y la misma Lucía había descolgado. Curiosamente su tono de voz no fue el de alguien que estaba durmiendo, aunque con ella nunca se sabía: a Lucía podías meterle un susto en mitad de la noche y en décimas de segundo ya estaría lista para la acción. Luego, además, tampoco es que le dejara decir casi nada, lo primero que le solté, de hecho, fue que si no éramos capaces de hablar lo que demonios fuera que ella quería hablar cara a cara, más valía no intentar volver a comunicarnos en la vida. Lucía, de cualquier modo, estuvo totalmente de acuerdo conmigo y quedamos al cabo de una hora en Vilanova, en el mismo portal de casa de Sole.

Y así fue como, tras aquellos cuatro meses de ausencia, Lucía, por fin, volvió a mi vida. Lo primero que atisbé, a lo lejos, nada más embocar la calle donde vivía Sole, fue su figura esperando temblorosa en mitad de la acera. Estábamos en primavera, pero también eran las cuatro de una fría y ventosa madrugada, y Lucía apenas iba vestida con unos vaqueros y un jersey de los dejan un hombro al aire; aunque, para el caso, lo llevaba pinzado con una mano para que le cubriera mejor.

—Por Dios del Cielo, ¿que haces así de fresca, Luci? —le dije nada más salir del coche para ir buscar una manta que llevaba en el maletero.

—No había ropa limpia en casa —me respondió ella metiéndose en el coche, ya totalmente tímida. Yo me hice rápidamente con la manta, entré tras ella, luego la

envolví completamente. La verdad es que estaba temblando como un pollo.

—¿Y tu anorak?

—Se rompió.

Una vez consideré que estaba bien abrigada, y antes de arrancar, la miré por unos instantes a los ojos. Estaba, desde luego, más guapa que nunca, aunque también me pareció que era algo menos Lucía que antes y también algunas cosas más que antes no era. Puede que tuviera la culpa el que se hubiera teñido el pelo de color caoba, aunque enseguida tuve la seguridad de que había mil factores que se me estaban escapando y que no me quedaba más remedio que aceptar, como mi pobre Focus rojo aceptaba el aire que lo hacía tambalearse. Enseguida, pues, le di al contacto y puse rumbo a la playa, que era el sitio más cercano y más tranquilo que se me ocurrió. Es cierto que también era bastante romántico, pero a nosotros estas cosas siempre nos dieron un poco igual; no íbamos a tener, desde luego, una conversación más sensata por irnos a charlar a la sala de espera del médico o a la sección de cañerías de PVC de una ferretería. A mitad de camino, sin embargo, y viendo que Lucía no dejaba de temblar, empecé a preocuparme: tras palparle la frente, no me resultó difícil determinar que tenía fiebre. Totalmente arrepentido entonces de mi arrebato por verla en mitad de la noche le propuse de ir al médico y posponer nuestra charla para un día más oportuno, a lo que ella, sin embargo, se negó en redondo. Dijo que en gran parte lo que le sucedía era que estaba nerviosa y que bastaría con que lleváramos un rato juntos para acostumbrarse a mi presencia, y que entonces se le pasaría.

—En realidad ya estaba enferma desde ayer, no te ralles —me dijo mientras se incorporaba un poco para poder hurgarse en el bolsillo. Segundos después extrajo un pañuelo que tenía aspecto de llevar siendo usado desde hacía no menos de un mes, con el que se sonó estruendosamente la nariz.

—¿Y por qué no me has dicho nada por teléfono?

—Fácil: porque entonces no habrías venido.

—¿Y ya te tomas algo?

—Sí. Ibuprofeno.

—¿Sólo?

Asintió.

—¿Y te va bien?

—De momento no creo, porque no dejo de tener estos asquerosos mocos y toser a todas horas como una vieja.

Nada más decirlo se carcajeó con una risa nerviosa, y volvió a guardarse el pañuelo en

el bolsillo.

—¿Y ya guardas cama?

—No. No quiero que me echen del trabajo.

—¿Cómo te van a echar del trabajo por ponerte enferma, mujer? Además, puedes empeorar.

—Elí, no te preocupes por mí. Sé cuidarme —me dijo ahora con seguridad y cierta contundencia, lo que provocó que me detuviera a rectificar un poco mi actitud. La verdad es que Lucía siempre me pareció una explosiva mezcla entre inconsciencia y vulnerabilidad, aunque luego es cierto que en cuestiones prácticas era bastante madura.

—Y en casa de Sole, ¿qué tal te tratan? —le dije al rato.

—¡Muy bien! —De repente se le iluminó la mirada—. ¿Sabes que hicimos? Como sabían que era Testigo, y que nunca me habían dejado celebrar la Navidad, volvieron a poner el arbolito en Carnaval, pero esta vez sólo para mí. Mira, me regalaron este jersey...

Se apartó un poco la manta para mostrármelo pero yo enseguida la tapé y le eché una mirada reprochadora.

—Te va a entrar el frío, cariño.

—Es una pena que yo no pudiera regalarles nada porque no tenía ni un duro, pero este verano tengo pensado darles una buena sorpresa. —Sonreía con confianza—. A la mami de Sole, por ejemplo, he pensado en una máquina de coser...

—Pero, cariño, tendrás que ahorrar algo de dinero, ¿no?

Ahora su mirada se apagó y giró la vista hacia la ventanilla, por donde pasaban farolas de luz anaranjada a intervalos regulares. No supe adivinar si era la primera vez que se planteaba la existencia de los ahorros o si sencillamente empezaba a molestarle que yo me hubiera puesto en plan protector.

—Claro, en realidad ya lo tenía pensado. No voy a ir toda la vida como una vagabunda por todas partes. Arrastrándome...

—¿Y tu madre, no te ayuda? —le dije a continuación.

—Uy, mi madre... No me hables de mi madre.

Ahora el brillo le había vuelto a la mirada y lucía una sonrisa pícaro de las suyas. Se notaba que le encantaba que le hubiera sacado el tema de su madre. A mí también me encantaba hablar de ella; de hecho, meternos con la madre de Lucía era probablemente una de las pocas cosas que hacíamos en común que no nos daba problemas.

—¿Sabes qué? —me preguntó ya totalmente animada de nuevo.

—Qué.

—Ahora se ha cambiado de congregación. ¿Sabes dónde?

—Dónde.

—Se ha ido a Sant Sadurní.

—¿Y eso?

—A ver, ¿tú por qué dirías que es?

—Porque ya no la aguantan aquí.

—Premio. Se peleó con los Luján.

—¿Por lo del timo de los cosméticos?

—Equiliquá.

Es curioso, pero creo que nadie les ha sacado tanto dinero a los Testigos como la madre de Lucía; si no fuera porque me causaba la más absoluta repulsa como persona, creo que hasta me caería bien. Me acabé de enterar de la historia, que tenía miga, por lo que Lucía me estuvo contando por el camino, aunque luego, cuando llegamos a la playa, nada más contactar las ruedas del coche con el camino de tierra, la conversación se truncó un poco. Nadie dijo nada, por lo menos mientras yo me concentraba buscando aparcamiento, y tampoco mientras encaré el coche sorteando los baches hasta dejarlo bien aparcado de cara al mar. Finalmente, cuando apagué el contacto, un grave silencio invadió todo el habitáculo. A mí no me importó mucho y decidí centrar entonces mi mirada en la luz de un faro que se atisbaba a lo lejos, y que inevitablemente me recordó al Far de Sant Sebastià, en Palafrugell, donde mi abuelo tenía un apartamento donde íbamos a veranear cada año. Lo cierto es que el paisaje en general era precioso, aunque daba un poco de miedo; el mar siempre me ha dado miedo, y más de noche, cuando parece transformarse en un monstruo achaparrado, negro y agudo... Además, el viento seguía golpeando con fuerza en el coche, y entre los reflejos de la luna en el mar y las sacudidas me parecía estar como en una especie de pecera burbujeante.

—¿Y no te está ayudando nada? —le dije a Lucía al cabo del rato.

—¿Quién, mi madre? ¿Estás de broma?

—¿Por?

—Tengo miedo de que sea ella la que me pida dinero a mí.

Lucía lo decía con ironía, pero a mí, por lo menos, no me habría extrañado nada.

—No se lo des, eh...

—¿Qué dinero le voy a dar, Elí?

—Tú ya sabes a lo que me refiero.

—Pobres los Hermanos de Sant Sadurní... —me cambió ahora Lucía hábilmente de tema, impostando una voz grave y levantando los brazos debajo de la manta como si fuera un fantasma. Enseguida, manteniendo aún esa voz grotesca, citó un texto del Apocalipsis que le encantaba usar con su madre—: *¡Ay de la tierra y del mar, porque el Demonio ha bajado a ustedes!*

A Lucía, a diferencia de la mayoría de Testigos, siempre se le dio bastante bien sacar a colación la Biblia, y con su chascarrillo a punto estuvo de hacerme reír, más aún cuando vi que ella rodaba por el suelo de su propia ocurrencia, sin embargo al final me contuve un poco. La verdad es que, en el fondo, el asunto de la madre de Lucía nunca me pareció en absoluto como para hacer chistes. Si en aquel momento me hubieran preguntado habría dicho que probablemente fuera una de las peores personas que había conocido en toda mi vida. No tenías más que ver, por ejemplo, cómo me trató siempre a mí. Recuerdo, para no ir más lejos, la primera vez que comí en su casa, mucho antes de que la situación se volviera hasta tal punto insostenible que a Lucía no le quedó más remedio que venirse a la mía. Lo primero de todo, nada más llegar y hacerme sentar a una mesa que no destacaba precisamente por su higiene, me pidió que bendijera los alimentos. Lo hizo adrede, para explorar mi timidez, que sabía acentuada por el hecho de que me hallaba en territorio enemigo —nada más y nada menos que en casa de mi suegra—, aunque tampoco me habría extrañado nada que hubiera intuido que había pocas cosas que yo odiara tanto como orar en público. Había orado, de hecho, muchas veces en mi vida, sobre todo de pequeño, pero para mí una oración era algo imprevisible, una especie de coloquio con Dios que podía acabar perfectamente como si fuera una charla de peluquería. El caso es que no iba a ser tan maleducado como para negarme, y tal y como me pidió, bendije aquellos dichosos alimentos. Pues bien, luego de esta presentación estuvo toda la comida en silencio, mirándome de vez en cuando, y abriendo la boca solamente para hacer alguna que otra pregunta con descarada ironía al respecto de mi vida y mis propósitos para el futuro, recibiendo siempre mis respuestas con un deje escéptico. Lo mejor, de todos modos, se lo estaba guardando para el final. Resulta que una vez acabada aquella tensa comida, la subsiguiente sobremesa, y cuando ya me había despedido de todos y me disponía a marcharme, decidió gastarme una especie *debroma*. Primero me pidió que bajara la basura —hasta ahí no pasaba nada, no me negué, porque yo ante todo soy un caballero—, pero justo cuando ya había salido al rellano, asiendo con dificultad las tres bolsas repletas de desperdicios que pretendía que metiera en el ascensor, me

soltó ante las narices de su hija *que por fin había encontrado una utilidad para mí*, y a continuación, y sin darme ni siquiera opción a réplica, cerró la puerta de golpe. Menudo mosqueo que pillé. Si me lo hubiera dicho cualquier otra persona, por ejemplo, Jorge, estoy seguro que hasta me habría echado a reír, incluso aunque me lo hubiera dicho de mala fe —Jorge era totalmente capaz de decirme cosas con muy mala fe—; pero que lo dijera la madre de Lucía, y delante de ella... En realidad, solamente quería fastidiar a su hija, eso es lo que me reventó. Porque, en el fondo, que la madre de Lucía me importunara a mí me daba exactamente lo mismo, no tengo esa necesidad. Lo que de verdad me ofendía de esa mujer era la relación que mantenía con su hija, era simplemente intolerable. No tenía más que ver como estaban las cosas ahora, Lucía totalmente desamparada, casi en la calle, y ella que no se había parado ni un momento a ver si podía ayudarla. Dios sabe si ni siquiera la habría llamado. La verdad es que, si soy sincero, tenía dudas muy serias de que la madre de Lucía *quisiera* realmente a su hija. Había, por ejemplo, algo, que para mí era totalmente revelador a este respecto, tanto, que cada vez que pensaba en ello se me revolvía completamente el estómago. Resulta que Lucía, desde muy pequeña tuvo unos sueños. Eran unos sueños muy extraños, turbios, demasiado opacos como para que fuera tarea sencilla volcarlos en palabras. Ella sólo tenía claro que al despertarse estaba agotada, y que esos sueños la hacían sentir culpable; ¿por qué demonios se debe uno sentir culpable con estas cosas? La cuestión es que poco a poco, con el tiempo, estos sueños se fueron definiendo algo más, se hicieron más nítidos, hasta el punto en que un día Lucía, ya de mayor, se atrevió a preguntarle a su madre si de pequeña había sido víctima de abusos. Tuvo suerte de que por una vez su madre tuvo el pudor de ser sincera y decirle sin ambages la verdad: que sí, que así había sido. Cada vez que pienso en este momento, no consigo imaginarme la cara que debió poner Lucía. Me la imagino recibiendo con toda la frialdad del mundo la noticia y no tardando nada en hacer alguna que otra pregunta desganaada, sin esperar siquiera atar conclusiones. Luego sé que investigó más, que preguntó al resto de la familia, los que habían vivido, por lo menos, en su casa cuando ella era pequeña, trató de contactar también infructuosamente con su padre, pero sin sacar nunca nada en claro. Yo la conocí justo en ese momento de pesquisas y no tardó nada en explicármelo, tan pronto, de hecho, como conseguí que cogiera algo de confianza conmigo. Lo hizo de una forma muy clara y tranquila, sabedora de que lo que estaba retratando estaba muy fuera de su alcance, ni que decir del mío, aunque yo enseguida entendí que en el fondo, hallándose en mitad de aquella época tan horrible, no le estaría yendo mal del

todo expresarse. Obviamente, tras aquella revelación, yo me quedé bastante preocupado por ella; intenté no demostrárselo, por supuesto, porque no quería contaminar el proceso que ella estaba pasando y, además, la última cosa que quería en el mundo era que Lucía creyera que sentía compasión por ella, pero no hay duda de que aquello me dejó bastante alerta. Ya más adelante, cuando comprobé que ella estaba bien, que hacía una vida normal, que disfrutaba del sexo, que lo ansiaba, me tranquilicé un poco. Pero aun así nunca le perdoné a la madre de Lucía que aquello sucediera. Y reconozco que en el fondo echarle la culpa de este tipo de cosas a alguien, más allá del degenerado que las comete, es un poco arbitrario; de hecho, en realidad nunca llegué a saber ni quien fue, ni qué hizo su madre al respecto, ni nada más allá que lo Lucía me explicaba y que muchas veces era poco menos que ininteligible. Pero tampoco quería saberlo. Mi problema es que podía imaginar perfectamente como era ella, la madre de Lucía, gorda como un pedo bajo el agua, con sus ojillos pequeños y salpicados de frías lágrimas, pensando en el tema y diciéndose a sí misma que la vida era muy dura y compleja y que también ella tuvo su parte de sufrimiento en esta situación. Y eso es algo que *nunca* en la vida voy a tolerar. Este tipo de victimismo es el *cáncer* del ser humano.

—No te preocupes por mí, Elí —me dijo al rato Lucía, probablemente inquieta por mi silencio—, sé lidiar con mi madre.

Asentí.

—Piensa que la conozco desde que nací. O incluso desde antes...

Ahora sí que no pude evitar sonreír, y ella, tras comprobar que yo lo hacía, me acompañó.

—¿Cómo te encuentras? —le dije instantes después.

—Mucho mejor. ¿No ves que ya no tiemblo? —Y se volvió a apartar la manta para enseñarme su cuerpo ahora por fin estático. No pude entonces evitar fijarme en el magnífico escote que dejaba ver aquel jersey. La verdad es que Lucía tenía unos pechos realmente estupendos, no muy grandes, eso sí, pero hermosos de cualquier modo. No tardé mucho, de hecho, en deducir que, conociéndola como la conocía, era más que probable que se hubiera puesto así de fresca a propósito para despertar mi deseo. Las mujeres, a poco que sean inseguras, les cuesta poco comportarse de este modo, juegan todas sus bazas a la mínima que pueden. A punto estuve, de hecho, de enfadarme y montarle un buen cristo por marranear de esta manera con algo tan relevante como nuestro reencuentro, pero al final, en lugar de eso, me pareció la cosa más tierna del mundo.

Pasados unos minutos, hacía tanto frío allí dentro que tuve que encender de nuevo el coche para poner la calefacción. Para ese momento Lucía estaba ya totalmente desinhibida y llevaba rato relatándome con todo lujo de detalles cómo había sido su fin de año. Me contó, entre otras cosas, que había ido a una fiesta —obligada por Sole, según sus palabras— en el polideportivo de Vilanova; me habló de unos tacones insoportables, de un vestido rosa ceñidísimo *quienunca más en la vida* iba a ponerse, también de tres o cuatro tipos que la cortejaban sin parar, de los cuales sólo uno —hizo hincapié en que se trataba del más feo de todos— llegó a caerle bien. De hecho me explicó cómo acabaron incluso haciéndose *compadres*. Resulta que ella, que a su propio juicio había bebido *demasiado*, en un momento dado de la noche se vio ante la necesidad de potar y, por casualidad, o por preferencia —no lo recordaba—, optó por hacerlo encima de un cajero automático. Pues bien, a todas estas, aquel tipo resultó ser una especie de anarquista o de antisistema, y cuando vio aquello empezó a apreciarla, y cito otra vez a Lucía: *más por su cerebro, que por su cuerpo*. La verdad es que debió pasar una noche bastante intensa, la tía. Al final, cuando ya se agotó un poco de hablar, me preguntó por mí y yo le expliqué también mis intentos en vano de quedar con Esteban, y también lo del Skating y mi absurda idea de empezar una nueva vida codeándome un año más tarde con mis compañeros de religión. Se lo debí explicar bastante bien, porque la tía no dejó de escucharme atentamente ni un solo momento. Incluso se rió bastante. Solamente me interrumpió cuando llegué a la parte de la morenita tetona.

—A ver, Luci, ¿qué esperabas? —intenté excusarme—, aquel día me habría trajinado hasta a Otero.

—Pero, Elí, ¿te das cuenta? ¡Ésta es la primera vez que intentas conquistar una mujer!

—Vaya por Dios, ya será menos, ¿no? A ti te conquisté, ¿o no?

—Conmigo no hiciste nada, Elí. Casi tengo que mandarte un burofax. Tienes que ser más valiente con las mujeres. Hazme caso. Te irá bien.

Intenté rebatirle un poco aquella conclusión, pero en el fondo puede que tuviera razón. Además, no quería entrar en una porfía de celos que acabara convirtiendo todo aquello en un pastel de los buenos. El caso es que al final me quedé en silencio, viendo las negras olas romper suavemente en el pequeño espigón que conformaba la

desembocadura de la riera, hasta que al cabo del rato pensé que en algún momento tendríamos que hablar de lo que hacíamos allí los dos. Y si tenía que esperar a que ella tomara la iniciativa, podía darnos perfectamente el amanecer, así que al final desembuché yo.

—Oye, Luci, ¿por qué querías hablar conmigo?

Ella se quedó entonces en la misma posición en la que estaba, callada y estática como hizo el día de Navidad. Estuve a punto de insistirle pero esta vez no tenía ninguna prisa, ni ningún anhelo, y simplemente me quedé callado.

—No lo sé —me dijo al cabo del rato, resoplando.

Yo asentí y esperé mientras Lucía intentaba, con más voluntad que éxito, hilar una pequeña explicación. Me contó, básicamente, que estaba *desesperada* y que *yano sabía qué hacer*. Esa es la razón *esencial* por la que me había llamado, aunque luego me insistió bastante en que no lo hizo porque hubierapensado en hacerlo, sino simplemente porque sintió *un impulso*.

—¿A qué te refieres con desesperada? —traté de encauzar la conversación.

—No lo sé. Fui al psicólogo.

Para Lucía eso podía considerarse bastante desesperada.

—Me lo pagó la madre de Sole. La verdad es que es una dulzura esta mujer.

—¿Y cómo te fue?

—Bien, estuvo bien. Me dejó hablar y le expliqué algunas cosas.

—Le explicaste lo de tu madre.

—¡Claro! —Sonrió—. Y lo de mis hermanas; y lo nuestro, que también tiene miga...

—Y, ¿qué te dijo?

—Me dijo que había tenido una infancia muy dura y que tenía mucho trabajo que hacer. Me dio unos ejercicios.

—¿Y los has hecho?

—No.

Menudo psicólogo debía ser aquel tipo si lo que hacía era darle deberes a alguien como Lucía.

—Entonces, no te fue muy bien.

—Bueno, en realidad no demasiado.

Volví entonces la mirada al mar y me quedé en silencio, pensando.

—También intenté salir, hacer amigos —prosiguió Lucía al rato.

—¿Chicos?

—No —suspiró—, chicos no. No iba de eso, Elí, no he estado con nadie este tiempo.

Puedes no creerme si quieres. Lo entenderé.

—¿Me lo juras?

—Te lo juro, Elí.

—Júramelo por mi madre. —Después de mí era la única persona a la que Lucía respetaba.

—¿Por la tuya?

—Sí.

—Está bien, te lo juro por tu madre.

Yo asentí conforme, y ella aprovechó el momento para volver a sonarse los mocos en aquel lamentable pañuelo, con lo que no me dejó más remedio que ponerme a rebuscar en los bolsillos de mi chaqueta un paquete de pañuelos nuevo que por pura casualidad hacía una semana que daba vueltas por allí. Cuando lo encontré se lo regalé entero.

—Gracias.

—¿Y qué es lo que te sucedía, cielo?

—No lo sé —me respondió, y esperó unos segundos antes de continuar—. Me pasaba el día en casa, llorando. No tenía fuerzas para salir a la calle; no sé ni cómo encontré trabajo. El que tengo ahora lo conseguí esta semana porque no podía ser que los padres de Sole me lo fueran pagando todo siempre. Por eso no quería faltar, aunque estuviera enferma. Hay mucha gente a la que le da igual si es verdad o no que estás enferma, si es tu primera semana...

—¿Y has encontrado algún tipo de explicación a lo que te pasa?

—Sí.

—¿Cuál?

—Que te echaba de menos. —Y a continuación Lucía guardó un sentido silencio. Yo estuve entonces esperando un rato a que continuara, pensándome acaso que estaría buscando las palabras para seguir explicándose, aunque cuando ella levantó la vista y me miró con rostro sombrío, entendí que no tenía mucho más que añadir.

—¿Estás segura de lo que dices, cielo? Porque igual tienes una apendicitis y me vas a cargar el muerto a mí.

—¡Claro que estoy segura, Elí! —se revolvió ahora manifiestamente irritada—. No podía parar de pensar un solo minuto en ti, en qué estarías haciendo, en qué problemas te estarías metiendo... Siempre supe que cuando te dejara te ibas a liar como la pata de un romano, y me moría de pena de pensar que estarías sufriendo por mi culpa.

—Está bien, Luci, pero no lo acabo de entender. Si me echabas de menos, entonces, ¿por qué te marchaste?

Ahora sí que recibió mi pregunta con la misma expresión que habría puesto si le acabara de ordenar que subiera al Kilimanjaro. No tardó, de hecho, en girar la vista en dirección al faro y tratar de disimular unas lágrimas que ya casi le era imposible contener. Yo la verdad es que no me creía casi nada de lo que había oído en los últimos minutos. ¿Que no había salido con chicos? Eso era lo menos verosímil de todo; si ahora quería volver conmigo, de hecho, era porque los chicos que atraía Lucía siempre eran un desastre; no tenía el menor gusto con los hombres, era su cruz. Aunque a mí eso tampoco me interesaba lo más mínimo. Lo que en realidad me preocupaba de todo esto era a donde nos estaba llevando la conversación. ¿Qué había cambiado ahora para que volver juntos no fuera una idea simplemente descabellada? ¿Qué cosa nueva podía esperarse de nosotros dos, de mí particularmente, que no tenía otra capacidad en la vida más que la de sobrevivir por los pelos a mis propios fantasmas, y también de ella, que era un ser egoísta y fugaz, incapaz de no dejarse atraer por cada lucecita que se encendía en el camino, por cada escaparate lleno de colores vivos? ¿Cuánto podíamos durar antes de volver a hacernos daño, de volver a convertirnos en adictos uno del otro, de devorar al otro a costa de nuestra propia personalidad? ¿Días, semanas, meses? Mientras pensaba en todas estas cosas, de hecho, me fui irritando cada vez más, hasta que llegó un punto en que no pude aguantarme y le dejé entrever algunas evidencias. Le dije, con palabras todo lo sutiles de que fui capaz, y con todo el cariño del mundo, que era una mentirosa, y además una cobarde, por no hacer otra cosa más que huir siempre que las cosas se ponían feas. Huir de nosotros en cuanto empezó a aburrirse, y sobre todo huir ahora de su nueva vida que, por lo visto, era manifiestamente inferior a la que había tenido meses atrás conmigo. Al final, de hecho, y a pesar de mis precauciones, creo que entendió bastante bien a lo que me refería, porque hasta conseguí cabrearla a ella también, lo que, sin duda, volvió la conversación bastante más interesante.

—¿Y tú? —me reprochó—, que siempre estabas triste, ¿para esto querías casarte conmigo? ¿Cuántas veces sonreíste en el último mes? ¿Dónde estabas todo el tiempo?

—Siempre estaba contigo.

—No, estabas en otro lado. Mirando la pared, bostezando. Sufriendo como sufres tú siempre. ¿De dónde sale toda esa penita que siempre tienes, Elí? ¿No hay nada que te divierta, nada que te haga feliz?

—Tú me hacías feliz.

—Eso no es verdad...

Y dicho esto los dos nos quedamos más o menos satisfechos y nos sumimos en un tenso silencio solamente enturbiado por el restallar de las olas, y por el estruendo que montaba Lucía cada vez que se sonaba la nariz. Así nos pasó el rato y yo cada vez me sentía más desubicado e incómodo, hasta el punto en que al final decidí incorporarme y comunicarle a Lucía que me iba a tomar el aire, no sin antes pedirle que, sobre todo, *por favor*, no me siguiera, que necesitaba estar un rato a solas. Salí pues del coche, cerré la puerta y luego caminé tranquilamente, esquivando a trompicones los furtivos médanos de la arena, hasta que llegué a uno de los bordes de la riera, en un llano donde algunas briznas de hierba ganaban o le perdían terreno a la playa. Hacía mucho frío pero precisamente aquello no tardó en parecerme balsámico. Obviamente, no tuve más que sentarme en aquel paraje y contar hasta cinco para oír cómo se abría una puerta del coche y luego los pasos de Lucía acercándose hacia mí. Curiosamente, una vez hubo llegado a mi posición, en lugar de decir nada, se sentó a mi lado, y se acurrucó contra mí haciendo aquel gesto tan suyo de abrazarse a sí misma. Me hizo tanta gracia que en ese momento en lugar de abrazarme a mí se abrazara a sí misma, que no tuve más remedio que rodearla con un brazo y darle un beso en el pelo. A continuación me quedé así un rato, sintiendo como de repente este tosco enlace de cuerpos era lo más coherente que se había hecho o dicho en todo el rato que llevábamos juntos, y, mirando a la luna, me di cuenta que no había mucho más que pensar aquella noche, que era obvio que lo único en toda mi vida en lo que había sentido verdadera curiosidad, lo único a través de lo cual pude alguna vez notar que estaba haciendo lo que me pertenecía, lo que me era propio, era ella, Lucía, aun a pesar de todo. A pesar, también, de que volver con ella no era más que una estupidez que era imposible que fuera a durar más que un suspiro y que, en cualquier caso, sólo podía acabar mal.

—Vamos dentro del coche, Luci, que te va a coger una pulmonía.

Ella me respondió entonces que estaba bien allí, a pesar de lo cual me levanté y la obligué a seguirme. Tras desandar, pues, el camino de arena, entramos de nuevo en el coche y luego decidimos convertir el resto de la noche en una conversación sencilla, sin miradas a los ojos, un intercambio de frustraciones en clave de humor, ahora que ya los dos intuíamos que no quedaban cosas demasiado importantes merodeando por ahí y que el dolor se había convertido en algo divertido, nada más que una punzante cosquilla. También disfrutamos, obviamente, de nuestros recién recuperados cuerpos

—¿qué podíamos perder?—, a menudo, entre ratos de sueño y charla, y a ninguno de los dos nos importó lo más mínimo que ella estuviera aún febril y que tuviera, además, que ir pronto a trabajar al día siguiente. No fue, de hecho, sino solamente la luz del amanecer y el faro apagado y una fina lluvia refrescando el coche, los que acabaron con ese instante tan radiante y tan puro como también se mostró durante unos eternos segundos el asfalto del espigón ante los primeros rayos de sol.

Pues efectivamente, a pesar de todo, allí estábamos los dos, Lucía y yo, otra vez. Y tengo que reconocer que, por lo menos durante las primeras semanas después de nuestro reencuentro fue imposible arrepentirse de nada. Debíamos de habernos echado mucho de menos, porque nunca hasta aquel momento habíamos vivido cosa igual. Con ella a treinta kilómetros de mi casa y unos horarios bastante rígidos debido a su trabajo, y a la disciplina interna de casa de Sole, empezamos a llevar, por vez primera desde que nos conocíamos, una relación digna de recibir el apelativo *denormal*. Apenas nos veíamos entre semana, por ejemplo, cosa que convertía los fines de semana en todo un acontecimiento: recuerdo que solía salir yo del trabajo los viernes a las seis, luego me iba a mi casa a ducharme y, sobre las ocho, que es cuando a Lucía la *soltaba* del trabajo, ya estaba en Vilanova para recogerla. Entonces la llevaba en coche a casa de Sole y tenía que esperar media hora a que se duchara y acicalara antes de que volviera a bajar. Media hora para una mujer no es nada, pero en una familia de diez hermanos, como era la de Lucía, podía considerarse bastante; por lo menos así me lo parecía a mí, tantas eran las ganas que tenía de verla, y tan poco acostumbrado estaba a tenerla que esperar sentado en un coche. De cualquier modo, la espera valía la pena, Lucía bajaba más guapa que nunca, y yo no cabía en mí de la ilusión que me hacía que empezara el fin de semana. No podía dejar de mirarla en todo el rato, parecía que la acabara de conocer. Luego llevábamos a cabo indistintamente cualquiera de las actividades que hacen las parejas corrientes, aunque nosotros las hacíamos con una actitud como de turistas: íbamos al cine, al zoo, al teatro, planeábamos cosas, hacíamos el amor como fugitivos en el coche, más planes... Pasadas aquellas primeras semanas, de hecho, casi parecía como si por fin

hubiéramos encontrado la clave de todo, como si solamente a través de algunas pequeñas y certeras correcciones, llevadas a cabo en aquel corto espacio de tiempo que habíamos pasado separados, a todo de pronto le hubiera dado por encajar y empezar a arrancar a toda velocidad en un sentido próximo a la coherencia. Por algún momento, incluso, tuve la tentación de pensar que Lucía y yo podíamos acabar un buen día convertidos en algo así como gente sensata, de esa que tiene la ropa de baño a juego y se puede permitir el lujo de vivir ansiando el mañana con una dulce desesperanza. Aunque, claro está, no había nada de qué preocuparse, todo, en el fondo, no eran más que impresiones pasajeras fruto de aquella etapa de euforia. Luego, en el momento menos pensado, volvíamos a ser los de siempre, unos torpes del demonio, cometiendo aquellas estupideces tan nuestras a las que, por un momento, casi me dio la sensación que podía llegar a desacostumbrarme.

Como, por ejemplo, lo que sucedió un mediodía cualquiera, a principios de aquel verano, unos dos o tres meses después de nuestra reconciliación. Resulta que, estando yo en el trabajo, recibí una llamada al móvil de parte de Lucía. Extrañado, porque ella no solía llamarme al trabajo —más que nada porque su horario laboral se solapaba con el mío—, me disculpé un momento con Jorge y, guarecido en una de las habitaciones vacías de la casa donde estábamos trabajando, le pregunté qué sucedía. Ella me telegrafió entonces un mensaje tan escueto como misterioso: quería verme aquella misma tarde a la salida de la perfumería donde ella trabajaba. Yo, ante el rigor del tono y las palabras, y una naciente inquietud que siempre estaba presta a desplegarse cuando era Lucía la que andaba por en medio, quise indagar un poco, pero ella enseguida me cortó y me dijo que no podía darme ninguna explicación en ese momento, que aquello había que hablarlo cara a cara y que, de cualquier modo, no podía entretenerse al teléfono. Huelga decir que el resto de aquella tarde lo malviví cometiendo torpezas y soldando cables donde no tocaba, esquivando como podía los resoplidos de Jorge, mientras no podía dejar de pensar que Lucía habría encontrado ya tan pronto otra vez el sentido de su vida y que, como no podía ser de otro modo, yo no iba a pintar nada en lo siguiente. Así que, nada más conseguimos acabar la instalación, cosa de las seis, cogí el coche, y me planté delante de su tienda para acosarla un poco. Me senté en un banco desde el que ella me podía ver perfectamente y, tras conseguir llamar su atención, me pasé un buen rato mirándola a través del aparador, a ratos con cara seria y deprimida, otros haciéndole muecas y unos ruiditos que tenía la costumbre hacerle imitando el sonido una bocina. Solía hacérselos apretándole una teta, como si la bocina fuera su pecho, cosa que siempre le molestaba —porque le

hacía daño— y la hacía reír a la vez, con lo que nunca acababa de saber cómo reaccionar. Ahora, con un cristal por en medio, no me podía oír, pero sí que podía ver cómo le hacía el gesto de apretar una teta, y lo entendió perfectamente, porque apenas fue capaz de disimular una sonrisa ante unos clientes. Era maravilloso *lo profesional* que era Lucía cuando quería; había perdido un centenar de trabajos, pero nunca por no comportarse con total seriedad. Eso sí, en un momento dado, decidió acercarse al escaparate y, tras lanzarme una sonrisa preciosa, me vocalizó ampliamente, para que le leyera los labios, que no pasaba nada, *que no me rallara*. Lo hizo por mí, y se lo agradecí, aunque ni siquiera así me tranquilicé ni un ápice. De hecho, aquella sonrisa me hizo sentir un buen escalofrío; creo que la última cosa en el mundo que podría tranquilizarme es una sonrisa de Lucía. De todos modos, al final pensé que la haría sufrir demasiado, plantado allí delante de su tienda sin nada que hacer durante una hora, y acabé por ir a darme una vuelta por el paseo. Como me conocía de memoria aquella zona, de tantas veces que había tenido que esperar a Lucía a que acabara el trabajo, tuve una manera de ocupar el tiempo bastante bien. Me compré, por ejemplo, un helado de *After Eight* que sabía que tenían en una heladería de por allí, y luego, mientras daba cuenta de él, me dediqué a visitar algunas tiendas que me interesaban, un par de bazares con montones de cachivaches inútiles, o también una tienda de música en cuyo aparador resplandecía desde hacía algunas semanas una Gibson Les Paul que *nunca* en la vida tendría el dinero ni la clase suficiente como para tocar.

No fue hasta una hora más tarde, que, sentado en un banco, no muy lejos de la perfumería, atisbé el circunspecto rostro de Lucía acercándose a pasos cadenciosos hacía mí. Una vez hubo alcanzado mi posición, la invité con voz tranquila a sentarse a mi lado y le pedí con dulzura que me contara lo que había pasado, a ver si entre los dos podíamos hacer algo para arreglarlo. Lucía entonces, por lo menos al principio, no mostró intención alguna de moverse, ni de responderme, ni tampoco de querer expresar nada, más que mostrarse bastante seria y avergonzada, mirando fijamente a algún punto a lo lejos a su izquierda, y poniendo una de sus caras de penosa culpabilidad, como si el mundo fuera a acabarse al día siguiente y ella hubiera intervenido de forma decisiva en ello. Por suerte esta vez no tuve que insistirle mucho para que se soltara un poco y me explicara el percal. Todo resultó ser bastante preocupante, aunque, afortunadamente, no tenía nada que ver con nosotros dos. Resulta que había decidido marcharse de casa de Sole. Cuando me explicó el porqué, no me extrañó ni un ápice; Lucía *siempre* que tenía un problema podías apostar a que era de índole sexual. Ella nunca te lo planteaba así, como ahora, lo que te decía era

que Sole le había robado su mejor par de zapatos para ir de fiesta y que ella, en respuesta, había usado a su vez un pintalabios carísimo que tenía prohibido tocar; o que la obligaban a llegar pronto a casa y que si no hacía caso la castigaban sin salir —curioso atrevimiento el de castigar a Lucía—; y al final de todo, y como si no viniera al caso, añadía jugueteando con un pie con un vaso de plástico que había en el suelo, que la madre de Sole había pillado a su marido mirándole el culo, y luego, segundos después, apostillaba quedamente: *varias veces...* para finalmente, y ya en un susurro casi inaudible decir: *y las tetas*. ¡Pobre hombre! ¡Qué poca culpa tenía el padre de Sole! Lucía, con la sarta de estúpidos complejos que acumulaba, era incapaz de no vestir minifalda hasta para irse a dormir. Esto es algo muy propio de mi generación, a la que, por cierto, nunca entendí. Yo, por ejemplo, mis complejos los escondía, es lo que me parecía que tenía sentido hacer con los complejos, pero en cambio ella no, ella tenía que ir enseñando el culo por todas partes y responderse a base de miradas ajenas a la pregunta de si lo tenía demasiado gordo. Luego, claro está, los efectos colaterales eran devastadores, como sucedió en casa de Sole, básicamente que la madre de Sole la amenazó con echarla si no vestía más decentemente, aunque fuera mientras anduviera por casa: *ahora estás bajo las normas de esta familia*, le comunicó, y a Lucía, eso le afectó. No es que le molesten las normas, es que es incapaz de cumplirlas, y es perfectamente consciente de ello. Así que decidió tomarse la amenaza más como una revelación y acabó optando por adelantar los acontecimientos y marcharse de allí de iniciativa propia. Luego, aquella misma tarde, cuando la madre de Sole la vio recogiendo sus pertenencias y metiéndolas en bolsas de basura se quedó de piedra y enseguida le pidió que no se tomara las cosas tan a pecho, que, por lo menos, lo pensara un par de días antes de tomar una decisión tan drástica. Incluso, ya totalmente arrepentida de la bronca que le había echado a Lucía, le suplicó llorando que se quedara. Pero para ella ya era tarde. En el fondo de su alma, a Lucía no le gustaba nada provocar problemas.

—Pero tengo *la solución perfecta*—me dijo acto y seguido, y se notaba que tenía unas ganas horribles de llegar a esta parte de la conversación—. Y que sepas que esta vez no habrá problemas para ti.

Asentí, animado por el optimismo de sus palabras, pero sin acabar de entender a qué podría referirse. La verdad es que me imaginaba cualquier cosa.

—¿Y, entonces, para qué tanta urgencia?

Me dijo que ahora le resultaba muy necesario un poco de cariño y comprensión *para una vagabunda...*

—Y quizás un coche para llevar mis cosas a mi *nuevohogar*.

Aquella misma tarde, pues, hicimos el traslado. No fue muy difícil. Lucía solamente había añadido una bolsa de basura a las dos con las que salió de mi casa, aunque podías apostar que en casa de Sole dejó todo un reguero de desorden desperdigado por los más apartados rincones, similar al que dejó en la mía. Pasamos un buen rato de camino a Sant Sadurní, que es donde Lucía iba a ir a vivir ahora, con ella misma explicándome cómo había hecho para conseguir aquel *nuevo hogar*. Estaba más feliz que unas castañuelas, allí los dos de camino a su nueva ciudad por la sinuosa carretera de Vilanova a Vilafranca. Me contó que, al parecer, su madre había conseguido embarcar a varias Hermanas de la congregación de Sant Sadurní en una empresa de costura:

—Las dos únicas cosas que mi madre hace bien son coser y tener hijos —apuntó.

—Y cocinar —añadí yo con toda seriedad. Lo cierto es que aquella única vez que probé la comida de su madre, y a pesar de la horripilante presentación, me pareció una auténtica exquisitez.

A continuación Lucía me explicó que esta vez iba en serio, que la empresa era *para durar*, y que precisamente para este propósito habían alquilado un pequeño almacén donde pondrían algo de exposición y guardarían las materias primas. Allí precisamente estaba *la solución perfecta* de Lucía:

—Una de las *materias primas* voy a ser yo —dijo entre risas. Yo también me reí, aunque fuera más para ocultar la suspicacia que me provocaba su anuncio.

—¿Y cómo has conseguido convencerla?

—Ella misma me lo ofreció.

—¿En serio?

—Le dije lo mal que estaba en casa de Sole y ella me dijo que si volvía al Salón del Reino con ella me dejaba un cuarto que sobraba en el almacén.

—¿Y has vuelto?

—Fui dos veces. Mi madre sólo quería *dar imagen* para ganarse la aprobación de la gente de allí. Me ha pedido que siga, pero no voy a hacerlo. Ni de coña piso otra vez ese sitio.

La verdad es que enseguida me olí algo feo en todo aquello. Siempre que la madre de Lucía intervenía en la vida de su hija era para empeorar las cosas, nunca era la que las estropeaba pero, desde luego, podríamos decir que era lo contrario a una solución. Y eso, a mi modo de ver, es lo peor que puede hacer una persona, y más una madre. La cuestión es que cuando llegamos al sitio confirmé totalmente mi impresión: lo que

ahora Lucía llamaba *sunuevo hogarse* trataba de una especie de cuchitril polvoriento de dos metros cuadrados sin ventanas, en el que solamente cabían un colchón raído, uno de cuyos muelles asomaba amenazante, y una silla que hacía las veces de mesilla de noche y de armario. Cuando Lucía me preguntó ilusionada mi opinión, solamente se me ocurrió decir que *aquellono era más que un zulo*. Ella entonces me miró, y luego asintió convencida, como si llevara días buscándole un nombre adecuado y yo acabara de proponer uno perfecto. De hecho, desde aquel mismo momento empezó a referirse a aquel sitio como *el Zulo*, siempre justo antes de soltar una risotada. A mí, sin embargo, en ese momento por lo menos, no me hizo tanta gracia como a ella. Aquel colchón, para no ir más lejos, tenía pinta de llevar mil años allí y podría haber sido usado por cualquiera; por Dios, aquello podía haber sido perfectamente el picadero de algún degenerado. No le dije nada, para no asustarla, pero no conseguí borrar mi intranquilidad. Me limité a ayudarla a colocar las bolsas de basura con la ropa en el escaso espacio sobrante, y cuando acabamos, y tras cerrar la persiana de afuera, me senté en aquel asqueroso colchón. Pronto la habitación se llenó de un ácido olor a pies. Cuando Lucía lo notó me explicó que era culpa de los zapatos.

—Sole se los ponía cada dos por tres. Y sin preguntármelo. Ella tenía doce pares y tenía que ponerse los míos. Con que me lo hubiera preguntado, le habría dicho que sí..., pero esa chica es una malcriada. Y le huelen los pies a rayos.

—Luci, ¿este sitio tiene baño?

—Tiene un váter. Está al otro lado de las cajas altas. ¿Te acompaño?

—No hace falta.

Fui a echarle un vistazo y volví totalmente deprimido. Estaba asqueroso y, por supuesto, no tenía plato de ducha.

—¿Has pensado donde te vas a duchar?

—No —respondió Lucía poniéndose una mano en la barbilla—. Esa es buena... Muy buena.

—¿Y a cocinar?

Ahora se limitó a asentir y luego a sumirse en un silencio bastante hermético. De la ilusión que debía hacerle estar en un lugar realmente suyo, ni se había planteado las cuatro cosas imprescindibles que necesitaba un sitio para poder recibir el apelativo *dehogar*. No sé hasta qué punto ahora se daba cuenta de que la había cagado, y que no iba a durar nada allí, porque allí no se podía vivir, pero la cara que puso era de estar bajando de golpe a la realidad. Luego a mí me dolió mucho verla así de desilusionada y no tuve más remedio que remar un poco en la otra dirección.

—Luci, ¡acabas de independizarte!

Ahora ella giró su cabeza hacia mí y el brillo pareció volverle un poco a la mirada.

—¿Habrá que celebrarlo, no? —insistí.

—Claro —me dijo, y se notaba que ya empezaba a estar en mi onda.

—Vamos al McDonald's, invito yo.

No había nada en la vida que le hiciera más ilusión a Lucía que comer en el McDonald's; era su auténtica debilidad. Si le hubieras preguntado qué prefería, si una sortija de diamantes o un vale para comer el resto de fines de semana de su vida en el McDonald's, habría elegido sin la menor vacilación la segunda. Así que, ante mi propuesta, no pudo hacer otra cosa más que levantarse de un respingo y ordenarme que me fuerainmediatamente a dar una vuelta, que quería cambiarse yponerse algo decente. Obedecí, y salí enseguida a la calle, donde me encerré en el coche con la radio puesta a esperarla. Cuando, minutos más tarde, salió del almacén y se sentó a mi lado, alabé su deliciosa capacidad de conjuntar prendas desperdigadas dentro de bolsas de basura y luego nos marchamos al McDonald's más cercano. Atrás quedó aquella ruina deZuloen el que ninguno de los dos quería ya pensar.

Pues bien, tal y como preví, al cabo de un par de semanas se acabó el Zulo. Me enteré una tarde en la que Lucía me volvió a llamar para pedirme otra vez que nos viéramos urgentemente. Cuando llegué a Sant Sadurní me la encontré esperando llorosa con sus tres bolsas de basura en mitad de la calle y a kilómetros de distancia de tener un *solución perfecta*. Una vez conseguí que se calmara un poco me contó que su madre se había enemistado mucho antes de lo previsto con sus socios y que había tenido que cerrar el garito; aquella misma tarde le había dado puerta, sin avisarla previamente ni nada. Me dio mucha pena verla así, pero en el fondo no me supo nada mal que aquello sucediera. Lucía era totalmente capaz de haberse acostumbrado hasta a vivir allí.

Así pues, sin muchas más ideas sobre cómo actuar, y siendo como era domingo, decidimos guardar las bolsas de basura en el coche, e ir a pensar a un bareto de por allí. Nada más instalarnos, descubrí que echaban un partido en el televisor, más concretamente un Barça-Celta de la que debía una de las primeras jornadas de la Liga de aquel año, así que enseguida le pedí a Lucía que me dejara ver tranquilo el partido.

Ella accedió, pero sólo a cambio de que luego jugáramos al UNO. No era un mal cambio, así que enseguida acepté; la verdad es que nunca me había gustado mucho jugar al UNO, pero normalmente cuando ya llevaba un rato empezaba a pasármelo bien, especialmente si estaba Lucía por en medio. Más que nada, porque siempre que jugábamos yo no dejaba de hacer trampas en todo el rato y Lucía estaba casi más concentrada en pillarme que en jugar bien sus cartas, con lo que yo acababa ganando siempre. Pues bien, así lo hicimos y, una vez acabado el partido, que obviamente ganó el Barça, pusimos el montón de cartas encima de la mesa y empezamos a jugar. Al cabo del rato, Lucía parecía haberse olvidado completamente de que no tenía donde dormir y se lo estaba pasando en grande. Así nos atardeció, y cuando empezó a ponerse oscuro, compré un par de bocadillos y nos los fuimos a comer al fresco. A mí, en todo este rato se me habían ido ocurriendo ideas, pero a ella ninguna le parecía satisfactoria: le propuse, por ejemplo, volver a casa de su madre, pero ella me respondió con sorna que prefería dormir en un banco del parque antes que tener que pasar una noche más bajo el mismo techo que su madre. Un hotel era también impensable porque había dejado el trabajo de la perfumería al venirse aquí y no tenía nada de dinero; de hecho, tenía deudas con los padres de Sole y me dijo que, por encima de todo, no quería deber nada más a nadie, y especialmente a mí. Así que nos encontrábamos ante lo que, sin duda, parecía un callejón sin salida. Acabados, pues, los bocadillos y sin mucho más que hacer, nos quedamos los dos un buen rato callados, observando la gente que pasaba por la plaza. Lucía miraba a las chicas y era obvio que analizaba con perfidia su manera de vestir y de andar e iba poniendo etiquetas por doquier —cuando eran muy obvias incluso me daba un codazo y me las decía—, mientras que yo, por mi parte, me dedicaba a mirar discretamente a los carajilleros que aún quedaban en el bar. En este caso en concreto había dos, el primero era rechoncho, contaría unos sesenta años —aunque esta gente suele ser más joven de lo que aparenta—, y tenía las facciones de la cara apiñadas en el centro y multitud de arrugas y grietas circundándole el rostro; y el otro era bastante más viejo y no tardó en marcharse montado en una bicicleta y dando tumbos. A veces me apasionan estos personajes, son de lo más español que uno puede encontrar; siempre me he preguntado si en Finlandia tendrán carajilleros también. A todo esto, cuando ya casi había anochecido del todo, por fin a Lucía pareció ocurrírsele una idea. Me la dijo tan tranquilamente, sin pestañear, como si comentara lo bella que se había puesto de repente la comarca tras la llegada del otoño. Tenía que ver con trasladarse a mi coche a vivir. Cuando acabé de oírla me la quedé mirando fijamente unos segundos.

—Claro, es buena idea —le respondí—. Es más, se me ocurre otra: yo mañana dejo también el trabajo con mi padre y nos vamos los dos a buscar chatarra y a venderla. ¿Tú crees que en el maletero del Focus podríamos meter una farola?

—¡Sólo digo mientras no encuentre algo!

Si hubiera sido una niña pequeña, nada más decir esto, se habría cruzado de brazos y habría intentado resistir a los incipientes pucheros. Pero no le hizo falta hacer nada de eso para convencerme. Sencillamente aceptó con un resignado silencio mi indignación y luego reposó su mirada en el horizonte con tanta confianza que no me cabía ya duda de estaba aceptando que esta noche la iba a pasar en la calle.

—Mira, Luci, yo te digo lo que vamos a hacer —le comenté minutos después, y no sin antes haberlo meditado a conciencia—: esta noche vamos a Vilafranca, yo meto el coche en el parking, y tú duermes allí, pero mañana mismo por la mañana *vasinmediatametea* buscar un piso de verdad.

—No me darán un piso a mí, Elí. —Ya se había puesto negativa. Cuando Lucía se ponía positiva arrasaba con todo, pero cuando se ponía negativa era un drama. No había Dios que le levantara el ánimo.

—No te lo darán si vas así, lamentándote y diciéndole a todo el mundo que eres *unavagabunda*. Pero si vas con un contrato fijo de trabajo y con todas las ganas te darán *ospisos* si quieres.

Ahora estaba enfurruñada y no atendía a razones, así que me callé. Al cabo del rato, por suerte, le mejoró el humor.

—Hombre, estaría bien volver a Vilafranca —me dijo—, así estaríamos más cerca.

—Claro, mujer. Además, allí hay mucho más trabajo que aquí.

Ahora me miró con los ojos abiertos de par en par y me dijo que le parecía perfecto, que cuando yo quisiera podíamos empezar con el plan.

Así pues, aquella noche Lucía durmió en mi coche, y al día siguiente, bien pronto por la mañana, nos fuimos los dos a repartir currículums por todo Vilafranca. Aquel día, gracias a la infinita paciencia de mi padre, me pude pedir fiesta, pero al siguiente tenía una macro instalación en Sitges y no podía escaquearme, de modo que Lucía tuvo que seguir sola. Estuve, de hecho, toda la semana y parte de la siguiente ocupado con aquella mansión, pero cada tarde, al acabar, iba sin falta a ayudarla en lo que podía. Lucía, a todo esto, se mostraba bastante activa, moviéndose con sus escasos recursos y ocupando su tiempo en hacer entrevistas de trabajo, enseñando aquella sonrisa tan llena de lucidez que era capaz de poner siempre que le daba la gana; sin embargo al pasar de los días, y a medida que la fueron rechazando de los trabajos para los que se

postulaba, fue perdiendo algo de fuelle y entristeciéndose poco a poco. Hasta que al final acabó desconectándose del todo. Aquellos días eran lamentables, Lucía se dedicaba a esperarme todo el día dentro del coche, durmiendo, y cuando yo llegaba a las seis de la tarde, en lugar de encontrarme a una chica joven y llena de energía, lo que me encontraba era más bien un alma en pena; tanto que me había reprochado a mí estar siempre triste... Yo, por supuesto, cuando la veía de este humor, la arrastraba afuera del parking y la obligaba a andar por Vilafranca, a mirar inmobiliarias para que se fuera ilusionando con pisos y, aunque no la entrevistaran en ningún sitio, por lo menos que le diera un poco la luz del sol. A veces me enfadaba un poco con ella, por ser así de derrotista, pero normalmente sólo le tomaba un rato el pelo, cosa a la que ella solía responder casi siempre riéndose y luego vengándose de mí leyéndome con soltura mis defectos, tan buena era la tía para hurgar dentro de mi alma. Aunque también hubo algún día que otro en que no hubo quien la animara. Entonces te soltaba toda clase de estupideces como que todo le salía mal en la vida y que no valía para nada... Lucía se ofuscaba muy fácilmente, era su mayor defecto, no le costaba mucho dejarse llevar por impresiones intensas, así de inmadura era a veces. De modo que en aquellos turbios días, aunque a la mañana siguiente acababa yendo a trabajar totalmente destrozado, me quedaba a dormir con ella en el coche, no sin antes traerle hamburguesas, aunque fueran caseras; el dinero no daba para ir cada día al McDonald's. También aprovechaba la tesitura para explicarle historias de mi vida en las que la moraleja siempre acababa siendo que había que tener paciencia y, sobre todo, *vista*, ante las que ella solía reaccionar mostrándose bastante aburrída, cuando no perdía la calma, para al final acabar suplicándome que tratara de hacer algo más provechoso con mi vida que pasarme el día dándole consejos. Yo, entonces, que la entendía perfectamente, me callaba, y si ya era tarde, dejaba que se acurrucara a mi lado, y luego le cantaba algunas canciones de Oasis que me sabía de memoria y que ella solía pedirme —aunque las cantaba fatal— porque decía que la ayudaban a dormir.

Fue precisamente un día de estos que decidí llevármela conmigo al trabajo. Recuerdo que aquella mañana llegué pronto al parking porque necesitaba el coche para ir a una instalación en Barcelona, y cuando abrí la puerta del Focus y me la encontré allí sentada, totalmente despierta, pero con los ojos a duras penas abiertos y la marca de la sujeción del cinturón dibujada en su cara, entendí que habría sido una estupidez dejarla en Vilafranca sola el resto del día.

—Me estoy meando, Elí, auténticamente —aclaró Lucía lo primero de todo, poniéndose

la mano en la entrepierna como si fuera un hombre.

—Ahora vamos a la cafetería, cielo.

Ella asintió mientras me arrebatava de la mano una bolsa repletita de cruasanes que había traído de casa para que desayunara. Fue entonces, mientras se llenaba la boca sin ningún escrúpulo, cuando le propuse lo de venir conmigo. Ella, lo primero de todo, dejó de golpe de masticar, para a continuación quedárase mirando de hito en hito.

—¿A dónde?

—A la playa. ¿Dónde va a ser, cariño?

Lucía siguió ahora quieta, aún con los ojos entornados y mirándome como si le estuviera diciendo algo con doble sentido.

—¿Me lo dices en serio?

Le expliqué entonces que aquel día tenía una instalación sencilla, sin Jorge, y en la que los clientes no estaban en casa, por lo que no había peligro de que causara problemas. Eso no significaba, por supuesto, que no me estuviera jugando el poco crédito que me quedaba en la empresa, y sobre todo el respeto de mi padre, pero esto me guardé de decírselo, no fuera caso que le diera por negarse en redondo. Al final me dijo que vale y yo, tras cargarla en el coche como una maleta de herramientas más, y pasar a continuación por una cafetería para que meara, puse rumbo a Barcelona.

Fue encantadora la cara que puso Lucía cuando abrí la puerta de la casa de los clientes. No debía de haber visto uno de esos palacios más que en la tele.

—¡Dios! —dijo, y luego se pasó media hora repitiendo la palabra *Dios*.

—No toques nada, eh...

—Vale. ¿Dónde te dejo el cable? —Ya que me acompañaba, por lo menos la hacía trabajar.

Le respondí que donde yo estaba dejando el resto de las cosas, y ella, tras obedecerme, y mientras yo desplegaba la maleta y empezaba a disponer lo necesario para empezar el trabajo, se fue a dar una vuelta por el piso. De vez en cuando oía un: *Dios, Elí, ¿has visto esto?*, tras lo cual me decía que quería una cosa de esas para *sufuturo pisitoy* luego se echaba a reír. Cuando se cansó de hacer el mono, volvió a mi lado.

—¿Así que esto es lo que haces? —me dijo mientras me veía cargar la pistola de cola.

—Sí, señora. Éste es mi trabajo.

—Pues no está tan mal.

—No. En el fondo no lo está.

—¿Y por qué te quejas tanto siempre?

Me detuve y me la quedé mirando.

—¿De qué me quejo yo?

—Ah, no sé. Siempre te estás quejando, Elí. Me dirás que no te quejas siempre de esto. De esto y de todo...

Como respuesta le despeiné el pegajoso flequillo, cosa que le irritó bastante.

—Joder, Elí, con lo que me cuesta peinármelo...

—Pero si estás más guapa así.

—Oye, se me ha ocurrido una idea —me dijo instantes después, acabando de arreglarse el pelo.

—¿Cuál?

—Podría ducharme aquí.

La miré perplejo.

—Ni de coña.

—Lo decía en broma, Elí, no hace falta ponerse así.

—Mira, si por casualidad al cliente se le ocurre venir ahora, cosa que no debería suceder, pero que no sería tan extraña, le digo que has venido a ayudarme, que soy el hijo del jefe y toda esa historia. Pero si te encuentra duchándote, ¿qué le suelto, que te he encontrado aquí y que pensaba que eras la mujer de la limpieza?

—Elí, ya te he dicho que no lo decía en serio.

Me pierde la compasión. Siempre me ha perdido. Además, Lucía daba asco, pobrecita. Haría tres o cuatro días que no encontraba a alguien que le prestara una ducha y tenía el pelo lacio y sucio, yapestaba si te acercabas a menos de medio metro de ella. Y lo peor de todo es que no era ésta la primera vez que se encontraba en esta situación. Una vez me explicó que de cría, en el colegio, todos sus compañeros la odiaban porque siempre andaba con piojos. Su madre en aquella época estaba demasiado ocupada con sus negocios turbios y sus novios, amantes y maridos que desfilaban por casa uno tras otro, dejando al resto de la familia en muchas ocasiones totalmente descuidados. Luego también pensé que a Lucía le encantaba hacer cosas arriesgadas y que debía pensar que yo era un tío muy aburrido... La cuestión es que al final acabé diciéndole que sí. Hasta tuve que insistirle. Entonces, cuando por fin conseguí convencerla, ella se fue al coche a buscar algo de ropa limpia y una toalla de entre las bolsas de basura, y luego se metió en la lujosa ducha del cliente. Salió ofreciendo un aspecto la mar de fresco y relajado.

—Mira, Elí, que bien que huelo —dijo acuclillándose a mi lado.

—Oye, ¿no te puedes secar el pelo un poco más? Es que así da la sensación como si

te hubieras acabado de duchar...

—Sí, sí, ahora voy, solo quería que disfrutaras de una Lucía recién desinfectada y desparasitada.

Volvió al cabo de los segundos con el pelo imperceptiblemente más seco y se sentó a mi lado a ver como pegaba el cable con la cola. En ese momento me fijé en que tenía la vista clavada en la herramienta que usaba para fijar cables a las paredes e imaginé que le apetecería una explicación.

—Esto es una pistola de *colatermofusible*. —Dije la palabra complicada lentamente para que la entendiera.

—¿*Termofundible*?

—No, *termo-fu-si-ble*.

—Me gusta. —Acercó una mano cautelosa, pero enseguida vio que podía ser peligroso—. Está caliente.

—Claro, si no, no sería *termo*-fusible. Sería sólo fusible. O sólo cola.

Era verdaderamente gracioso lo fácilmente que se impresionaba Lucía con las novedades, siempre ponía unos ojos preciosos cuando algo la sorprendía; aunque en esta ocasión era todo su aspecto el que estaba deslumbrante. Le había sentado realmente bien esa ducha.

—Es mucho mejor así —me dijo.

—Sí. Mucho mejor.

Me llegó entonces un poco de su olor a pelo limpio y decidí besarla en los labios. Ella saboreó el beso y cuando me separé me encontré con una mirada pícara y una ceja sugerentemente arqueada.

—Luci...

Rompió a reír.

—No, Lucía Alonso, eso sí que no te lo voy a consentir.

—Yo no he dicho nada.

Salté de nuevo encima de ella, besándola otra vez, ahora con más pasión, y acariciándole un pecho por encima de la blusa, pero pronto me separé bruscamente.

—Vete para el coche —le ordené.

—¡Tienen una cama de agua gigante! Seguro que tiene uno de esos botones que la hace vibrar.

—Venga, vete ya, que a mí me quedan dos minutos. Y llévate esto.

—Cobardica.

Maldita sea, tenía razón. Hacía un millón de años que no hacíamos el amor y habría

sido un polvo de esos que hacen historia. Pero en lugar de ceder a la tentación, la eché a empujones de allí. Luego acabé de recoger las cosas y cerré la puerta de casa del cliente, no sin antes rezar por que no tuviera cámaras.

—Maldita sea, Luci —le dije entrando en el coche—, siempre tienes que llevar las cosas un poco más allá.

Ella no podía parar de reír. Sabía que estaba totalmente confundido y lo disfrutaba a más no poder. Estaba de un buen humor que daba asco.

Pues bien, exactamente tal y como yo predije, todo no era más que una cuestión de paciencia y actitud, y apenas algunas semanas después de mudarse a mi coche, Lucía encontró lo que buscaba: trabajo primero y poco después un piso. El trabajo fue, desde luego, lo más difícil; la entrevistaron en medio centenar de sitios antes de que en alguno aceptaran su juventud, escasez de estudios y un currículum lleno de trabajos abandonados abruptamente. Lo cierto es que tuvo suerte, porque el puesto que consiguió, de cajera en un supermercado, no estaba nada mal, el horario era de jornada intensiva, con turnos permutables, y el sueldo, que era al fin y al cabo lo importante, daba más que suficiente para sus necesidades. Cierto es que los primeros días lo pasó un poco mal, pero Lucía siempre se acababa aclimatando a todo, especialmente si el mayor problema que tenía era que le exigieran mucho trabajo físico y unas compañeras dispuestas a amargarle la vida a poco que se diera la vuelta. Respecto al piso todo fue un poco más sencillo. Con un contrato fijo de trabajo enseguida se le abrieron todas las puertas, y ella acabó eligiendo un ático muy viejo, bastante bien situado, eso sí, en la Avenida de Barcelona, con la cocina reformada, y unas luminosas vistas al aparcamiento del interior de la manzana. Por encima de todo lo demás, era barato, que era lo primordial. Lo que ya fue otro cantar fue amueblarlo. Lo primero que consiguió fue, por suerte, lo más importante: un sitio blando donde dormir, y eso fue posible, curiosamente, gracias a su madre. Resulta que la mujer, antes de devolver las llaves del almacén donde estaba el *Zulo*, había decidido desvalijarlo y, en un arranque de generosidad, le regaló a su hija aquella asquerosidad de colchón. Luego yo también la ayudé en lo que pude, me dejé todos mis ahorros, por ejemplo, en comprar una cocina de butano y una nevera, y poco tiempo después, entre

los dos, y a medida que fueron llegando sus primeros sueldos, fuimos haciendo acopio de los enseres más básicos de una casa, una cubertería que estaba de oferta en su propio supermercado, cacharros para hacer la comida, una estufa... De cualquier modo, no había ninguna prisa. Lucía siempre se había apañado con cualquier cosa, y más ahora, que por fin había conseguido independizarse *de verdad*. Huelga decir que yo no tardé mucho en irme a vivir con ella; después de todo lo que habíamos pasado juntos ni siquiera me parecía un paso demasiado especial, más aun teniendo en cuenta que, para cuando se mudó a su nuevo hogar, y una vez recuperada la normalidad, y nuestra rutina más o menos tal y como la habíamos tenido, nuestras veladas empezaron a acabar casi siempre allí, en su casa. Hasta había acabado guardando algo de ropa del trabajo en su perchero, para poder ir directamente a las instalaciones al día siguiente sin tener que pasar por la mía. Así que, cuando una tarde tranquila de domingo a mediados de otoño, ella me propuso instalarme definitivamente allí, casi me pareció más un ejercicio de practicidad que una especie de hito en mi vida o en nuestra relación. Sí, en cambio, sé que fue algo importante para ella. Más que nada, porque me prohibió pagar absolutamente nada. Aquella era su casa, y ahora quería devolverme, de alguna manera, todo lo que yo había hecho hasta el momento por ella. Obviamente, como he dicho, me pareció una decisión acertada y me mudé inmediatamente a su piso.

Y así fue como, apenas un par de meses después de que Lucía decidiera lanzarse sin pensárselo dos veces a la calle por no ser capaz de respetar las razonables normas de una casa donde habían tenido el sentido de la compasión y de la hospitalidad de acogerla, pudimos seguir por fin con nuestra vida. Y aquí tengo que decir que, aunque yo estaba más contento que unas castañuelas y rezando porque las cosas se quedaran tal y como estaban, aunque fuera, durante un par de meses más, no todo el mundo iba a acoger con la misma alegría que yo estas nuevas circunstancias que habían envuelto mi vida. Y no me estoy refiriendo a mis padres, a los que no les hizo una tremenda ilusión que me emancipara, pero que, como aún les hizo menos que hubiera vuelto con Lucía, dieron esa circunstancia por una consecuencia simplemente natural de la anterior. Me refiero, efectivamente, a mi religión. De hecho, puedo asegurar que les iba a hacer tan poca gracia cuando se enteraran —porque, obviamente no se habían enterado todavía—, que esta vez sí que no me iba a librar *de la expulsión*. Eso es una de las cosas que tenían de malo los Testigos, a parte de sus contradicciones doctrinales y su absoluta ausencia de sentido del humor: la expulsión. Para que se me entienda me arriesgaré con una metáfora: digamos que los Testigos eran como un tipo

muy paciente y bondadoso pero un poco desquiciado. Eran capaces de tratarte con la mayor de las indulgencias durante largo tiempo, aguantando lo que ellos consideraban que era toda una suerte de rebeldías por tu parte, como, por ejemplo, que te llevaras a vivir a casa de tus padres a tu chica, en lo que debieron suponer que era una maniobra hecha solamente para poder saltarte a tu aire un buen puñado de las normas bíblicas referentes al sexo —como si se necesitara una casa, o siquiera una cama para saltarse este tipo de normas—, contentándose únicamente con ir tragando saliva y leyéndote de tanto en tanto algún que otro texto bíblico sin perder en ningún momento la compostura, hasta que, en un momento dado se les agotaba la paciencia, y eran capaces de volarte la rodilla de un tiro sin pestañear. O expulsarte, que es lo que venía a ser el caso. La verdad es que a estas alturas no podía esperar otra cosa, llevaban ya demasiado tiempo aguantándose como para volver a pasármela; lo podía ver en sus rostros, cada vez que me cruzaba con uno de ellos por Vilafranca, me encontraba con la misma mirada de fingida simpatía, que en realidad apenas ocultaba una insaciable sed de venganza. Esta vez les iba a bastar el menor indicio de que vivía con Lucía sin haberme casado todavía con ella para convocarme al Salón del Reino y dedicar una tarde entera a citarme como medio centenar de textos bíblicos que, en resumen, vendrían a decir que a estas alturas me quedaban ya más bien pocos números para entrar en el Paraíso, y que, además, no fuera caso que le fuera a contagiar *mi rebeldía* algún incauto, iban a dejar de dirigirme la palabra —tanto ellos como el resto de los seis millones de miembros alrededor del planeta— a la voz de ya. Con la gracia que le iba a hacer esto a mi madre. Porque mi madre era muy rebelde, pero también muy creyente, y no cabe la menor duda de que, después que a Lucía, —y probablemente no sin algo de razón— le iban a echar a ella la culpa *de todo*. Y eso, desde luego, no iba a mejorar demasiado su situación en el Salón, ya bastante complicada desde hacía un tiempo, teniendo en cuenta que la gente, a estas alturas, estaba ya un poco harta de sus cantos a la libertad, y que desde que mi padre y mis hermanos habían visto que a mí no me fulminaba un rayo tras dejar de asistir a las Reuniones, apenas ya la acompañaban. La verdad es que mi madre tenía poca suerte en la vida. Es la única persona que conozco a la que le cuesta menos esfuerzo que a mí quedarse sola.

La cuestión, y lo que venía a decir con todo esto, es que me alegraba mucho de que Lucía hubiera encontrado un hogar, y que yéndonos a vivir juntos todo hubiera vuelto a un cauce más racional, pero no podía dejar de pensar en el disgusto que le iba a dar a mi madre con lo de la expulsión, ella, que se lo merecía todo y más por haberme criado a mí y a mis hermanos sin acabar en el manicomio. Así que no tardó en metérseme

entre ceja y ceja tratar de ahorrarle el trago. A tal efecto, pues, elaboré un sencillo plan, cuya esencia residía simplemente en que los Testigos no se acabaran enterando de que vivía con Lucía. El plan, consistía básicamente en dos puntos: el primero requería que Lucía y yo guardáramos bajo cualquier circunstancia en secreto nuestra convivencia. No podíamos decírselo, por supuesto, a ningún Testigo, ni que fuera amigo —a Otero el que menos—, ni tampoco a conocidos o familiares de éstos. Cuando le expliqué este punto a Lucía se puso como una moto, pero cuando luego le comenté que lo hacía por mi madre se suavizó y me dio un poco de cancha; me dijo que, por lo menos por su parte, no tenía nada que temer, que no tenía la menor intención de cruzar palabra con ninguno de los *mojigatos* con los que yo me empeñaba en no perder contacto. Menos gracia le hizo la segunda parte del plan. Ésta era sencillamente un complemento necesario de la anterior, y consistía en que no se nos viera entrar al mismo tiempo en casa. La verdad es que los Testigos, aparte de contradictorios, poco dados al sentido del humor, y sumamente vengativos, tampoco es que tuvieran muchas luces, y si veían entrar a Lucía en un edificio y pocos minutos después a mí en el mismo, era más que posible que no relacionaran los dos hechos. Así pues, ahora, cuando nos dispusiéramos a ir, por ejemplo, al cine, Lucía iba a tener que salir primera, sin mí, y a continuación seguir unas instrucciones y un itinerario precisos para encontrarse más tarde conmigo y que pareciera que sencillamente habíamos quedado en ese lugar. Lo mismo sucedía si había que salir a dar un paseo, o ir a visitar a alguno de sus hermanos, o cuando había que ir al supermercado, esta última con la única salvedad que, a la vuelta, como teníamos que entrar también por separado, sólo uno de los dos podía subir las bolsas de la compra, y ese, al final, siempre acababa siendo yo, que era al único al que de veras le importaba el plan. Pues bien, al principio todo fue relativamente fácil, pero con el tiempo, y más cuando a Lucía empezó a darle por ponerse graciosa —cuando no por irritarse manifiestamente—, y se puso a bombardear mis esfuerzos, todo acabó convirtiéndose en un buen despropósito. Podríamos decir, de hecho, que a la semana y media ya no había plan. Así que, al final, no me quedó más remedio que conformarme con ponerme terriblemente paranoico y sentirme bastante culpable cada vez que entraba en nuestro portal acompañado por una despreocupada Lucía, o acaso cuando ponía los pies en casa de mis padres para hacerles una visita.

El caso es que un buen día, a principios de aquel otoño, estaba tan blando con el tema, que no pude evitar acompañar a mi madre al Salón del Reino. No sé ni por qué lo hice, ni siquiera me lo pidió ella, sencillamente estaba en casa de mis padres, comiendo con

ellos, y al acabar, cuando mi madre fue a arreglarse para marcharse a la Reunión, se me ocurrió preguntarle si le apetecía que la acompañara. Ella me miró entonces con cara de sorpresa, y a continuación me dijo que le parecía bien, siempre y cuando, claro está, me diera prisa, que no quería llegar tarde, como era *yalarga tradición en esta familia*. Yo asentí, y acto y seguido me largué corriendo a mi habitación para cambiarme. Ya de vuelta en el comedor, bien arreglado, como hacía un siglo que no me veía, le ofrecí un brazo a mi madre y finalmente nos pusimos los dos en marcha.

Y así fue como, después de casi dos años, me encontré de pronto a mí mismo en la fría y ventosa tarde de un domingo de otoño frente al Salón del Reino de los Testigos de Jehová de Vilafranca. He de reconocer que cuando abrimos la puerta de la entrada y accedimos al recibidor me puse un poco tenso. Fue por varias razones, obviamente, aunque recuerdo que, sobre todo, me sobresaltó el hecho de entrar en aquel sitio y encontrármelo todo *exactamente* igual que siempre: la misma decoración, el mismo eco de los tacones de mi madre, las mismas caras girándose hacia nosotros con idéntica expresión átona... Otra vez esa sensación de que habían pasado más años de los que en realidad habían pasado, y que esta vez se me ocurrió desgranar suponiendo que todas estas aventuras que había vivido en este lapso de tiempo, al contacto con mi pasado, provocaran una especie de interferencia, como si estos dos años no pertenecieran más que a un sueño y ahora, al poner mis pies de nuevo en el firme suelo del Salón, simplemente acabara de despertar a la realidad. Bajo esta turbadora sensación, pues, estuve recorriendo al lado de mi madre el pasillo que llevaba al auditorio, rodeando el patio de butacas, para finalmente sentarnos detrás de todo, en lo que era nuestro sitio habitual desde tiempos inmemoriales, y al que habíamos acabado llamando afectuosamente *el gallinero*. Esa parte del Salón era probablemente la única que sí había cambiado; no tantos años atrás aquel *gallinero* había estado lleno de animación: mis padres, mis dos hermanos, Lucía, e incluso su madre —durante un breve tiempo, antes de que la primera se cansara de *venir a calentar butacas* y la segunda se enemistara con media congregación—. También teníamos a menudo la visita de Otero y su familia, o la de algunos otros Hermanos que se sumaban de vez en cuando con más o menos timidez al carro de *la rebelión* y venían a buscar albergue entre los que éramos capaces, o ellos creían capaces, de comprenderlos... Hoy, sin embargo, allí estábamos solamente mi madre y yo, viejas reliquias los dos, observados de soslayo por alguna mirada que de vez en cuando se activaba desde el otro lado del auditorio. El resto muy probablemente se habría cansado de rebelarse para acabar retornando a su sitio habitual, o, tampoco había que descartarlo, sencillamente había

tomado ese pasillo por el que acabábamos de entrar y lo había recorrido por última vez en dirección a la puerta de salida.

La primera parte de la Reunión transcurrió sin ningún incidente destacable. Mi madre se la pasó como solía, tomando notas, y dándome codazos de vez en cuando para protestar por alguna de las razones que el discursante exhibía, mientras yo intentaba que no me diera un ataque de ansiedad de lo rematadamente aburrido que estaba. Lo probé con todo, como había hecho siempre: repasando los detalles del mural pintado a mano detrás del púlpito —una grotesca representación del Paraíso, con su puesta de sol idealizada, el león paciendo al lado del cordero, la llorosa sudamericana abrazando a lo que se supone que eran sus padres recién resucitados—, también hice algunos mandalas en mi libreta, y me dediqué un rato a repasar que no faltara ninguna de las abuelas de toda la vida; siempre me había llevado muy bien con las abuelitas de la congregación, por cierto, al revés que Lucía, que solía decir que le dabangrimilla. Al final, y ya bien entrada la segunda parte de la Reunión, me había quedado sin nada con lo que distraerme, y no tuve más remedio que quedarme mirando fijamente, como un enajenado, durante una hora la calva del Hermano Álvaro López, que estaba sentado unas filas delante de nosotros. El Hermano López era uno de los pocos tipos de los que podías encontrarte por allí con el que valía la pena tener una conversación; se trataba de un hombre bastante peculiar, entre otras cosas tenía un amaneramiento bastante pronunciado que siempre, allí donde iba, provocaba los murmullos de todos los Testigos, que no tardaban en catalogarlo comogay. Es probable que así fuera, que fuera homosexual, quizás en su buena época habría tenido su vida plena por ahí y ahora, bien pasada ya la sesentena, y apagados los fuegos de la juventud, habría vuelto al regazo de su religión, muy probablemente por añoranza, o quizá por miedo a la muerte. Tenía, de cualquier modo, un sentido del humor bastante fino el Hermano López —se notaba que había sido practicado fuera de los Testigos—, y siempre tuvo más en común con los del gallinero que con cualquier otro sector del Salón; es posible que fuera precisamente por eso por lo que se hallaba siempre cerca. Aunque, curiosamente, una de las cosas que más me gustaba del Hermano López era el increíble parecido que guardaba con mi abuelo. Recuerdo, de hecho, que de pequeño, años antes de mudarnos a Vilafranca, y en alguna de las visitas que hacíamos a menudo a esta congregación, llegué en alguna ocasión a ir corriendo a saludarlo, pensándome que se trataba de mi abuelo, para luego encontrarme con la desagradable sorpresa de que no era él, sino un mero suplantador. Suerte que siempre se lo tomó a broma, el bueno del hermano López. Precisamente, en los mismos instantes en que

recordaba esto, no pude evitar traer también a mi memoria algunas de las vivencias con mi abuelo, y retrotraerme al poco al apartamento que él tenía allí en Palafrugell, en plena Costa Brava. Mi abuelo, murciano de nacimiento pero catalán de adopción, y un enamorado del mar y del Ampurdà, había adquirido aquel pequeño piso bien entrada ya la vejez, con la intención de que fuera un rincón para ir de vacaciones toda la familia; aunque luego, como a mi abuela nunca le gustó un ápice ir allí, acabara convirtiéndose casi más en un refugio donde él se escondía la mitad del año de ella. Sí que íbamos, sin embargo, de vez en cuando mis hermanos y yo, y convivíamos con él durante un par de semanas mientras mis padres se tomaban unas merecidas vacaciones en pareja. No era un hombre fácil mi abuelo. Estricto y emocional, le gustaba despertarnos a las ocho de la mañana en plenas vacaciones poniendo a Beethoven en un radiocasete que sonaba como si estuviera sumergido en aceite. Luego yo, que era el único que tenía la paciencia suficiente para aguantarlo, también era el único que me levantaba y lo acompañaba en los preparativos de sus copiosos ágapes matutinos, y luego quizá también a dar un paseo en bicicleta. Esos paseos son de los recuerdos más agradables que tengo con él, largos ratos en silencio, circulando por los caminitos cuajados de pinocha y de raíces nervudas, y circundados de los preciosos *penya-segats* de la Costa Brava, camino al Far de Sant Sebastià o a alguna cala como Tamariu o Llafranc. Era tan hermoso aquel paisaje que casi ni me importaba que a mi abuelo muchas veces rompiera aquel silencio para citarme algún texto de la Biblia, o detallarme los nombres de alguna planta aromática con la que nos tropezábamos; o incluso que cobrara de repente consciencia de lo viejo que era, para luego soltarme alguna que otra parrafada sobre lo implacable que era el tiempo y lo importante que era aprovecharlo. Mi abuelo tenía mucho peligro con estas cosas. A veces, ya más hacia el final de su vida, me insistía con la idea de aprovecharlo todo, especialmente a él, ya que en breve, solía decir, *l'legarà su hora*. Nunca entendí a qué debía referirse con eso de *aprovechar*. Recuerdo que una vez, tras una charla de estas, se me ocurrió decidir que, con lo viejo que era mi abuelo, era posible que no anduviera equivocado del todo, y que, aunque fuera por una vez, no estaría mal probar a hacerle caso. Ante este axioma, pues, no tuve más remedio que intentar concentrarme con todas mis fuerzas y tratar de pasarme aquel día vigilando de no estar *desaprovechando*, y más concretamente el tiempo que pasaba con él. No conseguí, obviamente, nada más que una especie de ansiedad enfermiza, como un estreñimiento sinfónico que me permitió irme a dormir con una insólita inquietud, una que aún no había tenido el gusto de conocer. Tiempo después entendí que todo

aquello no tenía nada que ver conmigo, que sencillamente él tenía un presentimiento, o un deseo, y que convertirlo en palabras lo consolaba, o lo distraía. Ya más tarde, cuando efectivamente murió, lo hizo casi a sabiendas, parecía que lo tenía bastante asumido, o que incluso lo llevara anhelando desde hacía tiempo. También a mí me dio la misma sensación, como si yo me hubiera desapegado de él tiempo atrás, como si cada vez que me pidiera que lo aprovechara, lo que yo hiciera en lugar de aquello fuera perderlo un poco. Es por esa razón, o eso supongo yo, que luego me afectó tan poco su muerte, y por lo que ahora ni siquiera era capaz de añorarlo, o, por lo menos, acordarme de él sin tenerme que pasar antes una hora sin otra cosa que hacer más que mirar la viva reproducción de su calvorota, y ponerme a pensar a continuación en lo bien que le sentaría darse cuenta de que su hija y su nieto se habían convertido en unos *rebeldes*, o en unos solitarios, un poco lo que él siempre fue, aunque mi abuelo ni en un millón de años habría apreciado la sutileza de esta simetría.

Pues bien, una vez acabada la Reunión, y tan pronto como las voces de la sala se elevaron dando por clausurada la sesión, decidí guardar mi libreta en la cartera y marcharme de allí con viento fresco. Había cumplido con creces mi misión embutiéndome en esa especie de velatorio de la diversión y la alegría de vivir durante dos horas y no pensaba dar propina; luego de ahí, si me expulsaban y mi madre tenía que pasar un mal trago, pues que lo pasara, al fin y al cabo, ¿quién era yo para protegerla de la torpeza del ser humano? Aunque, lamentablemente, no todo iba a ser tan fácil. Resulta que los Testigos, aunque interiormente te odien, y sean capaces de ignorarte completamente si te encuentran deambulando totalmente desconsolado por el Skating de Barcelona, luego, en el mismo momento en que te dejas caer por su garito, suelen verse presas de la imperiosa necesidad —muy probablemente inspirada por alguna clara malinterpretación de algún texto bíblico— de mostrarse amables y solícitos contigo hasta el hastío. De hecho, antes de poder siquiera embocar el pasillo de salida, me vi forzado a mantener varias cordiales y empalagosas conversaciones con Hermanos que venían a saludarme y a interesarse, todos sin falta, jóvenes o viejos, amigos o prácticamente desconocidos, y como si fuera la mayor irregularidad que hubieran presenciado en su vida, sobre los motivos por los que llevaba tanto tiempo sin dejarme ver por allí. Mi madre tuvo algo más de suerte, o estaba más habituada que yo

a estas escenas, porque, apenas me di la vuelta un segundo, me encontré con que se había esfumado. La vi, de hecho, instantes más tarde, al fondo del pasillo, abriéndose paso entre el gentío a base de sonrisas y echando mano de toda la cortesía de que disponía; que, por cierto, no era demasiada. Enseguida, una vez me hube librado de mis interlocutores, decidí seguirla, pero entonces, antes de que hubiera conseguido dar siquiera dos pasos, me tropecé de repente con quien menos debía haberlo hecho, con nada más y nada menos que el Hermano Ledesma. El Hermano Ledesma era uno de los Ancianos más influyentes de la congregación, un hombre de mediana edad, tirando a joven, de la tierra, vilafranquino de pura cepa. Según tengo entendido había tenido una relación bastante estrecha con mi abuelo, aún no sé si de amistad o de competencia, y también era entre todos al que más había conseguido molestar con mis idas y venidas con Lucía. Era él, por supuesto, quien siempre supuse que iba a ser el encargado de expulsarme.

—¡Bienvenido a tu casa, Elí! —me dijo estrechándome la mano, para luego añadir previsiblemente:— ¿Qué te ha pasado todo este tiempo que no se te ha visto el pelo? Te hemos echado de menos, la verdad.

—Gracias, Hermano Ledesma, muchas gracias —le respondí sin disimular un suspiro—, he tenido cosas, no sé si sabría explicarlas ahora.

—No te preocupes, lo importante es que estés bien.

—Se lo agradezco —le dije mientras ahora contemplaba con envidia como mi madre acababa de conseguir llegar a la puerta y escapar de allí.

—¿Cómo te va todo, Elí? —me dijo instantes después el Hermano Ledesma, frunciendo el ceño y girando la cabeza, como si en lugar de hablar con una persona estuviera examinando detenidamente un cigüeñal.

—Bien, bien. Se hace lo que se puede...

—¿Y tu madre? ¿Qué tal está?

—Bien, también.

—Se ha ido muy rápido, ¿no?

—Sí. No tiene educación ninguna. Es como un animalillo salvaje, no hay quien la controle.

El Hermano Ledesma sonrió, y luego se quedó unos segundos en silencio, mirándome complacido con una pretendida sonrisa de beato. No tardó en empezar a hablarme de algunas de las conclusiones que había sacado a propósito del discurso de aquel día, y en general de la marcha de la congregación en las últimas semanas, de las que yo, obviamente, no pude seguir ni la mitad. Entre otras cosas el tipo, aparte de ser un

pesado, era de esas personas que hablaba guardándose saliva en el labio inferior, de modo que luego no podías parar de mirar horrorizado la piscinita de baba que se le iba formando a medida que sus labios se abrían y cerraban, mientras no conseguías enterarte de nada de lo que te decía. De cualquier modo, desde el primer momento en que me había encontrado con él en el pasillo, tenía claro que *mi plan* había sido un absoluto fracaso, y que ahora el Hermano Ledesma solamente estaba allanando el terreno para llevarme en cualquier momento a la biblioteca del Salón, y dejarme ya hoy mismo bien expulsado. Lo que, aparte de todo, venía a ser una auténtica desgracia, porque las expulsiones no son cosa de cinco minutos, y podía ir olvidándome ya de dar alcance a mi madre; y eso si no tenía que llamar a Lucía para decirle que hoy no iba a cenar. Curiosamente, al final, en lugar de comentarme nada de la expulsión, acabó arrancándose por lo abstracto.

—¿Cómo está tu fe, Elí? —me dijo de repente.

—¿Mi fe? —Me escandalicé—. Vaya por Dios, mi fe... No estoy muy seguro Hermano Ledesma; hombre, la fe es un asunto verdaderamente complejo... Espero que me disculpe, pero no es que me apetezca mucho ahora hablar de mi fe. Mire, Hermano Ledesma, la verdad es que tengo algo de prisa.

—¿Prefieres entonces que vayamos a predicar un día juntos?

Ahora se le creó un hilillo de saliva entre el labio superior y la piscinita de saliva y estuve a punto de vomitar.

—Está bien.

—¿Mañana, a las cuatro de la tarde aquí, en el Salón?

—Perfecto. Aquí nos vemos.

Me alargó entonces otra vez la mano y, tras estrechársela, me permitió embocar la salida a toda prisa.

A mi madre la encontré a no muchos metros de allí, en realidad nada más girar la esquina, oculta como un forajido del resto de Hermanos, aunque tan tranquilamente, con las manos cruzadas una sobre la otra sobre el regazo, como si hiciera ya un tiempo que practicar este tipo de fugas se hubiera convertido en parte de su liturgia a la hora de adorar a *Dios*. Cuando me vio llegar, sin embargo, se le iluminó la mirada y me entregó una de esas sonrisas que ofrecía espontáneamente y con las que era capaz de resucitar a un muerto. Enseguida, de hecho, volvió a asirme del brazo y no tardamos en ponernos a hablar, los dos de un buen humor exultante, de camino para casa. Yo le estuve explicando, por ejemplo, el absurdo encuentro que acababa de tener con el Hermano Ledesma y diciéndole que me sabía de alguien que mañana iba a ir a

predicar solo, a lo que ella respondió riéndose y aprovechando la tesitura para insultarlo un poco. También hizo un análisis bastante bien elaborado de lo que llevaba a gente como el Hermano Ledesma a andar perdidos como andaban por la vida, y fastidiando a todo el mundo a las primeras de cambio, así como también se lo hizo a otros Hermanos a los que mencionó por nombre; aunque siempre que veía un resquicio dejaba por un momento el análisis y aprovechaba para volver insultar. Especial inquina mostró con el discursante, del que dijo que sabía tan poco de la Biblia que no habría reconocido una aunque se hubiera tropezado de morros con ella. La verdad es que fue gracias a aquel hermoso paseo con mi madre que la tarde, después de todo, no quedó tan desmejorada. Fue un poco, quizás, como en los viejos tiempos; de hecho, dudo que hubiera aguantado tantos años en esta religión si no hubiera sido por las charlas tan llenas de significado como ésta y como muchas otras que nos proporcionó a mí, y a ese ser tan peculiar y maravilloso que es mi madre. De cualquier modo, antes de separar nuestros caminos, ella para irse a su casa, y yo a la de Lucía, le hice una pequeña sugerencia. Le dije que quizás no sería mala idea plantearse de enfocar su talento —que era una avalancha— en algo más constructivo que pasarse una y otra vez cada semana por aquel local, para acabar teniendo que insultar a todos sus miembros uno por uno, aunque fuera en su fuero interno. Ella aceptó de muy buen grado mi consejo, con respeto pero sin darle excesiva importancia, y no tardamos en volver al buen humor y a seguir charlando animados como los dos amigos que siempre fuimos ella y yo.

Minutos más tarde, atravesada la concurrida Rambla de Nostra Senyora, y subidas las fatigosas escaleras del piso de Avenida de Barcelona, me encontré a Lucía atareada en la cocina, escuchando música con unos cascos, y cantando a pleno pulmón con una afinación tan depurada, que los cajones oxidados de la alacena debían de estar muriéndose de la envidia. No sé por qué, pero de repente me hizo tanta ilusión verla, que no se me ocurrió otra manera de expresar mi alegría más que acercándome sigilosamente hasta su posición y dándole un soberano cachetazo en el trasero. La verdad es que no medí muy bien la fuerza y en lugar de hacerla reír, que es lo que pretendía, conseguí que se asustara de verdad y me diera un bofetón mientras se frotaba la zona dolorida.

—Eres un capullo tío, ya te vale.

Enseguida la quise abrazar para disculparme, pero ella se zafó del abrazo y siguió enfurruñada con sus asuntos. Un silencioso minuto después, sin embargo, me sacó briosa una especie de pequeña sartén de dentro de un cajón y me la enseñó con una

sonrisa. Esto era una de las cosas buenas que tenía Lucía: podías cabrearla hasta los topes, que al cabo de segundos ya se había olvidado de todo.

—Mira lo que me ha traído mi madre hoy, como *aportación* a mi nuevo piso.

—Esto es... ¿comida? —le pregunté mientras observaba de cerca la minúscula sartén ennegrecida por todas partes. Había perdido todo el teflón, y en su lugar había restos de grasa y granos de distintos tamaños, también carbonizados. El mango se sostenía por un miserable tornillo desgajado.

—Sí, tío. Me la ha dado sin lavar, *la cerda*—dijo riéndose—. La guardaba sólo para que la vieras.

Abrió entonces la puertecita bajo el fregadero donde estaba el cubo de basura, y la arrojó dentro.

—¿Cómo es que has tardado tanto? ¿Y cómo es que vienes tan bien vestido? —me preguntó instantes después.

—Fui al Salón.

—No me digas. —Dejó lo que estaba haciendo y se giró hacia mí—. ¿En serio? ¿Al Salón? Me estás tomando el pelo.

—Te lo juro.

—¿Y por qué has ido?

—Se me ocurrió que quizá así podría evitar que me expulsaran.

Ahora Lucía se quedó quieta, mirándome fijamente, y poco a poco le fue entrando una risita que aumentaba a medida que por dentro ella misma iba atando cabos. Al principio me reí con ella, pero al final, cuando ya parecía que le iba a dar un ataque al corazón, tuve que ponerle cara seria para que dejara de pitorrearse.

—¿Y qué tal te fue?

—Bueno...

Le conté entonces con pelos y señales la tarde.

—¿Y cómo está tu mami? —Quiso saber mientras volvía la vista al fregadero y se ponía a ordenar los platos. Me estaba poniendo nervioso tanto andar para arriba y para abajo.

—Bien. Oye, cielo, ¿no deberías fregar los platos antes de ponerlos en el estante?

—¿Por qué? Si están nuevos... —Se me quedó mirando con expresión aturdida.

—Y en la fábrica de platos donde los han hecho se lavaron las manos antes de tocarlos, ¿no?

—Pues friégalos tú, anda, que estás ahí pasmado.

La miré fingiéndome enfadado y me puse manos a la obra mientras ella descansaba

apoyada en la encimera. Sin embargo, tras aclarar el primer plato no pude aguantar más y me fui a mi habitación a buscar un regalo que tenía para ella. Lo guardaba para la semana siguiente, que era su cumpleaños, pero con todo lo del Salón y los Testigos y mi madre, y el día tan rarito que llevaba, de repente me había puesto eufórico y no lo pude evitar. Era un paquetito cuadrado que se notaba a la legua que contenía un CD.

—Si acaso, mientras friego, puedes ponerte esto —le dije entregándole el regalo.

—¿Qué es? —preguntó excitadísima.

—Un hámster.

Ella, a continuación, abrió el envoltorio sin ningún escrúpulo y cuando descubrió la portada —era el último disco de su cantante favorita del momento— corrió a ponerlo en el aparato de CD del comedor. Luego, al empezar las primeras notas del disco, en lugar de prestar atención, se acercó lentamente en mi dirección, poniendo cara de payaso, y, un metro antes de alcanzarme, se quedó de repente parada.

—Mira, Elí, lo que he inventado esta tarde.

Eché, entonces, los codos para atrás, como desenchajando los hombros y empezó a correr pasillo arriba y abajo. Parecía Groucho Marx, pero con los brazos de goma y a toda velocidad. No tuve más remedio que sentarme en el colchón —que durante el día instalábamos en el comedor a modo de sofá— a seguir viendo como hacía el indio, y a reírme a mis anchas; más aún cuando me la imaginé aquella misma tarde mortalmente aburrida y decidiendo que iba a inventar una nueva manera de andar para distraerse. Al rato, sin embargo, se puso un poco vergonzosa y se tumbó a mi lado, lo que no fue sino un grave error por su parte, porque yo no quería que terminara ya el espectáculo, y enseguida que la tuve a tiro me puse a tocarle las tetas y a hacerle cosquillas a la vez que hacía el ruido de bocina. Ella se desternilló, pero enseguida me suplicó que parara, que quería escuchar la música.

—¿A qué viene esto? —me preguntó rato más tarde.

—Es un regalo de cumpleaños.

—¿De cumpleaños?, pero si queda una semana.

—No me he podido aguantar. Te regalaré más cosas, esto es solo un aperitivo.

—Además, ¿desde cuándo nos regalamos cosas para cumpleaños? Acabas de venir del Salón y me haces un regalo de cumpleaños ¿No es eso una *incongruencia*?

—No lo sé. Sí. Pero qué más da. Me ha hecho ilusión, Luci, ¿no te puedes quedar con eso?

—Vale.

—¿Qué hay para cenar?

—Ay, Elí, ya veremos. No me hagas pensar en eso ahora.

Nos quedamos entonces un buen rato así, los dos en el colchón, Lucía medio abrazada a mi pierna mientras yo le acariciaba la espalda con las yemas de los dedos, y ambos escuchando como en el aparato de música aquella voz femenina ahora cantaba afectadamente sobre el desamor comparándolo con un pájaro que echa a volar, una de esas metáforas que no cabe esperar que las canciones de moda dejen de usar algún día. Al final me dio la sensación de que Lucía se había quedado dormida y yo aproveché para echar un vistazo al comedor sin muebles, al apagado blanco de las paredes iluminadas solamente por la bombilla colgante del techo, y a la ventana de madera enmohecida, y, en un momento dado, de pronto sentí una paz como nunca antes en mi vida la había sentido. Casi me sentí como si me vibrara el pecho. De hecho, fue tan intensa aquella sensación, que poco a poco, con el paso de los segundos, mi mente pareció clarificarse y de repente me resultó muy fácil pensar en algunos asuntos muy importantes en los que nunca había tenido la concentración, o acaso las agallas suficientes como para detenerme, como, para no ir más lejos, en todo lo que me había pasado aquella tarde y mi relación en general con los Testigos. No me costó nada, por ejemplo, sacar una conclusión al respecto y decidir que nunca más iba a volver a acercarme a un Salón del Reino, ni a ningún sitio que se le pareciera ni por asomo. Es más, tirando de aquel hilo también descubrí que nunca más iba a atenerme a ningún precepto de los Testigos de Jehová, ni a ninguno religioso tampoco; de hecho, y bien mirado, a ningún precepto en general. No tardé en darme cuenta de que, a pesar de todo, mi vida había sido desde siempre, y más lo iba a ser a partir de aquel momento en que me había hecho consciente de ello, una búsqueda de instantes como aquel, *deverdad*, de sinceridad sin concesiones, sin importar lo que me fuera a costar conseguirlo, un viaje hacia la libertad en el que, si era necesario, iba a acabar con todos los obstáculos que se pusieran en mi camino, fueran estos de la índole que fueran, aunque entre ellos se hallara el mismísimo *miedo*. De alguna manera fue todo bastante impactante, sentía como todas estas decisiones iban cayendo como un gota a gota, sin necesidad de que yo actuara, sin casi ni que fueran en realidad decisiones, sino procesos que solamente ahora, llegados a su culminación, me hacían a mí partícipe de su resultado. Lamentablemente no pasó mucho rato antes de que tuviera que interrumpir estas reflexiones porque de repente se acabó la música y Lucía se reactivó y se levantó de un respingo. A punto estuve de pedirle que no se fuera, que se quedara sólo un ratito más a mi lado, aunque no sonara ya música, para que yo pudiera disfrutar un poco más de ese momento, ¡y de ella!, pero al final no le dije nada,

porque lo único que habría conseguido es que Lucía me hiciera caso y se acurrucara otra vez contra mí, mirándome con una de sus caras de simpatía pero que sabes que por dentro está pensando *por Dios, cuando va a acabar esta tortura...* Así que no tuve más remedio que cambiar el chip y ponerme a reír cuando vi que enfilaba el camino a la cocina corriendo y haciendo el numerito de antes de aquel Groucho Marx atómico.

—A ver, niño de mamá —dijo Lucía desde la cocina imitando grotescamente mi voz—.

¿Qué quieres para cenar?

También yo entonces me levanté, fui tras ella, y le di una palmada en el culo, vigilando esta vez de no hacerle daño.

Aún duró unos cuantos meses más aquella buena época; tiempo que Lucía y yo, por supuesto, aprovechamos al máximo. Tan bien, de hecho, nos lo habíamos montado esta vez, que incluso llegó un día en que empezamos a explayarnos en algo que era prácticamente desconocido para ambos: los *detalles*. Por ejemplo, con el piso. Un día de estos lo pensamos, y decidimos que había que pintarlo de arriba a abajo. No era, desde luego, lo más urgente, la pintura de origen no estaba del todo mal, apenas había un par de sitios en los que estaba mínimamente desconchada, pero siempre nos habíamos dicho que a la casa no le vendría mal un toque personal, acaso algo que oliera a Lucía y a mí; además, era para lo que nos daba el presupuesto. De modo que enseguida que encontramos un rato nos pusimos manos a la obra. Y visto en perspectiva he de decir que, por lo menos en lo que se refiere a darle un toque personal, conseguimos nuestro objetivo. Más que nada porque Lucía, que era verdaderamente competente en otras cosas —más que yo incluso—, como, por ejemplo, desmontando interruptores, o clavando alcayatas, no tenía, por otro lado, la menor noción de la rectitud. No pintaba mal mientras no hubiera límites de color o zócalos, pero ceñirse a una línea recta era para ella una tarea poco menos que homérica. No quise decirle mucho al respecto porque Lucía con estas cosas tenía un ego un poco delicado —por no decir que era más susceptible que el demonio—, y además a mí, ya de por sí, no solía costarme mucho hacerla llorar, de modo que sencillamente traté de dejarle para ella los lugares más oscuros de la casa, como el pasillo o el recibidor, y encargarme yo de las segundas capas, a ver si así podía hacer algo para arreglar sus desperfectos. No mucho tiempo después, con todo el piso ya pintado, conseguimos ahorrar un poco de dinero y nos fuimos una buena mañana de

sábado al Ikea a mirar algunos muebles auxiliares para la casa. Compramos los del baño, por ejemplo, o una mesa de camping con sus sillas, para poder hacer vida un poco más normal en el comedor, aunque los más caros y necesarios siempre quedaron totalmente fuera de nuestro alcance. Éstos no pudimos adquirirlos, de hecho, hasta que mis padres se reconciliaron un poco con la vuelta de Lucía a mi vida. Fue mi padre mismo quien, el día en que Lucía, invitada a comer, volvía a pisar su casa después de tanto tiempo, nos propuso echarnos un cable con este asunto; al pobre hombre debía de hacerle una ilusión tan tremenda que Lucía y yo lleváramos más de un año juntos sin que hubiera salido nadie herido por ello, que no encontró otra manera de expresarse mejor que dándonos toda aquella ayuda económica. Gracias a ellos, pues, a mis padres, nos fue posible comprar armarios y cómodas donde dejar la ropa y nuestro ajuar sin que se llenara continuamente de polvo, también un sofá, y sillas y una mesa de verdad, donde poder comer y ver la tele sin rompernos el espinazo en el intento. Aunque en lo que nos dejamos más dinero, y en lo que lo hicimos más a gusto, todo sea dicho, fue a la hora de comprar una cama. Para ello fuimos a una tienda especializada y, tras hacernos con una de última generación, pudimos por fin tirar a la basura aquel andrajoso colchón rescatado del Zulo, que ni siquiera cubriéndolo con varias fundas habíamos conseguido evitar que uno de sus extrovertidos muelles me hiciera un día un certero agujero en una nalga.

Y también hay que decir que no solamente dedicamos aquel tiempo y aquella base de tranquilidad que ahora teníamos para poner en orden nuestra vida más básica, o digamos que más *personal*, es decir, *la casa*, sino que también empezamos a volcarnos hacia *afuera*, mucho más, en realidad, de lo que habíamos llegado a conseguir en toda nuestra relación. Si bien con Otero hacía tiempo que habíamos dejado de quedar tan a menudo, no tanto por la cuestión de mi posible expulsión, sino porque sencillamente las cosas habían ido así, por otro lado empezamos a ampliar —o por lo menos eso es lo que hizo Lucía— nuestro círculo de amistades hasta límites insospechados. Fue ella misma, por ejemplo, la que un buen día decidió de repente retomar el contacto con Sole. No le costó nada excusar, o directamente negar, algunas de las acusaciones que había vertido sobre su antigua amiga, y empezar a alabarla ahora como la única persona que se había ocupado de ella en su época de mayor vulnerabilidad. Así pues, volvieron a quedar de vez en cuando y, con el tiempo, llegaron incluso a formar un grupito de amigos y amigas cada vez más numeroso con los que salir a divertirse. A mí no me caían mal del todo aquellas nuevas compañías de Lucía, era gente sencilla, bien educada, y, por norma general, de trato muy agradable, aunque recuerdo que siempre

que los acompañaba me sentía algo desplazado, como, digamos, un poco fuera de lugar. Iban, por ejemplo, en muchas ocasiones a la discoteca, cosa que a mí no me hacía la menor gracia, entre otras cosas porque no sabía —ni me interesaba— bailar, ni tampoco bebía —a diferencia de Lucía, que a veces recordaba más a un vikingo que a la sutil muchacha que realmente era—, con lo que aquellas veladas al final no acababa dedicándome a otra cosa más que a espantar las moscas a mi chica, trabajo, por lo demás, terriblemente fatigoso. Sus otros planes no eran mucho mejores: ir a ver películas tan reiterativas que a veces me daba la impresión de que estábamos acudiendo a ver una y otra vez la misma, quedar para chismorrear sobre los que no estaban presentes, o sencillamente indagar en asuntos que, por lo que fuera, nunca habían despertado mi interés. Aun así, a pesar de todo, me alegraba por ella, por Lucía. La verdad es que daba gusto verla así, tan risueña y frenética como estaba ahora, con su vida llena siempre de esto y de lo otro, nunca suficiente tiempo para hacer todo lo que le apetecía. La verdad es que era un cambio incluso más global, había bastado con que se detuviera un poco, que se asentara y se tomara en serio un par de cosas, para que todo, o casi todo en su vida empezara a salirle bien, o quizás un poco mejor de lo que le había venido saliendo hasta el momento. Toda ella había florecido con exuberancia, se había comprado ropa y zapatos para parar un tren, había engordado un poco, su gesto volvía a ser otra vez expectante, irónico, de impaciencia, ya no se dejaba vencer por obstáculos manifiestamente inferiores a su intelecto... Un día me dijo que no era tan feliz desde *los años del Chalet*. Eso, la verdad, me hizo sentir realmente orgulloso. Aquel Chalet al que se refería Lucía era en realidad una casa adosada en la periferia de Cambrils, al lado de la caserna de la Guardia Civil, donde residieron ella y su familia a lo largo de tres o cuatro años, en una época de calma que pudo tener lugar mientras su madre estuvo casada con su primer marido. Por aquel entonces estaban casi toda la familia juntos, incluso los hermanos mayores, y era la primera vez, gracias seguramente a aquel pobre incauto, que tenían el dinero y la posibilidad de vivir en un sitio con cierta amplitud, o por lo menos sin estar totalmente hacinados en algún diminuto piso de Cambrils o de Salou sin agua corriente. A Lucía siempre se le iluminaba la mirada cuando me hablaba de ese sitio, y doy fe de que me hablaba continuamente de él. Parecía representar para ella una especie de santuario mental, la mismísima transfiguración del Paraíso, formada en esta ocasión de recuerdos pasados por el tamiz de la inocencia y no tanto por ilusiones. Me contaba, por ejemplo, que ella era muy pequeña, que adoptaron un perro gigantesco en la perrera y que en la parte de delante de la casa había un jardín totalmente árido, un

jardín de arena y cascos de botella, pero que con ese chucho se lo pasaban tan en grande que ni siquiera echaron de menos *nada*.

Y en cuanto a mí, podríamos decir que durante este tiempo hacía más o menos lo que siempre desde que había conocido a Lucía, es decir, vivir bastante al día. No podríamos decir, ni mucho menos, que hubiera conseguido conocer *el mundo*, tal y como había sido —y seguía siendo— mi ilusión, ni siquiera una pequeña parte de él, o vislumbrado sus ojos de jade; por no hacer, ni tan sólo había empezado a indagar en ninguna de sus costumbres, para perderle un poco el respeto, o para adelantar trabajo, ahora que tarde o temprano me iban a expulsar sin remedio y no iba a tener más alternativa que volcarme de lleno en él. Pero, de cualquier modo, llegados a este punto, me encontraba bastante satisfecho con lo que tenía, ciertamente satisfecho. Pasados todos aquellos meses sin ninguna calamidad, ni ninguna de las apoteósicas decisiones de Lucía, si en algún momento se me ocurría echar la vista atrás me daba toda la sensación de haber estado viviendo en una especie de sueño ligero y tranquilo, un apacible duermevela con ruidos de casa de fondo, o quizás en un largo paseo de esos que ocupan todo el día, y del que, a aunque sabes perfectamente que es imposible que su pureza haya superado la media, luego solamente eres capaz de recordar sus instantes menos mediocres. Sí que es cierto, no lo negaré, que, hubo momentos en que me aburrí bastante. Incluso con la misma Lucía. Lucía siempre se me dio bien en las situaciones complejas, intrincadas, cuando había puzzles que resolver, cuando estuvo por ahí su madre al acecho, o una religión entera, o cuando a ella o a mí se nos ocurría meternos sin ayuda de nadie en algún que otro fregado. En realidad Lucía y yo teníamos demasiada fuerza, demasiada energía, éramos demasiado inquietos el uno para el otro, y ahora, con todos estos problemas apartados de nuestro día a día, a veces me costaba no ponerme un poco nervioso, buscar sus inexactitudes, o las mías, y ponerlas a prueba, o discutir las amargamente, acaso de la forma más convencional posible. Esto, el aburrimiento, era en realidad el precio que teníamos que pagar por vivir este tipo de vida, en esta especie de rincón de calma que era, al fin y al cabo, lo que entre los dos habíamos comprado, no tanto porque lo hubiéramos planeado así, ni porque no tuviéramos otras opciones, sino porque ése, y no otro, era el sitio en el que nos habíamos encontrado por fin, después de todo este tiempo, una vez nuestros mundos caducos quedaron atrás sin remedio. Todo lo que teníamos en aquel momento en nuestras manos era algo nacido del cariño, y de la inteligencia, y es por esta razón por lo que no me preocupaba demasiado por su contrapartida. No me inquietaba, pues, ni el aburrimiento, ni las discusiones banales, ni tampoco la más que creíble posibilidad

de que algún día nos enfadáramos otra vez de la otra manera, *anuestramanera*, sin gritos ni reproches, con Lucía en silencio mirando con anuencia aquel inmenso vacío que siempre, aún incluso en los mejores tiempos, como fueron éstos, permaneció impertérrito entre nosotros, y entre nosotros y los demás, dejándome a mí, como siempre, todo el trabajo de comprender y asumir. No me preocupaba porque de alguna manera intuía, sabía, de hecho, con toda seguridad, que aquellos momentos volverían, siempre lo había sabido, no era tan tonto como para esperar que ocurriera la incongruencia, o el milagro, de que aquella realidad se esfumara sólo porque uno se encontrara bien cómodo sin ella. Y como lo sabía, sabía que *elfinal* de lo bueno no iba a ser más que simplemente *otra* consecuencia natural y lógica —y si me apuras hasta positiva—, de aquella misma proyección, o de aquel camino que nosotros mismos habíamos elegido andar, de alguna manera pensaba que su venida, la llegada de los malos tiempos, me iba a encontrar dispuesto, con las maletas en la puerta y listo para la siguiente decisión o para la próxima aventura. Creía, en resumidas cuentas, que, con lo que quería a Lucía, iba a estar preparado para lo que fuera.

Hasta que al final, y tal y como bien preví, aquella paz se acabó. Todo sucedió un lunes a mediados de aquel invierno en que nos pasó algo tan absurdo que, por lo menos en aquel mismo momento, fui totalmente incapaz de entenderlo. Recuerdo que aquella mañana la pasé entera en Sitges solo —Jorge estaba en otra instalación en Barcelona— dentro de una sombría buhardilla, donde estaba instalando un sistema que iba a permitir que los televisores de los clientes se intercomunicaran entre ellos, se autoprogramaran, y ducharan al perro si era menester. Ya durante aquel rato, y como si fuera una especie de presagio, me estuve sintiendo algo extraño. Es posible, me dije enseguida, que la culpa la tuviera un persistente viento que se había levantado aquella misma madrugada y que llevaba toda la mañana haciendo batir sobre su montura a la única ventana de la que disponía la estancia; o quizás era la propia incomodidad de llevar tantas horas recostado en la misma forzada posición adentro de aquella oscura y polvorienta buhardilla. Aunque tampoco había que descartar, ponderé en cierto momento, que la causa de aquella nueva sensación radicara en un hecho realmente insólito, por no decir *histórico*, que estaba aconteciendo ante mis ojos aquella mañana: la instalación no me estaba yendo mal del todo. Es más, no es que no me estuviera

yendo mal, es que la estaba haciendo de forma tan rápida y efectiva que, cuando recién habían dado las dos y media, lo que venía a ser la hora *oficial* de ir a comer, tenía ya todos los cables bien identificados y marcados sus pares, y solamente me quedaba ir soldándolos uno por uno con paciencia, lo que, después de todos estos años de quemaduras en las manos, era lo que mejor se me daba de este trabajo. De hecho, fue mientras me hallaba en estas reflexiones cuando se me ocurrió una idea. Pensé que quizás podría suspender el refrigerio, quedarme allí a rematar la instalación y después, una vez acabado el trabajo, irme a Vilafranca y comer con Lucía, que aquella semana tenía el turno de mañana y también andaría por casa. De este modo, luego, y como premio a mi derroche de eficacia, podría darme a mí mismo fiesta el resto de la tarde y tratar de sobrellevar esta incómoda sensación tumbado en mi sofá, frente a la tele, y con una Coca Cola en la mano. Pues bien, dicho y hecho, me puse a ello y apenas una hora y media más tarde ya lo tenía todo soldado y probado y estaba acabando de explicarles a los clientes el funcionamiento de su nuevo sistema. No eran ni las cuatro de la tarde cuando, tras despedirme de ellos, echando mano esta vez de una sonrisa bastante rústica —pero que, después de todo, se mostró suficientemente efectiva como para conseguir una propina decente—, salí de la lujosa finca del paseo marítimo de Sitges, sorteé la nube de polvo que zigzagueaba en mitad de la calle bajo los antojos del viento, y, cargadas las cosas en la furgoneta, puse rumbo a Vilafranca.

Llegué a casa al cabo de aproximadamente media hora de un gris y monótono viaje y, tras saludar a lo lejos a Lucía, a la que podía oírse en el comedor con el televisor puesto, me fui directamente para la habitación de matrimonio. Acto y seguido, una vez cambiada la ropa por algo un poco más cómodo, dirigí mis pasos hacia el comedor, y fue entonces, nada más abrir la puerta, que me encontré con un curioso cuadro: Lucía se hallaba sentada en el sofá, con la mirada vidriosa, un pañuelo en la mano, y completamente absorta en la pantalla del televisor. Ella, nada más percatarse de mi presencia, dejó por unos instantes lo que hacía, me sonrió afablemente, y me aclaró que no pasaba nada.

—Cariño... —le dije mientras me sentaba en un brazo del sofá para limpiarle un lagrimón con un dedo.

—Es esta estúpida película otra vez —me respondió ella asiéndome a su vez cariñosamente la pierna.

Volviendo entonces mi mirada al televisor, en seguida identifiqué lo que Lucía estaba viendo. Se trataba de *50 primeras citas*, una comedia romántica que habíamos visto hacía poco en el cine y que a ella le había gustado tanto que al final no me dejó más

remedio que regalarle el DVD. No es que fuera, desde luego, una de las mejores películas de la historia del séptimo arte, pero por lo menos tenía algún momento de humor que te mantenía distraído. El caso es que, como no tenía nada más que hacer aquel mediodía, a parte comer, y a estas alturas no pasaba nada por que esperara media hora más, acabé optando por sentarme allí, al lado de Lucía, y terminar de verla con ella. Y fue entonces, pasados unos pocos minutos, que me pareció apreciar algo extraño, más allá de lo evidente, en aquella situación. De hecho, había algo extraño, más concretamente, *en Lucía*. No me refiero al hecho de que estuviera emocionada, que si bien no es algo que le sucediera muy habitualmente con el cine, sí que de vez en cuando le coincidía una película —o una telenovela— que le tocaba la fibra un poco más de la cuenta. Me refiero, antes bien, *ala manera* en como estaba emocionada. Y es que Lucía no daba la impresión de estar siguiendo, con sus reacciones, ningún tipo de patrón lógico. Uno entendería, por ejemplo, que se agarrotara un poco en las escenas más inciertas, o que soltara alguna de sus estridentes carcajadas en las más divertidas, incluso que rompiera en llanto en las tristes; sin embargo ella, en lugar de todo eso, simplemente se dedicaba a llorar en las escenas tristes, también en las más tensas, e incluso en las de humor. Hasta lloró en los créditos. De hecho, llorar penosamente fue prácticamente lo único que hizo en todo aquel rato que estuvimos juntos frente al televisor. Yo, a la vista de aquel aparente desorden apreciativo, lo primero que se me ocurrió es que era probable que la hubiera cogido preocupada por algún problema externo que ahora vendría a solaparse cómicamente con la propia película, quizás por alguna cuestión familiar, por ejemplo, o del trabajo, con el que últimamente andaba un poco más sensible de lo normal; o acaso es que estaba con la regla, con la que normalmente se ponía bastante sensible, y con la que era capaz de ponerme sensible a mí a más no poder. Fuera como fuera preferí esperar un rato prudencial, a ver si en algún momento ella misma me ponía a tiro la conversación, pero, con el menú del DVD repitiéndose ya monótonamente en el televisor, y antes de que me hubiera parecido siquiera atisbar un resquicio para abordar el tema, Lucía me sorprendió levantándose y marchándose como un torbellino hacia la cocina, no sin dar antes un portazo tras de sí. Un poco preocupado, no tardé en seguirla, y fue entonces, nada más acceder a la estancia, cuando me encontré de pronto con una imagen que me dejó petrificado y sin creerme lo que veían mis ojos: Lucía estaba apoyada en la encimera, de espaldas a la puerta, y completamente rota, llorando desconsoladamente, sin saber siquiera hacia donde apuntar con la cabeza. Ya totalmente asustado, me acerqué a ella y la abracé, al tiempo que ella, como siempre, se abrazaba a sí misma.

—Dime qué ha pasado, cielo —le pedí—, verás como seguro que tiene arreglo.

Como, previsiblemente, mi solicitud no sirvió para que Lucía abriera la boca ni por un instante, opté simplemente por quedarme en silencio, nada más que abrazado a ella y acariciándole la espalda con cariño, en espera de que se deshiciera el nudo en el que se había metido. No hubieron de pasar, sin embargo, más que unos pocos segundos para que de repente captara una señal conocida y me pareciera entenderlo todo. Fue casi como una revelación, como si pudiera leerle la mente: con un escalofrío comprendí que Lucía iba marcharse otra vez. Curiosamente, en el mismo momento en el que llegué a esta conclusión, su llanto se recrudeció, como si también ella hubiera sido capaz a su vez de leer mi mente y detectar mi descubrimiento, y como si eso precisamente fuera lo que más pena de todo le estaba dando. Conmovido, no supe reaccionar de otra manera más que envolviendo sus manos con las mías y tratar de hacer algo cariñoso con ellas. Pero Lucía ya no estaba por la labor y no tardó en soltarse y desaparecer de nuevo por la puerta que daba al comedor.

Allí mismo, en la cocina, permanecí un rato quieto, nada más que mirando a la ventana, donde el viento hacía ya algunos minutos que había dejado de fustigar los edificios y ahora solamente mandaba alguna que otra rezagada racha. No me costó mucho darme cuenta de que en realidad lo que estaba sucediendo ahora no era muy diferente a lo de siempre, es decir, que Lucía y yo simplemente nos habíamos vuelto a cansar el uno del otro, y que ella, siempre más clara que yo, se había dado cuenta otra vez la primera; o tal vez se había cansado de mí con más antelación, quién sabe. Quizás la única diferencia en esta ocasión era que, si bien no podría afirmarse que lo hubiera visto venir perfectamente, tampoco es que estuviera demasiado sorprendido —por lo menos esta vez no podía no darme por avisado—, lo que tampoco es que fuera como para estar contento, pero sí que me alcanzaba, aunque fuera por el momento, para permanecer un poco más tranquilo. De hecho, fue al cabo de pocos minutos de estar allí, nada más que contemplando aquel trozo de cielo y de calle enmarcados por el contraluz de la cocina, y con todas estas evidencias repartidas delante de mí como el mensaje de la cocina, que entendí que lo que venía ahora era realmente sencillo, o por lo menos que no había muchos caminos diferentes que tomar. Lo único, en realidad, que iba a ser verdaderamente productivo, que no iba a ser simplemente un paso atrás, o el más puro de los egoísmos, era dejar que todo siguiera su curso, y hacer lo posible para que esta vez fuera de manera un poco más natural, más constructivamente que en otras ocasiones, dejándole claro, por ejemplo, a Lucía, que no se iba a quedar sola, que siempre me iba a tener a su lado, fuera lo que fuera lo que tuviera que pasar ahora

entre nosotros y más adelante en nuestras vidas. Además, si bien a ella se le daba bien darse cuenta de las cosas, por otro lado era una torpe del demonio a la hora de ponerlas en práctica, de modo que mi responsabilidad ahora, lo que no solamente era necesario hacer, sino lo que concordaba también con mis capacidades, con mi talento, y con mi papel en esta relación, era la de aportar la pizca de frialdad que la situación requería, aprovechando acaso esta serenidad que sentía en estos momentos, y poner la base para que todo esto tan bonito que, al fin y al cabo, había sido nuestra convivencia, tuviera el final que se merecía, es decir, acorde con el cariño que nos habíamos tenido el uno con el otro. Así pues, con estas ideas en la cabeza, y una vez me vi con suficientes ánimos, salí de la cocina y me puse a buscar a Lucía por la casa. No tardé en descubrir su ahogado llanto filtrándose por la puerta cerrada de la habitación de matrimonio, tras lo cual llamé, y como no obtuve respuesta, abrí la puerta y entré cautelosamente en la estancia. Efectivamente, allí me encontré a Lucía, aovillada en la cama y llorando aún ligeramente. Enseguida me tumbé a su lado y le enjuagué con tiento las mejillas con la manga de mi jersey.

—¿Tú te crees que esto es normal? —le dije.

Ella levantó entonces su mirada enrojecida, aunque llena de curiosidad, y la reposó fijamente mí.

—Parece que sea la primera vez que pasamos por esto —continué—, ¿no crees que deberíamos empezar ya a madurar un poco?

—Ya —me respondió Lucía sorbiéndose la moquita—. Esto es muy poco profesional.

Le sonreí y me quedé unos segundos en silencio, solamente acariciando su cara sofocada con el dorso de la mano.

—Luci, tú y yo... ya nos hemos conocido. Eso es lo importante. Lo que hagamos después con eso es accesorio.

—Ya.

—Yo siempre te querré, ¿lo sabes, no, cielo?

—Y yo a ti también, Elí, *siempre*.

Dicho esto, y como me parecía que lo importante había quedado más o menos claro, opté por callarme y sencillamente permanecer allí, delante de Lucía, mientras ella poco a poco se acababa de serenar, volviendo a sollozar muy tenuemente primero, luego mirándome a ratos, a otros, ya más tranquila, girándose boca arriba, o cogiéndome de la mano... La verdad que estaba consiguiendo mantenerme bastante entero, a pesar de que, en el fondo, que Lucía se marchara me parecía una puta mierda, y que, además, ella parecía estar necesitando todo el maldito tiempo del mundo para acabar

de procesar aquella situación. Sin embargo, pasados unos minutos, cuando Lucía había cambiado ya de posición una docena de veces y, en una de éstas, ya totalmente calmada, acabó girándose por completo hacia mí, para darme a continuación un abrazo profundo, intenso, esta vez sin abrazarse a sí misma a la vez, sin importarle que le dolieran las tetas al apretarse conmigo, en lo que, obviamente, se trataba de una despedida, sentí que las fuerzas no me iban a dar para mucho más. De modo que decidí dar la misión por cumplida: dejé que acabara aquel tierno abrazo, le di un beso en la mejilla y, esquivando su mirada, salí a paso ligero de la habitación, no sin antes pedirle, eso sí, que no me siguiera, que necesitaba pasar por lo que quedaba de esto a solas. A continuación me metí en el baño, que era el primer lugar en el que se me antojó —no sé por qué razón— que iba a tener algo de intimidad y, tras cerrar el pestillo, me senté encima del plato de ducha a hacer lo que demonios fuera que viniera a continuación, a llorar, a sentirme un imbécil, o lo que fuera improvisando sobre la marcha, que seguro que algo se me ocurría.

No habían pasado, sin embargo, más que un par de minutos cuando, de repente, oí unos pasos saliendo de la habitación de matrimonio, alguien acercándose luego lentamente hasta el baño, y finalmente unos suaves golpecitos en la puerta.

—Luci —le dije—, a menos que tengas una urgencia, no me vendría mal del todo estar un rato más aquí a solas.

—¿Estás bien? —me preguntó ella comedida.

—He tenido días mejores, cariño. De todos modos no pasa nada, solamente es que tengo muchas cosas en las que pensar ahora, y me gustaría hacerlo a mi ritmo y, si puede ser, solo. Ya sabes cómo funcionan estas cosas, cielo...

Ella me dijo que *valey* que lo entendía perfectamente. Aunque luego, curiosamente, no me pareció oír que hiciera el menor gesto de marcharse de donde estaba, de al lado de la puerta del baño. De hecho, no tardó mucho rato en volver a hablar, esta vez para preguntarme si no sería posible que yo estuviera siendo un poco demasiado *drástico*.

—No hay por qué hacer *un dramade* todo esto, Elí, podemos encontrar una solución *intermedia*, ¿no te parece?

Bastante embotado ya por todo lo que había sucedido en apenas unos pocos minutos, y más aún por el hecho de que esto no tuviera visos de acabar nunca, no supe muy bien cómo responder a esa pregunta. No fue, de hecho, sino tras valorarlo detenidamente que le dije a Lucía sencillamente que no tenía la menor idea de qué demonios me estaba diciendo, a lo que ella enseguida repuso, con voz tranquila y dulce, que ella, en el fondo, lo único que había querido aquella tarde era ver

tranquilamente una *simple* película:

—No puede ser que llegues a casa dos horas antes de lo normal y luego me pidas que me ponga a sacar conclusiones a *tu ritmo*, ¿no crees?

—Luci, corazón, en estos momentos no me iría mal que hicieras un esfuerzo por explicarte con un poco más de claridad, cielo.

—Que yo te quiero, Elí. Y no quiero que lo dejemos.

—Esa decisión es tuya, cariño.

—Pues ya está tomada.

No pude evitar quedarme entonces totalmente perplejo. La verdad es que la información que ahora me estaba llegando desde el otro lado de la puerta, parecía venida como de un mundo ajeno, un mundo con otras reglas, contradiciendo, por lo menos, todo lo que mi intuición, y la más pura lógica, me habían dictado hacía apenas unos minutos.

—Pero entonces, ¿qué es lo que ha pasado esta tarde, cariño?

Esta vez oí a Lucía removerse allá afuera, quizá también soltar un suspiro, aunque pasados unos segundos era evidente que no iba a responder a aquella pregunta. Yo, completamente confundido, no sabía tampoco muy bien qué decir ni qué hacer, así que tampoco dije nada. En lugar de eso, me estuve un rato completamente en silencio —en lo que pudieron ser perfectamente unos diez minutos que Lucía aguardó en un respetuoso silencio —, intentando analizar la situación de nuevo, también desde otros puntos de vista, acaso tratando de abrirme también a la posibilidad de que hubiera sido yo el que no se hubiera enterado de nada, y el que, tal y como acababa de decir Lucía, me estuviera tomando las cosas de forma demasiado *drástica*. En este sentido me dije, por ejemplo, que, si había algo que no se podía negar era que, desde que había llegado a casa —efectivamente *mucho antes de lo normal*—, el único que había estado tomando conclusiones y decisiones a diestro y siniestro, con sus pensamientos expandiéndose por todo el piso como un inmenso calamar, había sido yo. A esto añadí que si Lucía aquel mediodía había tenido algún tipo de dudas, y era obvio —faltaría más— que tenía todo el derecho a tenerlas, todo quizás podría haber sido diferente, acaso menos *dramático*, si yo hubiera actuado de otra manera, de forma más pasiva quizás, o incluso más positiva, si nada más encontrármela llorando lo último en lo que hubiera pensado era que quería abandonarme; es decir, si yo fuera un tipo totalmente diferente del que realmente era, alguien, como diría la misma Lucía, no tan escéptico, o un poco menos abierto como siempre me encontraba ante la *tristeza*. Incluso al final de este argumento no vi demasiado inverosímil otorgarme a mí mismo gran parte de la

culpa de toda aquella especie de malentendido que había acaecido esa tarde, para acabar reconociendo que, a pesar de mi tortuosa y derrotista injerencia, por lo menos esta vez todo había acabado saliendo bien.

—¡Tengo que ser más respetuoso con la realidad y con la distancia!— le dije a Lucía en aquel mismo momento, renacido el buen humor por haber conseguido atar un par de razonamientos, por más que éstos no tuvieran los menores pies ni cabeza. A ella, de cualquier modo, enseguida le divirtió mi afirmación, porque justo en aquel instante se reactivó y me dijo con una voz terriblemente segura y apoyando la cara en la puerta del baño que acababa de tener una idea *simplemente* genial.

—¿Sabes qué *tenemos* que hacer? —me dijo.

—Dime.

—Vamos al McDonald's.

—¿Ahora?

—¡Sí! Invito yo. Vamos a celebrar... ¡que es lunes!

No me pareció una idea nada descabellada. Es más, quizá de este modo podríamos sustituir la lividez que había cobrado de manera tan absurda aquel día por un tono un poco más sano. No tardé, pues, en decirle que me parecía fantástico, y que tan pronto me dejara lavarme un poco la cara para despejarme —en esos momentos no me habría ido mal hasta una ducha—, me iba a buscar el coche. Ella me respondió que me tomara el tiempo que necesitara, que quería tener un buen rato para acicalarse; quiso dejar bien claro que quería ponerse guapa, y que, aunque fuera lunes y mediodía, pretendía que se tratara de un día especial.

Una vez, pues, me hube refrescado, me fui a buscar mi Focus rojo y lo aparqué delante de la puerta de casa. Cuando Lucía, minutos más tarde, salió del portal, vestida con algunas de sus mejores galas, me pareció que mis ojos no habían visto en su vida a una mujer de belleza tan sutil y refinada como la que ahora tenían allí delante, a apenas unos metros. Estaba tan sexy, que no supe reaccionar de otra manera más que cerrando los pestillos y, en lugar de dejarla entrar, quedarme mirando su escote desde dentro a propósito para sonrojarla. Ella se rió bastante con la broma pero no tardó en empezar a desesperarse, con lo que al final tuve que abrirle y dejarle subir al coche. Tras recibir, entonces, un largo y cálido beso, puse el motor en marcha, y nos fuimos al McDonald's. Esta vez, sin embargo, cambiamos un poco el plan. Ya que habíamos decidido hacer una velada especial, optamos por pedir la comida para llevar, y a continuación buscar algún rincón bonito y tranquilo donde hacer un pequeño picnic urbano en el coche. Apenas tras una vuelta por Vilafranca encontramos el lugar

perfecto: en el aparcamiento de las ferias. La verdad es que el paisaje que podía verse desde allí era espectacular: frente a nosotros, y perfectamente delimitada su frontera con la ciudad por la línea recta de la carretera, empezaba una profunda extensión de viñedos, puntuados en su mitad por una fábrica con brillantes silos cromados, e interrumpidos abruptamente en el fondo de todo, donde se levantaba dócil y achaparrada la Muntanya de Sant Pau. A aquella hora del día, además, con el pleno sol dando de frente, todo aquello parecía como sobreexpuesto, con un cielo ígneo abalanzándose sobre las viñas y provocando que sólo se distinguieran con cierta claridad los verdes, los colores claros de la montaña y el brillo de los silos. Fue todo un privilegio comer allí, con la quietud que había a esa hora y aquel paisaje tan excepcional delante de nosotros. Cuando nos acabamos la comida, de hecho, fue imposible no quedarse un buen rato allí, haciendo la digestión y mirando pasmados a nuestro alrededor. Parecía perfectamente como si aquella tarde hubiera sido una como cualquier otra, una incluso mejor que cualquier otra. Recuerdo, por ejemplo, que en un momento dado miré a Lucía, y ella me sorprendió entregándome una sonrisa de las suyas, una bien curiosa, que esta vez me recordó a una de esas niñas pequeñas que acaban de llorar por algo insignificante y que antes de darse cuenta están jugando ya a un juego que ha conseguido distraerlas totalmente. Hacía mucho tiempo que no le veía esta sonrisa, si es que no era acaso la primera vez que me la mostraba, de modo que no pude resistirme a acariciarle la mejilla y decirle por segunda vez aquella tarde que la quería.

Al día siguiente, y a pesar de que no dormí especialmente mal, me levanté sin apenas haber descansado, y, por supuesto, sin las menores ganas de ir trabajar. No es que eso representara una gran novedad, desde luego, pero sí que me extrañó lo difícil que se me llegó a hacer, aun una vez puestos en materia, conseguir concentrarme en el trabajo aquella mañana. También hay que decir que, aparte de todo, nos tocó trabajar en una instalación que era casi como un parque temático de la distracción. Se hallaba, más concretamente en Vilanova, en una finca de las afueras con una masía sumida en una aparatosa y compleja restauración, rodeada de naves industriales e invernaderos, y llena por todos lados de operarios de diversa índole —entre los cuales nos hallábamos Jorge y yo— cada uno con el uniforme y el logo de su empresa como blasón. Ya solamente el camino de acceso era de lo más pintoresco: tras girar en una de las calles más excéntricas de Vilanova accedías a una especie de carretera llena de barro, en cuyo final, justo antes de llegar a la finca, y aglutinándose ya contra sus mismos muros, te encontrabas con lo que parecía una especie de poblado gitano, muy probablemente ilegal; a pesar de que el aspecto desmañado que presentaba no difería demasiado del de cualquiera de las urbanizaciones que pueden verse por doquier en Catalunya en donde haya un trozo de monte. Así pues, mientras estaba trabajando, y cada vez que se me ocurría pasar por al lado de una ventana, no podía evitar quedarme pasmado ante el peculiar contraste que ofrecían a mi alrededor aquellas naves industriales, cuyas techumbres se elevaban por encima de los muros, el miserable poblacho intuyéndose tras la verja de la entrada, y aquella suntuosa finca en la que me hallaba, emparedada en mitad de todo, con su reluciente piscina recién alicatada por los paletas, su pista de tenis, y sus palmeras y arbustos ornamentales

cuidadosamente podados jalonando a intervalos regulares el verde. Luego, si se me ocurría tratar de resguardar mi mirada del exterior, las cosas aún podían empeorar, pues resulta que repartidos por los rincones menos pensados de la casa, había todo un elenco de cachivaches de lo más hortera ante los que era casi imposible no quedarse completamente atónito. De todos ellos recuerdo uno con especial claridad: la nueva grifería que los lampistas estaban instalando en los baños de toda la casa. Curiosamente, no me percaté de ella hasta al cabo de un par de horas de andar por allí; de hecho, en el mismo momento en el que me hallaba en el baño de la suite, subido a una escalera, y con la radial en la mano. Estaba a punto de dejar un perfecto vacío orbicular en el techo —y, ya que estábamos, todo mi pelo y mi ropa totalmente nevados de yeso—, con el propósito de colocar más tarde allí un altavoz empotrado, cuando, desde la privilegiada visión que me proporcionaban las alturas, me di cuenta de que en el grifo del lavabo se insertaban un par de misteriosos cables. En mi vida había visto un grifo que necesitara de electricidad para funcionar, es más, siempre me habían parecido dos elementos ciertamente divergentes, el agua y la corriente, por lo que sentí de repente tanta curiosidad por saber de qué demonios iba ese extraño maridaje, que no tuve más remedio que volver a bajar de la escalera, y ponerme a investigar. Afortunadamente los cables estaban conectados, así como el agua, y tan pronto como le di al manubrio del grifo me llevé una de las mayores sorpresas de toda mi carrera como instalador: ¡el chorro salía de colores! De hecho, había toda una coherencia en aquel innovador sistema que no era difícil de suponer que les habría costado a los clientes algo más de lo que mi padre nos iba a pagar los aquel mes a mí, a Jorge, y al resto de la pandilla juntos: resulta que si llevabas el mango a la derecha, es de suponer que donde debía estar el agua fría, el chorro se volvía azul, mientras que si lo llevabas a la izquierda, o séase, al agua caliente, cambiaba a rojo. Y aún hay más: si dejabas el regulador en el centro, la luz devenía inmediatamente en: ¡violeta! Obviamente, con esos notabilísimos grifos repartidos por toda la casa, y otros trastos de igual atractivo visual o táctil, como espejos retroiluminados, o tapas de váter de cierre retardado, era un auténtico problema conseguir estar por el trabajo. Cada vez que me tocaba ir a agujerear el techo de un baño, o de una cocina, perdía un mundo de tiempo solamente por lo inevitable que me resultaba operarlos. Ante este panorama, obviamente, el trabajo, que ya aquel día estaba siendo complicado realizar con todos los operarios pisándonos el terreno unos a otros, se fue retrasando más y más cada vez, hasta que Jorge, poco antes de que llegara el mediodía, acabó decidiendo hacer rondas periódicas por donde yo anduviera, para asegurarse que no me hallara

hurgándome la nariz. Hay que decir que enseguida me pareció un movimiento bastante poco inteligente por su parte, más que nada porque de este modo él, que era el único que estaba haciendo algo aquel día, también iba a ver reducido su rendimiento, aunque, por supuesto, esa observación me la guardé para mí mismo.

Pues bien, puede que las cosas no hubieran pasado de aquí —que tampoco es estuvieran yendo de forma especialmente diferente a lo que ya venía a ser mi día a día en aquel trabajo—, si no fuera porque a media tarde, cuando mis energías y mis ganas de hacer las cosas bien se hallaban ya bajo mínimos, se me ocurrió de repente una idea. Estaba en aquel momento en la cocina, donde acababa de hacer el agujero del último altavoz del día, cuando pensé que sería una magnífica iniciativa por mi parte si le colocaba el marco, luego el mismo altavoz, y le hacía una foto al conjunto con el móvil. De este modo, pues, podría luego enviársela a Jorge, o a mi padre, y demostrarles que, si bien había algo de cierto en que no era precisamente una de mis cualidades principales la rapidez, por otro lado no podía decirse que no dejara unos acabados sencillamente *impecables*. Así hice, y luego, con la cabeza a demasiado pocas revoluciones como para filtrar las estupideces, y menos aún cuanto más obvias fueran éstas, también se me ocurrió dejarlo todo sin atornillar, con el pretexto de que luego no fuera tan trabajoso volver a sacarlo para hacer las conexiones. Obviamente, sólo cuando hube descendido de la escalera, retirado ésta, y me hube colocado lo suficientemente lejos como para no tener la menor capacidad de reacción, el altavoz, como si en lugar de avanzada tecnología de alta fidelidad se tratara mismamente de una fruta madura, se descolgó del techo, rebotó contra un estante, y fue a empotrarse en mitad de la vitrocerámica, dejando en un instante a su alrededor un anillo de oscuros y diminutos cristalitos, en lo que inevitablemente recordaba a un cráter lunar con una especie de extraño satélite incrustado en su mismo centro. Recuerdo que mientras me acercaba al lugar del desastre ya estaba haciendo mis cálculos: sumando el precio del altavoz al de la vitrocerámica —que aún conservaba la etiqueta en una de sus esquinas—, y contando con que el mármol no hubiera quedado dañado, era posible que si hacía horas extra el resto de fines de semana de mi vida pudiera algún día llegar compensar a mi padre por lo que le iba a costar aquel destrozo. Tuve que estar, de hecho, un buen rato dándome ánimos, y planteándome algunas absurdas alternativas, como agarrar la furgoneta y no dejar la carretera hasta acabar la gasolina, antes de atreverme a bajar al sótano, que es donde estaba trabajando en estos momentos Jorge, a explicarle lo que acababa de pasar. Cuando al fin me decidí, debía llevar la palabrad *desgracia* escrita en la cara, porque mi compañero de trabajo no

necesitó más que verme aparecer por la puerta para dejar lo que estaba haciendo, entornar los ojos, y pegarle una chupada tal a su cigarro, que parecía que era la última vez en su vida que iba a probar el humo de tabaco. Luego opté por esquivar los prolegómenos —¿de qué me iba a servir?—, y sencillamente le conté que había sido un error mío, que así se lo iba a comunicar yo mismo a mi padre, y que estaba dispuesto a compensarlo por el medio que fuera, ya fuera reduciéndome el sueldo, buscándome otro trabajo para el fin de semana, o, en definitiva, lo que a ellos mismos les pareciera oportuno. Entonces Jorge, de forma totalmente inesperada, y cuando ya creía que iba a coger la manguera anti incendios que tenía allí al lado, junto a las cajas de herramientas, para echarme de la instalación a presión a chorro, me dijo escuetamente, y con mucha calma, que lo acompañara hasta la furgoneta, que íbamos a coger otro altavoz del almacén. Yo, sin acabar de entender lo que estaba sucediendo, obedecí sus instrucciones y fui tras él. Minutos más tarde, ya en la carretera de vuelta a Vilafranca, empezó a hablar. Creo que fue la primera vez en toda nuestra relación que le oí decir más de cinco o seis frases seguidas sin que estas contuvieran terminología técnica y fueran dirigidas a un cliente. Lo que me dijo, básicamente, es que no tenía que preocuparme por el altavoz, ni tampoco por la vitrocerámica, porque teníamos un seguro contratado precisamente para este tipo de contingencias, y que a él mismo, en otra empresa en la que había estado años ha, se le había roto también un televisor en un despiste y, más allá del susto del momento, nadie hubo que lamentar nada. Luego detuvo un instante la explicación, me echó un vistazo, supongo que para ver cómo me estaba tomando sus palabras, y tras aclararse la voz y encenderse otro cigarro, volvió a reanudar la charla. Esta vez se sinceró al respecto de algunas cosas que, *hacía tiempo*, me confesó, opinaba de mí. Me dijo, por ejemplo, que yo era un chico joven, listo, con todo un futuro por delante, que la empresa en la que trabajaba era la de mi padre, no la de un extraño, y que sabía de primera mano que le estaba costando mucho trabajo mantenerla a flote, además de que tarde o temprano era algo que yo habría de heredar...; me reconoció también que, *por supuesto*, la vida iba de muchas cosas a parte de dinero, aunque lo que uno tampoco podía hacer era obviar el hecho de que había que comer. En resumidas cuentas, recapituló, lo que pretendía hacerme ver con este sermón era simplemente que si no me gustaba el trabajo, y a él le daba *lahumilde sensación* de que no era así, quizás lo que debería hacer era ser sincero con mi padre y ponerme a buscar cualquier otro, o en todo caso, replantearme el rumbo de mi vida, que era joven y aún estaba a tiempo de elegir. Cuando, instantes después de decir esto, Jorge dejó que un silencio se suspendiera en el habitáculo de la furgoneta, dando

así por acabada la charla, creo no me había sentido tan agradecido con nadie en mi vida. Me honraba tanto que no se hubiera enfadado conmigo, y por la sencillez y claridad de su discurso, que hasta estuve a punto de darle un abrazo. No lo hice, por supuesto, pero sí que pensé que quizás ahora, gracias a aquella turbia mañana y a aquel altavoz roto, nuestra relación había dado un paso importante en pos de la concordia y, ¿por qué no?, quizás también de una verdadera amistad. Huelga decir que enseguida le prometí que pensaría concienzudamente en todo lo que me había dicho, y que, aunque todavía no sabía muy bien exactamente cuál, algún tipo de resolución iba a salir de mi parte al respecto de todo esto. De hecho, fue gracias a toda aquella extraña mañana, y a la charla con Jorge que, días más tarde, tomé una importante decisión que iba a tener un profundo efecto en mi vida. Resulta que descubrí que en Barcelona daban un curso gratuito de electrónica de seis meses de duración, el cual, si lo aprobabas, incluso te hacía merecedor de un certificado homologado. Ilusionado, reuní, toda la documentación necesaria y visité a mi padre en su despacho para presentarle el caso. Le dije que había llegado a la conclusión de que todos mis problemas en el trabajo derivaban sencillamente de mi inexperiencia, y de mi carencia de formación, y que con aquel curso todo podría quedar solventado de un plumazo. Luego también añadí que, una vez me lo hubiera sacado, y con aquel fenomenal certificado que iba a recibir, hasta podría percibir una subida de sueldo acorde con mi nuevo estatus. A mi padre no le hizo mucha gracia el chiste, pero lo del curso sí que no le pareció mal del todo, aun a pesar de que eso iba a significar reducir mi jornada laboral algunas horas para poder asistir a las clases presenciales. Así pues, tras su aprobación, fui aquella misma semana a hacer la matrícula, y semanas más tarde, y tras años sin saber lo que era, volví a estudiar.

Y al respecto de Lucía, la verdad es que estaba totalmente perdido. Dedicué muchas horas y muchos días a pensar en nuestros problemas, y, al final, la única explicación que se me ocurrió para darle algún sentido a la extraña escenita que montamos aquel lunes, es que ella estaba teniendo, o quizás había tenido, algún tipo de aventura. También pensé que, con casi toda seguridad, todo esto tendría algo que ver con su espantada en la Navidad del año anterior. El problema es que no era éste un tema que me resultara fácil tratar, entre otras cosas, porque a Lucía le costaba un mundo ponerse a hablar de asuntos tan voluminosos y disparatados, y porque tampoco es que me hiciera la menor ilusión que creyera que había dejado de confiar en ella. Sí que alguna vez, muerto de celos y de curiosidad, traté de indagar, acaso sacándole el tema de la forma más accesible posible, por ejemplo, dejándole claro que, pasara lo que

pasara, podía ser franca conmigo, que no había nada a lo que no pudiera hallarse solución, menos aún si era una cuestión tan simple como que se había enamorado de otra persona, y ahora deseara probar suerte con ella; pero no estoy seguro si incluso tratar de explicarme de esta manera fue más contraproducente que otra cosa. Ella, de cualquier modo, trataba de no darle mucha importancia a mis sospechas; simplemente me escuchaba atentamente y, con las pocas palabras que usaba para responder a mis preguntas, parecía intentar simplemente que yo me sintiera comprendido, o consolado, lo que al final no solía causar otra cosa en mí más que no supiera demasiado bien si decepcionarme profundamente con ella o, por el contrario, hacerlo conmigo mismo. De todos modos, se diera el caso de que yo tuviera razón o no con mis suspicacias, era absurdo que pretendiéramos que todo seguía igual. Fuera lo que fuera lo que hubiera sucedido aquel día, o lo que aquel día quedó de manifiesto que había sucedido, nos había dejado a los dos orbitando en galaxias totalmente distintas, separados por algo que era demasiado grave y demasiado visible como para pretender ignorarlo. También es cierto que mi entrada en el curso de electrónica, y el estricto horario que tuve que empezar a seguir para compaginarlo con el trabajo, lo emborronaron un poco todo. Y es que una vez empecé a asistir a las clases, así como mis mañanas no cambiaron demasiado, sí que empecé a vivir a partir del mediodía unas auténticas vorágines entre el trabajo y los estudios que muchas veces no me permitían volver a casa hasta las diez o las once de la noche. Nunca mi tiempo y mi mente habían estado tanto rato y tan a menudo ocupados en asuntos lineales y previsibles como ahora, y eso era, sin duda, una sensación grata, pero también este modo de vida me dejaba derrengado a última hora del día, y sin ganas de otra cosa más que de echarme a dormir. Luego, además, los fines de semana, que era cuando Lucía y yo habríamos podido coincidir, ella solía estar agotada de trabajar toda la semana, y *de la rutina*, y quería salir y hacer planes con sus amigos, y yo desde hacía algún tiempo cada vez iba menos con ellos. La verdad es que las ocasiones en que los acompañaba, aparte de que no me lo pasaba demasiado bien en general, tampoco es que disfrutara plenamente el tiempo con Lucía. Lucía, en realidad, nunca me gustó rodeada de otras personas, se vulgarizaba, era en soledad, en los silencios, en mitad de sus parloteos desestructurados en los que yo la hallaba interesante, única, mágica. Y ahora que solamente la veía de refilón, o mezclada con otra gente, me parecía que había cambiado, casi como si ya no fuera ella, o como que lo que me gustara de ella se hubiera convertido en algo que, muchas veces, no me quedara ya más remedio que recordar. Llegados a este punto, en realidad, sólo hubo una pequeña cosa que llegó a compensar, aunque fuera un poco,

esta distancia que se iba abriendo lenta pero inexorablemente entre los dos: hablar por teléfono. Recuerdo que empecé a llamarla un buen día en el camino a Barcelona. Al día siguiente también lo hice, y no tardó en convertirse en una costumbre mi llamada del trayecto a la escuela. Más adelante, también empecé a hacerlo en los descansos del trabajo, siempre y cuando no la hubiera visto a la hora de desayunar, o incluso en el pequeño intervalo que entre clase y clase, si se daba el caso de que me sentía un poco agobiado. Llegó un momento en que era posible que empezáramos a hablar más de lo que lo habíamos hecho nunca; o, por lo menos, antes de que hacerlo en persona se convirtiera, por lo que fuera, en un imposible. Por otro lado, también hay que decir que no es que tuviéramos mucho que contarnos, especialmente yo a ella; incluso me preguntaba a mí mismo a menudo por qué seguía llamándola, y además cada vez con más insistencia, si luego acababa por no saber ni qué decirle. Pero tampoco podía dejar de hacerlo. Sencillamente sucedía que, en determinados momentos, tras ciertos cambios de proceso, ella, su rostro, me latían con la fuerza de una taquicardia y sentía la imperiosa necesidad de oír su voz, de saber que estaba allí, que estaba bien, nada más que a una mera llamada de teléfono. Luego, por suerte, a Lucía, que no parecía ver nada extraño en todo aquello, como si entendiera perfectamente, hasta mejor que yo, mi necesidad de hablar con ella, no le costaba nada ponerse a relatar alegremente los mil detalles que le habían acontecido desde la última llamada, o anécdotas variopintas de aquella mañana o la tarde anterior que se le iban ocurriendo, o sencillamente criticaba a ciertas compañeras de trabajo que aún la trataban como una advenediza, a pesar de que ya había rotado *por casi todos los puestos del supermercado*... Y así, hablando de cualquier estupidez, aunque fuera, no la echaba tanto de menos.

No fue una buena temporada aquella, desde luego, por lo menos comparada con la que la precedió, pero eso no impidió que hubiera un par de momentos que disfrutamos juntos, y muy a nuestra manera. El primero tuvo lugar cuando Lucía, tras haberse pasado varios meses ahorrando, decidió operarse los pechos. No sé si me gustó mucho la idea, por cierto, por lo menos en el momento en que me la dijo. A mí me gustaban los pechos de Lucía, aunque no fueran grandes me parecían curiosos, especiales, muy suyos; no sé cómo hablar de unas tetas sin parecer un perverso, o lo que es peor, un romántico. El caso es que, a pesar de todo, no me opuse. En el fondo puede que hasta me pareciera bien que Lucía se operara, era una novedad, un cambio, siempre he sido bastante tolerante con los cambios. De cualquier modo, aquello requirió muchas visitas a consultorios, valoraciones a solas en casa, miedos y

reticencias que hubo que analizar y que hicimos juntos. Eso estuvo bien, discutirme con Lucía por sus tetas; era un tema que tenía miga, y que solía acabar dándome, por lo menos, para todo tipo de bromas, muchas de ellas que incluso acababan poniendo a Lucía de los nervios, sino la hacían reír a carcajada limpia. Aunque la verdad es que al final lo estropeé un poco todo. Resulta que, a falta de una semana de la operación, con el quirófano ya contratado y las pruebas del anestesista hechas, empecé a tomarme en serio el tema y le pedí que no lo hiciera, que no se operara. De hecho le dije que sus tetas estaban genial como estaban, que eran una de las partes más bonitas de su cuerpo, probablemente de las que mejor la definían como lo que era, como *Lucía*, y que, en caso de que quisiera operarse algo, mejor que fuera el culo, que al culo sí que no le vendría mal un arreglo. Lucía me la guardó para siempre aquella. Aún nos recuerdo a los dos en el hospital, ella convaleciente, con una aparatosa venda rodeando los dos tremendos bultos que le habían puesto donde antes tenía sus tetitas, y sin hablarme más que para pedirme que cambiara de canal en la tele o le vaciara la cuña. Creo que aquella fue la primera vez que Lucía se enfadó de verdad conmigo. Probablemente la única. Pero como era una chica tan afable no tardó más que un par o tres de semanas en perdonarme.

Y luego está el otro momento, éste sí que simplemente bueno, sin que ninguno de los dos fuera ni por un solo momento capaz de estropearlo. Tuvo lugar cuando finalmente me expulsaron. Resulta que mi madre, no sé si de resultas de nuestra conversación en aquella última vez que la había acompañado al Salón del Reino, había sacado una serie de conclusiones, y había decidido mudarse de congregación a la que había estado ella de pequeña, y luego hacer también las gestiones pertinentes para cambiarnos al resto de la familia; supongo que en la enternecedora, pero a la par inocente, previsión de que algún día volviéramos. Pues bien, un buen día a esta congregación les llegó el temido chivatazo de que Lucía y yo vivíamos juntos, por lo que no tardaron en llamar a mi madre a consultas y hacerle pasar un mal rato; o al revés, haciéndoselo pasar a sí mismos, porque a mi madre bastaba que le dieras una excusa para que se soltara el pelo y te echara la caballería encima... A todas estas fue Lucía la que descubrió enseguida quien había sido el chivato. Cuando me dijo el nombre no me extrañó ni un ápice: su madre; aunque en el fondo todo había sido un poco culpa suya. Al parecer, habían tenido una discusión y sin querer se le había escapado lo de que vivíamos juntos. Cuando me lo explicó, con aquella cara de culpabilidad con la que nunca sabías si odiarla o entenderla perfectamente, me pidió también un millón de perdones, pero como yo hacía tiempo ya que había perdido todo

interés en el asunto, no le di la menor importancia; no más que para mostrarle cuán absurdo era tratar de argumentar nada con su madre. El problema es que días más tarde también a mí me llamaron por teléfono y me convocaron al Salón del Reino para hacer toda la parafernalia de la expulsión. Hay que decir que esa llamada me causó el mismo efecto que me habría provocado un televendedor intentándome persuadir de cambiarme de compañía de teléfono, por lo que enseguida les dije que no tenía tiempo y les pregunté si no podrían expulsarme sin mí, cosa que, curiosamente, aceptaron. Sin embargo, no pasó ni una semana antes de que me llamara otro tipo, el Hermano Llorente, presentándose como una especie de ahijado de mi abuelo y un amigo de la infancia de mi madre, y proponiéndome, así como con una voz muy aterciopelada, que quedáramos *paratrat* el tema de mi expulsión. Me dijo también que su intención era hacer algo totalmente informal, en su casa, sin nadie más a parte de nosotros, y que si quería —de hecho, él lo prefería—, que me trajera también a Lucía; iba a ser, me aseguró, todo muy tranquilo y distendido, *una charla de amigos*. Estuve también a punto de decirle que no a él, pero luego me supo mal, por el propio Hermano Llorente, porque me había hablado con mucho respeto, y también por mi madre, que era la que seguramente lo había tramado todo, así que al final acepté.

De modo que, una calurosa y húmeda mañana de mayo, Lucía y yo nos presentamos en casa del Hermano Llorente, un piso de la calle Comptes de Bell-lloc, en Barcelona. Recuerdo que estábamos los dos bastante desubicados y nerviosos, aunque yo enseguida me olvidé un poco de todo distrayéndome con la decoración del piso; vicio, sin duda adquirido en el trabajo, que se lo pregunten sino al bueno de Jorge. A parte de todo, el piso del Hermano Llorente era bien peculiar, más que nada, porque todo era absolutamente blanco: paredes blancas, parqué blanco, macramé blanca... y, para más ironía, el mismo Hermano Llorente resultó ser un hombretón rubio con aspecto angelical y de elegantes maneras: de pronto era como si hubiéramos entrado en el maldito cielo. De todos modos, enseguida me cayó bastante bien, el Hermano Llorente, por lo menos tuvo el detalle de no fingir que sentía una gran piedad por nosotros. De hecho, en lugar de eso, nada más nos hizo pasar a dentro, nos ofreció una cerveza.

—No me gusta el alcohol, gracias —dije yo, y Lucía ni siquiera abrió la boca de lo avergonzada que estaba.

—¿Una Coca Cola, entonces, o zumo?

—Agua estará bien. Para ella también.

—Agua. Muy bien. Sentaos por aquí, si queréis, ahora vengo.

—Gracias —dije acomodándome en un inmenso y comfortable sofá blanco mientras el

Hermano Llorente desaparecía por el pasillo. También Lucía se sentó en aquel sofá, a mí lado, lo más cerca, de hecho, de mí que pudo; le faltó ponerse encima de mi regazo. Instantes después, el Hermano Llorente volvió con tres botellines de agua precintados y, tras darnos uno a cada uno, junto con un vaso de cristal muy curioso, y servirse uno para él también, se sentó en un butacón que había frente a nosotros. Después pegarle un largo sorbo a su agua, empezó. Sabía positivamente que iba a soltarme lo primero de todo alguna anécdota sobre mi abuelo o sobre mi madre, tampoco le podía pedir tanto, pero tras una breve charla informal fue directamente al grano.

—Me alegro que hayáis aceptado venir —dijo tras coger aliento—. Sé que es una situación muy complicada, pero he pensado que sería una pena no tratar este asunto cara a cara.

—Sí, lo comprendo. En Vilafranca era un poco caótico el asunto de la comunicación. El Hermano Llorente asintió con su ancho cuello y luego hizo una pausa para revolver en unos papeles, cosa que yo aproveché para mirar a Lucía. Ahora estaba apretujada contra el respaldo del sofá y mirando a su alrededor, como si aún no consiguiera acabar de creerse donde estaba. No me costó mucho empezar a sentirme mal por haberla embarcado en esta aventura. En rigor ella no tenía nada que ver con esto.

—Perfecto. Pues bien, entonces, supongo que sabéis por qué estáis aquí.

—Sí, creo que sí.

—Sabéis entonces que nos han llegado informes de que vivís juntos.

—Sí, e imagino que el remitente de estos informes es la madre de Lucía, ¿no? —le pregunté.

—La verdad es que a mí quien me los ha pasado ha sido la congregación de Vilafranca. Pero sí que tengo que reconocer que me comunicaron que era su madre —miró a Lucía— la que... *sacó a la luz* este asunto.

—Ya. No hay duda de que se trata de una mujer con un gran sentido del humor.

El Hermano Llorente sonrió y luego esperó unos segundos antes de continuar.

—Entonces, reconocéis que la situación es tal y como se ha descrito, ¿no?

—Sí. Es exactamente así —respondí yo.

Él asintió y luego anotó algunas cosas más en su cuaderno. Yo, para aquel momento, ya no estaba nervioso en absoluto. A mí los Testigos en realidad nunca me dieron el menor miedo, a menos que se empeñaran en salir a predicar conmigo, claro está, cosa que hacían continuamente. Lo que sí que me hacían sentir era un poco inútil; siempre conseguían implicarme en situaciones en las que yo me sentía totalmente fuera de lugar. Es una pena todo el tiempo que he estado en los Testigos, he aprendido lo que

es sentirse incómodo de verdad. Por lo menos aquel día notaba que había buena voluntad en el ambiente.

—Muy bien. Entonces, sabes que es nuestra obligación hablar con vosotros y asesoraros. Los asuntos de pareja son complicados y nunca está de más tener un poco de ayuda...

Yo asentí. La verdad es que si aquel tipo era capaz de darme el menor tipo de ayuda al respecto de *los asuntos de pareja*, le iba a estar agradecido el resto de mi vida.

—Sin embargo, antes que nada, me gustaría que me dierais vuestra opinión.

—¿Nuestra opinión? —pregunté extrañado.

—Sí. No quiero que penséis que os he llamado para deciros que os estáis equivocando, ni para convenceros de nada... Quiero saber qué pensáis vosotros de todo esto. Quiero *aprender* de nuestro encuentro.

¿Aprender? Me quedé perplejo. Este tipo me resultaba más agradable por momentos.

—Bueno... —Tardé un buen rato en encontrar las palabras— La verdad es que para lo último para lo que venía preparado era *paradar mi opinión*. A ver, respecto al tema del *sexo*, hombre, no seré yo quien diga que tiene la clave al respecto. No sé si me explico, los caminos de la mujer son inescrutables...

El Hermano Llorente y yo nos sonreímos con complicidad, y luego, cuando miré a Lucía, ella me llamó idiota. A veces es muy fácil hacer reír a un Testigo, basta con que transgredas alguna cosa muy seria lo justo, pero sin pasarte ni un pelo. Es cuestión de habilidad. El tema es que le intenté explicar al Hermano Llorente que nosotros ya nos queríamos como si fuéramos un matrimonio, y que, además, no se nos daba demasiado bien hacer cosas de la índole de poner por escrito un compromiso.

—Es que siempre que intentamos hacer algo mirando al futuro se monta un cristo de cuidado. No sé si me explico.

El Hermano Llorente asintió, probablemente algo inconforme con mi explicación, y luego se dirigió a Lucía.

—La madre de Elí —dijo mirándola y cambiando ligeramente el tono de voz— me ha dicho que tuviste una infancia un poco complicada, ¿no es así?

—Sí... bastante... —respondió Lucía con la voz diminuta.

—Por eso fuiste a vivir con Elí y con su familia, ¿no?

—Sí.

El Hermano Llorente asintió y le tiró un poco más de la lengua con sutileza. No le iba a costar mucho. Lucía en realidad no era tímida, lo que pasaba es que le costaba arrancar. Era al revés que yo, a mí no me costaba nada empezar a hablar con

cualquiera, pero a los treinta segundos ya no sabía que decir y los pelos empezaban a ponerse de punta. En este caso lo que sucedió es que el Hermano Llorente le preguntó por cómo fue aquella decisión de venirse a vivir a mi casa y ella empezó a relatarle con todo lujo de detalles aquel día. A los dos minutos ya no había quien la parara. Le explicó como su madre y su hermana mayor habían empezado a pelearse, y que al final había tenido que venir la policía porque su hermana empuñaba unas tijeras y amenazaba con matar a su madre, a sí misma, y a quien se pusiera por en medio. Se dio, por cierto, un hartón de reír contándole cómo en mitad de todo me llamó a mí, lo nervioso que yo estaba por teléfono, y que a los cinco minutos, y a pesar de que ella me lo había prohibido, ya estaba allí debajo aparcado con mi Focus rojo, con el teléfono en una mano y la otra en la puerta del coche, por si tenía que subir a Dios sabe que seguramente acabar de estropearlo todo. Luego siguió relatando otras historias de otros días, dando todos los detalles, como era ella, explicando las cosas más morbosas primero y luego centrándose en sutilezas que le parecían de lo más irónico, como qué clase de luz entraba por la ventana aquel día, o lo horripilantes que eran los pañitos con que estaba sembrado el *chalet* de Cambrils: *como la casa de una vieja*... Por lo menos estuvo veinte minutos hablando sin detenerse. Yo era incapaz de perderme nada de lo que decía; además, algunas de las cosas Lucía se las estaba inventando completamente, pero a mí me daba igual, con tal de que tuvieran tanto sentido como ella les estaba dando. Incluso de cara al final, como el Hermano Llorente le hizo un par de preguntas más, se animó del todo y le explicó lo de los piojos y la miseria, y lo que la odiaban en la escuela, y hasta lo de los sueños y los abusos. Para aquel entonces el Hermano Llorente escuchaba atentamente, pero cada vez daba más la sensación de estar bastante turbado. Probablemente era la primera vez en su vida que oía hablar a alguien en aquellos términos, por lo menos a alguien que acabara cada maldita frase con una ironía y una carcajada. Además, a Lucía no se le dio nada bien explicar lo de los sueños, y estoy seguro que al final el Hermano Llorente no tenía la menor idea de lo que le estaban contando. Y por si todo eso fuera poco, a mí en cierto momento me dio por enervarme y corté a Lucía en mitad de su explicación.

—Y que conste —le dije apuntándolo con un dedo— que la madre de Lucía no tiene ninguna culpa de nada, lo sé perfectamente. Mi problema es *otro*, Hermano Llorente...

—Me tomé la libertad de hacer una buena pausa dramática en este momento—. Mi problema es que me imagino a mí allí, en esa época, con una Lucía de seis o siete añitos campando por el jardín, y no tengo *ninguna* *duda* de que aquello no habría sucedido. No sé si me explico; creo que si yo hubiera estado allí, *simplemente* no podría

haberle pasado *nada* a Lucía.

Tras lo cual, detuve mi perorata y me quedé unos instantes en silencio. Me había dado cuenta de que estaba bastante crispado y eso me estaba haciendo dudar acerca de mi propia credibilidad. De todos modos, como ya no me quedaba mucho más por decir, sencillamente me quedé callado. Lucía tampoco parecía tener nada que añadir y tampoco dijo nada más.

—Entiendo... —dijo el Hermano Llorente segundos después, mientras anotaba cosas en su libreta. Estuvo un buen rato apuntando, no sé si porque realmente no quería dejarse ningún detalle, o porque no sabía cómo seguir ahora y estaba esquivando el momento de volver a hablar. Yo, para aquel entonces, todavía tenía la esperanza de que así, habiendo hablado con el alma, era posible que nos hubiéramos acercado a algo, algo que posiblemente fuera bastante indeterminado, no, por supuesto, a evitar mi expulsión, circunstancia que para el momento me parecía hasta apetecible, sino quizá a una auténtica y pura comunicación, a algunos sentimientos indomables que hubieran sido transferidos de unos a otros entre los tres, a su albur, probablemente gracias a habernos explicado tan mal, pero tan con el corazón. Sin embargo, cuando el Hermano Llorente levantó de nuevo la vista, me pareció que más que otra cosa acaso estaba *confundido*. Curiosamente, Lucía también debió percatarse de ello, porque enseguida decidió resumir sus conclusiones y exteriorizarlas de forma que resultara lo más simple y fácil de comprender:

—Así que, Hermano Llorente —dijo la tía totalmente serena y lacónica—, si va a expulsar a Elí, creo que sería justo que expulsara también a mi madre.

Dios sabe que tuve que mirar al suelo y taparme la cara con las dos manos para ocultar la risa que me dio. Si no hubiera sido porque estaba en la casa de un tipo con muy buena voluntad, habrían tenido que atarme.

—Sois realmente una pareja que os lo merecéis todo, Elí —dijo el Hermano Llorente—. No te lo digo para hacerte un cumplido. Es realmente... —Suspiró—. Realmente te aseguro que os entiendo. Y, Elí, ¿por qué no hacéis una cosa? Ahora que ella tiene su propia casa y está a salvo de todo aquello, ¿por qué no te vas a vivir otra vez con tus padres y cuando seáis un poco más maduros...?

Ahora, por unos instantes, casi me dio la impresión de que el tipo intentaba echarse para atrás.

—Verá, Hermano Llorente, si le soy sincero, nosotros ya estamos en otro punto de todo esto.

—Está bien... Claro. Entonces, Elí, conoces perfectamente la situación.

—En serio —le dije—, no se preocupe. No esperaba de esta reunión otra cosa más que la expulsión. Acaso aprender un poco también.

—Sabes entonces que debo preguntártelo.

—Adelante.

—¿Te arrepientes de tus pecados?

—No.

Asintió, anotó algo más en su libreta y al acabar me habló:

—Entonces te comunico que estás expulsado de los Testigos Cristianos de Jehová.

Aquella misma tarde, en el tren de vuelta a casa cundió la más pura euforia. Lucía y yo nos sentíamos tan extraños después de la absurda charla con el Hermano Llorente, y por ser ese el primer día en mucho tiempo que hacíamos algo juntos fuera de casa, que nos pasamos todo el viaje haciendo el mono. Lucía, por ejemplo, cambiaba continuamente de asiento *porque no le gustaba el paisaje que había en la ventana*, y más tarde, una vez conseguí que se quedara quieta, se puso a emitir comentarios racistas de todo el mundo, mientras yo le suplicaba entre risas que se bajara un poco la voz... También, por supuesto, nos reímos de los Testigos, y de cualquier cosa con la que nos cruzábamos, especialmente de los lunáticos que podías encontrarte a puñados a cualquier hora a poco que buscaras entre los vagones del Cercanías, aunque siempre que podíamos volvíamos a los Testigos. En un momento dado, por ejemplo, no sé qué me preguntó Lucía, que yo le chisté y le dije que no podía hablarme.

—¡Uh, claro! Que estás expulsado...

Como había vuelto a hablar, le volví a chistar.

—¡Ay Dios, Elí! ¡Yo voy a ser la siguiente!

—Bueno, tú no estás bautizada. En principio, lo único que pueden hacer es odiarte.

—¡No odio, no! —Ahora se encaramó en la butaca, se puso de cuclillas y se abrazó las piernas. Parecía un ser torturado. O un búho. Todo el mundo la miraba, pero ella estaba tan concentrada en el numerito que no debía darse ni cuenta.

El resto de la tarde, ya en Vilafranca, lo pasamos juntos y la mar de a gusto hasta que cayó la noche. Entonces Lucía, tras cenar, se pasó como media hora hablando por teléfono con quien supuse que era Sole y, al acabar la llamada, me comunicó que tenía la intención de ir a la discoteca. Yo lo lamenté profundamente, puesto que era ya la

segunda vez que iba aquella semana, y tenía ganas de seguir a su lado haciendo lo que fuera, pero me guardé mis pensamientos para mí. Ella, sin embargo, debió verme mala cara porque se puso a mi lado en el sofá y me estuvo bastante rato insistiendo en que me viniera con ella y con Sole, diciéndome que me lo iba a pasar bien, a lo que yo aduje que no sabía, y que no me interesaba, bailar, y que prefería hacer cualquier otra cosa antes que ir a la discoteca, como quedarme en casa jugando al ordenador, para no ir más lejos. Al cabo del rato, cuando Lucía acabó de arreglarse, y justo antes de marcharse, vino al comedor y se despidió de mí con un abrazo y un largo y tierno beso. El resto de la noche me dediqué a llamarla una y otra vez sin parar por teléfono. En una de estas llamadas, Lucía me dijo con todo el cariño del mundo que no iba a poder bailar si yo la interrumpía cada cuarto de hora, por lo que al final tuve que contenerme e irme a dormir.

Recién empezado el verano, a finales de junio, la relación entre Lucía y yo estaba ya tan deteriorada que apenas nos dirigíamos siquiera la palabra. Nos cruzábamos por la casa cabizbajos, cada uno sumido totalmente en sus propias cavilaciones y en sus problemas, que a cada día que pasaba parecían más voluminosos, huecos y ridículos. Yo estaba, por ejemplo, naufragando totalmente en los estudios. La verdad es que nunca había sido demasiado buen estudiante y, como ahora no estaba siendo diferente, a falta de un mes para que acabara el curso había acabado teniéndole que pedir a mi padre fiesta porque no me veía capacitado, ni de lejos, para aprobar el examen final con lo que llevaba estudiado hasta el momento. Al segundo día, obviamente, ya me había empezado a levantar a las tantas, y una semana más tarde me había olvidado completamente del examen, y no hacía otra cosa durante el día más que dormir, ver la tele, e ignorar mis obligaciones sin apenas remordimientos hasta que llegaba la noche, momento en el que, de pronto, me despejaba y me sentía estar como en otro lugar, en un mundo misterioso, un mundo de sombras y sonidos de cañerías viejas. Lucía, por su parte, parecía estar experimentado una metamorfosis similar: sin llegar a faltar nunca al trabajo —ella siempre fue diez veces más profesional que yo— ahora empezó a ir cada semana tres y cuatro días a la discoteca y a no volver muchas veces hasta la madrugada, borracha y parlanchina. Curiosamente, eran éstas las únicas ocasiones en las que nos relacionábamos, o por lo menos las únicas que valían la pena. Siempre le pasaban cosas tremendas allí afuera; un día, sin ir más lejos, volvió con una brecha en la cabeza. Recuerdo que entraron Sole y ella en casa aguantándose apenas la risa, y que luego se pasaron media hora en el baño con el grifo abierto. Yo, que obviamente estaba despierto, acabé acercándome a ver qué pasaba, y entonces

me encontré a Lucía sentada en un taburete delante del lavabo, con toda la cara ensangrentada, y apretándose una ceja que humedecía con chorro de agua. Al parecer, según me contaron, se había caído en una zanja de obra volviendo para casa por hacer el mono para divertir a sus amigos. No parecía tener un gran corte, pero lo único que hacían Sole y ella allí metidas en el baño era echarle agua; igual esperaban que la sangre se coagulara por agotamiento. De cualquier modo, una vez examinada la herida, agarré a Sole de un brazo, la saqué de casa a patadas, y a continuación me entretuve en curar a Lucía. Fue bastante complicado, más que nada porque ella era incapaz de dejar de moverse, mientras a ratos me explicaba entre carcajadas, y con el volumen suficiente para despertar a todo el vecindario, *el fallo de cálculo* tan estúpido por el que se había caído, y a otros lloraba desconsoladamente porque le entraba un pánico terrible de que aquello le dejara *marcapara siempre*. Otro día también me desperté en mitad de la noche por culpa de la tos de Lucía y un horripilante olor. Cuando encendí la luz casi me muero del susto: la tía había potado encima de la cama y no se había dado ni cuenta. Casi ni se despertó, de hecho, cuando la cogí en brazos y me la llevé hasta el sofá para que siguiera durmiendo allí, con un cazo cerca, por si necesitaba volver a vomitar. Recuerdo perfectamente la rabia que me dio volver luego a la habitación a arreglar todo aquel escándalo, y no poder dormir en toda la noche de lo que apestaba la casa entera. Me amaneció sentado en el sofá, asiendo la mano inerte de Lucía y totalmente asustado; La verdad es que nunca antes había visto a nadie así de borracho y tenía miedo por Lucía. Lucía siempre me dio mucho miedo, un miedo espantoso, siempre estuvo en el filo de algo terrible, y ella estaba tan acostumbrada a ello que también acabó habituándome a mí. Y ahora, viéndola metida de lleno desde hacía meses en otro de sus círculos viciosos, no sabía muy bien cómo reaccionar; más allá de hacer lo de siempre, es decir, tratar de curarla un poco cuando se hundía algo más de la cuenta, o algo más de lo que ella misma parecía capaz de soportar, con la esperanza de que no necesitara tocar fondo para descubrir que tenía que dar un golpe de timón, de prestar un poco de atención y fijarse en toda aquella lamentable ristra de errores y miedos que arrastraba torpemente, no como si fueran una aberración, ni un peso absurdo, que es en realidad lo que eran, sino creyendo que se trataban de parte inherente de su existencia, un elemento más del extravagante hecho de estar vivo. La verdad es que no se me ocurría nada más inteligente que hacer que eso. En realidad, llegados estos aciagos días, hacía ya mucho tiempo que ninguna de mis brillantes ideas acudía a mi rescate, o a mi perdición, como solían, o por lo menos a distraerme, con lo que no podía hacer otra cosa más que navegar a la deriva, totalmente alerta y

ansioso, perdido por las oscuras habitaciones de nuestra casa.

Hasta que un día, al final, y tal y como yo había intentado evitar desde el primer momento en que la conocí, a Lucía se le fue todo de las manos. Sucedió, más concretamente, poco después del examen final del curso de electrónica. Sin ninguna esperanza de aprobarlo, había acabado optando por ni siquiera presentarme, y una semana más tarde tampoco había vuelto a trabajar. Mis padres, como es lógico, querían saber de mí, cómo estaba, cómo había ido todo, mientras que yo iba posponiendo aquel encuentro a un momento más oportuno, quizás para cuando tuviera algún tipo de respuesta a las preguntas que de seguro me iban a hacer. Una tarde de domingo, sin embargo, ya no pude evitarlos más y decidí acercarme a visitarlos. Recuerdo que hacía un calor de mil demonios, y que Lucía había pasado la mañana en la playa con Sole mientras yo dormía, con lo que todavía no nos habíamos cruzado. Fue, entonces, llegado el momento de marcharme, que me acerqué al comedor para despedirme y allí me la encontré, tumbada en el sofá, sesteando aún en bikini, tal y como debía de haber vuelto de la playa. Como estaba tan tranquila, dudé unos instantes sobre si molestarla o no, aunque luego me dio igual, porque a Lucía no importaba cuándo ni bajo qué circunstancia la despertaras, que siempre lo hacía de un irreductible buen humor. Así que me senté a su lado, la besé en la frente, y esperé su reacción. Entonces, para mi sorpresa, esa reacción no llegó. Llevado por un sombrío presentimiento, en lugar de pensar que estaría simplemente dormida y marcharme tan tranquilamente a casa de mis padres, me empeñé en despertarla, más aún cuando lo máximo que conseguí, tras sacudirla varias veces, fue que se removiera un poco en el sofá y que hiciera la intención de decir algo, aunque luego no alcanzara más que a balbucear algo incomprensible. Daba toda la sensación como si estuviera completamente borracha, o incluso drogada, aunque a ambas posibilidades enseguida las juzgué como ciertamente descartables, siendo como eran las cuatro de la tarde. Al final, ya totalmente preocupado, me fui para la cocina, traje conmigo un vaso de agua, y se lo volqué entero en la cabeza. Entonces, por fin, conseguí que Lucía abriera los ojos y pronunciara algo un poco más articulado. Con voz lenta y adormilada me dijo que me quería y a continuación me pidió *perdón*. Instantes después, pareció señalarme torpemente algo que había en la mesita de centro del comedor. Cuando llevé mi mirada hacia donde apuntaba su dedo, entendí por fin qué estaba pasando. Allí, en mitad del cristal, y al lado de una taza de la oveja Dimitri, reposaba desgajada y totalmente vacía una cajetilla de tranquilizantes.

El resto de aquel día se alargó hasta el infinito. Lucía estaba bien; de hecho, con el tipo

de tranquilizante que se había tomado y la cantidad que cabía en la caja, lo peor que le podría haber sucedido, a la muy imbécil, es que se hubiera pasado dos días enteros durmiendo plácidamente. Además, justo después de llamar al número de emergencias, y con ella cada vez más consciente, conseguí también llevármela al baño y que vomitara todo lo que le quedaba en la barriga. Sin embargo, eso no nos ahorró pasar por un turbulento viaje en ambulancia, y luego tener que permanecer los dos un millón de horas atrapados en el Hospital Comarcal de Vilafranca, Lucía desaparecida en camilla al fondo de un luminoso pasillo, y yo embutido en la atestada sala de espera, sin mucho más que hacer que tratar de evitar volverme loco. Ésta fue la única vez en mi vida en que me alegré de haber sido Testigo. Gracias a haber pasado tantos años mortalmente aburrido en decenas de Salones del Reino y de Asambleas, ahora resultó que sabía conducirme perfectamente en periodos de tensa inactividad. No me costó, por ejemplo, perderme en la lectura de todos los prospectos que había repartidos en los variados dispensadores de la sala de espera, también en los carteles de las paredes, o encontrando con relativa facilidad formas caprichosas en la disposición de los caracteres de todos aquellos escritos, así como en los ladrillos de terracota de los muros. Hasta se me ocurrió ponerme a jugar a la piedra *Rosetta* con un matrimonio árabe que había unas filas más allá, con el propósito de descifrar, aunque fuera, algún tipo de artículo o de conjunción de la ininteligible jerga con la que se hablaban a voces. Cuatro horas después de haber llegado allí, sin embargo, y cuando los ventanales de la sala de espera habían perdido ya su azul cielo para convertirse en meros espejos de un interior iluminado por la terrosa luz de los apliques, aún me quedaba un mundo para que toda aquella pesadilla terminara.

A todas estas, a pesar de que no quería darle muchas vueltas, entre otras cosas porque sabía que no serviría de mucho, desde el primer momento en que me encontré con aquel percal confirmé para mis adentros que todo tenía que ser una cuestión pasional. ¿Qué otra cosa sino habría podido llevar a alguien como Lucía, acostumbrada a las situaciones más límites de la vida, a desesperarse de esta manera y llevar su estupidez al grado máximo? De hecho, no me era muy necesario confirmarlo, porque en estos momentos no tenía la menor intención de confiar en nada que no fuera mi intuición, o acaso en la misma palabra de Lucía, pero aun así, en un momento en que decidí salir al fresco para estirar las piernas en la tranquilidad del helipuerto, me entró de repente la curiosidad y pensé que no iba a perder nada por indagar un poco. De modo que hice un par de llamadas. A la primera a la que contacté fue la tía de Lucía. La tía de Lucía era lo único aprovechable de la familia, a parte de la

misma Lucía, se trataba de una persona realmente agradable y cariñosa, con un marido muy bondadoso, que no había tenido más contacto con su sobrina porque vivía muy lejos de Vilafranca, más concretamente en Sevilla. Lucía, de hecho, había tenido siempre muy buena relación con ella, muchas veces me había comentado que era para ella lo más parecido que había tenido en su familia a una madre, por lo que enseguida se me ocurrió que si realmente había algo, seguramente se lo habría contado a su tía antes que a nadie. Lamentablemente, no pude sacarle mucho. Hay que decir que, antes incluso de hacer la llamada, me preparé para ser muy cuidadoso, más que nada porque lo primero de todo tenía que dar la mala noticia, lo que no era cosa sencilla, pero luego, a la hora de llevar a la práctica esta sutileza, no me salió nada bien. Es más, la pobre mujer, tan pronto vislumbró lo que le estaba explicando, se me puso a llorar amargamente, y, entre sollozos, me comunicó que se iba a comprar un billete de tren ahora mismo para Barcelona. Al final conseguí tranquilizarla un poco diciéndole que no se preocupara, que allí estaba yo para ocuparme de Lucía, como siempre había hecho, y que en cualquier caso se esperara mejor a comprar aquel billete a tratar el tema antes con la misma Lucía, con quien, estaba seguro, podría hablar antes de que acabara el día. Fracasado, pues, el primer intento, pero con mi curiosidad intacta, probé también con alguno de los hermanos de Lucía, a los que conocía prácticamente sólo de vista y que, por alguna extraña razón, pensé que se tomarían las cosas con un poco más de serenidad. Obviamente, tampoco saqué de ellos más que lamentaciones y promesas de venir a Vilafranca en el siguiente tren o autobús. Al final, a regañadientes, porque sabía que me mentiría sin pestañear, decidí llamar a Sole, y cuando también ella rompió a llorar la obligué calmarse y le pregunté a quemarropa si sabía si Lucía se veía con alguien. Todavía entre sollozos me dijo que no, y me insistió vehementemente en ello, aun cuando me inventé, con no demasiada soltura, que Lucía estaba al borde de la muerte y que era médicamente necesario saberlo para poder salvarle la vida. A Sole le colgué sin más. Justo en ese momento, nada más retirarme el teléfono del oído, y cuando ya me disponía a volver a marcar más números y a hacer llorar a todos y cada uno de los allegados de Lucía con tal de sacarles algo de información, un policía vino a plantarse delante de mí. Extrañado, le pregunté qué deseaba, y él me pidió educadamente, pero sin demasiada cordialidad, mis señas. Acto y seguido, una vez chequeada mi documentación, empezó a hacerme toda una serie de preguntas que al cabo del rato entendí que iban dirigidas a saber si esto se trataba de un caso de maltrato, y que enseguida supuse que debían formar parte de algún tipo de protocolo estándar para estos casos, por lo que respondí solícito y sin rechistar.

Curiosamente, cuando, minutos después, acabó aquel pequeño interrogatorio, y con el policía marchándose de allí con cara inexpresiva, en lugar de sentirme indignado, o preocupado, o incluso con ganas de volver a las llamadas, me descubrí más calmado de lo que había estado en toda la tarde. Sencillamente acabé optando por dirigir mis pasos tranquilamente de nuevo hacia la sala de espera y sentarme exactamente en el mismo sitio en el que había estado antes. En aquel momento el reloj que había encima de la garita de información marcaba las once de la noche. Una hora después ya no había un solo hueso en el cuerpo que no me doliera.

No fue sino hasta la una y media de la madrugada que la megafonía dejó de locutar nombres absurdos e inconexos y pronunció por fin el esperado: *familiares de Lucía Alonso*. Me acerqué, pues, tenso y reseco como una maroma, hasta la ventanilla, y allí me encontré a una enfermera esperándome y que enseguida me indicó que la siguiera. Enfilando el luminoso pasillo por el que horas antes se habían llevado a Lucía, aproveché para preguntarle si sabía algo de ella, a lo que la enfermera, como respuesta, me ignoró primero y luego me miró como si le hubiera soltado cualquier obscenidad. Instantes más tarde, cuando por fin llegamos a la puerta de un box, me dejó delante de un médico, que enseguida me preguntó si era familiar de Lucía. Yo le respondí que sí, *soy su novio*, le dije, a lo que él me insistió en que prefería ver a sus padres. Yo le repliqué que si quería hacerle un favor a Lucía, mejor no mencionara esa palabra delante de ella, después de lo cual, y no sin poner cara de no tenerlo nada claro, por fin me dejó pasar.

A Lucía me la encontré bien tapada en una camilla, dentro de aquel habitáculo hecho de paredes de PVC, y recuerdo perfectamente que tuve que mirarla un par de veces para reconocerla, de tan agotada que se la veía. Muy probablemente el lavado de estómago que acababa de recibir la había dejado completamente exhausta. Me acerqué, pues, a su posición y, tras cogerla de la mano, recibí por su parte una mirada que no fui capaz de identificar. Puede que por algún motivo esperara que fuera a ser una de sus miradas de culpabilidad, como si esto no se tratara más que de otra travesura de las suyas y ahora fuéramos a discutir y luego a hacer algo más interesante; pero nada más lejos que eso, sus ojos estaban totalmente inexpresivos, cansados, incapaces de transmitirme nada, o incapaz yo de extraer nada de ellos. Sin soltarla de la mano, arrastré la silla hasta la cama y me quedé sentado allí, a su lado. No tenía la menor idea de qué decirle, así que sencillamente traté de consolarla un poco a mi manera:

—Hay un par de automatismos que te faltan, cariño. Sólo tienes que identificarlos y

verás que de repente tu vida tendrá un poco más de paz.

—Elí, tienes que dejarme —me replicó ella con la voz totalmente ronca.

—No es momento de hablar de nosotros, cielo, ahora lo que importa eres tú.

—Mi vida es un asco, Elí. Estoy loca, ¿no ves lo que he hecho?

Ambos nos quedamos entonces en silencio, como asumiendo la dimensión de sus propias palabras. Instantes después yo aproveché para sacar la pregunta que de verdad quería hacer. Me arrepentí al instante.

—Hay otro chico, ¿no es cierto?

—¿Ves...? —me dijo—. Ahora ya ni siquiera vas a confiar en mí... —Y luego Lucía se puso a llorar con un lamentable gemido afónico.

Decidí no volver a abrir la boca en un buen rato. ¿Para qué seguir insistiendo con el tema? ¿Para qué seguir buscando una explicación en el momento en que las explicaciones era no de menos? Hacía ya mucho tiempo que las palabras entre Lucía y yo se habían convertido otra vez en un sinsentido, en una barrera más que un puente, ¿de qué iba a servir, pues, seguir hablando?

Sin noticias del personal médico, llegó un momento en que empezó a cogerme tal sueño que a ratos me resultaba imposible no dar cabezadas. Parecía como si las últimas semanas no hubiera dormido realmente, sino de mentira, y ahora todo aquel cansancio viniera a reclamar su parte. Al final, como la silla era de lo más incómodo, decidí tumbarme en el macizo suelo blanco del hospital y, en el mismo momento en que recosté la cabeza me quedé totalmente frito. Fue instantes, u horas después, que me despertó la voz de Lucía llamándome y diciéndome que me tumbara a su lado, que allí en el suelo me iba a enfriar. Una vez, pues, hube reunido las fuerzas suficientes, me levanté, y ella me hizo algo de sitio en la estrecha camilla, donde me pude estirar de lado, cuidándome muy mucho, eso sí, de no rozarle la vía que tenía insertada en el brazo. Apretado contra ella, de lado, y mientras Lucía mantenía su mirada fija en el techo, me di cuenta que hacía mucho tiempo que no teníamos que repartirnos un lecho tan estrecho, muy probablemente desde que no dormíamos juntos en el sofá de casa de mis padres, recordé. No pude evitar, entonces, al traer a mi mente aquel recuerdo, que algunos retazos de aquella época vinieran de pronto a mi memoria, desparramados, casi más como una sensación general. No me costó evocar, por ejemplo, las primeras veces que, los dos en aquel sofá, ella sin sostenerme aún demasiado la mirada, tan tímida era todavía conmigo, me explicaba esas historias escabrosas tan suyas, las historias de su infancia perdida. Pensé que entonces, en aquella época, su cara no era sino lo más misterioso que mis ojos habían visto en su

vida, una sensación totalmente nueva, se desdoblaba según el sitio en el que estábamos, se matizaba del tono de la última frase, o silencio, y eso me hechizaba; no como ahora, que la sabía totalmente interiorizada en mi memoria, se me asociaba sencillamente a objetos, me venía involuntariamente en una música, en una pequeña desazón, aunque no con su forma, se había ensanchado como una manta, cubriendo ampliamente los ámbitos más profundos de mi vida, siempre, sin embargo, de un modo casi secundario... Recordé también, un poco sin venir a cuento, en una especie de añoranza sin motivo, o acaso con el motivo más genuino que había tenido nunca para añorar nada, el abrazo que se daba a sí misma a la vez que yo la abrazaba, y que siempre me dejaba un poco triste, y también sus múltiples miradas, y sus sonrisas, y todos aquellos lenguajes con los que intentábamos comunicarnos, tan independientes, tan inservibles, al fin y al cabo, que con ellos, a la vista estaba, no habíamos conseguido decirnos apenas nada... Y también, instantes después de recordar todas estas cosas, me di cuenta de que ahora, lamentablemente, habíamos llegado a un punto de no retorno, a partir del cual ya nada podría volver a ser lo mismo, que Lucía probablemente nunca más me iba a parecer *guapa*, por más cosas que pasaran después de aquello, por más que, en caso que fuera posible, todo se solucionara y olvidara, y quedara nada más que en otra estupidez, probablemente porque ya no estaba enamorado de ella y probablemente porque era imposible que nunca más fuera a estarlo. Finalmente también pensé en que quizás Lucía tenía toda la razón del mundo, que estaba loca sin remedio, y que también la tenía cuando, tiempo atrás, delante del mar de Vilanova, me dijo aquello de que nunca me había hecho feliz y de que nunca me lo iba a hacer. De todas estas cosas me percaté allí, tumbado junto a ella, incapaz ya de dormirme otra vez, y poco rato después me di cuenta también de que todo me daba igual. Por más que pensé, de hecho, y puedo asegurar que lo estuve pensando con todo mi alma, no se me ocurrió un solo motivo como para no seguir allí con ella, a su lado, para siempre, si era menester.

Cuando un médico en bata blanca entró en el box y nos encontró así, tumbados los dos en aquella minúscula camilla, se quedó parado en la puerta mirándonos uno por uno con cara de extrañez. Aunque enseguida se recompuso y nos comunicó que había un transporte especial esperándonos a la salida para llevarnos a Martorell. A continuación,

mientras yo me sentaba y recibía por su parte alguna indicación más, un par de enfermeras ayudaron a Lucía a subir a la prescriptiva silla de ruedas, y luego ellas mismas nos acompañaron a través de aquel largo y luminoso pasillo de urgencias hasta la salida del hospital.

El resto de la noche lo pasamos viajando por una autopista totalmente desierta y bajo un cielo inmenso, completamente despejado y tachonado de multitud de estrellas. Lucía estaba grogui, acurrucada contra mí, aún en bikini pero totalmente envuelta en una manta, y solamente se reactivó poco antes de llegar al centro psiquiátrico de Martorell para preguntarme dónde íbamos y luego suplicarme que no dejara que la encerraran allí. En realidad sólo íbamos para que la examinara el psiquiatra de guardia, y así se lo transmití, pero ella no se creyó una palabra de lo que le dije y no se tranquilizó hasta que entramos en el consultorio y vio que efectivamente yo tenía razón. De hecho, como no tenía antecedentes serios, y la sobredosis que se había tomado no era muy importante, sencillamente le dieron una fuerte medicación y cita con el ambulatorio para la semana siguiente, para que la viera un psicólogo. Luego, el camino de vuelta lo pasó más tranquila, dormida profundamente, mientras yo miraba embobado aquel cielo tan lleno de estrellas bajo el que era imposible que no te vieras transportado de golpe a Palafrugell y su firmamento tan limpio, tan sin una sola nube, que sabías que no iba pasar mucho rato antes que *latramuntanaviniera* a acechar los postigos y los cristales de las ventanas. Sólo me faltaron, de hecho, las gaviotas, y el aroma a patatas a la brasa, y el punto intermitente del Far de Sant Sebastià tan en la lejanía, tan inaccesible, que mis hermanos y yo no podíamos evitar encaramarnos casi cada noche en el cobertizo de la terraza solamente para atisbar ese diminuto y regular parpadeo.

No encendimos una sola luz cuando llegamos al piso porque el tímido amanecer que ya despuntaba lo iluminaba más que suficiente. En lugar de eso fuimos directamente a nuestra habitación y, mientras Lucía se sentaba en la cama y mantenía su mirada a miles de kilómetros de allí, yo le ayudé a ponerse el pijama, y luego le estuve acariciando la espalda, luchando contra mi propio sueño, hasta que comprobé que se había quedado dormida. Finalmente, poco antes de dormirme yo también, la rodeé con todo el tiento del mundo con mis brazos, para no despertarla, y, conteniendo la intensidad, la abracé, abracé a Lucía con cariño, la única maldita cosa que llegó a dárseme medianamente bien en el corto espacio de tiempo en que nuestras vidas se cruzaron.

A la mañana siguiente nos despertamos los dos casi a la vez, sincronizados como

habían sido siempre nuestros sueños y, después de desperezarnos, con toda la calma y la tranquilidad del mundo, ella habló. Aún estaba un poco ronca, y por un momento casi me pareció que era mi voz la que se escuchaba y no la suya. Me confesó, por fin, que sí que había otro chico. Instantes después, llorando y hablando por teléfono, Lucía se marchó para siempre de mi vida.

PARTE II

Recuerdo perfectamente una mañana en que me desperté totalmente desorientado. Sólo sabía eso, que estaba sentado, muy probablemente tal y como debí de haberme quedado dormido el día anterior, y que la estancia en la que me encontraba se hallaba demasiado iluminada como para poder ser contemplada de buenas a primeras. Tuve, de hecho, que esperar unos segundos a que mis ojos se desperezaran un poco para atisbar algo; algo que, después de todo, no era mucho más que luz, acaso una arborescencia de colores desprendiéndose de la pared como un tablón doblado por la humedad y volcándose en el centro de la sala, dejando a su paso un pilar oblicuo de motas de polvo, todo un universo biselado, con sus planetas marrones y naranjas ahora enardecidos de un fulgor iridiscente y viajando a la violenta velocidad de una agradable brisa. A medida que mis ojos se adaptaban a la luz llegué a captar quizás algo más: primero, a mi izquierda, un ventanal y su balcón, llenos los dos a rebosar de aquella luz, y también de un persistente y viscoso ruido de coches; luego las penumbrosas paredes de una sala no muy ancha, una de las cuales, concretamente la que había frente a mí, no era más que una cristalera acortinada; y, finalmente, en la esquina que conformaban la cristalera y el ventanal, un televisor que parecía muerto, por lo menos a juzgar por los chorretones parduscos que lo atravesaban de arriba a abajo, y que se solidificaban en el mueble que lo sostenía y que resguardaba una ancestral Megadrive. Por toda la sala había, además, todo un reguero de trastos y muebles arrinconados sin ningún orden aparente, y por encima de ellos, de la tele también, y por el suelo, progresaba una plaga de latas de cerveza y vasos de plástico despachurrados, amén de varias tazas sin asa que campaban por allí como palomas. Lo primero que pensé al ver este panorama, aún desubicado, —y no demasiado lúcido,

desde luego—, es que, me hallaba, ahora sí, por fin, en *elmundo*. Y justo a continuación no pude evitar recordar un libro ilustrado para niños que había leído en el Salón del Reino de crío, y también alguna que otra vez más de mayor, siempre huyendo del aburrimiento. En él aparecía una representación artística muy clarificativa sobre lo que era *elmundo*, o por lo menos cómo los Testigos lo concebían. Se trataba una especie de collage: en una esquina se representaba a un señor mayor siendo atracado a punta de navaja, en otra unas prostitutas, también la codicia era perfilada en otra viñeta mediante pilas de billetes, y la pobreza, y el alcohol, y las drogas, y, sobre todo, la guerra, ésta mediante unos terroríficos soldados con máscara de gas, en blanco y negro, avanzando irremediabilmente hacia el espectador. Durante un rato, en aquellos momentos de desorientación, esas imágenes bailaron en mi cabeza, y lo cierto es que en ningún momento me atreví a confirmar o a desmentir definitivamente su veracidad. Llegados a este punto, de hecho, tan sólo fui capaz de concluir que, aun siendo todo aquello cierto, o por lo menos una visión sincera de la realidad, la parte de *elmundo* en la que me había tocado aparecer aquella mañana era de una belleza sublime.

No tuvieron, por suerte, que pasar apenas unos segundos más para que descubriera finalmente mi ubicación. Fue con un estruendo, como le gusta *almundo* manifestarse: una de aquellas puertas acristaladas que había atisbado momentos atrás frente a mí se abrió con la fuerza de un corrimiento de tierras e, inmediatamente después, venció la penumbra una figura humana, un riguroso perfil delgado, de estatura tirando a media alta, y presentado con una apostura épica, una suerte de héroe crepuscular. A pecho descubierto, aquel hombre mostraba una frondosa barba y media melena enmarañada, e iba vestido únicamente con unas alpargatas y unos irreverentes leotardos blancos que dejaban más bien poco a la imaginación; más aun teniendo en cuenta que, mientras me miraba, con los ojos entornados pero fijamente, como si tampoco él acabara de ubicarse del todo, se dedicaba a la aparatosa tarea de amasarse la entrepierna.

—¡Zorn! —lo reconocí enseguida, y al saludarlo me descubrí casi afónico.

—¡Qué debacle! —exclamó el héroe como respuesta, con acento gallego y dándole a su vez una curiosa pero intencional entonación a *laLdedebacle*. Sonreía también, y arrugaba la nariz como hacen algunos niños cuando se acaban de dar cuenta que, por un mero despiste, han estado a punto de echar su vida a perder. A continuación, una vez hubo comprobado que abajo andaba todo en su sitio, mandó su mano a mesarse también su tupida barba, exactamente con el mismo gesto, como si estuviera agradeciendo que, por lo menos, sus testículos y su mandíbula siguieran allí.

Solamente cuando lo tuvo confirmado se interesó por mí:

—¿Y tú qué tal, Elíptico?

Asentí bastante convencido y Zorn, tras poner cara de satisfacción, se giró por completo hacia la terraza.

—Dios, hace un día de la hostia —pareció protestar. Luego bostezó y de pronto se puso a estirar con parsimonia uno por uno todos los músculos de la espalda y de los brazos, mientras volvía a repetir *qué debacle*, con la misma *L*forzada de antes, aunque ahora quizás un poco más despistado. Finalmente me comunicó que se iba a la terraza, a tomar el sol y, tras responderle yo que ahora lo seguía, desapareció a través de aquella cortina de luz y de ruido.

Fue gracias, sin duda, a la aparición de aquel tipo, de Zorn, que todo me encajó rápidamente. Mirando, por ejemplo, la lámpara colgante que descansaba en mitad del techo de aquel comedor, envuelta en lo que indudablemente era una camiseta roja con el lema *Wisconsin* en su centro, entendí por qué razón me habría costado tanto identificar el sitio en el que estaba. El caso es que esa era probablemente la primera vez que me hallaba en aquel comedor bajo la luz de la mañana y no la roja que proyectaba aquella lámpara filtrada por su inseparable camiseta. No era, por otro lado, la primera vez que pasaba por aquí; a Zorn, de hecho, y a algunos tipos más como a Leo, Adam, Sonsoles o Jay, los había conocido a finales de aquel verano, poco después, en realidad, de que toda mi vida y mis expectativas se me escurrieran entre los dedos como harina. Recuerdo que en aquel momento me había sentido realmente activo; esta vez sí que no habría manera de escaquearse de empezar de cero, y, aunque no tenía muy claro por dónde empezar, no estaba ni mucho menos inseguro al respecto, al revés, me parecía estar iniciando una transición lógica a la madurez, a la edad adulta, a una vida de responsabilidad que ya hacía demasiado tiempo que estaba posponiendo. De hecho, me había llegado a plantear hacer algún tipo de movimiento de lo más radical, a mudarme al extranjero, por ejemplo, a Londres, o quizás a América, a algún sitio, en cualquier caso, que me inspirara; aunque antes quería meditarlo bien, tampoco era plan ahora de precipitarse. Fue precisamente en mitad de estas consideraciones, y sin haber tomado todavía ninguna decisión, que conocí a toda esta gente. Resulta que, con el techo de mi habitación cayéndoseme encima, y necesitado de mantener de alguna manera la frescura en mi mente, se me ocurrió estrujar mi agenda de teléfonos hasta, esta vez sí, encontrar la manera de salir a la calle a tomar el aire. Y no fueron, por supuesto, Otero, ni el resto de Testigos, los que acudieron en mi ayuda —ellos, como era previsible, ni siquiera descolgaron el

teléfono—, sino Mimi, a la que, esta vez sí, me atreví a llamar. Fue muy curioso porque a mi antigua novia, en lugar de extrañarle mi repentina reaparición en su vida después de todos estos años, le hizo una gracia tremenda saber de mí, y aún más gracia todavía le provocó enterarse de *queal final hubiera conseguido que me expulsaran*. Es más, con esa empatía que solo pueden tener las mujeres, tardó décimas de segundo en percatarse de mi situación, y acto y seguido invitarme a acompañarla a una fiesta en Barcelona que sus amigos iban a celebrar aquel mismo fin de semana, con motivo de la inauguración de este mismo piso en el que ahora acababa de despertarme. Obviamente, acepté su invitación, y aquel fin de semana me presenté en la ciudad con mi Focus rojo; una de las últimas veces que lo iba a usar, puesto que hacía algunos días que lo había puesto a la venta. Fue entonces, a penas atravesar la vieja puerta de entrada, y cruzar un par de palabras con Mimi y con algunos de sus amigos, que me di cuenta de que me acababa de tropezar *conexactamente* aquel tipo de gente que había estado buscando desde hacía tanto tiempo. Y es que los amigos de Mimi resultaron ser lo contrario a lo que yo estaba habituado a frecuentar, gente con un indisimulable sentido del humor, unos entusiastas de pro, unos *animales* con unas ansias irreprimibles de vivir; que es exactamente como yo me sentía en aquel momento. Después de aquella fiesta, de hecho, no me costó mucho enterarme de cuando iba a ser la siguiente, y apuntarme enseguida a ella, para acabar menudeando casi cada sábado aquel piso en el que, gracias a que no tenía vecinos —y eso a pesar de que estaba ubicado en plena Diagonal—, era rara la semana en la que no se montaba un buen guateque. Obviamente eso no significa que de la noche a la mañana me aprendiera de golpe todos los lenguajes de aquel nuevo grupito de gente, lenguajes que, en el fondo, eran parte intrínseca de *estemundo* al que acababa de llegar —por no decir que muchas veces simplemente me pasaba las veladas más sobreviviendo a la novedad y a mis propias inexactitudes que cualquier otra cosa—, sin embargo, a pesar de todo, pasarme por aquí había acabado mostrándose como un remedio realmente efectivo para aquellos momentos en que, sin haber decidido todavía qué hacer con mi vida, necesitaba vencer, aunque fuera durante un rato, al aburrimiento y a la soledad.

Tras la fuga de Zorn al soleado balcón, y una vez me hube sentido lo bastante ubicado ya, me pareció que había llegado la hora de levantarme y llevar mi entumecido cuerpo a algún lado, como a la solana de la terraza, por ejemplo, donde pudiera hallar un poco de alivio a esta resaca que todavía era bastante novedosa para mí. Sin embargo, tan cansado y dolorido estaba todavía, que aunque lo único que me separaba de aquel balcón era un metro de latas de cerveza y tazas sin asa, no fui capaz de levantarme. Lo

intenté varias veces, no iba a quedar por eso, pero en ninguna de ellas reuní la fuerza de voluntad necesaria como para mover un solo músculo. Estaba precisamente en mitad de uno de estos lamentables intentos, cuando, además, un extraño ruido vino a distraerme, y a dar finalmente al traste con mis intenciones. Poniendo el oído, enseguida detecté que provenía del fondo del pasillo, a mi derecha, y que era bastante regular; aunque conforme pasaban los segundos parecía ir aumentando de volumen. Sin serme posible ver cuál era su causa —porque habría necesitado incorporarme para ello— dejé que mi mente imaginara toda clase de complejos artilugios que podían, o que me pareció verosímil que lo hicieran, ser la fuente de este sonido. Imaginé, por ejemplo, un péndulo oxidado arrastrándose a lado y lado de un mugriento reloj de cuco, también un velcro siendo pegado y despegado con más fuerza cada vez; hasta que finalmente me pareció obvio que no se trataba sino de unos pasos atravesando un suelo pringado de Coca Cola. Solamente cuando aquel sonido hubo llevado su volumen al máximo, para detenerse justo al cruzar la puerta del comedor, acerté a girar la cabeza y me encontré con una espigada y sonriente figura mirándome desde las alturas. No se trataba sino de Leo, el segundo gallego con el que me tropezaba aquella mañana. Éste, en cambio, presentaba un aspecto algo mejorado en comparación con el anterior; tampoco vestía camiseta, pero en su caso era de agradecer que se hubiera puesto unos vaqueros. Llevaba además, previsor, unas gafas de sol que eran, por cierto, bastante esperpénticas; parecía que se las hubiera robado a cualquiera de los niños que rondaban a aquella hora el parque que se atisbaba desde el balcón. Sin borrar de su cara esa amplia sonrisa, Leo enseguida me alargó una camiseta negra con el logotipo de los Sex Pistols en el frontal.

—Toca —me ordenó.

Toqué la camiseta y me sorprendió descubrirla fría.

—Algún hijo de puta, muy probablemente Bausi, la metió anoche en la nevera —me dijo a modo de explicación, justo antes de romper a reír, y casi simultáneamente sufrir tal acceso de tos que parecía que su indignada tráquea llevara la intención de huir serpenteando hasta el exterior. Una vez hubo puesto de nuevo orden en su sistema respiratorio, Leo me preguntó cómo estaba yo, y consiguió dejarme preocupado. Estos tipos aparecían en el comedor con aspecto de haber pasado la noche en una prensa de vino y aún tenían tiempo de andar preocupándose por mí. De cualquier modo, le confirmé mi integridad y luego él me respondió levantando el pulgar en señal de victoria y desapareciendo por el mismo sitio que había hecho Zorn minutos antes.

Pues bien, ahora sí que no tenía el menor motivo para seguir haciendo el vago en el

sofá. Esta vez había, no uno, sino *dos gallegos* amenos sentados en la terraza al amor de un magnífico sol invernal, y muy seguramente —la verdad es que la Diagonal no me dejaba escuchar prácticamente nada— recordando las variopintas anécdotas de una noche que, como más conseguía recordar, más movidita me parecía. Pero ni aun así, con todos los motivos del mundo, conseguí levantarme. En lugar de eso, me quedé en la misma posición, reconociendo algunos de los detalles de la estancia que a la luz del día parecían de una naturaleza completamente diferente a la que tenían bajo el influjo de la luz roja de la lámpara del techo, hasta que, rato después, entornando un poco los ojos para huir de la claridad y, sin que fuera capaz de verlo venir, un ligero sopor acabó barriéndome de aquel comedor.

Cuando volví a despertarme habían dado ya las cinco de la tarde y en la terraza sólo quedaban Zorn, al que le había aparecido en el regazo una guitarra española, y un cielo totalmente diferente al de antes. Yo seguía igual de cansado y apático, y no me daba demasiado la sensación de que la cosa fuera a cambiar en las próximas horas, pero fue precisamente al ver aquel nuevo cielo que me azoré un poco. De hecho, no me costó mucho echar un vistazo al calendario de mi móvil y confirmar que en apenas un par de horas tenía que personarme en el Hotel Rey Juan Carlos para desmontar un cóctel. Ahora sí, no tenía más remedio que reactivarme.

Me incorporé, pues, y emboqué el camino al baño, atravesando aquel pasillo cuyo pringoso suelo enseguida provocó que mis zapatillas hicieran también aquel ruido de velcro que le había oído minutos antes a Leo. En mitad de camino, sin embargo, me encontré con un cuadro tan curioso que tuve que detenerme a observar. Resulta que cinco personas dormitaban tumbadas en unos colchones que había tirados en una especie de estancia abierta al pasillo, y comunicada por una cristalera al luminoso patio interior, a la que, por razones que saltaban a la vista, alguna mente brillante había bautizado en la última fiesta como *sala chill-out*. Mostraban todos ellos sin falta la misma actitud que había presentado yo horas antes cuando me levanté por primera vez; de hecho, un tipo llamado Vives era el único que parecía mantener a flote sus constantes vitales. Me estaba dirigiendo precisamente a él para preguntarle cómo estaba, cuando de pronto oí a alguien potar levemente dentro de Escocia; que es como a otra mente se le ocurrió empezar a llamar hacía algunas semanas al pequeño lavabo

que había allí al lado, en el mismo pasillo, esta vez por el fiel parecido que guardaba con *El peor retrete de Escocia* que aparece en *Trainspotting*.

—¿Quién sigue dando guerra a esta hora? —le susurré a Vives.

—¿Quién va a ser? —me respondió él con sorna.

—¿Unai?

Nos reímos los dos, bajito, con cuidado de no despertar a nadie más, y tras deseárselo suerte, reemprendí mi camino.

Antes de llegar al baño, hice una pequeña escala en la habitación de Leo. Allí me encontré al mismo Leo, de pie ante la ventana, con los cascos puestos, y cantando a pleno pulmón una canción de los Sonic Youth. Nada más verme, me saludó con una sonrisa, y, quitándose los auriculares, me dijo que tomara asiento, que se disponía en estos momentos a hacer su cama, pero que quizás a continuación podríamos poner algo de música en el ordenador para matar el tiempo. Yo le agradecí su ofrecimiento, pero enseguida le comenté que en este momento mi prioridad era la de ducharme, puesto que en un par de horas tenía que ir a trabajar, y que, en caso de que tuviera a bien dejarme una toalla, podría hacerlo allí mismo en su piso; también podría haber ido al mío, que estaba, en realidad, a apenas un par de manzanas de allí, aunque esa distancia, y Leo lo iba a entender perfectamente, era casi impracticable con la resaca que llevaba. De cualquier modo, él enseguida asintió y me entregó solícito una recién lavada y bien plegada, tras lo cual me metí en el baño y, después de pegarme una reconfortante ducha, salí en un estado físico y de ánimo bastante mejorados. No me veía, ni mucho menos, capaz aún de desmontar un cóctel, pero era un buen paso respecto a como estaban las cosas hacía apenas unos minutos. Devuelta, pues, la toalla a su amo, ahora sí, decidí quedarme en la habitación con Leo, al que en estos momentos se había sumado Jay, otro de los habitantes de aquel piso. Permanecí allí con ellos un buen rato, sentado en uno de los puf que había en la habitación, bastante en silencio, eso sí, porque la música que Leo estuvo pinchando lo merecía, y también porque no me apetecía mucho hablar.

Sobre las seis y con Barcelona ya totalmente a oscuras, la figura de un tipo fornido y de mirada profunda, descalzo, sin embargo, de una chancleta, y enseñando el ombligo merced a una camiseta tres tallas pequeña, se perfiló en la puerta de la habitación de Leo. Se trataba del cuarto y último habitante de aquel piso, y al que, por alguna extraña razón —en un principio no por su sexualidad, puesto que a la sazón tenía novia, aunque, ya se sabe, estas cosas nunca se pueden descartar—, todo el mundo llamaba con nombre de mujer: Sonsoles. Sonsoles, pues, enseguida nos preguntó qué

hacíamos, y luego nos dijo que la comida o la cena, o como quisiéramos llamarlo, estaba servida, y que, si éramos tan amables, fuéramos a avisar también a Zorn. De esto último me encargué yo mismo y, tras desandar el pringoso pasillo, me lo encontré donde había estado desde que se despertó: repantigado en la terraza y con aspecto de no tener la menor intención de moverse de allí en semanas. La mera mención, sin embargo, de la comida hizo un efecto sorprendentemente estimulante en él, y pronto nos presentamos los dos en una cocina atestada de gente. A continuación, sentados en el par de huecos que nos habían dejado, y no sin antes dar un sincero agradecimiento a Sonsoles por la comida que nos había puesto delante, nos pusimos a devorarla. La verdad es que Sonsoles había hecho unos espaguetis a la boloñesa *excelentes*. Si algo sabía hacer este tipo, eso era cocinar y llamar por teléfono; como que llevaba media vida trabajando de cocinero y teleoperador. También estaban por allí, comiendo a nuestro lado, Vives y Adam, y algunos de los que me había encontrado una hora antes en la *salachill-out*, mientras que los demás fueron apareciendo escalonadamente para despedirse de todos y marcharse. Cada vez que eso sucedía, Leo, que hacía las veces de anfitrión, se levantaba y los acompañaba con toda la cortesía del mundo a la puerta. También a mí me acompañó, por supuesto, poco después de que me acabara mis espaguetis, y cuando ya había llegado la hora de largarme de allí sin más demora. Una vez Leo me hubo dado un amistoso abrazo para despedirme, y tras cerrar la puerta de la entrada, sentí como si me hubieran arrebatado algo muy valioso de las manos. No tanto porque me disgustara el sitio al que iba, que me disgustaba, sino porque era evidente que haber acabado de pasar el día en ese piso, vegetando en la terraza al lado de Zorn, o bajo la música de la habitación de Leo, no habría sido sino el mejor remedio para la resaca.

Fuera como fuera, una vez en la calle, traté de sacudirme un poco el mal humor poniéndome música en los cascos, y puse rumbo a paso tranquilo en dirección al trabajo. Tras un viaje bastante rápido y agradable en el apaciguado metro de los domingos barceloneses, llegué apenas pasados un par de minutos de la hora a la que me habían citado al Hotel Rey Juan Carlos I; aunque luego, para mi sorpresa, no me encontré con absolutamente a nadie allí. No es que fuera éste un trabajo en el que la gente, por norma general, fuera de lo más puntual, pero sí que era normal encontrarse casi siempre con algún jefe, o algún habitual, que aparecía antes incluso de la hora. En un principio traté de no preocuparme, decidí esperar sencillamente unos minutos, a ver si alguien se asomaba, pero cuando vi que el tiempo iba pasando sin novedad, empecé a plantearme la posibilidad de haberme equivocado de lugar, de hora, o incluso de día;

cualesquiera de estas opciones nada inverosímiles dándose el caso de que estábamos hablando de mí. De modo que me di la vuelta, y entré en recepción para preguntar. Allí dentro me dirigí a un tipo muy alto y peripuesto resguardado detrás de un pesado mostrador de mármol turquesa, y al que enseguida referí mi situación: que había quedado allí para desmontar un evento, pero que no se había presentado nadie. Él, como respuesta, me miró con cara de no haber entendido absolutamente nada de lo que le había dicho. Decidí, pues, ser un poco más explicativo, y le detallé que yo era un empleado de *Genco*, que era en última instancia la empresa que había sido contratada por la gerencia del hotel, y que se suponía que a esta hora estaría terminando, en algún lugar dentro de este mismo recinto, un cóctel, o una fiesta, o algún tipo de evento, para cuyo desmontaje había acudido yo a colaborar. Esta vez su respuesta consistió, básicamente, en decirme que no sabía nada de *Genco* ni tampoco de ningún evento, mientras a la vez le iba soltando miraditas a un botones negro que andaba por allí, como indicándole que se preparara para echarme a patadas a su señal. Visto el éxito, no quise insistir y me marché de allí sin más. Otra vez afuera, y sin haber aún arreglado nada, estuve valorando seriamente llamar a Walter, mi encargado, cosa a la que me resistía, porque me daba apuro que se enterara de que me había hecho un lío con mi convocatoria; sin embargo, antes de que hubiera movido un solo dedo, una imagen vino a dejarme totalmente atónito y sin ser capaz de seguir pensando en nada, ni de hacer otra cosa más que mirar en su dirección. Se trataba de una figura femenina que en esos momentos salía por la puerta giratoria del hotel en dirección a la calle. Enseguida supuse que debía de tratarse de una actriz, o una supermodelo famosa, aunque esta última opción era algo complicada, porque para ser modelo era algo baja de estatura. De cualquier modo, se trataba de la mujer perfecta: pelo rubio, corto, cero maquillaje, una mirada tranquila... Me habría quedado allí toda la tarde admirándola si no fuera porque, primero, ella se percató que la miraba, y segundo, porque detrás de ella venía el botones de antes para abrirle la puerta de una limusina. Ya sólo la mera visión del negro me hizo escapar de allí al trote.

Una vez alcanzado un lugar más tranquilo, entendí que no existían más alternativas, así que llamé a Walter. Afortunadamente, él no se extrañó nada de mi llamada, es más, me contó que a los demás les había pasado lo mismo, y después me dio amablemente instrucciones más precisas para llegar al lugar que había que desmontar. Tuve, pues, que dar la vuelta al hotel, esperar en una garita de la parte de atrás a que me dieran una acreditación, atravesar luego un camino ajardinado de una belleza sublime, lleno de setos recién cortados y pujantes flores amarillas y rojas... En todo el trayecto no

conseguí quitarme de la cabeza la imagen de la chica de la limusina. La verdad es que me parecía infame que me hubiera quedado así de consternado por una mujer que ni siquiera había visto más que un instante. Y lo peor de todo es que era incapaz de sondear lo que verdaderamente sentía: no sabía si se trataba de deseo frustrado, melancolía o simplemente un impulso sexual. En realidad no podía ser nada sexual, ni siquiera la había mirado lascivamente. Pensé, de hecho, que cualquier otro le habría pegado un buen vistazo, habría soltado un comentario obsceno para sus adentros y se habría quedado tan pancho, pero a mí esa chica no me excitó en absoluto, solamente sucedió que verla fue como si se me cayera algo de las manos, como si de repente algunas de mis creencias más arraigadas mostraran una endeblez casi transparente. Está claro que si en esos momentos yo hubiera estado en esa limusina, con esa chica arrebujaada tiernamente bajo mi brazo, todo habría sido estupendo. Pero eso no habría sido la solución. No habría sido, en realidad, más que *otromaldito* camino.

Una vez llegué al sitio indicado, y justo en la entrada del pabellón, me encontré por fin a seis o siete tipos tirados por el suelo, uno de ellos encima de un carro de bandejas, y con todo el aspecto de ser compañeros de trabajo. Enseguida les pregunté si venían con Genco y si era aquí el desmontaje, a lo que uno de ellos, uno que tenía cara de listillo, me respondió que sí a las dos preguntas, aunque luego me aclaró que a la fiesta aún le quedaba un buen rato, por lo que podía buscarme un sitio cómodo para esperar. También me dijo que si quería beber algo, como, por ejemplo, un cubata, le preguntara a los camareros, que me lo servirían encantados; hoy no había jefes, así que tendría todo el tiempo del mundo para acabármelo. La manera en que se dirigió a mí no me pareció en el fondo tan amable como pretendía aparentar, más bien parecía como que el tipo estaba tan rematadamente aburrido que la única forma de aliviarse que tenía era viendo la cara que ponía yo ante las malas noticias. De cualquier modo, enseguida le hice caso y accedí al pasillo por donde entraban y salían sin parar camareros enfrascados como hormiguillas en su labor, a uno de los cuales, y ante su mirada divertida, le cogí una Coca Cola de la bandeja. A continuación, en lugar de volver donde estaban los chicos, me metí en una habitación que había justo antes de acceder al salón de actos, donde me senté en una silla que había en un rincón a cambiarme las zapatillas por las botas protegidas. Ya opté por quedarme allí a esperar. La verdad es que este trabajo en Genco a veces era un drama; se suponía que consistía en meter cosas en cajas y luego llevar las cajas a los camiones, cosa que habría podido hacer perfectamente un chimpancé, pero luego, en realidad lo que hacías básicamente era esperar. Te pasabas horas esperando, normalmente a que viniera la gente, los otros

operarios, el del camión, o a que los eventos se acabaran. Precisamente así, tuve que estar un buen rato: esperando sin hacer absolutamente nada, más que viendo pasar los camareros una vez tras otra por allí, y también a algún que otro de los participantes de la fiesta, que, bastante cocido ya a estas horas, habría confundido el pasillo de servicio con el del lavabo. No fue hasta minutos más tarde que se personaron también en la estancia un par de pájaros con todo el aspecto de ser de Genco, aunque éstos tenían algo ciertamente diferente respecto a los que me había encontrado en la entrada. Enseguida se presentaron como Etienne y Gaetano, suizo el uno, foggiano el otro, ambos con un español bastante trabajado, y, tras estrecharles la mano a cada uno, no tardamos nada en ponernos a charlar: *¿Qué estudias?, ¿estás aquí de paso?*, las preguntas de siempre. El ambiente era agradable, aunque a mí no me costó mucho darme cuenta de que *lo último* que tenía ganas en ese momento era de hablar, de modo que enseguida me disculpé y me largué para afuera, a donde estaba el grupito de antes, ahora cada vez más repantigados sus miembros. Aun a pesar de que era evidente que con ellos me iba a aburrir como una ostra, decidí esperar allí a que acabara la fiesta; por lo menos, en presencia de un grupo tan grande de personas me daría menos vergüenza quedarme callado.

No fue sino tras una espera infinita, y cuando el pabellón hubo quedado completamente vacío de los asistentes al cócktel, que por fin nos dieron luz verde para empezar. Dos horas más tarde, la mayoría de los trastos estaban ya cargados en sus flikis, éstos metidos en el camión, y los últimos que quedaban los estábamos acabando de llevar para el muelle por aquel precioso caminito de hormigón. Para aquel momento, apagadas ya las luces del jardín, y estando situado el hotel en la periferia de la ciudad, reinaba a nuestro alrededor la más impenetrable oscuridad. Todos teníamos tantas ganas de acabar y estábamos tan hartos de esperar, que aprovechábamos la bajada para apoyarnos en los flikis, darnos impulso, y correr a tal velocidad que no sé cómo ninguno no se abrió la cabeza. Fue, curiosamente, en uno de esos trayectos, en mitad del camino, que me sucedió algo extraordinario. No sé muy bien ni cómo explicarlo; resulta que, mientras iba corriendo apoyado en mi fliki, y al límite del bloqueo de sus ruedas, de repente me vino a la mente un recuerdo. Era una inmensa tontería, ni siquiera sucedía nada; se trataba, de hecho, de un lugar bastante común y cotidiano que yo solía cruzar de pequeño para ir al colegio, más concretamente, uno de los pasos de peatones de la travesía entre la calle Vallespir con la avenida de Madrid. Allí me recordé a mí mismo esperando a que el semáforo se pusiera en verde para poder atravesar aquella avenida de la mano de mi madre, y sintiéndome totalmente oprimido

por mi alrededor. En realidad no sé ni por qué debía sentirme oprimido; de hecho, tampoco es que aquel recuerdo significara nada para mí, ni siquiera en aquel momento. Ni siquiera conseguí entender por qué de repente fui a recordar algo tan neutro cuando, precisamente, lo que sentí en el mismo momento en que lo recordaba, allí, deslizándome en la oscuridad a toda velocidad encima de mi fliki, fue la cosa más positiva que había sentido en mi vida. En realidad fue como una especie de milagro; no me importó nada que tuviera una resaca de caballo, o que estuviera reventado de cargar y descargar cajas, o sobre todo de esperar, o que ni siquiera aquel momento tan excelso fuera a durar nada más que unos fugaces segundos. Simplemente durante aquellos breves instantes fui *feliz, sencillamentefeliz*. O aún mejor, puede que fuera justo al revés: que en lugar de felicidad, se tratara de la mismísima tristeza, una tristeza pura, desprovista de toda añadidura, de esas que hacen que todo fluya por unos instantes de una forma natural y perspicua, de las que te acaramelan de forma totalmente ergonómica contra la realidad, y luego dejan solamente su inconfundible figura girando graciosamente como un ventilador en centro mismo de tu pecho.

Al día siguiente me desperté de bastante mal humor. Al principio no supe muy bien por qué, pero enseguida que me fui desvelando me pareció evidente que era por culpa de haberme despertado no por mis medios, sino debido al televisor del comedor. Quien fuera que lo hubiera encendido, que por fuerza tenía que tratarse de Pomelo, lo mantenía a un volumen tal que debía de ser posible oírlo desde el piso de los chicos, al otro lado de la calle Aragó. Digo que debía tratarse de Pomelo, porque la otra posibilidad, Clara, mi otra compañera de piso, y amiga también de Mimi, no era demasiado factible. Clara era una chica dulce y atenta, no había día que no se preocupara por mí, que no me dijera lo mucho que se alegraba de que hubiera venido a vivir con ellos, incluso de vez en cuando tenía el día espontáneo y me soltaba algún que otro abrazo sin motivo aparente. En realidad, ése era precisamente el único defecto de convivencia que le encontraba a Clara, el hecho de que fuera a veces un poco demasiado cariñosa; pero eso tampoco es que me molestara exageradamente, sobre todo teniendo en cuenta que no paraba mucho por el piso, trabajaba todo el día, y luego iba muy a menudo a visitar a sus padres en Sabadell. En cualquier caso, lo que está claro es que prefería el amor excesivo de Clara a la bajeza espiritual de Pomelo. Porque Pomelo era un mequetrefe consentido, un tipo con una vida tremendamente ruidosa y fútil. Probablemente, además, era estúpido; aunque es cierto que esto último es posible que viniera causado por su juventud. En realidad nunca llegué a saber qué edad tenía este chico, porque no trabajaba, y luego, siempre que me hablaba de sus estudios, me distraía y no retenía nada. Supongo que debería rondar los dieciséis o diecisiete años; sus padres vivían en el Pirineu y lo tenían allí, a gastos pagados para que estudiara, que es precisamente lo último que hacía. Solamente se dedicaba a

hacer el mono con sus colegas todo el día, y a no limpiar nunca ninguno de sus platos ni de las porquerías que iba dejando continuamente por la casa.

Así me estuve un rato, recuperando las fuerzas y mascando mi mal humor, decidiéndome si pegar un grito desde mi habitación o salir hecho una furia al comedor a cantarle los cuarenta a Pomelo, hasta que, en un momento dado, miré la hora y vi que marcaban las dos del mediodía. Era tarde y, aunque me levantara y obligara a Pomelo a bajar el volumen de la tele, ya estaba lo suficientemente desvelado como para no poder dormir un minuto más, así que sencillamente me incorporé y me quedé sentado en la cama. Aparte de todo, estaba reventado. La noche anterior, en el Hotel Rey Juan Carlos I, había sido dura, aunque un juego de niños si la comparamos con lo que fue el camino de vuelta. Resulta que cuando acabamos de desmontar el cóctel ya se había hecho bastante tarde, concretamente las cuatro de la mañana, y como el metro ya estaba cerrado a esas horas, la mayor parte de la gente, agotada como estaba de trabajar, optó por tomar el bus nocturno. Yo, en cambio, como no andaba muy boyante de pasta que digamos, tomé la decisión de ir a pie; se me había ocurrido calcular que, si el viaje de ida en metro habían sido como máximo veinte minutos, a esas alturas de la noche, sin un alma en la calle, y sin semáforos que obedecer, no tardaría mucho más en llegar a mi casa que una hora de paseo tranquilo por la ciudad. Pues bien, es de suponer que más o menos habría cumplido mi previsión si no fuera porque, nada más llegar al Eixample, me perdí completamente. De todas las cosas que últimamente me habían pasado, Barcelona había sido de las mejores. De hecho, nada más asistir a un par de las fiestas de mis amigos en el piso de la Diagonal, lo vi claro: ya que tenía que reconstruir mi vida, ¿por qué no empezar a hacerlo desde aquí, desde Barcelona, el sitio donde se desarrolló mi infancia, la ciudad del Mar, de las hordas de guiris borrachos invadiendo la Rambla, y los autobuses nocturnos suicidas? Y Dios sabe que nada más puse un pie en su suelo, y más concretamente en esta casa, sentí que había sido una decisión acertada, una decisión tan natural como la de volver al hogar, por más incluso que ahora no me encontrara ni siquiera cerca de los barrios que pateé de crío, Les Corts y Sants, ni de las calles que ponían el escenario a mis más antiguos recuerdos, sino que hubiera acabado viviendo en pleno Eixample, al lado de una mutable Sagrada Familia y sitiado de turistas. Sin embargo, al parecer, este mutuo arrebató de pasión que estábamos viviendo Barcelona y yo, no parecía haber hecho mella en su capacidad de extraviarme por su red de calles. ¡Dos horas anduve buscando perdido mi casa por todo Barcelona! El Eixample es en realidad una trampa mortal, se supone que consiste en una cuadrícula y que tiene que hacerte la vida más

fácil, pero eso no es verdad, todo no es más que un camelo, un simple truco publicitario. La gente cuando habla del Eixample se olvida siempre de lo más importante: los chaflandes; a poco que gires uno para cruzar por el paso de peatones y vayas pensando en tus cosas, corres el riesgo de olvidarte si estás subiendo, bajando, yendo hacia el cielo o de cabeza al infierno. Recuerdo haber cruzado la avenida Diagonal unas seis veces, a cada cual más indignado. Es curioso, porque con que la hubiera seguido todo recto desde el hotel habría acabado llegando a la puerta de mi casa. Pero estas cosas nunca las aprendes sin antes haberte pasado una noche entera haciéndote trizas los pies contra las aceras de Barcelona.

Al final, tras haber dedicado el rato suficiente a recuperar fuerzas, y una vez me vi preparado para enfrentarme a una buena bronca con mi compañero de piso, me levanté, y salí al comedor. Cuál fue entonces mi sorpresa al descubrir que no era Pomelo el que estaba frente a la tele, ni tampoco Clara, sino un tipo al que no conocía de nada, y que se hallaba totalmente despatarrado en el sofá como si fuera un mueble más de la casa, o un espejismo. Confirmé, sin embargo, su plausibilidad tan pronto como éste, una vez se percató de mi presencia, pegó un respingo para venir a saludarme con toda la cordialidad del mundo, preguntándome enseguida si me había despertado y pidiéndome mil disculpas por ello. Yo le dije que no se preocupara, que en realidad ya estaba medio despierto cuando él encendió la tele, pero él siguió excusándose, diciéndome ahora que Clara no le había dicho que hubiera nadie durmiendo, que no había sido capaz de encontrar el mando de la tele... No me cayó nada bien aquel tipo, pero soy terriblemente vulnerable ante las disculpas. Me pierden. Soy capaz de perdonarlo absolutamente *todo* en la vida. Así que no tuve más remedio que insistirle en que no se preocupara, que a las dos de la tarde seguir durmiendo debería de ser ilegal. Incluso me senté a su lado en el sofá a ver la tele; lo que no fue, desde luego, una jugada muy hábil por mi parte, más que nada porque el tipo, que aún debía sentirse algo culpable, enseguida empezó a intentar congeniar conmigo. Empezó lo primero de todo a hablarme de lo que ponían en el televisor, y que yo miraba con la más absoluta displicencia, y continuó preguntándome cosas tremendamente difíciles de responder, como qué estudiaba, qué planes de futuro tenía, y qué hacía antes de venir a vivir a ese piso. Me puso tan nervioso el tipo, que a base de moverme y cambiar de posición, al final, acabé despertando al gato de Clara, que estaba aovillado en uno de los brazos del sofá. Eso era lo que me faltaba para acabar de redondear la mañana: como se trataba de un cachorro no le costaba nada desvelarse, que es exactamente lo que hizo, y ponerse a molestar. Enseguida, de hecho, se acercó hasta mi posición, y se

puso a jugar con la capucha de mi sudadera. Tras un par de intentos de arrancarme la oreja, y los subsecuentes capones que le cayeron por ello, se cansó, pegó un brinco, y arrancó a correr arriba y abajo por toda la casa, removiendo todo lo que encontraba a su paso, para acabar apareciendo en el comedor envuelto en papel de váter. Yo, un poco hartado ya de la vida que me había tocado vivir, y también con ganas de evadirme de la conversación que aquel tipo que me había encontrado misteriosamente en el sofá de mi casa se empeñaba en mantener, acabé levantándome y yendo a recoger aquel desaguisado. A parte de todo, ¿quién sino yo iba a hacerlo?, porque Clara era muy cariñosa, pero dependiendo del humor con el que se hubiera levantado aquel día, iba a ignorar en mayor o menor medida sus tareas de la casa, y como hacía apenas un par de semanas que había cortado con su novio, podríamos desestimar la posibilidad de que se encargara de recogerlo ella. Y respecto a Pomelo, dependiendo del humor con el que se levantara podía ser que le diera hasta por coger otro rollo y ponerse a esparcirlo por el resto de la casa... Así pues, una vez me hube acercado hasta el pasillo, hice una bola con todo el papel que había desperdigado y, tras tirarlo en el váter, me quedé apoyado en el marco de la puerta meditando qué podía hacer para vengarme. El gato en esos momentos se hallaba en mitad del pasillo, mirándome atento y contoneando la cola parsimoniosamente; estaba en la posición perfecta para que le arreara una patada y lo mandara de cabeza a la habitación de Pomelo. Aunque antes siquiera de tener que reprimir este impulso se me ocurrió una idea mucho mejor y mucho más sutil, que no esperé un segundo para llevar a la práctica. Entré de nuevo al baño y, con voz sobreaguda, llamé al gato. Instantes más tarde él, incitado por su ineludible curiosidad, se presentó allí, flamenco, con los ojos abiertos de par en par y la cola enhiesta. Con su atención totalmente puesta en mí, encendí flojita el agua del bidé y el animal, ya sólo de oírla, alucinó; parecía que aquel chorrito que descendía mansamente por el grifo era la respuesta a lo que demonios sea que viene al mundo a descubrir un gato. No tardó, de hecho, en subirse entero al bidé y empezar a husmear en el milagro del agua corriente, lamiéndola un poco, girando todo el cuerpo, rodeando el grifo con cautela. Mi plan estaba funcionando a la perfección: solo tuve que esperar unos pocos segundos para que bajara todo cuerpo a la taza y pusiera la cara a tiro. Era justamente lo que estaba esperando: encendí el grifo a toda potencia y le acerté en mitad de la frente, tras lo cual, el animal pegó un brinco, y salió a toda mecha del baño maullando como un poseso. Yo, obviamente, rodé por el suelo de la risa, aunque, enseguida un atisbo de preocupación vino a aguarme la fiesta: el chorro era muy potente y se me ocurrió que podría haberle sacado un ojo. Salí, pues, al comedor a

buscarlo, pero, tras echar un buen vistazo general, lo único que me encontré fue la cara del tipo de antes, interesándose por lo que me hacía tanta gracia. Le pregunté entonces si había visto un bicho negro dando voces y corriendo a toda velocidad y él me indicó que sí, que se había metido debajo del sofá. Me agaché y escruté en la oscuridad, donde no me costó encontrar su resplandeciente mirada. Tras contar los brillantes discos verdes y sumar dos, deduje que no había daño. Le perdoné, pues, lo del papel de váter y me senté satisfecho de nuevo en el sofá a ver la tele.

No habían pasado ni veinte minutos de mis enredos matutinos con el gato, cuando Clara apareció por casa. Traía consigo unas bolsas de la compra que el tipo que me había encontrado aquella mañana en el sofá se levantó enseguida para ayudarle a colocar en la nevera. Poco después se dejó caer por el comedor y cuando vio que yo estaba por allí, corrió a saludarme. No tardó en preguntarme por cómo había ido *ayer*.

—¿Ayer? —Tardé un mundo en darme cuenta que se refería a la fiesta en el piso de éstos—. Ah, sí, fue una *debacle*—le respondí imitando el acento que Zorn le dio a la *Ldedebacle*.

—Me supo mal no venir, salí con Pomelo y con amigos del curro. —Señaló al tipo de al lado—. Lo pasamos *tan* bien...

Asentí y le dije que me alegraba por ella.

—De veras, Elí, algún día deberías venirte. Te caerían todos genial.

—Algún día lo haré.

Clara sonrió sinceramente ante mi respuesta, y luego se disculpó y le dijo a su amigo que iban fatal de tiempo y que como se retrasaran un poco más al final iban a llegar tarde al trabajo. Tras darme, entonces, Clara dos besos, y su amigo alargarme la mano, enfilaron el pasillo, aunque antes de que llegaran siquiera a abrir la puerta del recibidor para marcharse, oí unas voces, y luego los pasos de Clara acercándose de nuevo al comedor. Cuando su cara se asomó por la puerta, translucía cierta inquietud.

—Oye, Elí... ¿has visto a Dylan? —Con Dylan se refería al gato, que es como lo había empezado a llamar desde hacía un par de semanas, casualmente justo desde el mismo momento en que cortó con su chico. Yo la miré y me encogí de hombros, tras lo cual ella optó por llamarlo en voz alta, y a continuación, al no obtener respuesta, marcharse quedamente a buscarlo a su habitación. No tardó en volver con gestos evidentes de preocupación.

—Elí, creo que Dylan ha desaparecido.

—Tranquila mujer, los gatos son así, verás que tarde o temprano aparece.

No se quedó nada convencida, y siguió buscándolo por toda la casa llamándolo con un

contenido punto de desesperación.

—¿Has mirado debajo del sofá? —le pregunté al rato.

—No. ¿Te sabe mal mirar a ti, cariño? —me respondió desde el fondo del pasillo.

Agaché la cabeza a desgana debajo del sofá y vi como ahí seguía el mal bicho, agazapado, reticente a la búsqueda que se estaba realizando en su honor.

—No, no está —respondí.

Clara murmuró entonces algo incomprensible y al final, ya de vuelta al comedor, llamó a su amigo. Yo lo miré entonces con cara de complicidad, esperando que jugara de mi parte, pero pronto me di cuenta de que este tipo no esperaría ni a haber salido a la calle para largarlo todo.

—Bueno, Elí —dijo Clara al final—, nos vamos que se nos ha hecho ya muy tarde. Si ves a Dylan llámame, que estoy un poco preocupada.

—Está debajo del sofá —le confesé.

—¿Ah, sí? —Detuvo sus pasos y se giró extrañada de nuevo hacia mi posición.

—Ahí lo tienes, sólo tienes que echar un vistazo —extendí la mano señalando el sofá como el mago señala la chistera. Clara me miró con cara de no entender el juego.

—Pero, ¿no me habías dicho que no estaba?

—Era una broma.

Su expresión sufrió un pequeño colapso. No parecía estar precisamente encantada con mi oportuno sentido de humor. A continuación, una vez se hubo rehecho, se agachó, miró debajo del sofá, y se puso a llamarlo cariñosamente. Como el gato no hacía el menor caso, tan harto estaba de que su ama lo manoseara a todas horas, Clara tuvo que echar mano de un juguete que le producía al pobre animal una atracción totalmente superior a sus fuerzas. Una vez lo tuvo engatusado y, aprisionado entre sus brazos, empezó a cubrirlo de besos y carantoñas, mientras el gato no dejaba de protestar. Enseguida se me ocurrió que si le hubiéramos dado a elegir entre estar conmigo en el bidé o en los brazos de Clara, muy probablemente habría necesitado un rato para decidirse.

—Bueno Elí, ahora sí que nos vamos —me dijo mi compañera de piso dándole el último beso a su mascota.

—Pasadlo bien —respondí.

Ahora Clara me dijo adiós con un gesto ambiguo y se fue cerrando tras de sí la puerta del recibidor. Yo la perdoné por lo de que su amiguito me hubiera despertado y me quedé viendo por tercera vez aquella mañana el resumen de los deportes del canal veinticuatro horas.

Aquella tarde, con Clara en el trabajo, y Pomelo desaparecido en combate, tenía toda la casa para mí, lo que definitivamente venía a ser una buena noticia. Antes que nada, sin embargo, sobre las cuatro, y cuando el ruido de mis tripas se acercaba ya a límites insostenibles, me acerqué hasta la cocina para hacerme algo de comer. No fue tarea fácil: tras remover mi despensa y el estante que tenía asignado para mi uso personal en la nevera, y reunidos sobre la mesa todos los ingredientes de que parecía disponer, el panorama no podía ser más desolador. Tenía, básicamente, un poco de arroz, nata líquida, pan pasado, y una bolsa aún por abrir de queso rallado. Con las manos apoyadas en la encimera e inclinado encima de aquellos elementos, solamente se me ocurrió volver a abrir la nevera, coger un par de huevos del estante de Clara y añadirlos al resto de ingredientes; ahora, por lo menos, me daba para hacer un arroz a la cubana. Lavé, pues, los cacharros que necesitaba para cocinar, y me puse manos a la obra. Apenas veinte minutos más tarde se había consumado el desastre: el arroz me había salido totalmente pasado, e incluso se me quemó la parte del fondo de la olla, con lo que quedó apestado e incomedible. Solamente los huevos iban a poder servir como alimento, aunque uno de los dos me quedó completamente despachurrado. No tenía por qué cundir el pánico: como todavía estaba el pan por allí, decidí hacerme un bocadillo de huevos fritos con queso rallado, que si más no, me sirvió para que la barriga dejara de protestar.

Ya de nuevo en el comedor, y como normalmente me sucedía en los días que libraba, no tenía mucha idea sobre qué hacer a continuación. Lo primero que pensé fue en bajarme al piso de éstos a ver qué hacían, aunque enseguida desestimé la opción: no me parecía, en realidad, demasiado educado por mi parte haber estado de fiesta con ellos el fin de semana, haberme quedado a dormir después en su casa, aunque fuera en el sofá del salón, y luego pasarme el mismo lunes siguiente a visitarlos. No sé si me explico, tampoco es que me apeteciera ahora arriesgarme a estropearlo todo; al fin y al cabo, era la primera vez que tenía unos amigos que me cayeran bien. Así que lo que hice en lugar de eso fue coger mi ordenador portátil y salir un rato al balcón a tomar el aire. Era aquel balcón, definitivamente, el mejor sitio de la casa. No tenía unas dimensiones especialmente grandes, pero daba el sol todo el día y te permitía disfrutar de un paisaje magnífico: los pináculos de la Sagrada Familia que se elevaban a apenas

un par de manzanas de allí, solamente superados por las grúas que algún día iban a poner todavía más pináculos todavía más altos a su alrededor. Clara, además, había instalado allí mismo un sofá, lo que convertía al balcón en casi una habitación más de la casa, un lugar donde comer, pegarse unas siestas de aúpa, o sencillamente pasar el rato. Eso, de hecho, es precisamente lo que hice en ese momento, sentarme en aquel sofá, al amor del solecito de febrero tan insólito que hacía, y ponerme a continuación a practicar una de mis actividades favoritas últimamente: escuchar música. La verdad es que desde que había conocido a Zorn no hacía prácticamente otra cosa. Resulta que Zorn era músico —había dejado Vigo, su ciudad natal, precisamente para venir a Barcelona a estudiar Jazz—, y, como no podía ser de otro modo, era un melómano con una colección de discos de inestimable valor. La tenía totalmente mezclada en su habitación, entre un polvoriento y ruinoso armario sacado de la calle, y varios maletines de CD gigantescos que guardaba entre montañas de papeles y partituras debajo de la cama. Luego, casi todos sus discos estaban rallados o directamente rotos, pero lo que quedaba recuperable merecería haber sido exhibido en un museo. Mira si había estado desconectado del mundo, que había tenido que cruzarme con un músico profesional para descubrir lo que son auténticos clásicos como Coltrane, Miles Davis o McCoy Tyner; amén de otros más modernos, aunque no por eso más prescindibles, como Medeski, Martin y Wood, Henri Texier, o Bill Frisell. Aunque aquí tengo que hacer una pequeña concesión, y es que, desde que había empezado a desgranar disco por disco a aquella colección, era Bill Evans quien se había convertido en la niña de mis ojos. No sabría decir por qué me seducía tanto el gran pianista neoyorquino, quizás era por la manera de tocar tan romántica que tenía, o tan melancólica, pero de cualquier modo tan descarnadamente vital; un tipo verdaderamente enamorado de la vida, sin duda, el bueno de Bill.

Pues bien, el caso es que el disco que elegí ponerme en esta ocasión fue *Kind of Blue*, el que seguramente sea el mejor disco de jazz de la historia, y probablemente una de las cúspides de la creatividad humana, y me lo escuché totalmente concentrado durante toda su duración. Minutos después, y mientras buscaba el siguiente disco que poner, se me ocurrió que podía aprovechar también aquel momento tan tranquilo para llevar a cabo algo en lo que llevaba días pensando: buscar trabajo. No es que no me gustara el trabajo con Genco, nada más lejos, era antes bien al revés. Recuerdo, por ejemplo, cuando me contrataron. Por aquel entonces llevaba como un mes buscando como loco trabajo en Barcelona, y no fue sino gracias a un conocido que me salió este. Mi primer día de trabajo fue glorioso: nunca en mi vida había ido a trabajar tan alegre y

con tanta positividad. Si me hubiera visto Jorge, estoy seguro que le habría dado un ataque al corazón. Además, nos tocó un camión fácil, y al final de todo, tras apenas cuatro horas de trabajo, nos dieron hasta catering, lo que me hizo sentir una alegría incontenible. En el fondo, este trabajo tenía mil ventajas: me llevaba bien con los jefes, conocía continuamente a gente nueva, muchos extranjeros con los que practicar mi inglés, siempre trabajando en un sitio distinto... Sin embargo, en esencia Genco no era más que un trabajo de paso. No había más que ver la cantidad de personal que tenían y que muchas veces solamente veías un par de días seguidos. Luego estaba también la inestabilidad, los horarios, y, por supuesto, el factor físico: tenías que tener una buena espalda si querías aguantar varios días seguidos de duro trabajo; y la mía, a estas alturas, entre las teles de medio millar de pulgadas de mi padre y los flikis de Genco, era más cercana a la de un hombre de setenta años que al veinteañero que realmente era. El caso es que estuve navegando por varias webs de búsqueda de empleo, y me apunté a casi todas las ofertas existentes, dedicando especial atención a las de fábricas o cadenas de montaje, para las que compuse las más hermosas y profesionales cartas de presentación imaginables.

Cuando dieron las seis de la tarde, y con el atardecer desarrollándose desde hacía rato en el cielo de Barcelona, decidí volver adentro de casa. Había empezado a bajar la temperatura, y me apetecía ver una película, así que me acerqué a mi habitación y me hice con una que me había prestado Leo hacía unos días. Se trataba de *Todo Sobre Lily*, de Shunji Iwai. No me la había dejado llevar para mi casa, de hecho, sin antes advertirme que se trataba ni más ni menos que de su película favorita; lo que no era de menospreciar, siendo como que Leo, que no de casualidad vivía con Zorn, era un cineasta en ciernes. Me había contado, además, una buena anécdota al respecto: resulta que en la academia de cine donde estaba estudiando, en Terrassa, cada año abrían las puertas hasta la madrugada con motivo de la ceremonia de los Oscar, para que los alumnos que quisieran pudieran ver la gala todos juntos. Era su segundo año allí y, agitador de masas como era Leo, decidió convocar, a la misma hora de la ceremonia, una reunión alternativa en una sala contigua, en la que iban a proyectar *Todo Sobre Lily*, amenizándola, en este caso, con una toma de setas alucinógenas. Fue un éxito en todos los sentidos, me dijo Leo. Con esta presentación, pues, hacía días que me apetecía ponérmela, y aquella tarde era el momento perfecto. Pues bien tras verla, puedo decir que también fue un éxito para mí. Quizás no en el sentido más amplio de la palabra —las siguientes veces que la vi llegaría a disfrutarla más—, pero sí que consiguió dejarme una sensación muy grata, de esas que

solamente te dejan las buenas películas, como si, aún incluso al final del metraje ésta no se hubiera acabado, sino siguiera todavía proyectándose en algún otro sitio. Lo curioso del caso es que, como la película era muy larga, cuando acabé de verla, y de pensar un poco en ella, me encontré con que ya me había anochecido del todo, y cuando miré a la ventana y me di cuenta, y luego me encontré de pronto solo en una casa totalmente a oscuras, me asusté un poco. Fue una sensación de lo más llamativa; era una tarde noche realmente apacible, las luces de Barcelona hacía ya rato que se habían imprimido en el ventanal y los ruidos de los coches iban emborronándose como un suave terremoto a medida que la ciudad se acostumbraba a la noche; pero aun así, puesta la vista en la casa, ésta me pareció poseedora de una esencia verdaderamente tenebrosa. Tanto, de hecho, me llamó la atención esta sensación, que no tuve más remedio que darme una vuelta por todo el piso, a oscuras, sin encender un interruptor, con la atracción de quien trata de desenmascarar un fofeno. Creía, precisamente, estar muy cerca de descubrir el secreto de todo aquello en el recibidor —la estancia más oscura de la casa: allí no llegaba ni siquiera la luz de las estrellas—, cuando escuché de pronto un ruido metálico y, sin tiempo a reaccionar, todo se llenó de un resplandor deslumbrante, dejándome totalmente cegado y clavado en mi posición. Clara, que era la que acababa de entrar en casa, se debió llevar también un buen susto, por lo menos a juzgar por el gritito que pegó. La pobre, de verme allí parado en posición defensiva y con todas las luces apagadas, debió pensar que era una especie de enajenado, o un violador, y no su compañero de piso. Enseguida me preguntó si estaba bien y qué demonios hacía allí, a lo que yo respondí que acababa ahora mismo de ver una película y que estaba buscando el interruptor de la luz. Ella asintió, todavía confundida, y luego, no sé si porque me sentía culpable por haberla asustado, o por haber sido un poco antipático durante el mediodía, decidí seguirla hasta su habitación mientras le preguntaba qué tal estaba y otras cosas que sabía que a ella le gustaría responder. También la acompañé luego hasta la cocina, momento en el que Clara, olvidado ya el susto, empezó a detallarme como le había ido el día, y más batallitas de su fin de semana. Entre otras cosas me contó que el tipo que había traído a casa aquella tarde era un compañero de trabajo que llevaba enamorado de ella desde hacía mucho tiempo, aunque enseguida me aclaró que a ella, por supuesto, no le gustaba él; simplemente sucedía que últimamente lo venía un poco triste y había decidido tomarlo bajo su protección. Luego, cuando acabó de contarme sus cosas, me preguntó por mí, a lo que yo me encogí de hombros y le relaté también brevemente mi sencilla tarde llena de música y de cine, así como mi búsqueda de trabajo por internet. Curiosamente

lo que más atrajo su atención fue lo del trabajo, y enseguida se interesó por las razones que me habían llevado a tomar esa decisión. Yo aproveché entonces para desahogarme un poco explicándole lo rematadamente hartos que estaba de Genco y su sueldo y sus horarios, y lo aburrido y solo que me había sentido el día anterior en el Hotel Rey Juan Carlos I, a lo que ella, como no podía ser de otra manera, relacionó la palabrota desde su personal prisma y me preguntó, casi afirmando, si no sería que lo que me pasaba era que echaba de menos a Lucía. Obviamente a mí me encantó la pregunta y traté de responderla de la manera más clara posible, cosa que no me salió muy bien. De hecho, me expresé tan mal que al final hasta acabé quedándome un buen rato en silencio. Ella interpretó ese silencio como *un sí*, y yo le dije que sí, que significaba que sí, pero que también significaba que no, a lo que Clara se quedó totalmente convencida de que significaba que sí, y luego no dijo nada más. Cuando acabó de hacer la cena me preguntó si quería un poco de ensalada, que había hecho de más, y yo le dije que bueno, tras lo cual nos fuimos los dos juntos a la terraza a dar cuenta de ella. Aún me quedé un buen rato por allí tras la cena, y después de que Clara se fuera ya a dormir, de cara a la Sagrada Familia, aunque no necesariamente mirándola, de noche había otras cosas que me parecían más bellas que el templo, como la intensa constelación de lejanas luces que tejía Barcelona, y que cobraba relieve en las dobleces del plano que la ciudad dibujaba hasta cortarse en seco a su llegada a la costa. O, sobre todo, el verde plutonio que éstas proyectaban hacia el cielo. A veces en Barcelona de noche no parece que haya cielo, antes bien parece que estés bajo una carpa. Es simpático y turbador a la vez.

Aquella semana y la siguiente me llamaron más bien pocos días para ir a trabajar con Genco. Uno de ellos, sin embargo, se trató de los más duros desde que había empezado en aquel empleo: el montaje del circo del Sol. Nos pasamos el día desplegando la monumental lona, moviendo en grupos de unas diez personas unos tremendos pilares de hierro que nos iban trayendo en tráileres, y engastándolos en unos pedestales confeccionados para la ocasión; todo bajo una fina lluvia y una retahíla de órdenes en francés e inglés. Durante todo aquel rato estuve al lado de un tipo con la cabeza rapada que tenía aspecto de estar totalmente drogado con algún tipo de estimulante —o de tener graves secuelas de un consumo prolongado de éste—, y que me estuvo detallando sus aventurillas como batería de un grupo de punk, entre ellas que ahora había empezado a tomar clases por primera vez en su vida porque, según un médico, a su mano derecha le quedaban dos telediarios como no aprendiera a colocarla a la hora de tocar. A última hora del día, y mientras los demás, entre ellos mi amigo punk, se encargaban de barrer el suelo y otras partes de la carpa, a mí me tocó dejar como los chorros del oro la parte de arriba del todo de la lona por dentro. Fue verdaderamente curioso porque bajaron el brazo de la monstruosa pluma que la sujetaba provisionalmente hasta dejarla a apenas un par de metros del suelo, y luego no tuve que usar más que una escalera normal y corriente, y un mocho aún más normal y más corriente para hacer mi trabajo. Me sentí como un auténtico privilegiado teniendo tan a tocar lo que para muchos espectadores la semana que viene sería el punto más lejano e inaccesible de la carpa. En realidad fue todo un acontecimiento aquel montaje; hasta vinieron las cámaras de la televisión. Me enamoré perdidamente de una reportera que se acercó a no muchos metros de nuestra posición con sus bien

torneadas piernas, para explicar a los telespectadores el *sofisticado* montaje que estábamos llevando a cabo.

Y al respecto de las ofertas de trabajo para las que me había postulado, por el momento todo seguía sin novedad. Ninguna de las fábricas, ni de las cadenas de montaje dijeron esta boca es mía. Juro que pagaría por saber lo que es trabajar en una fábrica, aunque sólo fuera por probar. Igual es un auténtico fiasco, pero tengo miedo de que esto se acabe enquistando en mis recuerdos como uno de esos amores platónicos que acabas idealizando el resto de tu vida... Pasada aquella semana, de hecho, solamente había recibido un mísero correo de respuesta, uno referente a un empleo de vendedor de palomitas en un cine, que no recordaba ni siquiera haber rellenado, con el escueto mensaje de *quemi candidatura había pasado a la siguiente fase*. También era algo que podía llegar a hacerme gracia, trabajar en un cine. De pequeño, sobre todo, había disfrutado mucho del séptimo arte visto en sala; por aquel entonces era algo que se practicaba dos veces al año, para súper estrenos que ni siquiera se anunciaban en la tele por innecesario, tal acontecimiento representaban. Por aquel entonces todo era mágico, el místico olor a moqueta, las catenarias de cuerdas de hilo rojo puestas a lo largo de toda la cola, las caras gigantescas de los actores retratadas en la monumental fachada del cine Balañá...

Y en estas que llegó el fin de semana, y me encontré de un humor inmejorable, aun a pesar de todo. La explicación habría que buscarla en el hecho de que aquel mismo sábado era mi cumpleaños. No es que me alegrara especialmente haberme hecho un año mayor, pero sucedía que los chicos, que habían descubierto hacía poco que como Testigo nunca me habían dejado celebrar una fiesta para mi cumpleaños, habían prometido que iban *subsana*raquel problema. Aquella misma tarde, de hecho, opté por pasarme un poco más pronto que de costumbre por su piso, para ir calentando motores. Allí me encontré a Leo, Zorn, y Sonsoles, todos metidos en la habitación de Leo, los dos últimos en el sofá, liándose concentrados sendos petas y el primero sentado en su cama y atendiendo a su ordenador, en el que ahora sonaba un solo de voz de Jeff Buckley que últimamente se había puesto de moda en el piso. Los tres, tan pronto accedí a la estancia, dejaron por un instante sus quehaceres para saludarme, y, tras darle un cordial abrazo a cada uno de ellos, me senté en el puf de al lado de la ventana. Como el ambiente antes de mi llegada parecía muy tranquilo, en un principio decidí guardar respeto y distraerme escuchando la música y observando la decoración de la habitación de Leo. Lo cierto es que siempre, por más veces que entraba aquí, no podía dejar de quedarme prendado de los elementos que la componían. Se trataba de

un sitio relativamente espacioso, humilde pero ordenado. Todos los muebles, al igual que los del resto de la casa, estaban sacados de la calle, exceptuando probablemente la cama, aunque se mostraban limpios y cuidados. También la alfombra y el sofá habían sido obtenidos de forma gratuita, aunque en este caso fueran un regalo de los antiguos inquilinos del piso de arriba. Por lo demás, las pertenencias de Leo se repartían en los estantes y cajones de una forma lógica, y había dibujos hechos a mano por doquier, incluso en los propios muebles, amén de posters de películas y videojuegos, y fotos de sus amigos y de sus hermanas, normalmente en poses entrañables. Aunque lo que más llamaba la atención de esa habitación eran, sin duda, las paredes. Íntegramente pintadas a spray, pretendían simular lo que debía ser un paisaje costero, aunque, a falta de mejor talento pictórico, habían acabado semejando más bien una pantalla del Super Mario. En la misma pintura había también un par de detalles algo inquietantes: encima de la cabecera de la cama, por ejemplo se perfilaba un extraterrestre blanco de grandes ojos negros, y que parecía estar encinta, y en una de las paredes, en el borde de un precipicio, se hallaba dibujada una gran seta en su representación más clásica, es decir, con el sombrero rojo, y moteada de puntitos blancos. El toque final a la decoración lo daban unas telas orientales en tonos oscuros que Leo había repartido cubriendo todo el techo.

—¿Qué tal la resaca de la fiesta pasada? —les pregunté al rato, acabada ya aquella canción de Jeff Buckley, acaso para iniciar tema.

—¡Dios, qué animalada de fiesta! —respondió Zorn, dejando por un momento el petate que todavía andaba liándose. No tardó nada en explicar con una mezcla de complacencia, y a la vez de pesimismo, que ya se había convertido en costumbre que a partir de cierta hora nadie se acordara que la mitad del comedor que se hallaba tras las puertas acristaladas era su habitación y no una especie de sala VIP. Resulta que a la mañana siguiente se había encontrado con todo el suelo lleno de alcohol y Coca Cola, así como vasos de cubata y cervezas por todos sus estantes. Alguien había derramado algo también sobre sus partituras, aunque no estaba muy seguro que no hubiera sido él mismo con el café. Había fregado ya un par de veces pero no servía *nada*.

—Suerte que nadie vomitó encima de mi ochopistas —concluyó con una sonrisa.

—Hemos hablado todos los del piso —dijo ahora Leo dirigiéndose a mí, aunque con el tono cordial de quien le explica a un extranjero las peculiaridades y costumbres de una región—, y hemos decidido que habría que bajar un poco el ritmo. El hecho de que no tengamos vecinos no debería darnos libertad para hacer *según qué cosas*.

Todos los que estábamos allí asentimos.

—¿Sabes qué hizo Bausi? —exclamó justo después, llevándose las manos a la cabeza—. Cogió todos los petit-suisse de la nevera, los fue destapando, ¡y los pegó uno por uno contra el techo de la cocina!

Obviamente, y más viniendo de parte de Bausi, la gamberrada me pareció de lo más graciosa, y cuando vi que Leo y los demás se partían de la risa, me añadí sin dudar a ellos. Inmediatamente después, y mientras Leo seguía contando para todos alguna anécdota más del fin de semana anterior, me llegó un porro. Nada más asirlo con mis dedos, lo primero que hice fue escrutarlo cuidadosamente. Desde que conocí a estos tipos había tenido la oportunidad de aprender cosas que ahora se me antojaban imprescindibles para la vida moderna, a saber: a beber, a escuchar Jazz, a ver cine japonés... pero, en lo que se refiere a fumar, no había dado más que pasos en falso. En ningún momento había conseguido pegarle una calada a algo, y menos a un peta, *y sentirme* que estaba fumando. No cabe duda de que era una cuestión técnica: los rudimentos del fumador, que todo el mundo solía alcanzar de una forma casi natural, para mí se resistían hasta en sus fases más elementales. Probablemente no sabía meter correctamente el humo en mis pulmones, o no lo mantenía el tiempo suficiente, o lo mezclaba sin querer con demasiado aire... Era un poco frustrante, desde luego, aunque, por lo menos por el momento, no me había dado a mí mismo por imposible. Empezar de más abajo no es excusa para no aprender, esa por lo menos era mi filosofía últimamente. Así que también en esta ocasión volví a intentarlo, sin obtener, como era previsible, el menor éxito; de modo que, tras unos segundos de confusión, opté por pasarle el porro a Zorn, que seguro que lo iba a aprovechar mejor que yo.

Al cabo del rato, y coincidiendo con el momento en que empezaban a sonar los Jefferson, llegó Jay del trabajo y entró en la habitación. Jay era de todos los habitantes de este piso al que se le veía menos; su familia vivía en Cornellà y casi siempre andaba por allí reclamado por algún que otro asunto. También él me saludó cordialmente tan pronto me vio, para a continuación aposentarse en otro puf, éste ubicado al lado de la puerta de entrada. Entonces, sin esperar apenas a recuperar el aliento, empezó a hablar de cine. Lo primero que hizo fue citar una película que acababan de estrenar hacía un par de días, que todavía no había ido a ver, pero de la que ya había leído un extenso reportaje en *Cahiers du Cinéma*. Nos estuvo explicando con detalle algunos de sus aspectos técnicos y creativos, y también acerca de su banda sonora; por lo menos hasta que Zorn, que había intentado interpolar algo en un par de ocasiones, consiguió tomar la palabra para mostrarse un poco extrañado de que

su compañero de piso estuviera hablando con tanta propiedad de una película que ni siquiera había visto. Jay, a la vista de esta recriminación, quiso dar entonces su réplica, y así comenzó un pequeño debate que a mí me costó bastante seguir; más que nada, porque tampoco yo había visto la película, y también porque, en el fondo, no tenía la menor idea de cine. Fue apenas unos minutos más tarde, y sin que fuera capaz de adivinar cómo, que la charla se había tensado un poco y había cambiado también notoriamente de tema: todo se había reducido a una especie de comparativa entre cine y música. Ahora Zorn trataba de argüir que la propia comparación era demasiado atrevida, por ser dos disciplinas de naturaleza totalmente distinta, mientras que Jay, que apenas dejaba hablar a Zorn —y menos aún a los demás—, tampoco acababa de lograr hacerse entender. Como enseguida empezaron a sacar a colación toda una ristra de nombres que me eran absolutamente desconocidos, no pude evitar distraerme y perderme de nuevo en mis pensamientos y en la decoración de la habitación de Leo. En realidad, todos los habitantes de esa casa eran estudiantes de arte o tenían algo que ver con él; para ser más concretos: un músico —Zorn— y tres cineastas —los demás—, y todos estaban bastante cultivados en su materia, por lo que yo ya había renunciado muchas veces a seguirlos.

Rato más tarde, aún con la conversación a todo trapo, y cuando el cielo allá afuera había perdido gran parte de su intensidad, y los reflejos de algunas de las luces de la calle empezaban a vibrar en la pared del fondo de la habitación de Leo, una piedrecita vino a chocar contra el cristal de la ventana, provocando que Sonsoles se levantara a mirar. A continuación, tras saludar a alguien a lo lejos, se fue para el recibidor a abrir la puerta, y cuando volvió, un par de minutos más tarde, traía consigo a un sonriente Adam. Adam era, exceptuando obviamente a los que vivían allí, uno de los de la pandilla que más fácil era encontrarte en aquel piso. Se trataba de un tipo sencillo, salaz, de un humor irreductible. Hacía poco, justo cuando lo conocí, que le habían diagnosticado una diabetes, pero su expresión, aun desde aquel mismo momento, no había decaído lo más mínimo. Lo primero que nos dijo, de hecho, ahora, nada más acomodarse en su sitio, es que estaban a punto de despedirlo del trabajo; pero no debíamos preocuparnos *absoluto*, aclaró, pues era justo lo que llevaba meses persiguiendo. Llevaba como dos años —una barbaridad, señaló— en el mismo empleo y no tenía ganas ya de otra cosa más que de cambiar de vida, de relajarse un poco, quizás dedicarse más a su banda de Rock, o pegarse un par de buenas fiestas a costa de la indemnización que, a bien seguro, le iba a caer. Debió ser, probablemente, gracias a Adam, que la conversación derivó ahora por derroteros más livianos, y

también más risibles, y que permitieron que yo participara un poco más. Por ejemplo, después de acabar de comentar lo de su trabajo, pasamos a hablar de mujeres en general, y de sexo en particular. En seguida sacamos a colación el tema de las ex novias, o de las *amigas*, y, una vez todos hubimos alardeado más o menos —y de forma también más o menos verídica— de nuestro historial sexual, pasamos a otro tema, al del dinero. Alguien propuso que explicáramos lo que haríamos si de repente triunfábamos en nuestra profesión y nos convertíamos en artistas reconocidos, o en millonarios —que cada uno se aplicara el cuento que más le apeteciera—, y Adam fue el primero en lanzarse a responder. Nos confesó que lo tenía todo pensado: su casa, por ejemplo, estaría llena de rampas para poder ir en moto, o en monopatín, de habitación en habitación, y su piscina tendría dibujado en el fondo su cara para que pudieran verla quienes sobrevolaran la zona en helicóptero. Lo primero que haría, nos dijo, antes que nada, sería comprarse un batín púrpura ribeteado con hilo de oro, a lo Hugh Heffner, para no tener que volver a vestir ropa interior nunca más en la vida. Encantados por el rumbo de la conversación, también los demás no nos privamos de añadir nuestras propias ideas de una vida de lujo y desenfreno, y pronto se montó una buena algarabía de risas y propuestas desmesuradas. A todo esto, mientras la conversación estuvo en marcha, Leo se encargó que pasaran por su ordenador los Jesus and Mary Chain, Neil Young, los Creedence, y al final Funkadelic. Con Funkadelic, de hecho, sucedió algo curioso. Para aquel momento la cháchara se nos había apagado ya un poco, y justo cuando empezó a sonar *Maggot Brain* la habitación se quedó rápidamente en el más solemne silencio. Era un tema increíble aquel, por cierto, totalmente fuera del tono del disco, mayoritariamente *funky*. Se trataba, en realidad, casi nada más que de un largo solo de Eddie Hazel, en el que, por lo demás, sacaba las entrañas a pasear un rato por su guitarra. Todo vino un poco por que, mientras empezaban a sonar las primeras notas, Leo explicó una anécdota sobre aquella canción. Dijo que a Hazel, en mitad de la sesión de grabación del disco, le comunicaron que su madre acababa de fallecer, y que él, como toda reacción, pidió que le dejaran un rato a solas en el estudio. Una vez, pues, se hubo marchado todo el mundo, y pudiendo hacer cualquier otra cosa, le dio por pulsar el botón de grabar y ponerse a improvisar. Cuando el resto de músicos volvieron y se encontraron con esa auténtica perla grabada, decidieron convertirla en la primera canción del disco, y la que le iba a dar nombre al LP entero. Pues bien, por alguna razón insondable, aquella canción captó toda nuestra atención en aquel momento, convirtiéndose en una de aquellas ocasiones, nada escasas, en las que la música consigue sublimar un instante,

convertirse en un sumidero de las emociones de los presentes, por distintas y genuinas que estas sean. Probablemente también empatizamos en mayor o menor medida con Zorn, del que sabíamos que había perdido a su padre a la temprana edad de doce años. De cualquier modo, fueron unos instantes muy sentidos, durante casi un cuarto de hora no pudo oírse nada en la habitación más que las respiraciones de los presentes, alguna que otra calada, y las notas del tema. Incluso se mantuvo aquel silencio minutos después de que acabara la canción, sin que en ningún momento nadie llegara a comentar nada de ello, como si el mero hecho de hablarlo fuera a desprestigiar por completo aquel momento. Tiempo después me enteré de que la anécdota era mentira, o que por lo menos estaba muy desfigurada, y que todo se trató, en realidad, nada más que de una paranoia de LSD entre George Clinton y Hazel. Lo que, después de todo, tampoco es que cambie mucho nada.

Cuando dieron las nueve de la noche, y llevando ya todo el mundo un buen rato bastante tranquilo, empezó a llegar gente para la fiesta. Primero fueron Iago, Rubén y Negro, compañeros de Zorn del conservatorio de música, todos gallegos. Ahora mismo, en la habitación los gallegos nos ganaban a los catalanes por uno. Pronto Rubén, al que solamente había visto en una fiesta tiempo atrás, se acercó a mí, y a la vez que ponía una birra fresquita en mis manos, me felicitó por mi cumpleaños; un gran tipo Rubén, detallista donde los hubiera. Fue, de hecho, gracias a él que todos cayeron en la cuenta de que la excusa para la fiesta de esa noche era mi cumpleaños, y entonces empezaron a caerme felicitaciones por todas partes. Ahora, habiendo pasado ahora los músicos a ser mayoría, la conversación no tardó en ponerse a repasar los próximos conciertos de Pat Metheny y Sonny Rollins en Barcelona, y también ellos se pusieron a enumerar toda una recua de nombres que me resultó imposible seguir. Aunque esta vez la digresión duró poco, puesto que Leo enseguida se levantó y nos pidió a los presentes que hiciéramos una breve pausa, y nos desplazáramos a la cocina, a donde íbamos a hacer una buena cena para todos. La verdad es que éramos muchos más de lo previsto, pero esa cocina siempre estaba preparada por si había que alimentar a todo un regimiento. Con todo el mundo ya por allí, y sin demasiado espacio para moverse, algunos optaron por instalarse en un banco y varias sillas que había en el fondo, en un pequeño anejo que hacía las veces de comedor familiar, mientras otros se ponían a picar cebolla en una gran mesa que no era otra cosa sino la gigantesca cocina económica original cegada con un tablón. Allí, en esa mesa, había también algunas botellas de whisky vacías de hacía un par de semanas, y también de veladas anteriores, amén de otras nuevecitas, brillantes y precintadas para hoy. Todas sin

excepción eran Glen Airmor del Opencor, el whisky de moda en el barrio, un caldo bastante decente a pesar de costar solamente cuatro euros. La mía, que había comprado de camino al piso, y a la que, nada más llegar, le había dibujado con rotulador indeleble una calavera y una inscripción que rezaba: *lejíá, jno ingerir!*, estaba entre las demás, y cuando Leo ahora la vio, me dijo que la idea no estaba mal, pero que iba a ser totalmente insuficiente. A partir de cierta hora de la noche, afirmó, allí la gente dejaba automáticamente de leer y se ceñía a las formas y a los olores. Acto y seguido me pidió que lo acompañara y me llevó hasta Escocia, donde me mostró una especie de armario empotrado sin pomos, y con una ventana y un señor asomándose dibujados. Me enseñó entonces la manera de abrirlo y luego dejó mi botella allí, al lado de la suya. Me dijo que me dejaba usar su escondite a cambio de que no se lo revelara a nadie, a lo que yo le respondí que me parecía bien, aunque también le hice notar que a partir de las cuatro o las cinco de la mañana, entrar en Escocia iba a ser una empresa imposible. Él me respondió, simplemente, que si a esa hora aún no me había bebido mi whisky no me merecía poder acceder a él.

Pasada media hora de nuestra llegada a la cocina, la cena ya estaba lista, y nos apretujamos todos como pudimos alrededor de la mesa de camping. Sonsoles había hecho unos más que deliciosos espaguetis a la carbonara, a pesar de lo cual yo no comí mucho. Solía sucederme que en los días de fiesta, antes de que empezara todo, me entraba un punto de tensión que me quitaba el hambre. No es que siguiera considerándome todavía un novato, pero tampoco podríamos decir que hubiera llegado al nivel de experto; los nervios de la batalla, es de suponer. Una vez, pues, hubimos terminado, y mientras todo el mundo empezaba a liar sus petas, Leo tiró la primera piedra: *Bueno, empezamos a cubatear ¿no?*, dijo, y yo, queriendo hacerme el valiente, fui el único que secundó su proclama. Los demás simplemente se quejaron tímidamente, y dijeron que iban a esperar a después del porro. Dos porros más tarde, decidimos volver a la habitación de Leo y nada más entrar a alguien se le ocurrió pinchar *Whole Lotta Love*. Craso error. Adam se volvió loco y se puso a bailar frenéticamente encaramándose primero en la cama de Leo y luego, de un salto, en el sofá. En ese mismo momento, además, entró por la puerta Vives y todo el mundo lo recibió con una sonora exclamación y con más bailes por encima del sofá y de la cama. Vives no tardó nada en coger a Adam por la cintura y empezar a follárselo. Sonsoles hizo lo mismo y al final todos acabamos follándonos a Adam. Luego se cambiaron las tornas y Adam empezó a follarse a todo el mundo uno por uno. Pocos minutos después ya todos estaban bebiendo de su propio cubata y se dio la fiesta por empezada.

Las chicas vinieron todas a la vez, en manada: Laura, Dúnia, también Clara, Sonia, María... ¡Qué preciosidades todas! ¡El suelo florecía a su paso! Solamente Mimi vino un poco más tarde, en coche, con Isaac, su chico. Cuando finalmente llegó, y reunidas todas en el comedor no pudieron esperar un minuto más para desvelar la sorpresa que me tenían preparada: un pastel de marihuana con los años que cumplía en velitas de colores. ¡Qué oportuno!, ¡qué *savoir faire*! Mi primer cumpleaños, y las velas que iba a soplar eran las de un pastel de marihuana. Luego, tras toda la ceremonia del soplado de velas y las felicitaciones, cogieron el pastel y se lo llevaron a la cocina para partirlo en trozos que todo el mundo empezó a repartirse.

Como había comido poco, no tardé mucho en acabarme mi trozo y encaminarme a la cocina para servirme otro, sin embargo, a mitad de pasillo, Mimi me interceptó. Tras felicitarme personalmente, me preguntó qué tal me iba todo, a lo que yo respondí que *bien*, eufórico, le empecé a contar de forma grandilocuente algunas de las cosas que había vivido los últimos días y que a mí me parecían de lo más apasionante, anécdotas sobre el Circo del Sol, las fiestas con sus amigos... A pesar de que, a causa del alto volumen de la música, era bastante difícil que se enterara de nada, puso todo el rato cara de estar divirtiéndose bastante con mis relatos. Le expliqué también, ya más confidencialmente, y vigilando que no me oyera Clara, que odiaba con todo mi ser y con toda mi alma *algato*. Le dije que *era tal* el odio que le tenía, que a veces me daba un auténtico miedo a mí mismo; confesión que enseguida provocó que Mimi se partiera de la risa. Para finalizar le expliqué que estaba como loco buscando trabajo, y que igual conseguía una entrevista para empezar a trabajar en un cine, aunque tampoco quería hacerme ilusiones, porque mi candidatura apenas había pasado a *la siguiente fase*. Ella, riéndose aún bastante, me dijo que se alegraba de que todo me fuera tan bien, a lo que yo no pude evitar entonces darle las gracias por *todo otra vez*. Mimi me respondió que *no había de qué*, y luego me reclamó medio en broma medio en serio que fuera la última vez que le daba las gracias. Finalmente me insistió en que fuera a bailar con todos y yo le respondí que ahora iba, que antes quería comerme otro trozo de pastel. Me miró con cara de reproche y tras decirme que tuviera cuidado, que el pastel era bastante potente, me volvió a felicitar por *mi primer cumpleaños*.

Tras remover cielo y tierra en la cocina para encontrar un cuchillo, me corté mi trozo de

pastel, y le hiqué el diente. Sin embargo, cuando me había metido la última porción en la boca y ya me disponía a marcharme, me percaté de golpe que había un perfil humano recortándose en la penumbra del pasillo. Me dio tal susto, que apunto estuve de atragantarme; por unos instantes se me ocurrió que aquel contorno sombrío no fuera otra cosa sino todos mis miedos transfigurados, presentándose de la única manera en que podían hacer algo contra mí, justo en mitad de una fiesta y cuando ya estaba colocado. Aunque en seguida descubrí que no, que era mucho peor que eso. Se trataba, en efecto, de Bausi, el gallego más loco de toda la diáspora. No tuve más remedio que quedarme mirándolo, acabando de masticar lentamente, mientras él accedía tan tranquilamente a la cocina y me alargaba una aparentemente amistosa mano. Bausi, gato viejo, sabía que alguien como yo no iba a ser tan maleducado de no estrechársela, y fue precisamente por aquí por donde me pilló: con mi mano derecha estratégicamente retenida, en un gesto rápido y certero pudo hacerse con mi cubata y me lo volcó encima de la espalda, con cubitos y todo. No hace falta decir que a mí no me hizo ni puta gracia la bromita, aunque enseguida me di cuenta que, en el fondo, hasta podía considerarme afortunado; la primera vez que vi a Bausi, aquí mismo, en esta misma cocina, y sin que aún siquiera me lo hubieran presentado, me llenó los bolsillos de la chaqueta de Kellogg's Smacks. Además, qué demonios, eso acababa de ser tremendamente inesperado, muchos consideraban a Bausi un genio por salidas como esa. Yo, por lo menos, lo consideraba un amigo, un amigo de fiesta, claro está, que es otro tipo de amistad, tan o más fructífera que cualquier otra. Debió ser probablemente en aras de esa amistad, que el propio Bausi, una vez hubo acabado de reírse de mí, sacó una especie de extraña cajetilla translúcida llena de cigarrillos delgados y de color verde, y me ofreció solícitamente uno. Le pregunté entonces de dónde demonios había sacado esos cigarrillos y él me respondió que eran indios y que estaban hechos de plantas aromáticas.

—Son mejores para la salud.

No pude evitar romper a reír ante tal afirmación, cosa que no me impidió a continuación coger uno y encendérmelo. Efectivamente, tal y como preví, sabían a ambientador de pino, aunque se dejaban fumar algo más que los porros. Por lo menos con éstos el hecho de no saber tragar el humo no te impedía que sintieras circular algo plausible por la boca. Luego Bausi me dijo que iba a saludar a más gente, y, tras marcharse, me compadecí del primero con el que se cruzara.

Tras comerme aquel segundo trozo de pastel —y luego otro más—, y cigarrillo indio en boca, no tardé en hacerle caso a Mimi y dejarme caer por la pista de baile, que no era

sino el mismo comedor con la lámpara del techo cubierta con la camiseta roja —con su lema Wisconsin brillando de blanco—, y las puertas acristaladas que lo separaban de la habitación de Zorn abiertas de par en par y con bastante gente adentro. En el reproductor de música sonaban en ese mismo momento a todo volumen los Who, aunque la verdad es que tampoco daba la sensación de que la gente le prestara demasiada atención a la música. De hecho, poco después de que yo llegara al salón, un par de personas a mi lado se susurraron algo y, tras asentir, agarraron a Zorn, que estaba tan tranquilamente moviendo el esqueleto un metro más allá, dieron un grito, y tras derribarlo encima del sofá, y como si todo el mundo se acabara de percatar de una especie de clave cifrada, empezaron a tirarse encima de él, formando un heterogéneo montón de cada vez más cuerpos que ahogaban unos gritos que decían, o así me pareció a mí, *hijos de puta, que llevo gafas*. Yo, sin saber muy bien que hacer, pero intrigado por descubrir a dónde nos iba a llevar aquello, también me tiré encima de la montaña de cuerpos, tras lo cual Leo, que había estado esperando encaramado en lo alto de la tele el momento oportuno, pegó un gracioso brinco y, a grito de *Led Zeppelin*, se estrelló en la cúspide. Poco después, y entre risas, desmontamos aquella montaña de cuerpos y volvimos paulatinamente a nuestras posiciones anteriores, poniendo, o intentando poner, otra vez la entropía bajo el control de la música. No fuimos capaces de aguantar muchos minutos. Pasadas, de hecho, un par de canciones, alguien del fondo de la sala volvió a gritar, y quien fuera que en aquel momento estuviera cerca del sofá se vio derribado, para recibir a continuación encima de él todo un chapoteo de cuerpos. Aquella noche, supuse enseguida, bailar iba a ser un ejercicio de puro riesgo, lo que, después de todo, tampoco es que me pareciera del todo mal, puesto que seguía sin verle la gracia a lo que podría considerarse como baile *clásico*. Además, a medida que pasaba la velada, aquellos amontonamientos espontáneos, aunque menos frecuentes, fueron cobrando una dimensión cada vez más interesante. Debió ser, probablemente, por el hecho de que *nunca*, en toda la noche, dejara de entrar gente en casa. De vez en cuando se oía el timbre, alguien abría, y de repente entraban cinco o seis personas más. Como muchas veces no aparentaban conocer a nadie, se solía dar por sentado que eran amigos de Jay, de Cornellà, aunque era imposible descartar que fuera simplemente gente de la calle que oía el ruido y decidía apuntarse a la fiesta. Luego se establecían a su aire por allí, y se apuntaban a los bailes, sobre todo si había alguna chica entre los presentes, a servirse el alcohol de los incautos que se habían dejado su botella en la mesa de la cocina, e, indudablemente, a apilarse encima de los demás para aplastar a quien fuera que le hubiera tocado debajo de todo.

En mitad de la noche, sin embargo, y entre los desconocidos, aparecieron también Marcos y Oliver: eran los que faltaban. Enseguida se formó un corro a su alrededor. Parecía que repartieran caramelos, pero en lugar de eso lo que repartían era pollos de MD. Enseguida alguien se marchó con ellos a la habitación de Sonsoles a prepararlo, y pronto se formó una corriente en el piso de gente que entraba y salía de aquella habitación, discriminando, aunque fuera por una vez, a los desconocidos. Fue en una de estas, cuando Adam, cuya sensibilidad no soportaba ver a un amigo sin droga, me ofreció de la suya, aunque yo decliné la invitación; ya estaba lo bastante activo aquella noche como para además espolear a mi metabolismo con más sustancias externas. En lugar de eso, decidí darme un buen paseo por toda la casa mientras me comía mi cuarto trozo de pastel. Si había algo que me gustaba hacer cuando iba borracho, o por lo menos eso había descubierto desde que había empezado a emborracharme, eso era andar. Ya me gustaba de por sí, más aún en estos momentos, cuando toda la realidad estaba graciosamente desplazada de su lugar unos simpáticos centímetros. Además, era bastante pintoresco lo que podía verse en aquella casa a partir de cierta hora. A parte de los conciliábulos de gente repartidos por doquier hablando a toda mecha, totalmente colocados por el M, y nuestras mujeres aisladas y acosadas por gente desconocida, había también algunas escenas dignas de mención. Como la que representaban al lado de Escocia Rubén y Berto —gallegos—, haciendo unos pasos de boxeo que siempre acababan en sorpresa: ahora un bofetón, ahora unas cosquillas... O las voluminosas explicaciones que Ki —otro gallego— estaba dando sobre el grupo de Heavy que iba a montar, uno al que acababa de decidir en ese mismo momento llamar *Glotor Comilator*, ante la atenta mirada de Zorn y Sonsoles... También entré en la cocina a servirme más whisky y pastel, y me encontré allí a dos personas cocinando: Vives y Pepe. Al parecer estaban haciendo un plato al que gustaban de llamar *todo* y algo más, creo que era *todo a la remanguillé, o todo con salsa de plátano*, no recuerdo exactamente. Consistía básicamente en tratar de cocinar a la vez, en la misma olla, y sin respetar los tiempos de cocción, *todo* lo que había en la cocina, con la dificultad añadida de que tenían que resistir unos furibundos ataques de risa. También pernocté un rato en la terraza, donde me encontré a Leo, Bausi y Adam, los dos primeros sentados en sendas sillas, y ambos observando al tercero que, de pie, no necesitaba a nadie más para montar un espectáculo de aúpa. El tío estaba apoyado en los barrotos con un cigarrillo en la boca, y tecleando un mensaje en el móvil, mientras meaba directamente a la calle. Enseguida me puse a su lado y le pregunté completamente en serio qué demonios era lo que estaba haciendo, a lo que él, agarrándose ahora con

una mano la chorra, y mostrándome el móvil con la otra, me aclaró que aquel trasto era tan bueno que si se caía desde un primer piso, es decir, a la altura a la que estábamos, no se iba a romper. Yo le recomendé que no hiciera tonterías, que mañana lo iba a lamentar, pero él insistió en demostrarme su teoría y lo lanzó a la calle, más o menos por la zona donde había meado. El móvil, obviamente, estalló en mil pedazos nada más contactó con la acera, mientras nosotros, por el suelo, no podíamos dejar de reír. También reían Bausi y Leo, aunque Bausi, inmediatamente después, y como si hubiera recibido una llamada superior a toda suerte de humano raciocinio, cogió un tiesto y lo lanzó a la calle, justo encima del móvil y del meado, lo que provocó más descojone aún. Al final Leo tuvo que tranquilizarlo entre risas, no fuera caso que le diera por empezar a tirar las sillas.

Rato después, me hallaba precisamente en uno de mis paseos etílicos, cuando se me ocurrió hacer una visita al Leo's, que es como otra mente brillante había decidido apenas hacía unos minutos que se iba a llamar a partir de ahora la habitación de Leo. Una vez allí, me encontré recostados en el sofá a los tres músicos de jazz, los compañeros del conservatorio de Zorn, al parecer viendo una serie de animación japonesa en el ordenador. Enseguida que los vi en esa postura me indigné completamente, y decidí abrirles la puerta del todo, para decirles a continuación, y apuntándolos con un dedo, que aquello que veían —y oían— al otro lado del pasillo era una ¡fiesta!, y que con esa actitud *nunca* en la vida iban a ser unos buenos músicos. Como respuesta, algo me cerró la puerta en las narices. Eso me hizo bastante gracia, pero no tenía la menor intención de tolerar un desplante de este calibre, así que abrí de nuevo la puerta y decidí acabar de raíz con la separación de ambientes sacándola de sus goznes y escondiéndola. Casualmente, en ese mismo momento pasaba Leo por ahí, de camino al lavabo, y cuando vio lo que pretendía hacer me prohibió muy en serio tocar su puerta. Yo le respondí que estaba coartando mi creatividad y él me indicó que, si lo que necesitaba era una puerta, acaso podía coger mejor la de Sonsoles, que estaba justo al lado. A mí me pareció una brillante idea y, antes de darme cuenta de qué estaba haciendo, me encontré con una puerta en las manos, rodeado de gente, y sin saber muy bien qué venía a continuación. La verdad es que estaba un poco sobresaltado por los gritos y la excitación, pero me sentía realmente cómodo con aquel mamotreto de contrachapado en mis manos, y un montón de gente dispuesta a aprobar lo que acabara decidiendo hacer con él. Y fue entonces, de repente, cuando entendí que este momento era el que tanto tiempo había estado esperando, el momento de la *purificación*, de dejar atrás toda reticencia y todo pasado, *sumergiéndome* de verdad

en *lafiesta*, para entrar de este modo de una vez por todas, y ya para nunca volver atrás, en *elmundo*, y acaso haciéndolo —y nunca mejor dicho—*por la puerta grande*, hasta pinchar hueso si era menester, incluso dejando en el camino mi sello personal. Así que arranqué a correr. Corrí a lo largo de aquel pasillo iluminado por el glorioso cielo verde de Barcelona que se colaba por el patio del *chill-out*, también pasé por al lado de la anaranjada Escocia, y por la fluorescente cocina, atravesando como un rayo justo después el oscuro recibidor y la roja pista de baile, y no paré, de hecho, hasta que se acabó el camino, en los barrotes de la terraza. Recuerdo que cuando frené, mis manos estaban limpias y libres, los gritos se habían tornado en salvajes y Adam había entonado el cuerpo a tierra. A continuación, tras un bello eclipse rectangular de farolas y un grave silbido, un sordo estrépito dio por finalizado el vuelo. El móvil de Adam y el tiesto amortiguaron la caída, junto con las voces de por lo menos cincuenta personas apostadas en la terraza, que celebraban el evento como si la Diagonal fuera un dios pagano y le hubiéramos ofrecido nuestra más preciada virgen: la puerta de la habitación de Sonsoles. Por alguna extraña razón, en ese mismo momento me pregunté por dónde andaría Bausi. No tuve que esperar mucho para saber la respuesta: alguien, de pronto, señaló abajo y observé que allí se hallaba, había descendido como una exhalación por las escaleras y ahora estaba saltando encima de la puerta y rematando la ofrenda que acabábamos de hacer a Barcelona. Leo, que casi no podía aguantarse la risa, tuvo que bajar corriendo a amansarlo y yo le seguí para, aunque fuera, recoger la puerta y entregársela de nuevo a su dueño. Sin embargo, al entrar de nuevo en el vestíbulo del edificio, con la puerta a cuestas, me quedé bloqueado ante una escena de todo punto irreal. Bausi, con la camiseta arremangada y un tenso gesto en el rostro, bañado de la oscuridad de la luna nueva del portal, estaba reventando a puñetazos un imponente mueble negro que alguien, muy probablemente no haría menos de varios lustros, había dejado olvidado allí. Una patada partió una de las patas por la mitad, un codazo rompió en pedazos uno de los cajones, que después arrancó con las dos manos y empotró en la pared que había a mi lado... Yo, colapsado por la impresión, no fui capaz de reaccionar hasta que me encontré con Bausi levantando el mueble entero a pulso, un enorme monstruo a punto de ser despeñado al acantilado de las escaleras del sótano. Entonces, rápidamente, no para pararlo sino para acicatearlo, dejé la puerta en el suelo, agarré el cajón que había caído a mis pies y lo lancé contra Bausi, con tan mala puntería que alcancé la lámpara que había justo encima de él. Se formó entonces en un instante un batido incandescente de electricidad, madera y luz, todo amplificado por el estruendo del mueble reventando

escaleras abajo, y por un posterior y grave silencio.

—¡Que debacle! —se oyó exclamar a Zorn entre la multitud. Acto y seguido Bausi, cubierto de cristales, volvió por un momento a parecer humano y yo aproveché para preguntarle si estaba bien. Él asintió, se sacudió la ropa, y me ordenó que lo siguiera hasta arriba. Yo obedecí, como lo hubiera hecho aunque, en lugar de ascender, Bausi estuviera descendiendo las escaleras que llevaban al infierno, y aunque, en lugar de un mero gallego desbocado, se tratara del mismísimo Diablo y me estuviera embarcando hacia una muerte sin honor. Cuando lo alcancé arriba, de nuevo en el piso, Bausi no me había esperado y él solo ya había destrozado el sofá del comedor y tenía preparada una pira con los restos. Sospecho que iba a encenderla cuando Leo y Zorn aparecieron corriendo por la puerta, se acercaron a él y, cogiéndole de los hombros, le pidieron que se detuviera, ahora muy serios y asustados. Bausi escupió, piafó y pareció sopesar las consecuencias de lo que iba a hacer. Su rostro se hinchaba, los carrillos soltaron algo de aire que se enredó por las arrugas de una mueca sombría. Finalmente me miró. Estaba satisfecho. Se soltó entonces de las manos que lo asían, se encendió un pitillo indio y a continuación me entregó otro. Me lo fumé junto a él, en la terraza, mirando totalmente fascinado a la calle y sin que ninguno de los dos dijera una sola palabra. Aquella fue la última vez en mi vida que vi a Bausi. Había aparecido un día, en una fiesta como aquella, y desapareció del mismo modo. Se limitó a cumplir su cometido, como si fuera un buen profesional, o como Mary Poppins.

Fue aquella fiesta en sí misma, sin duda, un gran regalo de cumpleaños, el mejor, probablemente; aunque hay que decir que no el último. Y es que aquella misma semana siguiente, el miércoles, para ser más exactos, fui obsequiado con una más que esperada llamada telefónica. Serían alrededor de las doce del mediodía cuando, tras llevar algo así como una hora tratando de seguir durmiendo a pesar de unos bajos de hip-hop que, con el epicentro en la habitación de Pomelo, venían haciendo retumbar la casa entera, sonó el teléfono. Malhumorado, descolgué, y al otro lado de la línea me encontré con una voz femenina que enseguida se interesó por si estaba hablando con Elí Hernández Sala. Tratando de disimular mi somnolienta voz, respondí que sí, que así era, y acto y seguido escuché como aquella voz se presentaba como la encargada de bar de los cines Cinesa Heron City, y me preguntaba si me sería posible hacer una entrevista aquel mismo día por la tarde, siempre y cuando, aclaró, me fuera bien, sino podríamos posponerlo a algún día subsiguiente, o casi mejor de cara a la semana próxima. Yo, sin acabar de tener muy claro si demostrar mi euforia, o impostar por el contrario una voz de pretendido desdén, le respondí que sí, que no tenía ningún compromiso inamovible, y, para terminar, acordamos hora y lugar.

El resto de aquella mañana me lo pasé pululando por el piso y por la terraza, escuchando música a ratos, primero contento como unas castañuelas, imaginando las mejoras que mi vida iba a adquirir con un trabajo estable, aunque luego poniéndome poco a poco cada vez más nervioso. Al final no pude evitar que el deseo tan intenso de que todo fuera bien me llevara a formularme toda clase de imágenes negativas y arbitrarias sobre mi cara a cara con la encargada del cine. También hay que decir que aquella iba a ser la primera entrevista de trabajo que iba a hacer en toda mi vida. Con

Genco, por ejemplo, casi fue más al revés que otra cosa: Luis, el encargado de personal, un tipo muy agradable y cordial, se limitó a facilitarnos a mí y a dos noruegos y un argentino, que estaban citados a la misma hora que yo, una hoja con las tarifas, y a contestar todas nuestras preguntas, mientras que el incauto de mi padre, en su día, me contrató sin ni siquiera pedirme el currículum... Llegado, de cualquier modo, el mediodía, con las tripas sonándome a todo volumen, y como no era plan de que llegara desmayado a la entrevista, me fui para la cocina a prepararme algo de comer. Más me valdría haberme quedado donde estaba: mi despensa daba auténtica lástima, era la viva imagen de la desolación. Ni aun poniéndome creativo iba a conseguir hacer nada con lo que quedaba allí, que consistía, básicamente, en un botellín de tabasco, aquel cartón de nata que cada vez era más obvio que no iba a ser usado en la vida, y una coqueta cebolla entera. Ahora no tenía más alternativa, pues, que ir a comprar, lo que no era sino un auténtico dolor de muelas. No es que no tuviera dinero, tampoco era tan dramática mi situación, pero las últimas semanas no me habían llamado casi nunca de Genco y estaba en un plan de lo más rácano, siempre con miedo a no llegar holgado a fin de mes. La verdad es que tenía que conseguir aquel trabajo en el cine, o cualquier otro similar, como fuera. El caso es que así me quedé un rato, allí plantado, primero repasando las imposibles combinaciones con mi comida, y luego valorando robarle algo a Clara, aunque esta vez al final me contuve; el número de los huevos de su estante venía menguando últimamente de forma muy abrupta, y la chica, en el fondo, me caía demasiado bien como para seguir jugándome su aprecio. Con Pomelo, por ejemplo, no me habría importado tanto, pero él —obviando el hecho de que andaba por casa— me tenía más vigilado. Hasta había retirado ya el embutido de mi alcance. Era increíble, por cierto, el embutido que manejaba Pomelo, sus padres le mandaban unas cosas tremendas desde la Cerdanya: butifarra, queso, cecina, bull, longaniza..., viandas que, hasta el momento, habían sido mi salvación en más de una ocasión. En realidad no me extrañaba demasiado que me tuviera tan controlado, de tanto que había llegado a sisarle. Un día, me acuerdo, haría ya algún tiempo, Clara me llamó excitadísima para enseñarme algo; me llevó hasta la habitación de Pomelo, en un rato en el que él no estaba, y me señaló la lámpara del escritorio. Era un estercolero aquella habitación, desordenada, sucia hasta límites que hacían sospechar cierta intencionalidad, y como no tenía ventana, apestaba a rayos. Pues bien, cuando miré hacia la lámpara y vi que había un par de chorizos colgando de uno de los tornillos y rezumando un juguillo sanguinolento que se desparramaba en la mesa, y justo al lado un queso de tetilla convertido en un nido de enfermedades, casi ruedo por el suelo de la risa. Obviamente

al final, harto de mí, el infeliz de Pomelo había decidido esconder su comida en su propia habitación. Maldito agarrado, a él se le pudrían las cosas antes que llegara a comérselas.

En estas cavilaciones me hallaba precisamente cuando oí unos pasos acercarse a la cocina y luego al mismísimo Pomelo en persona asomándose tranquilamente por la puerta. Llevaba puesta una sudadera que le venía varias tallas grande y una de esas absurdas gorras que suelen llevar los skaters sin dignarse siquiera a encajarla del todo en el cráneo. Enseguida que se plantó en mitad de la cocina me dijo *hola*, moviendo a la vez verticalmente la cabeza, y con la boca llena, ocupada devorando un succulento bocadillo de pollo que debía de haber acabado de hacerse, a juzgar por el escándalo de platos y cacharros sucios que aún humeaban en los fogones y el fregadero.

—¿Qué tal el finde? —me preguntó instantes más tarde, mirándome con unos ojos de fumado que asustaba; aunque lo cierto es que Pomelo no necesitaba fumar porros para tener una mirada plomiza que se colgaba perdida por los espacios más planos de las paredes.

—Bien, bien —dije—. Creo que esta vez la cosa se nos fue un poco de las manos; probablemente habrá que bajar un poco el ritmo. Y tú, ¿qué hiciste?

—Me fui a patinar con unos amigos.

Asentí y luego, sin querer dejarlo allí con la palabra en la boca, pero con las tripas armándome la marimorena, me fui a revolver en una bandeja llena de trapos, donde a veces guardábamos el pan. No había ni un miserable mendrugo.

—Y me enrollé con una tía.

—Qué bien. —Tampoco había nada en el bol de los frutos secos. Por Dios, ¿iba a ser tan difícil encontrar algo de comer en esa casa?

—Sí tío. Pero fue una guarrada.

—¿Y eso? —Dejé lo que estaba haciendo y me giré hacia él. Al final había conseguido llamar mi atención.

—Estábamos en el McDonald's del Port Olímpic y había unas sudacas riendo todo el rato. Al final nosotros les tiramos unas patatas fritas y ellas se enfadaron y nos vinieron a insultar...

—Eso es tener clase.

Pomelo detuvo un momento su explicación para reír con ganas mi apunte. Cuando acabó, siguió explicando su historia, ahora diciendo que al final las convencieron para que se sentaran a la mesa un rato con ellos, usando sin duda la clásica jugada de convertir los desprecios en zalamerías.

—Al cabo del rato —dijo— le propuse a una de ellas venir al lavabo conmigo, para ayudarme a ponerme mi colirio...

—Y te la follaste.

—Sí.

—Dios, ¿en el lavabo del McDonald's?

—Sí, ¿a que es una guarrada? —Volvió a deleitarme con su sutil risa de fumado.

—Hombre, un pocoguarradasí que es... Pero, ¿dices que ibas borracho?

—Sí.

—Pues entonces puedes llamarla una historia de borrachos.

Él siguió ahora desternillándose un rato y luego se quedó parado pensando, o simplemente existiendo.

—Oye, no me voy a acabar el bocadillo, ¿quieres un poco? —me dijo de pronto.

A mí se me pusieron los ojos como platos y asentí.

—Cómetelo, yo no quiero más.

Y me entregó el plato con el bocadillo de pollo casi entero. Yo no podía dejar de mirarlo alternativamente a él, que ya se marchaba por la puerta, y al bocadillo; no me salían las palabras del profundo y sincero cariño que acababan de germinar en mi pecho por mi compañero de piso. De algún modo, concluí, tenía que darle las gracias.

—¡Oye, Pomelo! —le grité desde la cocina, cuando ya enfilaba el pasillo.

Oí como se detenía y me respondía: *qué*.

—¿Usaste condón?

Unos pasos se acercaron entonces lenta y cautelosamente a la cocina, e instantes después, la figura de Pomelo volvió a emerger por la puerta y se quedó allí mismo en el umbral, mirándome extrañado, como si le hubiera insultado en otro idioma y ahora estuviera haciendo esfuerzos por descifrarme. Yo no podía parar de devorar el bocadillo con avidez, tanta era el hambre que tenía. Al final, sin embargo, con él allí delante parado, y sin alcanzar a decir nada, me puse un poco nervioso, y tras darle las gracias por el bocadillo, me largué de allí.

Fue poco después de las cinco de la tarde, una hora antes de la que había quedado, que me fui a arreglar. Me peiné con un cepillo que tenía Clara por allí, me afeité cuidadosamente, y finalmente me puse ropa recién lavada y un jersey que guardaba solamente para las ocasiones especiales. Al último vistazo que me eché al espejo estaba bastante satisfecho: mi aspecto, aunque deportivo, no dejaba de ser bastante elegante. El cine, a todas estas, estaba en Heron City, que era un complejo comercial de tamaño medio ubicado al lado de Can Dragó, un barrio humilde del este de

Barcelona, poblado de gente trabajadora e inmigrantes, aunque bastante bien comunicado, eso sí, pues había una parada de bus nocturno justo al lado y un par de líneas de metro a mi elección que desembocaban cerca. Cuando llegué, y pisé por primera vez el amplio vestíbulo de entrada, estaba tan nervioso que me habrías encordado en un piano y habría sonado afinado. Enseguida localicé a alguien uniformado, un chaval imberbe que estaba apostado al final de la fila de taquillas, y le pregunté por la encargada de bar. Él mismo me acompañó entonces cordialmente hasta un despacho que había al fondo de todo y, tras llamar a la puerta, me dejó ante ella. Para mi sorpresa la mujer resultó ser más o menos de mi edad, quizás unos pocos años mayor, mucho más seria que yo, eso sí, seca y con las maneras de un vigilante de mazmorra. Aunque a poco que te fijaras se le notaba que en el fondo era buena persona. Igual, pensé, solamente fingía ser tosca porque le resultaba útil para las entrevistas, o en general para la vida. El caso es que enseguida me indicó un asiento y empezó una entrevista que en total debió de durar unos escasos cinco minutos. Apenas se dedicó a explicarme el sueldo y el turno que tenían vacante —el de fines de semana—, hacerme a continuación contestar a tres o cuatro preguntas bastante sencillas, para finalmente decirme que con eso, y el currículum, *yasabí*atodo lo que necesitaba saber sobre mí. Iba a soltarle toda una parrafada acerca de mi dilatada experiencia tratando con gente con dinero, es decir, de naturaleza susceptible, pero no me dio tiempo ni siquiera de empezar. Creo que, al fin y al cabo, todo el numerito de la entrevista consistió básicamente en comprobar que tenía la nacionalidad española, y que supiera leer y escribir, y luego, cuando se hubo asegurado que sí, con una implosiva satisfacción no pudo ni siquiera hacerse un poco la interesante. Es más, antes de dejarme marchar, incluso me preguntó, como quien no quiere la cosa, si aquel fin de semana tenía alguna ocupación. Yo, un poco extrañado, le respondí que no, a lo que ella quiso saber si me sería posible entrar a trabajarya. Yo le dije que, efectivamente, podía empezar a trabajar ya, y luego la mujer, con una cara a la que casi parecía asomarse una sonrisa, me dictó la dirección de un sitio en la Gran Vía donde vendían vestuario de trabajo, añadiendo además que los zapatos, cuyo único requisito era que fuera oscuros, los tenía que traer yo. Acto y seguido se despidió de mi estrechándome secamente la mano y enseñándome el camino de salida de su despacho. En fin, una vez ya estuve en el camino de vuelta a mi casa, llamé bajo una sensación un poco agridulce a Genco y les di los quince días, amén de pedirles que no me dieran trabajo para ninguno de los fines de semana que me quedaban. No eran tan formales en Genco como para necesitar ni siquiera que les avisaras de que te habías

marchado, pero, qué demonios, al final les había cogido cariño.

Así pues, llegado el fin de semana, me presenté en el cine equipado con una mochila con mi ropa de trabajo recién comprada y unos zapatos oscuros que guardaba de la época en que iba trajeado al Salón del Reino. A la encargada la encontré otra vez en su despacho, volcada como un halcón en unas urnas de plástico llenas de tickets, y enseguida me ordenó que la esperara en el comedor de empleados, una pequeña sala, vacía en esos momentos, que había justo al lado de su despacho. Al cabo de un par de minutos, apareció ella por allí con un cajón de plástico lleno de monedas, y me pidió que la siguiera. Anduvimos, pues, a lo largo de un inacabable pasillo hasta detenernos frente a una puerta camuflada en mitad de una pared pintada de azul, donde mi encargada me dio las llaves de una taquilla, y me dijo que me diera prisa en cambiarme, que mientras tanto me estaría esperando afuera. El uniforme del cine, una vez puesto, me pareció de lo más pintoresco: pantalones de pinza azul oscuro, una camisa blanca, levita de raso azul, y por si eso fuera poco, incluía también una pajarita a juego con la levita y una visera con el logotipo del cine; parecía un bailarín de claqué a punto de arrancar a hacer un número. Uniformado, pues, y de nuevo siguiendo mi encargada, recorrimos ahora la ancha planta baja del edificio del cine, pasando por al lado de la caseta de las taquillas, del acceso a las salas, las escaleras mecánicas, hasta llegar al vestíbulo. Era un lugar bien misterioso aquella gran plaza en mitad del recinto, un gran espacio asimétrico, sin más techumbre que la gran cúpula del edificio que se alzaba a muchos metros de altura, y circundado todo por impares escaleras mecánicas, niveles y columnas oblicuas, algunas iluminadas por neones azules, otras orladas de grandes carteles de películas. El sitio al que mi encargada me condujo, el bar, no era menos llamativo. En realidad todo el vestíbulo del cine parecía apuntar hasta allí; una gran pegatina amarilla ovalada señalaba en el suelo la entrada, que se abría como unas fauces, o como un parlamento: un semicírculo partido en dos barras, una de las cuales ya estaba ocupada por una chica.

—Luna, te presento a Elí —dijo mi encargada.

—Es un placer —añadí yo a mi vez.

Saludé, entonces, a Luna con dos besos y a continuación volví a centrar mi atención en la encargada que en estos momentos se había puesto al lado de una especie de pecera llena de palomitas.

—Esto es *la olla* —me refirió.

Luego me explicó cómo funcionaba y al acabar me pidió, levantando el dedo índice, y con mucho énfasis, que prestara toda mi atención a lo que iba a decir:

—No se para automáticamente, tienes que estar atento para que no se quememe. Si se quema, las alarmas de incendios del cine suenan todas la vez. *Todas*, incluso las de las salas. ¿Okey?

Asentí.

—Quiero saber si lo has entendido bien, porque esto es lo más importante de todo.

Le confirmé entonces que sí, que lo había entendido sin problemas. De hecho, lo había entendido tan bien y me sentía tan advertido —y tan asustado por que se me quemara la olla nada más mi encargada se diera la vuelta—, que del resto de cosas que me estuvo contando los siguientes cinco minutos con el tono de voz de haber pasado por aquella explicación más de un millón de veces, y no verle final a ese suplicio, no conseguí retener *nada*. Luego, cuando acabaron las instrucciones, se apoyó oronda en la barra a descansar su eficiencia, y me preguntó si tenía alguna duda. Yo le respondí que no, y finalmente ella, recogiendo sus papeles, y encarando ya el pasillo por el que habíamos venido, me dijo que si estaba ya preparado, abriera mi caja, que la sesión empezaba de aquí a media hora.

Recuerdo perfectamente la sensación que me embargó en el mismo momento en que mi encargada hubo desaparecido por el final del pasillo y me encontré solo delante de mi caja. Lo primero que hice, de hecho, fue echarle un vistazo al bar. Al comienzo de la barra donde estábamos Luna y yo se encontraba la puerta del almacén, y poco más allá, todo un muestrario compuesto por cajas de metacrilato y llenas de todo un colorido de chucherías. No tan lejos, justo a mi izquierda, se encontraba la máquina de bebidas, con sus seis surtidores y sus pilas de vasos y tapas rodeándola, y a mi derecha los montones apilados de cajas de palomitas pintadas de vivos colores. Cuando volví a depositar la mirada en mi caja dudo que hubiera en esos momentos una persona que se sintiera más perdida que yo en toda Barcelona. Creo que es la vez que *menos preparadome* he sentido para nada en la vida. De hecho, un poco con el ánimo de combatir esta sensación me dediqué un rato a tratar de memorizar una lista de tarifas fotocopiada que mi encargada me había dado de camino al bar, y también haciendo alguna que otra operación de prueba en la caja. Pasado un rato, sin embargo, y como nada parecía estar mejorando con mi cautela, consideré que era mejor dejar de seguir perdiendo el tiempo por el que ya me estaban pagando, y ponerme manos a la obra. Así que me acerqué al cartelito que rezaba *caja cerraday* le di la vuelta. Un par de minutos después tenía ya a mi primer cliente. Se trataba de una diminuta cabecita de mujer, morena y arrugada como un higo, que vino a apostarse a pasos lentos y cadenciosos al mármol azul de mi barra. Tenía todo el aspecto de ser ecuatoriana, o

quizás peruana, y parecía bastante vieja, entre sesenta y ciento veinte años de edad le calculé. Era bastante silenciosa además; de hecho, nada más llegar se quedó mirando con expresión arrobada un punto mucho más allá de mí, como si yo no fuera más que la ignota transfiguración de un santo. Pasado un rato prudencial, creí oportuno tratar de entablar comunicación con ella.

—Buenas tardes, ¿qué deseaba?

—Una mediana —me contestó ella inclinando su cabecita con franqueza. Luego, totalmente satisfecha con su explicación, cruzó una mano sobre la otra y se me quedó mirando en espera de ver sus deseos colmados. Yo, como no había entendido en *absoluta* qué se refería, cogí la lista de tarifas y la miré unas cien veces mientras suplicaba que por ventura llegara algo más de información a mis oídos. Al final, no tuve más remedio que improvisar, y marcharme decidido al tirador de cerveza, para volver con un vaso de plástico lleno de espuma y un dedo de líquido ambarino. Cuando la anciana vio el vaso que le alargaba, demudó su expresión en una de la más desaforada confusión, e inmediatamente después, para mi espanto, soltó una especie de imprecación. *¡Pipocas!*, dijo. Días más tarde memoricé minuciosamente las mil maneras que hay en nuestro rico español internacional para decir *palomitas de maíz*, pero en aquel momento, no pude evitar asustarme. Y más cuando vi como la confusión se iba tornando en ofensa a través de aquel rostro arrugado, para volver a dar una vez más como resultado aquel vocablo maldito: *pipocas*; apostillando, eso sí, en esta ocasión, como si hubiera decidido dejar por un momento el vudú y pasar al llano insulto: *joven*. Creo que si ese momento hubiera durado diez segundos más, me habría puesto a gritar. Pero por suerte, esta vez el destino intercedió en mi favor: Luna, mi compañera de bar, que había estado observando la escena con discreción desde el otro lado de la barra, se acercó con tiento a mi posición y en un rápido teletipo me comunicó:

—Una caja mediana de palomitas, cariño.

Yo asentí, cogí la pala y me lancé contra la olla —o quizá debería decir la bomba de relojería— para llenar una caja mediana de palomitas de maíz y servírsela a continuación a la mujer. Luego no tardé mucho más que diez minutos en descifrar cómo se desbloqueaba mi caja para poderle cobrar. Antes de que se marchara, la anciana me dejó una expresión de indignación tal, que no pude evitar sentir como si toda la maldad del mundo se concentrara en mi ignorancia.

A lo largo de los siguientes diez minutos, vinieron un par de clientes, en ambos casos con resultados similares al de la anciana, aunque cada vez algo mejores. Estuve, de

hecho, mejorando mi técnica de forma exponencial durante aquella media hora antes de la sesión de tarde, pero cuando, pocos minutos antes de empezar la película, apareció una gran marabunta de golpe, no pude hacer otra cosa más que sobrevivir. No sabía ni qué servía, ni qué cobraba, ni siquiera si estaba cobrando algo en aquella maldita máquina endemoniada. Las sesiones siguientes fueron por el estilo. Ya a última hora de la noche, una vez acabada la jornada y con las luces del cine apagadas, me hallaba yo armado con una calculadora, un taco de papeles y varios bolígrafos, y enzarzado en una lucha a muerte con mi caja para conseguir cuadrar los números, cuando mi encargada se acercó y me preguntó de soslayo, con un tono funcional, si iba a venir al día siguiente. Enseguida me quedé algo parado y le pregunté extrañado que por qué no habría de venir.

—No he quemado la olla.

Ella, ante mi respuesta, se me quedó mirando tranquilamente y luego, tras encogerse de hombros, se marchó con aspecto de estar totalmente convencida de que yo aún estaba demasiado aturdido como para responder sinceramente a aquella pregunta.

Después de aquel sábado agotador, vino un domingo no menos exigente, y al final de la jornada, y como eran pasadas las dos de la madrugada, no tuve más remedio que coger el bus nocturno. La espera, por suerte, no fue muy larga, y tras un viaje verdaderamente emocionante en la montaña rusa sin raíles que recrean cada noche los autobuses nocturnos en Barcelona, llegué a mi barrio pensando ya solo en coger la cama. Fue, sin embargo, nada más apearme en la parada de la Plaça de la Hispanitat, y mientras andaba recorriendo Aragó para embocar mi calle, cuando me pareció distinguir a lo lejos una figura familiar atravesando el paso de peatones. Iba andando cabizbaja, con las manos en los bolsillos de una cazadora, el punto rojo de un pitillo destacándose en mitad los labios, y me hallaba yo aún tratando de identificarla cuando, curiosamente, también la figura pareció percatarse de mi presencia. De hecho, una vez hubo levantado la cabeza, y tras retirarse el pitillo de la boca, se quedó de pronto parada allí en mitad de paso de peatones, el cual, traidor como era, no había acabado de mudar la luz verde en roja antes de que varios coches y un enjambre de motos hubieran ya arrancado. Leo, que fue quien acabé identificando que era aquella figura que ahora obstaculizaba todo un carril de coches de una de las principales arterias de

Barcelona, tardó un mundo en darse cuenta del follón que estaba montando, y luego, cuando fue capaz de reaccionar, no lo hizo de otra manera sino poniéndose a correr, lo que provocó que varios coches tuvieran que frenar bruscamente y desahogarse con él a bocinazos. Una vez alcanzada sano y salvo la acera, y para mi sorpresa, no dejó la carrera, sino que siguió dando zancadas, atravesando también el paso de peatones de Lepanto —que por suerte se hallaba en verde— y recorriendo el trecho de calle que le separaba de mí, hasta llegar a mi posición, momento en que, sin ningún motivo aparente, me soltó un abrazo. Me dejó tan sorprendido aquel repentino arranque de efusividad, que enseguida se me pasó por la cabeza que lo hubiera encontrado borracho, quizá volviendo de fiesta, aunque luego también me dije que con Leo estas cosas nunca se sabían; se trataba, en realidad, de un tipo tan franco y espontáneo que en el fondo no sé ni por qué me extrañé de encontrármelo vagando con aspecto melancólico a las dos de la madrugada por el barrio. De cualquier modo, a también a mí me hizo mucha ilusión verlo, y tan pronto me propuso de acercarnos allí al lado, a su casa, a fumarnos un peta juntos, y a pesar de que estaba totalmente rendido, acepté encantado. Por el camino, me confesó que *eratoda una casualidad*, y a la vez una *alegría*, haberme encontrado por allí a esa hora tan intempestiva, para luego lamentarse de que, viviendo tan cerca como vivía de ellos, solamente me dejara caer por su hogar los días que había fiesta. Yo me excusé entonces diciéndole que últimamente había andado muy liado, pero que con el trabajo que acababa de conseguir quizás ahora tendría un poco más de tiempo libre, a lo que él enseguida se mostró sinceramente alegre por mí.

Cuando llegamos al piso, Zorn, que era el único que había en casa, enseguida emergió de su habitación y nos comunicó que se apuntaba a lo que fuera que lleváramos la intención de hacer. Así pues, nos fuimos los tres directamente al Leo's, y nos acomodamos en nuestras posiciones habituales, Leo en su cama, al lado de su ordenador, Zorn en el viejo sofá y yo en un puf del suelo. Tras un rato de silencio, y mientras Zorn liaba un peta y Leo pinchaba el *Ummagumma* de Pink Floyd, les pregunté si habían hecho alguna fiesta en el piso durante este fin de semana en el que yo no había estado, a lo que ambos asintieron, aunque enseguida me aclararon que había sido una fiesta, más que de acción, acaso de parloteo y reflexión. Sospechaban que era en parte gracias al hecho de que Bausi no se hubiera presentado esta vez, aunque también era probable, me dijeron con sorna, que estuvieran empezando a madurar. A continuación Zorn me explicó que se habían dedicado a confeccionar, por ejemplo, una lista.

—Se trata de cosas que Leo tiene que hacer antes de morir para que su vida no pueda ser considerada un *auténtico* fracaso. —Yo miré a Leo, quien confirmó las palabras de su compañero de piso asintiendo con una amplia sonrisa.

De momento había cuatro, siguió explicando Zorn, aunque me aclaró que estaban abiertos a más ideas. La primera consistía en pararle los pies a Glen Branca. Yo nunca había escuchado a Glen Branca, pero me hizo bastante gracia que Leo, con su aspecto pacífico, mezcla entre *grunge* y un personaje recién salido de un cómic manga, tuviera que pararle los pies a alguien. La segunda era enseñarle a Pat Metheny a tocar la guitarra; esta sí que me pareció verdaderamente asequible. La tercera era algo más regional: convertir la gaita gallega —de la que ambos se declaraban fervientes enemigos— en el instrumento central de toda improvisación moderna de Jazz; y finalmente la cuarta consistía en trasladar el estándar universal de afinación de cuatrocientos cuarenta a cuatrocientos cuarenta y cuatro, ni un hertzio más y ni un hertzio menos. Cuando Zorn acabó de dar la explicación, dedicamos un rato a proponer más ideas entre todos, algunas de las cuales quedaron para siempre añadidas en el canon de aquellos propósitos vitales de Leo. Al cabo del rato, y mientras ellos me seguían relatando algunas cosas que habían pasado en la fiesta, y también otras novedades de aquella semana, Zorn le dio la última calada al peta que él mismo había liado y me lo pasó. Tan pronto lo así con los dedos, me lo quedé mirando, como el cazador fija su vista en una presa imposible, y no tardé en ponerme a pensar. Lo que se me ocurrió esta vez fue hacer un pequeño experimento: quizás si trataba de tragar más humo del que solía, haciendo, por ejemplo, una honda aspiración con toda la amplitud de mis pulmones, notaría al fin aquella ansiada sensación de fumador. Enseguida, pues, lo llevé a la práctica, y no me costó mucho entender que tampoco este iba a ser el camino: lo único que conseguí con mi experimento fue sentirme como si acabara de respirar un vaso de agua. Además luego, como no quería que mis amigos se percataran de mis problemas con el tabaco, intenté reprimir la tos, lo que casi provoca que me trague la lengua. Fue precisamente en esos momentos, mientras yo todavía me debatía entre la vida y la muerte, cuando Zorn, volviendo al tema de la fiesta, me dijo que no solamente habían elaborado la lista de Leo, sino que también habían hecho otra cosa, esta vez más en serio: habían decidido fundar una organización.

—O una *familia*, más bien dicho —se corrigió el propio Zorn, y luego aclaró que en realidad se trataba de algo que llevaban hablando desde hacía mucho tiempo, casi desde que él y Leo se conocieron un par de años atrás, de casualidad, dos vigueses

perdidos por Barcelona. En la fiesta, concluyó, se habían limitado simplemente a ponerle nombre y apellidos. Yo, que para aquel momento ya me encontraba quizás algo mejor, le dije que estaba de lo más intrigado, y le pedí a Zorn que siguiera explicando. Él prosiguió diciendo que todo quedaba bastante sintetizado por el nombre que habían elegido para la susodicha agrupación: *No Star*. Según me contó venía de una canción de Sonic Youth; lo que enseguida me hizo deducir que el autor del nombre habría sido Leo, que solía bautizar todos sus proyectos con nombres o referencias al grupo de Nueva York.

—El cáncer del arte —siguió diciendo ahora Zorn en tono analítico— es el ego. Los pretendidos artistas y toda la industria que los rodea no buscan otro fin en la creación más que alimentar sus propias y cobardes expectativas de la vida. Eso es lo que *No Star* precisamente va a evitar, vamos a componer nuestra propia obra y nosotros mismos nos vamos a encargar de distribuirla de forma libre y autónoma, sin intermediarios que contaminen todo el proceso con sus estupideces.

Luego entre los dos me dijeron que, a pesar de lo que pudiera parecer, no era tanto una cuestión ideológica como práctica. De hecho, a medida que me fueron detallando un poco más lo que pretendían que fuera a ser la mecánica del grupo, o de la familia, entendí que todo, al fin y al cabo, no se trataba más que de una cooperativa altruista, creada de forma y manera que un miembro pudiera trabajar en la parte creativa mientras los demás lo ayudaran en cuestiones más técnicas o logísticas. Para terminar su explicación me comunicaron que ya se había apuntado mucha gente a la idea: todos los del piso, por ejemplo, también algunos más como Adam o Vives... Por supuesto, me dijeron, desde este mismo momento yo también quedaba invitado.

—¿Qué opinas? —quiso saber Zorn.

Yo me quedé entonces unos instantes pensativo y luego les dije que era un honor que hubieran pensado en mí, y que me parecía la idea más pura y divertida que había oído en mucho tiempo. Por supuesto, aceptaba encantado su invitación, aunque, en el fondo, y así se lo hice patente, no se me ocurría en que iba a poder colaborar. A la sazón tenía alguna idea de tocar cuatro canciones en la guitarra, la mitad de Oasis, pero hacía siglos que no practicaba, y, desde luego, no podía considerarme, ni mucho menos, un artista. Ellos, de cualquier modo, me dijeron que eso no importaba, que el objetivo y misión última de *No Star*, al fin y al cabo, no era otra que la de que algunos colegas lo pasaran bien juntos. Lo demás, si acaso, ya iría viniendo llegado el momento.

Charlamos, pues, durante un rato más de *No Star* y también acerca de algunos

proyectos relativos a la *organización* que ya tenían en mente, como el de grabar al grupo de música que tenían entre varios de ellos, hasta que nos dieron las tres de la madrugada, momento en que decidimos ir a la cocina a hacernos algo de cenar. Yo ya había comido algo en el cine, pero muy pronto, con lo que a esa hora ya tenía un poco de hambre, y a ellos fumar también les había despertado el apetito, así que entre los tres hicimos una rápida y práctica ensalada de pasta y nos la comimos allí mismo, en la mesa de camping de la cocina. Al acabar, sobre las cuatro de la madrugada, y como la primavera ya se estaba asomando, por no decir que llevaba solapándose con todo aquel invierno, y hacía una temperatura espectacular, decidimos sacrificar la música para ir al balcón. La Diagonal estaba muy apaciguada a aquellas horas, solamente hacían un ruido llamativo algunos coches rezagados, los autobuses, y los perros. Allí, al fresco, y mientras Leo y Zorn pulverizaban mañosos trazas de costo en las cóncavas palmas de sus manos, estuvimos hablando de bastantes cosas, como, por ejemplo, sobre mi fiesta de cumpleaños. A mi pregunta sobre si Sonsoles había dicho algo acerca de su puerta me respondieron que no se lo había tomado muy a mal, pero que, por una cuestión de honor, y para que evitar que su virilidad siguiera quedando en entredicho, se había visto obligado a jurar venganza, por lo que más me valía que no lo dejara entrar en mi piso, que siendo como se trataba de un sexto no era de esperar que mi puerta acabara en tan buen estado como la suya. También hablamos de otras anécdotas, como la de la comida que se cocieron Vives y Pepe, y que requirió tirar a la basura un par de sartenes, y de otros asuntos un tanto más actuales. También yo les expliqué mi entrada en el trabajo del cine, y la odisea de mis dos primeros días, a lo que ellos me tranquilizaron y me dijeron que era normal, y que con algunos días más de práctica acabaría cogiéndole el tranquillo... Algunos petas más tarde, incluso entramos en un plano algo más personal. En un momento dado, por ejemplo, se me ocurrió preguntarle a Zorn por el origen de su mote, y por si venía del saxofonista John Zorn, uno de los músicos que venía escuchando últimamente gracias precisamente a sus consejos. Él me confirmó que sí, y que fue Rubén quien empezó a llamarlo así porque siempre que hablaba de música, o de la vertiente más filosófica de la música, acaso del propio proceso de estudiarla e interiorizarla, acababa inevitablemente sacando a colación este nombre. En realidad, me dijo, la idea de No Star venía en parte inspirada por *Tzadik*, el sello musical de John Zorn. Nos explicó que Zorn —el de verdad— había preferido posponer el éxito de su carrera discográfica a tener los medios para que fuera su propia productora la que le editara los discos. Era una manera de conservar la pureza: tener todo el control artístico desde el principio; en el

fondo, una búsqueda de la libertad en su máxima expresión. Nos siguió contando que en realidad ese maldito judío era el músico más innovador y más inspirador de cuantos había ahora mismo en el panorama internacional, y a continuación nos relató una batallita sobre los años que pasó en el colegio mayor de Santiago, justo antes de venir a vivir a Barcelona, cuando llegó a sus manos por primera vez uno de sus discos. Explicó que quien lo trajo fue su compañero de piso, un tipo al que apodaban Frodo, y que la primera vez que lo escucharon se quedaron tan impactados que no tuvieron otro remedio más que ponerlo otra vez, y otra más, y así varias veces seguidas. Tiempo más tarde, me dijo, se consiguieron más discos de Zorn y de Masada, y también de otros muchos artistas relacionados, o no tan relacionados, y que empezaron escucharlos enteros de la mañana a la noche, día tras día, hasta que llegó un punto en que no hacían mucho más que eso en el colegio mayor, fumar petas y escuchar música. En realidad, me aclaró, había ido allí a estudiar Magisterio Musical, cosa que, obviamente, era una estupidez, porque lo que él realmente quería, y para lo que tenía talento, era para ser músico, no docente, y que había acabado haciendo aquello porque desde que su padre murió había andado algo perdido en la vida y comportándose de forma bastante indolente con sus propias decisiones. Para acabar la anécdota nos aclaró que también hacía otras cosas en el colegio mayor, obviamente, no es que se convirtiera en un ermitaño, especialmente salir de fiesta con los colegas y vivir la vida; sencillamente nos dijo que recordaba con especial cariño estos encierros, y que, en realidad, era algo de lo que guardaba un gran recuerdo de esa época. De alguna manera, concluyó, había ido a Santiago a estudiar música. Esa fue, a fin de cuentas, la manera en que en aquel momento funcionó.

—Sobre lo de tu padre... —le dije a Zorn al poco de que acabara su relato—, y salvando lo obvio, ¿has pensado que quizás se trate de un hecho que te haya marcado más allá de lo que eres capaz de entender? Me refiero a que su muerte te haya dejado una serie de miedos que no eres capaz de ver y que están lastrando tu vida y haciéndote actuar a veces como un idiota sin que te des cuenta.

—Sí, claro. De hecho, estoy seguro que es así —me respondió él rápidamente, sin ofenderse en lo más mínimo, antes bien, con una mirada muy brillante y llena de curiosidad, y con su voz tan grave y tan tranquila que bien podrías haber confundido con su barba—. El problema es precisamente eso, que mientras no los ves, poco puedes hacer en realidad con estos miedos.

Me pareció una respuesta muy adecuada, y juzgué su actitud como muy positiva. E inspiradora. Luego, en respuesta a la anécdota de Zorn, los demás hablamos también

un poco de nuestros respectivos pasados. Leo nos contó, por ejemplo, que el cine era su vocación desde que con diez años se vio como una docena de veces seguidas *2001 una odisea en el espacio* sin llegar a cansarse; ni tampoco entender un ápice. Yo también les conté algunas cosas de mis últimos días como Testigo, o incluso más anteriores, de cuando quizás me tomaba un poco más en serio mi religión... Por supuesto, lo que más les interesó de todo fue cuando les expliqué las normas relativas al sexo. No entendían ni por asomo cómo podía aún haber gente en el mundo que defendiera que fuera a ser bueno para nadie *no follarse antes de casarse*. Ni siquiera acababan de entender el porqué de casarse. Por supuesto intenté quitarle un poco de hierro al asunto diciéndoles que los Testigos, como gente adaptada al entorno que éramos, nos habíamos hecho expertos en los *preliminares*, cosa que les hizo bastante gracia.

—Nos hemos convertido en una especie de *delicatessen*—seguí diciéndoles—. De hecho, basta con que le digas a una mujer que has sido Testigo para que le suba un brillo calenturiento a la mirada. Sabe que va a vivir una experiencia inusitada. Y que luego, además, vendrá el sexo...

Si, a parte de todo, hubo algo que tuvo de bueno empezar en el empleo del cine, eso fue precisamente el horario que pude empezar a llevar. Por una parte es cierto que ahora los fines de semana salía tan cansado del trabajo que no siempre tenía las ganas —o las agallas— suficientes para presentarme a las fiestas del piso, pero luego, por la otra, estaba cumpliendo lo que, sin duda, era una especie de sueño: tener *toda* semana entera solamente para mí y mis apetencias. De hecho, ahora tenía tanto tiempo libre que llegó un punto en que no sabía ni qué hacer con él. Durante unos días, por ejemplo, estuve tratando de ocuparlo un poco con lo que venía haciendo hasta aquel momento en los descansos entre trabajo y trabajo con Genco, es decir, holgazaneando, pero este tipo de actividad es algo que enseguida, en cuanto la practicas con cierta regularidad, acaba dejándote incluso más agotado que al principio, aunque sea mentalmente. Así que, aprovechando la tesitura, y recogiendo el órdago que me había lanzado Leo, empecé a dejarme caer por el piso un poco más a menudo y también entre semana. Casualmente, además, coincidió esa época con que a Zorn se le acercaban los exámenes y, como solía sucederle, andaba totalmente bloqueado con la guitarra. La tenía, de hecho, literalmente castigada fuera de su habitación —*por puta*, decía—, lo que en realidad significaba que ahora, en lugar de pasarse de ocho a diez horas *chapando*, que es lo que hacía normalmente, no se dedicaba otra cosa durante el día más que a dormir hasta tarde, y luego ponerse vídeos de conciertos y documentales hasta que se le presentaba la menor oportunidad para distraerse. Lo que solía hacer, pues, cuando decidía visitar a mis amigos, era dejarme caer por allí sobre las seis de la tarde, o un poco después de la hora de cenar —tampoco era cuestión de que me alimentaran ellos cada día—, para acto y seguido irme directamente al Leo's,

que es donde solían estar el mismo Leo y Zorn, los que indefectiblemente, fuera la hora que fuera, podía uno encontrar en aquel piso. A continuación, sentado en mi puf, con algo de música puesta en el ordenador, y uno o dos petas dando vueltas sin falta por la sala, no tenía que esperar mucho rato para que surgiera algún tema de conversación. A veces hablábamos de No Star, la recién creada *organización*, y algunos proyectos que ya empezábamos a valorar de emprender bajo su sello, otras de arte en general, de cine, de literatura; y también, por supuesto, de aspectos más cotidianos de la vida, o cosas que en aquel momento nos interesaban y a las que, por lo que fuera, podíamos dar un par de vueltas de tuerca entre los tres. Más adelante, también, a medida que poco a poco mi presencia por esos lares empezó a dejar de ser excepcional, empecé a involucrarme en algunas de las rutinas que aquella casa abrazaba con la misma naturalidad con la que dibujaba imprecisas grietas en las paredes maestras, o sepultaba cadáveres de palomas en el desagüe del patio interior. Participé, pues, en alguna de las sesiones de improvisación que tenían lugar en el comedor, y a las que se apuntaba todo aquel que supiera tocar cuatro notas seguidas, o a los visionados de Kitano, Hou Hsiao-Hsien, el excelso Víctor Erice, o muchos directores más, que Leo ofrecía a menudo en la pantalla de su sufrido Macintosh... Fue también en mitad de aquella época en que, una vez encontrada una amena ocupación para muchas de mis tardes, y después de mucho tiempo, se me ocurrió por fin cómo empezar a enfocar mi vida. Más concretamente, tomé la decisión de ponerme a estudiar piano. Supongo que, después de todos estos meses relacionándome prácticamente sólo con artistas, y de haber ido mientras tanto descubriendo y disfrutando de tanta y tanta música nueva, fue imposible que no acabara entrándome el gusanillo. Luego la elección del arte en general, o el piano en particular era lo de menos; simplemente había encontrado una nueva forma de comunicación, y tenía las ganas y las fuerzas para indagar en ella. Así que el mismo día en que tomé aquella decisión me acerqué entusiasmado al piso de los chicos y se la detallé. Ellos reaccionaron mostrándose encantados, y no tardaron en animarme a tirar adelante con la idea, amén de ponerse inmediatamente a mi disposición para lo que necesitara. No tuvieron que esperar mucho para que les tomara la palabra: aquella misma noche, y aprovechando que Zorn seguía sin querer acercarse a menos de dos metros de su guitarra, le propuse que me diera clases. Hay que decir, y así me lo dejó patente él mismo, que el gran fuerte de Zorn no era ni mucho menos el piano, pero yo enseguida le comenté que eso a mí me traía sin cuidado; en el fondo, aunque tenía la intención de tomármelo con toda la seriedad del mundo, por ahora mis aspiraciones no eran muy ampulosas, sencillamente me

apetecía poder expresarme de tanto en tanto con mis amigos, o conmigo mismo a solas en mi habitación, una vez la soledad o la melancolía acuciaran. A él, de todos modos, le pareció bien mi propuesta —y *mi actitud*—, y enseguida que encontramos un momento apropiado nos pusimos manos a la obra. Y aquí tengo que decir que dar clases con Zorn fue, y ha sido, uno de los grandes aciertos de mi vida. Enseguida que empezamos, de hecho, me di cuenta de que aquellas clases eran algo más que una joya, acaso todo un *privilegio*. Y es que Zorn gran parte del rato que empezamos a apartar para hacer clase, lo dedicaba única y exclusivamente a enseñarme a *escuchar*. A veces buscaba simplemente que me fijara más detenidamente en lo que yo venía practicando, o en los ejercicios que él mismo me acababa de poner, aunque muchas otras, para profundizar más en esa técnica, se traía preparadas de casa algunas de sus piezas favoritas, ya fueran estas más sencillas musicalmente, como las de Jimmy Hendrix, o más complejas, como las de Miles Davis, y, una vez puestas en el reproductor, me hacía notar —y me ayudaba a identificar—, lo que había en ellas de especial, de vivo, lo que en realidad era lo más íntimo e importante de su mensaje —siendo como que no estábamos hablando de cosa sino de lenguaje—, básicamente, o dicho de otra manera, lo que algunos gustan de llamar el *alma* de la música, o su *propiedad musicalidad*. Era, en el fondo, un ejercicio tan instructivo —y tan hecho a la medida de mis expectativas—, y me sentía progresar de tal manera, que enseguida me supo mal que no hubiera exámenes a final de curso; quizás habría sido ésta la manera de que hubiera unos estudios que se me dieran un poco bien. Muchas veces, de hecho, las clases, sin objetivos muy definidos a corto plazo, moviéndonos básicamente al ritmo de mi curiosidad —y de la de Zorn—, transcurrían en un ambiente de libertad tal, de forma tan fluida, que acababan alargándose varias horas, o diluyéndose casi sin que nos diéramos ni cuenta en escuchar una y otra vez el *Kind of Blue* de Miles —al que los dos otorgábamos la misma sacralidad—, o cualquier otro disco de pareja excelsitud, parándolos continuamente y analizándolos, o solamente alabándolos, incapaces de dejar de sorprendernos ante cada frase de sus instrumentistas. A veces acabábamos ni siquiera hablando de música, acaso solamente comentando, por ejemplo, cosas de la vida que a mí me apetecía preguntarle a Zorn, creyendo que él, habiendo estado más tiempo que yo con los oídos abiertos, o por lo menos sin un obstáculo tan molesto por en medio como una *religión*, podría contestarme, aunque normalmente, más allá de confirmarme lo que yo ya pensaba, no solía expresarse mucho más que simplemente encogiéndose de hombros. En realidad, durante todo este tiempo de clases, me pasó algo bien curioso con Zorn, y es que descubrí que, viniendo ambos de dos mundos

diametralmente opuestos, en los que era difícil imaginar que cupieran más diferencias, habíamos acabado más o menos en el mismo punto, un lugar, por lo menos, formado por grandes dosis de confusión. Supongo que es precisamente por esta razón por lo que estas clases, y estas conversaciones, aunque muchas veces no nos llevaron a grandes o eruditas verdades, siempre me dejaron esta sensación tan necesaria, y tan satisfactoria a la vez, de que salía de ellas llevándome conmigo algo verdaderamente *útil*, algo más importante y más raro que un entendimiento cabal, quizás sencillamente un gran y auténtico *consuelo*.

Y así escuchando y estudiando música, y sumido en las inagotables charlas con mis amigos, fue como conseguí, por fin, aquel estilo de vida en el que siempre había soñado, uno que no sólo no me aburriera, sino que me diera la sensación de que estaba aprovechando mi vida y mi juventud en algo más que meras banalidades. Desde luego, no podía negarse que fuera un tipo afortunado, y no lo digo solamente por el hecho de haber encontrado un empleo que me permitiera vivir esta vida de ensueño solamente a cambio de perder mis fines de semana, y tener que ajustarme un poco el cinturón, sino más bien por estar consiguiendo —por lo menos por el momento— mantenerlo. Y aquí tengo que decir que, muy posiblemente, esto no estaría siendo así, ni de lejos, si no fuera por una persona en particular: por Luna, mi compañera de barra. Y es que Luna resultó ser una de esas mujeres que España lleva criando ancestralmente —y demos gracias a Dios de que así sea—, con la innata tendencia a dejarse enternecer por la ineptitud. Ya desde el primer día empezó a demostrarlo: fue acabar aquel primer horrible fin de semana, que al siguiente, nada más entrar, ya venía preparada: a la que cometí un par de torpezas me cogió por banda y, sin temer lo más mínimo por mi susceptibilidad —con lo que enseguida me ganó—, me explicó de nuevo, y con mucha más sencillez y claridad que la que había usado mi encargada, el funcionamiento básico del bar punto por punto. Obviamente, con esto no iba a ser suficiente, pero ella lo sabía, y aquel mismo día, incluso cuando había bastante cola, decidió encargarse ella de las tareas más complicadas, como de la olla, mientras dejaba que yo, poco a poco, me fuera aclimatando a mi puesto. Aquel mismo fin de semana ya no se me fue todo tan de las manos. Pasado, de hecho, apenas un mes de trabajo, no solamente había, digamos, dejado *desobrevivir*, sino que hasta casi habría podido pasar por uno más de la plantilla. Lo que, por supuesto, no quiere decir que no siguiera cometiendo algún error de vez en cuando, tampoco es que hubiera dejado de ser quien soy, pero incluso así, la moral de Luna no parecía decaer en ningún momento. La verdad es que esta chica a veces me dejaba perplejo, era

capaz de pillarme con un día malo, podía, por ejemplo, estar conectando al revés los tubos de jarabe mientras la olla se hacía sin aceite —es decir, no se hacía—, y con mi cola llegando hasta casi la salida del cine, que cuando me cruzaba a toda prisa con ella me ofrecía una sincera y maternal sonrisa y me decía: *espabila, cariño, que hoy estás en la parra*. En realidad, solamente había una manera de mosquear a Luna y he de decir que, tras algunas semanas poniéndola a prueba, conseguí descubrirla. Lo único que esta chica no toleraba de ninguna de las maneras era que no le hicieras caso. Yo, normalmente, sobre todo a partir de cuando descubrí esta faceta suya, intentaba guardarme con todas mis fuerzas de tener mi propia iniciativa y mis ideas independientes, pero a veces no podía esquivar la tentación y acababa haciendo alguna que otra cosa a mi manera. Luego, cuando veía que el mal humor la iba embargando poco a poco, me recordaba a mí mismo que estaba allí en el cine para ganar dinero, y no para hacer las cosas bien, y me instaba a ser un poco más sumiso. Y es que Luna era una maravilla cuando estaba de buen humor, pero enfadada era todo un terremoto; hasta los jefes se guardaban de contradecirla. Los jefes, que, por cierto, eran aún más ineptos que yo, no se atrevían a decidir nada que tuviera que ver con el departamento de bar sin consultarla antes a ella. Aunque a veces, los pobres, no tenían más remedio que tomar alguna decisión de forma autónoma, cosa que soliviantaba bastante a Luna, y después el que acababa sufriendo las consecuencias era yo...

Y luego también estaba Kike. Kike era un chaval que llegó pocas semanas después que yo y con el que enseguida hicimos migas tanto Luna como yo mismo. Formábamos, de hecho, un gran equipo en el bar los tres; nos llevábamos tan bien, que hasta empezamos a coger la rutina de, una vez acabada la jornada, irnos a fumar un par de canutos al lado del cementerio mientras pegábamos la hebra un rato. Kike era un revolucionario a la vieja usanza, había tenido muy mala suerte en su infancia, y ahora tenía que cargar con un gran peso, sobre todo económico. Muy a su pesar, por ejemplo, había tenido que dejar la universidad por cuestiones de dinero, más concretamente para mantener a su familia, lo que era sin duda una auténtica lástima, porque Kike era de esos tipos a los que la universidad les funcionaría perfectamente. Kike, de hecho, tenía un gran coco, y era capaz de departir con verdadero conocimiento de causa fuera el que fuera el tema que estuviera en liza. Aunque de lo que a él más gustaba hablar era acerca de las injusticias del mundo, tales como la falta de vivienda social, la corrupción, el expolio al tercer mundo... Yo, por lo general, no comulgaba con lo que decía, o no por lo menos como lo planteaba, pero siempre me he

dejado encandilar por la gente apasionada como Kike. Kike, de hecho, era un entusiasta infatigable. Tenía tanta fe en las posibilidades de la raza humana, que incluso inició una cruzada para acabar con mis despistes. Lo hizo pensando en mí, está claro, pero también un poco en defensa propia, puesto que él mismo era una buena víctima de ellos. Recuerdo que una noche, tras cuadrar cajas, nos fuimos los tres al cementerio, y Kike aprovechó para dirigirseme completamente exaltado, buscando saber qué demonios pasaba en mi cabeza para abstraerme de esa manera de la realidad. Parecía verdaderamente interesado:

—¡Es que parece que vengas fumado de casa!

Aquel día me había tirado la estantería de patatas fritas encima. Recuerdo que estaba sirviendo a una parejita joven, bien arregladitos los dos, la mar de pijos, hasta el punto en que habían decidido concordar en el color de sus atuendos —verde a rayas grises—, cuando, al retirar la mano que había usado para coger su dinero, arrastré conmigo el inmenso vaso de Coca Cola que acababa de servirles. Obviamente, el vaso se tumbó, derramando a continuación su contenido por todo el mostrador, ante lo que no se me ocurrió reaccionar de otra manera más que pegando un bote para atrás, para acabar chocando con la estantería de las patatas de bolsa. Hay que decir que se trataba aquella estantería de una reliquia preconstitucional, un amasijo de hierros descocados y acuñados en su base con un miserable emplasto de tapas de vaso ¡patadas le habría dado a aquella estantería del demonio! El caso es que, como no podía ser de otro modo, la estantería colapsó y se derrumbó encima de mí, dejándome totalmente lleno de patatas fritas y con un sensacional corte en la mano. Tuvimos suerte que los clientes también se apartaron, porque si aquello les cae encima a ellos, sí que se podría haber armado una de las buenas. Luego Jordi, el jefe supremo del cine, apareció de la nada, y les regaló un par de entradas a todos para que no pidieran una hoja de reclamaciones por el susto que se habían llevado. También, otro día, les regaló entradas a un par de madres cuyos hijos resbalaron por culpa de unas bolas de cacahuete que se me cayeron al suelo mientras reponía las chucherías, así como a un señor chileno al que había cobrado seis aguas en lugar de una. Resulta que el botón del agua de mi máquina se encasquillaba y yo me tenía que pasar el día vigilando que no marcara más de lo normal; también es posible que en esta ocasión no estuviera muy al quite, porque si no, me habría sorprendido por el hecho de que un botellín de agua costara doce euros. Luego, con las entradas que les daba Jordi, todos solían mostrarse bastante satisfechos y casi nadie pedía aquella hoja de reclamaciones, que era a lo que Jordi, mi encargada, y todo el mundo allí tenía tanto pánico como al

mismísimo Diablo. Mientras tanto yo, cada vez que aquello sucedía, no podía evitar preguntarme cuál sería el número de entradas a partir del cual dejaría de serle rentable al cine.

Y en estas que se presentó el verano en Barcelona. Y lo hizo como solía: llenando el ambiente de un sofocante calor, de humedad y de más turistas aún, ansiosos todos por hacer colas alrededor de la Sagrada Familia y las tiendas *desouvenirs* de las manzanas colindantes. A veces, estando en Barcelona, sudando hasta debajo de la ducha y sin poder dar dos pasos seguidos por la acera, te entraban ganas de largarte a Vilafranca y descansar un rato, dando acaso una vuelta por la umbría del camí de Meliό y sus maravillosas viñas, con la única compañía de las moscas y las lagartijas, y con la mejor puesta de sol de todo el interior de Catalunya recortando su furor en los tejados y campanarios del pueblo. De hecho, muy probablemente lo habría hecho, me habría largado a Vilafranca a pasar el verano, para estar además con la familia, si no fuera porque el trabajo me lo impidió. Había pasado el periodo de prueba, lo que era una gran noticia, pero eso no me convertía, ni mucho menos, en veterano, por lo que no solamente no tuve la posibilidad de cogermé vacaciones en verano, sino que me tocó suplir los turnos de los que sí estaban en alguna playa de la Costa Brava tomándose una caipiriña tan tranquilamente. Y por si eso fuera poco, además, a medida que avanzaba el verano, me fui quedando totalmente solo en la ciudad. Pomelo fue el primero en marcharse, y lo hizo, además, de forma definitiva. Al parecer sus padres le habían encontrado una habitación mejor situada y con ventana, y nuestro compañero de piso se marchó de vacaciones dejándonos solamente un *post-it* con el mensaje de que ya no iba a volver, además de —todo hay que decirlo—, la fianza y un par de meses pagados por adelantado de propina. También Clara no dejó pasar muchos días de calorcito antes de sacarse novio, con lo que ahora, incluso entre semana, aparecía más bien poco por casa. Y finalmente Leo y Zorn se fueron a Galicia a pasar las vacaciones en familia, así como el resto de gallegos, mientras que Jay y Sonsoles, que últimamente ya venían apareciendo poco por el piso, se tomaron el verano como una manera de ahorrar en comida y facturas, pasándolo en casa también de sus respectivas familias. Zorn fue de todos el que demoró más su partida; básicamente porque para ir a Vigo necesitaba un billete de avión, o en su defecto uno de tren, cosa

que a su vez requería que él moviera su culo hasta una taquilla, ejercicio por lo demás quimérico. Aunque, llegado agosto, también él se largó y yo me quedé solo en Barcelona con la única compañía que me ofrecía el gato. No fue, de todos modos, un mal verano. Después del año que acababa de pasar, no me venía mal un tiempo de reflexión. Me dediqué a hacer auténticos maratones de estudio con mi teclado, a escribir también, cosa que no practicaba de forma regular desde hacía ya demasiados años, y a salir de vez en cuando a correr por la ciudad; me puse un poco en forma, que buena falta me hacía. También meforcé a aprender a cocinar algunos platos más que el sufrido arroz a la cubana que me hacía casi cada mediodía. Cosas, al fin y al cabo, necesarias para el día a día.

Una vez llegado septiembre, sin embargo, volvió la animación. Leo regresó a Barcelona el primero, y lo hizo con una cámara digital de cine tremendamente cara bajo el brazo, y Zorn, casi una semana después, también con muchas ideas nuevas, casi todas para No Star. Obviamente no nos costó ni un ápice retomar nuestras veladas, con las películas de Leo, las excelsas clases de música con Zorn, y las largas y humeantes charlas en el Leo's. Fue precisamente en una de estas primeras noches de reencuentro en la que mis dos amigos me comentaron que, durante su estancia en Vigo, y tras cruzarse de casualidad de fiesta por *Churruca*, habían tomado juntos una determinación: hacer unasetadanada más volver a Barcelona. Según ellos era el momento perfecto: con todos aquellos proyectos tan espléndidos que ahora teníamos, y la época tan vital por la que estábamos pasando, todos medio locos como andábamos, con nuestra creatividad en pleno auge, no les cabía duda que las setas iban a ayudarnos a enfocar toda esa energía con la máxima efectividad. Cuando me lo acabaron de contar —dando por sentado, obviamente, que yo me iba a apuntar—, no pude evitar quedarme unos segundos pensativo, mirando alternativamente a esa doble sonrisa de gato de Cheshire que me apuntaba como sendos francotiradores desde sus dos esquinas de la habitación. Lo cierto es que en nuestras frecuentes conversaciones de antes del verano ya les había oído hablar muchas veces de las setas alucinógenas; era, de hecho, algo que practicaban con cierta regularidad. Para ellos —así como, curiosamente, para otras muchas culturas— tomarlas era una especie de acto religioso, un evento solemne, con toda una serie de normas y liturgias que de tantas veces que me las habían explicado hasta me las sabía de memoria. Decían que, más que vivir unas divertidas alucinaciones con las que hacer el mono con tus amigos borrachos —que es como ellos definían la manera usual de tomarlas—, lo mejor que tenían las setas sólo podían entregártelo si las tomabas en silencio, en una habitación tranquila y

cerrada, concentrándote y permitiendo que te abrieran de par en par las puertas de la propia mente. Decían que de este modo accedías a un estadio en el que tu inteligencia se multiplicaba, así como tu percepción, haciéndote alcanzar un trance muy amplio y poderoso, pero sin perder en ningún momento su componente natural, un simple y momentáneo despertar de la consciencia, del propio potencial inherente en el ser humano. Afirmaban, de hecho, que había otras maneras de llegar a ese estado, ya fuera en los instantes previos al sueño, mediante la meditación en un punto, o incluso —aunque esto era una teoría personal de Zorn—, en el éxtasis a través de la música; pero que ninguna de ellas era tan infalible, rápida, y de fácil acceso como las setas.

—Un atajo al Paraíso— solía resumir Leo.

Era, realmente, una palabra muy bella ésta, la de *Paraíso*, y por la frecuencia con que la usaban, así como la efusividad, en general, de la que se contagiaban cada vez que hablaban de las setas, era inevitable que a uno le entrara cierta curiosidad; sin embargo, tampoco había que ser un experto en drogas alucinógenas para imaginar que este *Paraíso*, o incluso un acceso momentáneo a él, tenía que tener algún tipo de riesgo, o, digamos, *precio*. Era obvio que entregarle total libertad a la mente para amplificar la realidad —o lo que se le antojara—, echando mano si era necesario de todo tipo de alucinaciones visuales, y sin que durante varias horas uno pudiera hacer otra cosa más que observar *yasumir*, era un ejercicio, si más no, temerario. A todo esto no había que olvidar que todo en mi vida últimamente había sido un poco súbito, es posible que en algunas cuestiones hasta precipitado, y no estaba seguro de que, a la velocidad a la que iba, no me fuera a estar dejando por el camino algunos detalles importantes, entre los cuales el de tener un poco más de cuidado con mi cordura. Desde luego, pasar de estar metido en una religión acusadamente puritana a realizar un viaje psicodélico más allá de las estrellas en apenas un año no me parecía la manera más templada de tomarse las cosas. Así que precisamente pensando en todo esto, no pude evitar quedarme un buen rato en silencio, dejando a mis dos amigos tal cual como se habían quedado, callados y sonrientes, en espera de una respuesta, o quizás de algún comentario por mi parte.

—Son una fuente de autoconocimiento invaluable —me dijo Leo al cabo de los segundos, sabiendo perfectamente por donde atacarme.

—¿Y los malos viajes? —pregunté yo acto y seguido.

—Para que las setas te funcionen bien —me respondió Zorn con su voz tranquila— solamente necesitas tener una mente abierta.

Yo asentí y les pedí un par de días para pensármelo. Con la mente abierta o no, no iba

a tomar esa decisión a la ligera. Aunque luego, aquella misma madrugada, mientras apurábamos el último peta, y antes de coincidir en que habría que ir dando por acabada la velada, lo pensé otra vez y me dije que no me iba a perder una visita al *Paraíso* por un par tonterías. Así que, mientras me ponía mi chaqueta, reclamé su atención un momento y les dije que sí, que al final sí que me apuntaba a su dichosa *setada*.

Setamos, pues, una tarde a principios de octubre allí mismo, en el Leo's. Como parte de la liturgia hicimos primero toda clase de preparativos: reunimos, por ejemplo, todos los cojines, mantas y alfombras de la casa y los colocamos cubriendo todo el suelo de la habitación, también pegamos papelititos *ypost-its* por las paredes, y colocamos en la parte más diáfana y visible de la pared las luces de Navidad. Sumándole estos elementos a los ya existentes del sofá, la gran cama de matrimonio y la decoración del Super Mario de las paredes, teníamos, ahora sí, bien confeccionado nuestro personal y genuino jardín de infancia psicodélico. Acabados, pues, los preámbulos, elegimos nuestras posiciones —a mí, por ser la primera vez, me dejaron la cama de matrimonio— y estuvimos esperando a que acabara de anochecer sumidos en una charla entrecortada y ansiosa, y escuchando a los Lagonia y a todos los grupos de música susceptibles de pertenecer a la banda sonora de una película setentera sobre viajes de ácido. Sobre las ocho de la noche, y con el cielo ya totalmente oscuro, fue el mismo Leo el que se erigió como maestro de ceremonias, sirvió las raciones a cada uno, y se quedó de pie en mitad de la sala. Entonces, tras ofrecernos unas ceremoniales palabras en las que, en resumen, nos deseaba un buen viaje y una vuelta a casa sanos y salvos, nos pidió que levantáramos las setas a modo de copa de champán. Hecho el brindis, nos miramos los tres a los ojos, y nos las tomamos.

Al respecto de lo que sucedió pocos minutos después de haberme tragado aquellos ásperos hongos, y lo que estuvo desarrollándose a lo largo de las siguientes tres o cuatro horas, me ha resultado verdaderamente difícil elaborar una explicación. Lo que estuve viviendo durante aquel rato fue algo tan sensacional, tan físico, que cada vez que he querido pasarlo por el tamiz de las palabras me encontrado como si estuviera desbastando una talla hasta quedarme sólo con virutas en las manos. Diré, únicamente, que, tal y como me habían advertido, no fue algo antinatural, sino que se trató casi más de lo mismo de siempre aunque ampliado a una alta potencia; durante ciertos momentos, incluso, creí recordar haberme encontrado ya en este estado de permeabilidad, quizás siendo poco más que un bebé. En realidad, en todo el rato que duró la setada, apenas me moví de mi sitio, de la cama de matrimonio, sencillamente

estuve aguantando las sensaciones como si fueran un chaparrón; lo que, por otro lado, no me evitó ser plenamente capaz de pensar durante todo el proceso, de indagar en las propias sensaciones y en el conocimiento intuitivo que nacía de cada contacto con algo nuevo, o de cada mirada nueva que le hacía a algo antiguo. Entendí, por ejemplo, o me aproximé mucho más que nunca a entenderlo, lo que significa *la ausencia del ego*, y pude acceder también a un conocimiento más refinado y sutil de muchas conceptualizaciones o verbalizaciones de abstractos, de entre los cuales, el más luminoso y más abarcable, aunque no por eso finito, acabó siendo, cómo no, *el amor*. Viví asimismo muchas sensaciones sofisticadas, entre las cuales se hallaban también algunas desagradables, aunque siempre que me quedaba encerrado en una habitación de mi mente, enseguida encontraba una puerta o una ventana para salir de ella. También diré que aluciné, que ciertamente vi una mariposa donde antes estaban las telas del techo del Leo's, calaveras donde antes había cenefas, y un brillante e inabordable universo surgió de la nada, con sus estrellas y su luz y su oscuridad, pero que ninguna de estas alucinaciones fue azarosa, y que siempre que llegaba a una de ellas entendía el camino por el cual había llegado, y habría podido —aunque nunca quise— desandararlo. De hecho, lo viví todo de forma muy fluida, y cuando el efecto de las setas empezó a bajar me sentí imbuido de una paz esplendorosa, como si acabara de despertarme en un mundo nuevo, muy diferente al que había dejado atrás horas antes, uno en el que solamente podía haber consuelo detrás de cada nueva tribulación, y una explicación detrás de cada pregunta. El resto de la noche lo pasé con mis dos amigos, entre la cocina y la terraza, dando cuenta de una ensalada de pasta que Leo, previsor, había hecho aquella tarde para todos, y alternando los ratos de silencio y reflexión con los de charla; siempre, eso sí, y como no podía ser de otro modo, con música de fondo. Finalmente, una vez agotamos la cháchara, cada uno se fue a dormir a su habitación —yo me quedé en uno de los colchones que había, por una vez, vacíos en *el chill-out*—, y antes de cerrar los ojos, y sumergirme en el más plácido de los sueños, me sentí como un auténtico privilegiado, como un *ungido*, por haber pasado precisamente por la experiencia que acababa de vivir, y que, sin duda, era la más intensa que había experimentado en mi vida, y, probablemente, la más intensa que nunca más experimentaré. Recuerdo haber sentido en mi mente el eco de aquella palabra: *Paraíso*, y haberme dado cuenta de que, visto lo que acababa de ver, y sentido lo que acababa de sentir, no era tan improbable que los Testigos hubieran tenido, aunque fuera en parte, algo de razón, que éste verdaderamente existiera, o tuviera algún tipo de materialidad en algún lugar físico o temporal. Dado el caso que fuera así,

pues, yo, a diferencia de lo que ellos llegarían *nunca* siquiera a soñar, y, aunque fuera por un instante, o en escorzo, o siquiera intuyendo una mera parte de su periferia, hacía apenas unos minutos que había hollado su esplendor.

Y respecto a la *contrapartida*, al riesgo que conllevaba aquella incursión furtiva en el Paraíso, está claro que nunca en la vida me atrevería a decir que hubiera pasado por un *mal viaje*, ni nada lo más remotamente parecido. Es más, aun con sus sensaciones más maravillosas, y también con las más ambiguas, aquella experiencia se cerró como algo con sentido propio, como una realidad, parte de algo más grande, claro está, pero completa de todos modos. Y sin embargo, después de todo, es posible que al final sí que me tocara pagar algún tipo de *precio* por haberla vivido. Todo empezó al mismo día siguiente. Recuerdo que cuando me desperté no tenía mucho sueño, ni tampoco cansancio, me sentía con plena energía, la mente serena, cristalina como un espejo. Estuve, de hecho, un buen rato así, quieto, simplemente disfrutando de la delicada luz que entraba por el patio, e inventariando todas estas sensaciones una por una, sin ser capaz de encontrar nada inquietante en mi ánimo. Hasta que en un momento dado me reactivé, y opté por incorporarme. Fue entonces, tras vaciar la vejiga en Escocia, y mientras acababa de desvelarme en la terraza, recostado en una de las sillas permanentemente instaladas allí, de cara a la ruidosa y deslumbrante Diagonal, que descubrí que había acaso otra sensación mezclada entre las demás, una que en un primer momento me había pasado totalmente desapercibida. Fijándome en ella, me di cuenta de que no destacaba con especial intensidad, de hecho se movía suave y sutil, a un compás parecido al de los objetos que tenía a su alrededor, como las plantas secas y las banderolas prendidas de la baranda del balcón; diríase que llevaba allí tanto tiempo como éstas, meses, años, toda la vida quizás. Lo que me pasaba, en definitiva, es que estaba *triste*.

No me costó restarle importancia al asunto. Para empezar, porque no me venía demasiado de nuevo, y también porque no es que se tratara de algo demasiado acuciante, no, por lo menos como para no acabar de pasar aquel día con total normalidad. Di, por ejemplo, por sentado que Zorn y Leo no se levantarían hasta bien pasada la hora de comer, y decidí irme directamente para mi casa, donde me duché, me preparé tranquilamente una pasta con salsa de tomate, y luego me pasé la tarde viendo la tele y practicando un poco con el teclado. En todo este rato estuve notando vagamente la presencia de esa tristeza, así como sus vaivenes, que se comportaban casi como un cielo que se va encapotando o despejando, o como un dolor de muelas que notas según le prestes más o menos atención. No fue hasta el día siguiente, nada

más despertarme y encontrarme con la misma tristeza otra vez allí, impertérrita, con exactamente la misma intensidad y consistencia que había tenido el día anterior, casi mirándome con sus propios ojos abisales, que empecé a preocuparme. Esta vez sí que traté de hacer algo para zafarme de ella: probé primero de analizarla, a ver si rastreando su origen podía eliminarla, pero no fui capaz de encontrar una fuente muy determinada, o evidente; luego intenté también distraerme con lo de siempre, con el cine y la música, también leyendo, o paseando por la ciudad. Incluso, días más tarde, y viendo que aquello no solamente no mejoraba sino que iba a peor, fui expresamente al piso de los chicos a exponerles el asunto, a ver si a ellos se les ocurría algo. Una vez les hube contado todo, Zorn y Leo se mostraron bastante extrañados: si bien las setas podían tener algún tipo de resaca, me dijeron, esta solía ser más una cuestión de paranoias, o de pensamientos circulares, de ver una cara en la calle, por ejemplo, y quedársela mirando como si fuera a transformarse en algo, o quizás más bien algún tipo de alucinación visual o auditiva a modo de propina. Nunca en su vida se habían encontrado con el caso de que a alguien le diera por ponerse *triste*. Como remedio me dieron algunas películas y algunos discos, que, en última instancia no me ayudaron mucho. Llegado el fin de semana, de hecho, estaba incluso un poco alarmado. No me cabía en la cabeza cómo iba a aguantar dos días seguidos con este estado de ánimo tras una barra atendiendo a una multitud de gente, la mitad de ellos seniles y la otra mitad maleducados. No me escaqueé, obviamente, aunque nada más llegar al vestuario y encontrarme allí con Kike, vistiéndose con su traje de bailar claqué, le conté el caso, a ver si él, en el último segundo, podía darme alguna idea novedosa. Para mi sorpresa, Kike enseguida me contó que también él había probado un par de veces las setas, así como el ácido, y que se había quedado más de una y más de dos noches sin dormir por su culpa; aunque en su caso no había sido tanto una cuestión de tristeza como de enfado. Fuera como fuera, no tenía nada de qué preocuparme, me dijo dándome una palmada en la espalda, y a continuación volvió a abrir su taquilla, extrajo de ella una cajetilla de cartón con unas cápsulas dentro, y me hizo entrega de una de ellas.

—Son antidepresivos —me apuntó, y luego me explicó que los llevaba siempre encima porque sufría de depresión crónica.

Le di, pues, las gracias, y tras guardarme la cápsula en el bolsillo del pantalón, nos fuimos juntos para el bar.

Una vez allí, traté de disimular mi estado de ánimo, porque no tenía la menor intención de que Luna se enterara —sabía perfectamente como iba a reaccionar— pero a pesar

de mis precauciones no tuvieron que pasar ni cinco minutos antes de que se diera cuenta y decidiera preguntarme. Debió notar algo raro cuando en un momento dado me dio por quedarme como cinco minutos mirando fijamente a un señor mayor que ascendía sonriente de la mano de un niño por las largas escaleras mecánicas. La verdad es que era casi imposible no fijarse en él: era un auténtico calco de mi abuelo, la misma calva, la misma panza, esa mirada de boxeador de ojos azules... La única manera en uno podía llegar a distinguirlos era, irónicamente, por aquella sonrisa; más que nada, porque mi abuelo carecía de todos y cada uno de los músculos de la boca que la articulan. Fue precisamente esa sonrisa la que me llevó en esos instantes a evocar los tiempos en los que veraneábamos en Palafrugell cuando él tenía que ir cada mediodía y cada noche a limpiarse dentadura postiza. Era un cuadro esa dentadura, un anticuado amasijo de hierros y perlas sueltas, que le obligaba a abrir la boca en una mueca exagerada para poderse la colocar. No pude entonces evitar recordar aquellas veces que entraba en el baño y me lo encontraba en plena faena, mirándose al espejo con aquella sonrisa hiperbólica que tenía que forzar para poder hacerle sitio en la boca, y luego también mi sensación, tan divertida al principio, por lo grotesco de la mueca, aunque luego tan decepcionada, al reparar en que no se trataba en realidad de una sonrisa, sino de algo mucho más práctico...

—Te está bien —me dijo Luna, una vez me hubo sacado con fórceps la información de lo que me ocurría—. Por drogarte. —Y después, y tal y como calculé que iba a suceder, se quedó seria y callada, y no volvió a dirigirse a mí en toda la tarde más que para echarme un par de sus miradas reprobadoras.

Respecto a la pastilla de Kike, por cierto, la tiré en primera papelera con la que me crucé.

Un buen día, a mediados de aquel mismo otoño, recibí en mitad del descanso del cine una llamada de Leo. Estaba bastante excitado, como se excitaba él, poniéndose a hablar de forma ordenada y clarividente, pero con cierta sorna y en un tono totalmente vindicativo. Me preguntó lo primero de todo si estaba dispuesto a hacer una *auténtica locura*, a lo que yo respondí, totalmente ya en su onda, que por quién me tomaba. Me habló entonces de una película que llevaba planeando rodar desde hacía años, me dijo que había estado toda la semana pensando en ella, que de hecho se había pasado tres noches sin poder dormir, una de las cuales había tenido una experiencia bastante extraña por culpa de unas semillas alucinógenas que se había pedido por internet, y que acababa de ver claro que el momento de hacerla era ya. Luego me enumeró casi todos los detalles. Me dijo que Zorn, que ya le había dado el sí, iba a ser el actor principal, que el rodaje iba a ser en la sierra de Ancares, en Galicia, y que Sonsoles y Jay también se venían para ayudar; él —es decir, sus padres— corrían con todos los gastos. Lo único, en realidad que les faltaba en estos momentos, era alguien que pudiera aguantar la percha de sonido y que no se dejara intimidar por unos cuantos botones y unos cables desmadejados. *Soy tu hombre*, le dije enseguida, y luego dedicamos el resto de mi descanso a charlar sobre temas relativos a la producción y a ilusionarnos como dos chiquillos. Ni siquiera me dio tiempo a comerme el bocadillo que me había comprado para cenar. Luego, de vuelta a mi puesto, no pude dejar de pensar ni un solo instante en el tema, y en lo perfecto que era que aquello sucediera justo en aquel mismo momento; perfecto para mí, que pasado un mes aún tenía latente un poso de aquella tristeza que me quedó después de la setada, y perfecto para mis amigos: para Zorn que de forma totalmente inexplicable, y sin exámenes por en medio, había

cogido otro bache con la guitarra —con lo que ahora se pasaba toda la noche, hasta el amanecer, viendo uno tras otro capítulos de las peores series de televisión americanas disponibles online—, y perfecto para el mismo Leo, que desde que había descubierto el comercio de psicotrópicos por internet no hacía otra cosa más que comer una vez al día un bol de leche con magdalenas y luego llevarse a la boca todo lo que le llegaba por correo de Ámsterdam.

Aquella misma noche, pues, arreglé las cosas con mi encargada. Y no fue cosa sencilla. De buenas a primeras se negó de plano a darme vacaciones en diciembre so pretexto de que era temporada alta y que era norma del cine que nadie se cogiera días libres en esa época, y mucho menos aún si no eras veterano. Yo le dije entonces, con toda la cordialidad del mundo, que entendía la situación pero que, de cualquier modo, yo me marchaba de Barcelona la última semana de noviembre y volvía a mediados de diciembre, y que, simplemente, me haría ilusión encontrar mi puesto de trabajo a la vuelta, aunque lo dejaba a su elección. Y como quiera que, después de todo, me debía de haber convertido en algo así como aquel valioso empleado que siempre tuve la confianza de que podía llegar a ser, gané el pulso: mi encargada me dijo que ella me daba vacaciones la última semana de noviembre y que en diciembre *iba a poner enfermo*.

—Y como se lo digas a alguien —me amenazó—, sí que te vas a poner enfermo de verdad. —Y luego me largó de allí.

Las semanas que sucedieron a aquella llamada fueron un puro ajetreo. El Leo's —¿dónde sino?— fue declarado cuartel general y centro de operaciones, y allí empezamos a celebrar reuniones periódicas, con días y horas fijas —alguien llegó a plantear incluso la posibilidad de establecer un acta, aunque la idea fue inmediatamente desestimada—, intentando que Sonsoles y Jay, que eran los que tenían el horario más difícil, pudieran acudir a la mayoría de ellas. Lo primero que hicimos, pues, en estas reuniones, fue hacer acopio del material de que disponíamos, y de establecer cuál sería el que deberíamos conseguir por otros medios. Lo básico y lo más importante, que era la cámara, ya la teníamos, así como sus complementos más necesarios; sin embargo, de equipo de sonido y otros menesteres andábamos más bien escasos, por lo que algunas cosas tuvimos que pedir las prestadas, mientras que la mayoría no tocó más remedio que comprarlas. Eso nos obligó a gastarnos prácticamente todos nuestros ahorros —lo que en la práctica significó los ahorros de Leo, y sobre todo Zorn, que se había puesto a trabajar en el aeropuerto para aprovechar un poco mejor su tiempo sin guitarra—, para tener la seguridad de que

íbamos a marcharnos a Galicia con lo necesario para hacer una grabación decente. Una semana después, de todos modos, todo quedó resuelto y pudimos dedicar las siguientes reuniones a tareas algo más creativas, tales como a acabar de rematar el guión, —que a esas alturas aún era un documento bastante esquemático—, corregirlo, y aportar nuevas ideas para escenas que aún estaban un tanto difusas. Leo, a todas estas, iba ser el escritor, director, productor y unas cuantas cosas más, pero quería, y así nos lo expresó, que la película fuera un trabajo coral, de la que todos nos sintiéramos un poco padres. Ya finalmente, y como colofón a la preproducción, rodamos también algunas tomas allí mismo, en el piso, planos de interior que estaban previstos en el plan de rodaje, pero que también nos sirvieron para familiarizarnos con el equipo recién adquirido. La verdad es que, a pocos días de la partida, habíamos empezado bien, coordinándonos con meticulosidad, y haciendo lo que había que hacer sin demora. Viendo a estos patanes fumados trabajando de esta manera, aun cuando lo que estuviera por en medio fuera algo que les interesaba, uno no podía evitar sentirse de lo más orgulloso.

Pues bien, a pesar de este excelente trabajo de preparación, aún tuvimos la capacidad de precipitarnos y tener que acabar corriendo hasta el último minuto. Lo que pasó es que a Leo le dio por comprar una *steadicam* ponerse a probarla la misma tarde de la partida, y a Sonsoles le pareció una idea deliciosa aparecer en el aeropuerto a la misma hora que le salió de las narices. Luego, y por si todo eso fuera poco, a mí no me dejaron facturar parte de mi equipaje. Resulta que, como nos habíamos dejado una pasta indecente en todo aquel equipo, y no nos fiábamos un pelo de los operarios del aeropuerto —entre otras cosas por las historias que Zorn nos contaba del trabajo—, habíamos acabado optando por guardarlo todo en estuches de guitarra y luego subirlo al avión como equipaje de mano; ahora, a simple vista, parecíamos un grupo de música en plena gira. Sin embargo, cuando pasamos el equipaje por el escáner y los guardias civiles vieron que dentro de las fundas había de todo menos guitarras, decidieron hacer una revisión a fondo. Por suerte Leo, echando mano de toda su labia, acabó convenciéndolos de que no éramos más que una panda de buenos chicos a punto de hacer su primer rodaje juntos, y consiguió que nos dejaran pasar; con la única condición, eso sí, de que yo dejara mi caja de herramientas en tierra. Dijeron que había objetos punzantes y que no podíamos entrar en cabina con ellos. A punto estuve de regalársela allí mismo a los guardias civiles, pero entre el instrumental que llevaba se encontraba también mi soldador naranja, el que había usado en la época en que trabajaba con mi padre, el mismito que dejó una bonita firma en el parqué de mis

primeros clientes, los alemanes de Cunit. La verdad es que me reventaba perder aquel soldador, así que les pedí a los chicos que me esperaran un momento y me pateé buena parte del aeropuerto buscando un sitio discreto donde dejarlo para poder recuperarlo a mi vuelta. No encontré nada. Ni un solo hueco había en todo el aeropuerto. Enseguida supuse que debía ser la norma en este tipo de recintos, para evitar la suciedad, o los atentados, así que al final, como el tiempo se nos agotaba y estaba todo el mundo nervioso por mi culpa, opté por abandonarlo dentro de una minigrúa que unos operarios habían estacionado por allí. Pensé que quizás ellos le darían un uso mejor que el que yo le había dado a lo largo de su vida; lo que no evitó que se me partiera el corazón cuando me separé de él. A punto estuve de romper a llorar mientras arrancaba a correr de vuelta a los arcos de seguridad. Es increíble el cariño que le puedes llegar a coger a un mero objeto, especialmente uno que te ha hecho pasar algunos de los peores momentos de tu vida. Así pues, cuando alcancé a mis amigos, y poco más tarde, una vez hubo llegado Sonsoles, atravesamos los pasillos a la carrera, y alcanzamos al fin la puerta de embarque. Nos fue por poco: ya habían dado varios avisos por megafonía pronunciando incluso nuestros nombres y apellidos cuando conseguimos entrar, cosa que nos había puesto a todos de bastante mal humor. Aunque luego, una vez sentados en nuestros respectivos sitios, no tardamos en olvidarnos de todo. Qué demonios, allí estábamos nosotros, que nos conocíamos casi únicamente de tratarnos en la penumbra de un piso en ruinas, en nada más y nada menos que un avión, y camino a uno de los parajes más bellos de toda España, ¿qué había que pudiera eclipsar esto? No tardamos, pues, en sumirnos cada uno en sus ocupaciones y, sin más incidencias, disfrutamos de un agradable vuelo.

Llegamos a Vigo sobre las nueve de la noche. Los padres de Leo, los santos a cuya costa estábamos montando todo aquel percal, y también la madre de Zorn, nos estaban esperando con sendos coches en el aparcamiento del aeropuerto para llevarnos a la ciudad, y enseguida, una vez abrazado y besuqueado a sus hijos, y saludado uno por uno a los demás, nos ayudaron a cargar los trastos en los maleteros. Media hora más tarde, ya estábamos todos aposentados en la casa de Leo, un amplio y confortable piso ubicado en lo alto de un edificio de la calle Venezuela, a apenas unos doscientos metros del Castro, donde íbamos a hacer noche antes de partir a Ancares. Allí, en el nuevo Leo's —el original, en realidad—, acabamos primero de revisar el equipo, para asegurarnos de que no nos habíamos dejado nada en Barcelona, y a continuación cenamos un suculento potaje de verduras y una

sanguinolenta tortilla de patatas que los padres de Leo habían preparado especialmente a nuestra llegada. Una vez terminada la comida, satisfechos, y sin mucho sueño todavía, decidimos salir a la calle a estirar las piernas un rato. Al día siguiente pretendíamos levantarnos pronto para coger la carretera y que nos diera tiempo de hacer las primeras tomas, pero con el trajín que habíamos llevado aquella tarde —y las últimas semanas—, se nos ocurrió que hacernos un peta antes de ir a dormir mientras visitábamos aquella ciudad de la que en tantas veces habíamos oído hablar, no nos iba a hacer ningún daño. Por el camino, también, alguien pensó que un poquito de vino tinto ayudaría a bajar la estupenda cena que nos acabábamos de tomar, y como no hubo una voz que se levantara en contra, paramos un momento en un bar y nos hicimos con un par de cartones de tinto. Instantes después, guiados por Zorn y por Leo, nos plantábamos en un paraje al que ellos se referían escuetamente como *el sitio*, y que no era sino un hermoso mirador a la sombra del ayuntamiento, donde antaño se levantara el Castelo de San Sebastián. Apoyados, entonces, en las antiguas murallas que, allá por el siglo XVII, hubieron de proteger a Vigo de los malvados portugueses, y de cara a la hechizante visión de la ría, no tardamos en darnos cuenta de que aquel momento era algo especial, y que era, por lo tanto, necesario darle un poco más de solemnidad de la que habíamos previsto, acaso convertirlo en algo así como una ceremonia de compromiso, un matrimonio por amor entre Catalunya y Galicia. Así que acordamos que, en lugar de hacernos un peta y pasarlo, que cada uno se hiciera el suyo propio y se lo fumara *acaraperro*. Hasta me hicieron uno a propósito para mí, que, obviamente, no me fumé entero, entre otras cosas, porque, en caso de que hubiera tenido alguna clave acerca como se fumaba de verdad, me habrían tenido que llevar al hospital. Un par de horas, aproximadamente, más tarde, y acabados los petas y los cartones de vino, nos despedimos de aquel lugar tan místico y tan hermoso hasta la próxima ocasión, y nos fuimos finalmente para casa a dormir.

Huelga decir que al día siguiente nos despertamos todos sin excepción sobre el mediodía. De hecho, cuando nos volvimos a juntar en la calle, con los coches ya cargados, y listos para el viaje, propusimos sellar un pacto sagrado: no íbamos a beber ni a fumar más hasta que todo hubiera quedado rodado. Ni un solo peta y ni una sola lata de birra. Obviamente, a nadie de los presentes —excepto a mí que me daba igual—, le hizo la menor gracia el pacto, pero todos convinimos en que era necesario si queríamos volver a Barcelona con una película, en lugar de con una inmensa resaca. Luego aún tardamos un rato más en partir porque hubo una pequeña trifulca a la hora

de repartirse en los coches. Lo que sucedió es que nadie quería ir en el de Leo porque al parecer se había sacado el carné aquel mismo verano y nos daba bastante miedo hacer un viaje tan largo conduciendo él. Al final, tras discutirlo durante un buen rato, le tocó ir a Sonsoles, por ser el cámara —o ese fue el argumento que Jay yo esgrimimos—, mientras que los demás nos instalamos cómodamente en el de Zorn.

El viaje hasta Ancares, que duró unas cinco horas, fue primero un hermoso compendio de prados y bosques partidos por la autopista, y más tarde una ascensión continua por carreteras estrechas y circundadas de paredes de roca y profundos abismos. Era todo tan bello y tan fuera de lo normal, que no se nos hizo largo en absoluto. Además, podríamos decir que estuvimos bastante distraídos. Leo, por ejemplo, estuvo a punto de estrellarse o de salirse de la carretera tres o cuatro de veces, cosa que en la distancia se veía como algo más llevadero, mientras que nosotros solamente temimos por nuestra vida en un par de ocasiones. Zorn no conducía mal —desde luego mucho mejor que Leo—, pero tan despistado como era en la vida lo era también al volante. Aunque en su caso también habría que decir que él tenía un *handicap* del que Leo carecía, más concretamente Zorn tenía que sobrevivir a Jay. Hasta ese momento, por las circunstancias que fueran, yo había entablado poco contacto con Jay, pero he de decir que gracias a aquel viaje llegué a conocerlo bastante bien. Jay era un tipo delgado hasta el infinito, discreto y nervioso, una máquina de hablar de cine y de romper vasos y platos. Su cometido en la película iba a ser realizar —con total libertad creativa— *el making-of*, amén de asistir a los demás en cuanto necesitáramos; aunque luego, por encima de todo, Jay era un maestro del celuloide, y como tal su genio no pudo escapar un segundo a su control. Así que se pasó todo el viaje, no importa donde estuviéramos, descubriendo planos maravillosos y poniéndose de rodillas en el asiento para filmarlos. Gravó, por ejemplo, varias muestras de los paisajes pontevedreses y orensanos que íbamos atravesando, también largos planos de carretera; por supuesto, todas y cada una de las ciudades y aldeas por las que íbamos pasando... Gravó asimismo nuestras conversaciones, de las que dijo que podía sacar bastante jugo —siempre, obviamente, una vez pasadas por el tamiz del montaje—, así como un plano detalle de la radio de treinta minutos de duración porque estaba puesto *el Bitches Brew* de Miles y decía que no tenía aquel disco. Había por lo menos también media cinta de metraje en el que salía Zorn pidiéndole que dejara de moverse y de enfocarlo con la cámara, y que, por el amor de Dios, se dejara alguna maldita cinta para hacer *el making-of*...

No fue hasta bien pasado el anochecer que por fin llegamos a una diminuta aldea

llamada Piornedo, en cuya misma entrada se levantaba un caserón recién restaurado y que no era sino nuestro albergue. Al salir de los coches, con los miembros completamente entumecidos, nos encontramos con que hacía un frío seco e implacable, hasta el punto en que de nuestras cabezas salía vapor. Enseguida, dando largas zancadas, Leo se plantó en recepción, y en un abrir y cerrar de ojos sacó la cabeza para decirnos que podíamos pasar ya. Una vez adentro, con los cacharros repartidos entre varias sillas, y apostados todos junto a un inmenso pebetero lleno de brasas, saludamos al encargado del albergue, un hombre maduro, pasada la cincuentena, con aspecto risueño y sano, que enseguida nos contó brevemente que era amigo de los padres de Leo, vigués también, y que, como el mismo Leo, y también Zorn, había pasado media vida en Barcelona. Explicó que, para cuando se dio cuenta de que estaba viviendo de manera demasiado estresante, decidió venirse para aquí y ponerse a regentar este albergue; era, nos confesó, la mejor decisión que había tomado en su vida. Luego, sin más dilación, nos acompañó a nuestras habitaciones. Nos distribuimos de la siguiente manera: Leo y Sonsoles, que eran los que se iban a encargar de supervisar el plan de rodaje, se fueron a la primera, Jay y yo, a otra, y por último Zorn se fue solo a la tercera, en espera de que, al cabo de un par de días, se incorporara otro actor, un amigo de Leo. Dejado, pues, el material y las maletas a buen recaudo dentro de las habitaciones, bajamos al comedor a cenar. Y aquí me gustaría hacer una mención especial a la comida que nos sirvieron en aquel recóndito lugar de Galicia: más que una cena, aquello fue *unfestín*. Lo que trajeron, estofado, bistec, y de postre una porción de pastel de castañas, puede, a simple vista, no parecer nada del otro mundo, pero yo dudo sinceramente que en un restaurante de lo más sofisticado en la ciudad se hubiera podido degustar mejores viandas que aquellas, cuyo único secreto, además de la habilidad del cocinero —faltaría más—, residía en que los alimentos habían estado cultivados y recogidos a no mucho más que algunos metros de distancia del mismo albergue. Nos pasamos toda la estancia en Ancares nada más que esperando a que llegara la hora de cenar para poder volver a degustar aquellas exquisiteces. Aquella noche, por lo menos, no pudimos dejar de hablar de ello, aún incluso después de haber dado cuenta de todo y mientras salíamos afuera a tomar el primer contacto con el bosque. No nos fuimos muy lejos esta vez, estábamos verdaderamente cansados, simplemente tomamos un caminito que bordeaba un huerto y nos quedamos allí charlando. También hicimos *unpeta de despedida*, el último de todos. Luego, antes de que dieran las doce de la noche, habíamos vuelto ya a las habitaciones y estábamos durmiendo el sueño de los justos.

Pues bien, la primera semana de las dos que íbamos a pasar en Ancares todo fue a pedir de boca. En contra de lo que me esperaba, no llegamos a despertarnos tarde ni un solo día. Cada mañana nos levantábamos con tiempo suficiente para desayunar copiosamente, y a continuación salíamos con el alba a la localización que tocara aquel día. Luego, con un plan de rodaje verdaderamente bien diseñado, nos pasábamos el día filmando, descansando en los mediodías el tiempo suficiente para recargar las baterías de la cámara, y las nuestras, y volvíamos al albergue con la caída el anochecer. Tan bien nos salieron las cosas que incluso llegamos a adquirir toda aquella serie de rutinas que se espera de un grupo de trabajo bien compenetrado, dejando incluso, una vez el trabajo estaba bien encarado, lugar para el humor. Y, al respecto del paisaje ¿qué decir acerca de la belleza que nos rodeó durante aquellos días? Y es que no hay maravillas sobre la tierra más bellas que las que se nos presentaron en aquellas dos semanas en Ancares. Leo había elegido las localizaciones tiempo atrás, estando de vacaciones en estos parajes con sus padres, y a la vista estaba que lo había hecho a conciencia. Hay que decir, además, que uno de sus criterios no había sido la distancia ni la accesibilidad de las mismas, lo que te permitía visitar bastante la zona. A veces, por ejemplo, teníamos que andar poco hasta llegar al lugar, apenas pasados aquellos primeros huertos que rodeaban Piornedo, otras había que ir en coche, y las más requerían algunas horas de trayecto a pie. Estas últimas eran, a mi juicio, las mejores. El camino era agotador y tu temperatura corporal solía oscilar entre una mezcla de calor y de frío que tus extremidades no sabían muy bien cómo repartirse, pero con ese paisaje a tu alrededor era casi imposible no dejarse conducir de forma totalmente natural, casi olvidándose de todo lo demás. Atravesamos, de este modo, profundas hondonadas divididas por el sol, pisando tapetes de diferentes colores, unas veces verdes y de una vegetación vigorosa y florida, y otras formados por una hierba que había amarilleado quemada por el frío; alternamos asimismo frondosas acebedas, siguiendo senderos difícilmente marcados, con extensos oquedales, en los que de vez en cuando podías distinguir perfectamente a lo lejos alguna que otra plasta de oso. Incluso en una ocasión escalamos una sombría y empinada ladera, salpicada de unas rocas tan gigantescas y redondas, y cubiertas de un musgo tan tupido, que resultaba inevitable sentirse totalmente empequeñecido mientras saltabas de unas a otras, tratando de no despeñarte tú, y detrás de ti todo el material y el que estuviera por delante... Por supuesto, cada vez sin falta que atravesábamos un paisaje así, nos deteníamos y lo filmábamos. El guión estaba escrito y revisado, pero Leo se había dejado un buen espacio a la improvisación, sobre todo en lo que se refiere a grabar

recursos. El segundo día, por ejemplo, mientras ascendíamos por una árida altiplanicie, nos encontramos un árbol solitario con una forma verdaderamente extravagante: estaba totalmente aislado de cualquier otra vegetación y extendía su copa desde sus mismas raíces, a ras de suelo, estrechándose abruptamente a medida que alcanzaba el extremo superior hasta tomar la forma de un iglú. A Leo le pareció perfecto ese sitio para grabar una escena de humor que acababa de imaginar con Zorn pasando delante de aquel extraño árbol y volviendo luego tras sus pasos para quedarse a observarlo atónito un buen rato. Iba a ser una película de tinte desgarradoramente trágico, pero se le antojó darle una nota divertida, aunque fuera como contraste. Aquella misma noche, de vuelta al albergue, y mientras cenábamos otra ración de néctar de los dioses, lo hablamos y nos dimos cuenta de que habríamos tenido que pedirle a Zorn que hiciera esa escena entrando en plano de espaldas, haciendo *el moonwalking*. No habría servido para la película, pero, por Dios, esa única escena habría justificado por sí misma *todomaking-of*. Es una pena porque estas tonterías nunca se te ocurren en el momento adecuado.

Aunque, de todos los sitios por los que llegamos a pasar, hubo uno cuya belleza excedió con creces cualquier comparación. Se encontraba en uno de los puntos más altos de la sierra, más concretamente en una de las estribaciones de Puerto Ancares, y hay que decir que, como el Paraíso, resistió a dejarse ver. La primera vez que fuimos, de hecho, tras conducir durante media hora, nos empezó a nevar. Una vez tuvimos aparcados los coches en un margen de la carretera, Leo y yo nos dirigimos a inspeccionar el terreno con la cámara y el equipo de sonido, para comprobar si, a pesar de todo, se podía grabar; sin embargo, a mitad de camino la nevada arreció y cuando quisimos darnos cuenta la nieve nos llegaba ya por las rodillas. A duras penas conseguimos desandar el camino que habíamos tomado para llegar allí, y que la propia nieve se había encargado de borrar, y cuando llegamos a los coches descubrimos que, ante la mirada horrorizada de nuestros amigos, éstos se habían precipitado unos metros más allá de la carretera por culpa del hielo en el firme. Aquella tarde nos recuperamos del susto en el albergue, y a la mañana siguiente, nada más acabar de desayunar, lo volvimos a intentar sin demora. Fue entonces cuando nos encontramos con aquel *regalo de Dios*. Estábamos en el mismo sitio, pero ahora el suelo apenas se hallaba cubierto por una fina capa de nieve, que a su vez se iba derritiendo a medida que el sol ascendía por la pendiente. También la niebla de la mañana se iba escamando poco a poco, revelándonos a su retirada, como si de un telón se tratara, el paisaje. Una vez se hubo retirado del todo, quedando a continuación a la vista todo el

valle y toda la sierra, era imposible creerse lo que veían nuestros ojos. Delante de nosotros el suelo que pisábamos se expandía apenas un centenar de metros hasta quedar cortado a cuchillo, conformando una especie de inmensa lengua de hierba gris moteada de restos de nieve emergiendo de la montaña. Más allá del balcón y del acantilado, la niebla que hacía unos momentos ocultaba todo aquel esplendoroso paisaje, se mezclaba ahora con las faldas de los montes, de los riscos, de los acantilados, convirtiendo todo el paisaje en algo inesperado: ahora Ancares no era una sierra, sino un mar, un mar de metal, de diamante, un mar cuyas olas eran prístinas montañas embravecidas, estallando en una espuma que se demoraba eternamente en un cielo de brumas silenciosas. Y más bello aún: frente a aquella visión, frente a aquel mar, en uno de los extremos de aquella playa de hierba seca en que se había convertido el suelo que pisábamos, se erigían como única vegetación dos árboles solitarios. Escuálidos, escorados, casi abocados a la furia que se desarrollaba más allá del acantilado tenían, sin embargo, un follaje verde y hermoso, tan frondoso, que se entrecruzaba irremediamente el uno con el del otro.

De aquella primera semana, no hay mucho más que destacar. Todo nos fue perfectamente, pudimos rodar los planos que pretendíamos y las únicas dificultades con las que nos encontramos, después de todo, fueron aquella nevada que nos pilló por sorpresa, y alguna que otra minucia más. Como, por ejemplo, que Leo intentara matarnos a todos con el coche. Leo era un buen tipo; de hecho, era más que un buen tipo, poseía todas las cualidades necesarias para que todos los que estábamos allí lo consideráramos algo más que un *amigo*, quizás hasta un auténtico *hermano*; sin embargo, tenía a la vez un grave defecto, y es que no se arredraba ante nada, y especialmente cuando lo que tenía delante se trataba de la más sana y respetable lógica. No le importó, pues, no tener ni la más remota idea sobre cómo llevar un automóvil para ponerse a conducir a toda velocidad cada vez que tenía la ocasión por los estrechos y sinuosos caminos de Ancares. Ya el primer día, nada más salir a la localización, nos mostró de qué iba a ir el tema: dando marcha atrás, estuvo a punto de derribar uno de los muros del aparcamiento del albergue. Aquel muro tenía pinta de haber aguantado allí estoicamente las inclemencias del lugar desde hacía probablemente algo más de un siglo, pero su estabilidad quedó seriamente

comprometida tras tener la mala fortuna de cruzarse en la vida de Leo. Hasta tres veces golpeó el muro con el coche, derribando a su vez varias de aquellas ancestrales piedras, antes de ser capaz de engranar la primera marcha. Mientras tanto, las peleas por ir en el coche de Zorn se sucedían. Recuerdo que al final, acabadas ya las excusas para escaquearse, habíamos acabado estableciendo turnos, en uno de los cuales me tocó a mí la china. Aquel día íbamos a visitar aldeas para encontrar más localizaciones y, como en casi toda la estancia en Ancares, tuvimos que atravesar un estrecho camino con muchos tramos enfangados. Pues bien, estábamos circulando en mitad de una cuesta, cuando Leo cogió mal una curva, pisó el freno tarde y demasiado duro, y el coche derrapó hasta detenerse justo a tiempo para no despeñarnos a los dos por un terraplén de varios metros de altura. Nunca se me borrará de la memoria el silencio que se apropió en aquel mismo momento del habitáculo; solamente podían oírse los ecos de los pajaritos que piaban en el exterior, ajenos a toda preocupación, y la suave y relajada respiración de Leo. Juro que cuando cogió la palanca del cambio para buscar la marcha atrás, el tiempo se detuvo. Se dilató como una goma de pollo. Segundos más tarde, cuando, gracias a Dios, Leo consiguió encarar el camino de nuevo, nos encontramos con que el coche de Zorn se hallaba detenido unos metros atrás y los chicos habían salido los tres de él. Estaban todos apoyados en el capó, mirando hacia nuestra posición, lívidos, como si estuvieran viendo a dos fantasmas en lugar de a Leo y a mí. También nosotros salimos del nuestro. A mí no me salían las palabras. Leo preguntó qué demonios hacía todo el mundo allí parado con la de planos que quedaban por rodar aquel día.

Y luego, también, estaba el asunto de dormir. A este respecto los demás no tenían el menor inconveniente, o por lo menos no me pareció oírles ninguna queja, pero yo con Jay estaba pasando por toda una odisea. Resulta que la ley seca de los petas le había dejado al pobre chaval los nervios hechos cisco; podríamos decir que era una bomba a punto de explotar. Ya la segunda noche cogió insomnio, y luego no paró quieto hasta que al final decidió saltarse el pacto y hacerse un porro. Recuerdo que yo me enteré de aquella decisión en la cama, a punto de conciliar el sueño, y cuando de repente me llegó una bocanada de aire helado que me dejó tieso. Como en el albergue estaba terminantemente prohibido fumar, y menos aún si se trataba de hachís, Jay debía de haber pensado que abrir la ventana para airear el humo sería toda una cortesía para con aquel tipo tan simpático que nos atendió a nuestra llegada. Yo, tan pronto como tuve la capacidad de reaccionar, me giré, y entre asustado y perplejo, le pregunté qué demonios hacía abriendo una ventana en mitad de la noche, en pleno diciembre, y en

la montaña, a lo que él, como respuesta, me explicó que lo había medurado bien y que había llegado a la conclusión de que no iba a conseguir dormirde *ninguna de las maneras* menos que se fumara un peta.

—¿Cuánto dura un peta? —le pregunté.

—No sé, media hora, quizá. Entre que lo haces...

—¿Media hora? —Estuve a punto de ponerme a gritar. Era la una y al día siguiente nos teníamos que despertar a las cinco, así que de malas maneras le comuniqué que si quería fumar se fuera a la calle, con lo que él al final decidió no hacerse el peta. En lugar de eso, supongo que para calmar la ansiedad, optó por volver a subirse al alféizar de la ventana y ponerse a escribir. Luego, como la luz de la luna no debía darle, ni de lejos, como para ver lo que estaba escribiendo, no dejó de moverse y de hacer crujir la madera de la ventana en todo el rato. Cinco minutos después, yo ya estaba completamente desvelado. Bastante de mal humor, no tardé en volverlo a encarar para soltarle una bronca tremenda, tras lo cual él cogió los trastos y se fue refunfuñando de la habitación, quién sabe si a escribir, a fumarse un peta, o a hacer las dos malditas cosas a la vez. No volvió hasta al cabo de algo así como una hora y, al parecer, había cogido el mensaje, porque al entrar intentó hacer el menor ruido posible. Por ejemplo, como el pomo de la puerta también crujía, debió pensar que abriéndolo lentamente yo no me despertaría. Estuvo como cinco minutos girando el pomo ininterrumpidamente en lo que fue, sin duda, toda una exhibición de movimiento controlado. Luego, cuando consiguió entrar, repitió la misma operación con la puerta del baño y se quedó allí adentro encendiendo y apagando grifos sin parar. Dios sabe lo que hacía dentro de aquel lavabo, igual estaba duchándose para ahorrar tiempo para el día siguiente, o quizá echándose un estúpido champú que se había comprado hacía unos días porque le había entrado de repente un terrible pánico de quedarse calvo. Cuando volvió a salir y se metió en la cama algo debió notar porque me preguntó si me había despertado. Yo, que para aquel momento ya me sentía fatal por haberle soltado la bronca antes, opté por no decirle nada. Afortunadamente, al cabo de dos o tres días descubrí que los cascos que usaba para grabar estaban insonorizados, y con ellos puestos pude dormir algo mejor.

Y en estas estábamos cuando nos llegó la segunda semana en Ancares. Y hay que decir que ésta fue quizás un pelín más extraña que la anterior. No es que fuera peor, no se me entienda mal, sencillamente pasó que el contexto cambió ligeramente. Por ejemplo, como el dinero de producción se estaba acabando, y no daba para pagar el albergue otra semana, tuvimos que mudarnos todos juntos a una caravana que los

padres de Leo guardaban allí mismo, en un descampado anejo al mismo albergue. Obviamente, en ese nuevo recinto, todos apretados, la convivencia sufrió una dura prueba. Para empezar, aquella caravana por la noche era toda una serenata de ronquidos y pedos, y aquello acababa conduciendo ineludiblemente a que empezáramos a dormirnos cada vez más tarde, entre risas y cachondeo, lo que, a su vez, llevó a que los rodajes fueran retrasándose cada día un poco más. También los estragos que Jay hacía antes, y que sólo tenía que sufrir yo, habían pasado a convertirse en un problema general. Una noche, por ejemplo, y no sin antes despertarnos a todos, se fue al baño —muy probablemente a echarse aquel maldito champú del demonio—, y a la vuelta se le olvidó cerrar la puerta herméticamente. Al día siguiente no sabíamos cómo pero nos despertamos totalmente congelados y con las narices llenas de pequeños carámbanos. Como ni siquiera tuvimos el valor de salir del saco, más que para volver a cerrar la puerta, decidimos tomarnos nuestro primer día de descanso fuera de lo previsto. No fue el único. También la climatología empezó a jugar un poco con nosotros: un día nos llovió, otro las nubes cambiaban el color del paisaje demasiado a menudo... Aun a pesar de todo, seguimos en nuestra línea, grabando plano tras plano con la mayor efectividad, compenetrándonos cada vez más en las tareas. Pablo, el otro actor, había encajado en el grupo como si nos conociera desde hacía años, lo mismo que Frodo, el antiguo compañero del colegio mayor de Zorn, que vino los últimos días para echarnos un cable; y hasta a un par de los perros guardianes del albergue les dio por añadirse a la pandilla. Eran aquellos unos chuchos magníficos, muy inteligentes y cariñosos. Además, parecían hechos a los rodajes; nadie sabe por qué, pero nunca se cruzaron con la cámara ni se pusieron en mitad de ningún plano. Jay, de hecho, gastó las dos cintas que quedaban para *elmaking-of* grabándolos desde todos los ángulos posibles. Luego también les hizo fotos con el móvil, y hasta les puso un nombre a cada uno para poder llamarlos en todo momento: al que más le gustaba Rocky, y al que menos Juan o Joan, según tuviera el ánimo en el momento.

A medida que fueron pasando los días, sin embargo, sí que es cierto que empezó a notarse cierta tensión en el ambiente. Era entre nosotros, obviamente, pero no solamente entre nosotros, y, además, tampoco estoy seguro de que fuera una tensión negativa. Por ejemplo: en la semana y media que llevábamos allí habíamos estado completamente solos en el albergue, hasta teníamos ciertas dudas de que hubiera algún habitante vivo en Piornedo; sin embargo un buen día llegó un autocar y se quedó aparcado en la puerta. A simple vista parecía ser una expedición de colonias de algún

colegio, aunque no había que descartar que se tratara sencillamente de una salida al campo de alguna agrupación cultural de Lugo. De cualquier modo, nosotros, que en ese momento íbamos a salir para una localización, cuando nos cruzamos con él, detuvimos los coches y nos quedamos unos instantes parados en mitad de la carretera, a la expectativa. A ninguno nos cabía la menor duda de que si había chicas allí dentro, y se iban a quedar en el albergue, podíamos dar el rodaje por acabado. Una noche, también, tuvimos todos unos sueños muy extraños. Yo tuve, de hecho, un sueño lúcido que, aunque apenas duró unos segundos, luego me dejó temblando de miedo. Al día siguiente, durante el desayuno, se lo conté a los chicos y resultó que a Sonsoles y a Zorn les había pasado algo similar, también aquella misma noche. Probablemente el aire puro empezaba a afectarnos al cerebro. Todo, en realidad, acabó sublimándose un poco uno de los últimos días, cuando íbamos a grabar una de las pocas escenas que nos quedaban. En esta escena Zorn tenía que ascender por un risco muy peligroso y escarpado y ponerse a llorar en la cima. Era la más complicada de todas ya que Zorn no era actor, y ni mucho menos escalador, y además era un plano secuencia muy largo, de unos cinco minutos sin cortar, así que todos debíamos estar muy atentos. Pues bien, a los treinta segundos de empezar a rodar, ya todo se había puesto del revés. Lo que sucedió, básicamente, es que a Zorn le dio por saltarse completamente el guión y empezar a llorar en mitad de la ascensión. Jay tenía una cebolla preparada en la mano para ayudarle a lagrimar en caso de que no le saliera de por sí, pero cuando vio que Leo le hacía señas la tiró, corrió a esconderse con Sonsoles y, para evitar entrar en cámara, ambos tuvieron que descender por la parte opuesta del risco, jugándose así el pellejo. A todas estas, el llanto de Zorn iba en aumento a medida que la escena transcurría, y cuando llegó a la cima, y en conjunción con una oportuna puesta de sol, teníamos el plano perfecto. Leo siguió, pues, por unos instantes observando la escena tranquilo y profesional, acercando y enfocando la cámara lo necesario, hasta que dio el corte, momento en el que, tras dejar bruscamente la cámara en el suelo, corrió a abrazar a su amigo. Sonsoles y Jay, fuera ya de su escondite, también se unieron al abrazo, mientras que a Zorn parecía estarle costando abandonar el llanto. Yo, en un buen principio, no me uní a ellos, entre otras cosas porque el sonido había quedado fatal y no sabía si podría recuperarse, lo que me había dejado de un humor de perros. También estuve pensando que, dado el caso de que Zorn tuviera, en el fondo, madera de gran actor y acabara de regalarnos una espontánea y sublime actuación, era de todo punto ridículo montarle ahora una escena llena de ternura. Mientras que si, por otro lado, lo que había sucedido es que, por lo

que fuera, su llanto había sido sincero, que realmente se había roto durante aquella ascensión, de poco le iba a servir ahora que todos tratáramos de consolarle; al fin y al cabo, la única manera en la que verdaderamente puedes ayudar a alguien es estando a su disposición y, sobre todo, teniendo fe en tu propia vida. Todo lo demás, en realidad, no lo haces sino para ti mismo.

Fue justo el día después de rodar aquel plano cuando conseguimos acabar el trabajo. Habíamos cumplido todos los objetivos de sobras, y nos quedaba aún un día para descansar antes de volver a Vigo y luego a Barcelona. Y, curiosamente, también fue aquel el día en que la tensión empezó a saltar. Leo, por ejemplo, se picó con todos por el cuidado de la caravana, y nos soltó una bronca de espanto. Jay también se enfadó conmigo porque en una conversación me había empeñado en que tenía un problema con su novia y le había dicho que era necesario que se enfrentara a él, a lo que él me reprochó mi facilidad por meterme donde no me llamaban. Todos en general aprovechábamos la mínima para sacar nuestras rencillas unos con otros; es lo que pasa cuando metes a cinco tipos solitarios en una caravana y los obligas a olerse los pedos durante una semana entera. De cualquier modo, aquella misma noche no había lugar para estupideces: acabada con éxito nuestra estancia en Ancares, decidimos derogar la ley seca, nos aprovisionamos en la gasolinera más cercana, y luego montamos una fiesta de órdago en la explanada del albergue. Los lugareños que volvían a esa hora del trabajo en el campo no debían creerse lo que estaba sucediendo. A ratos estábamos tranquilos, Leo cogía su española y cantaba a Ben Harper a plena voz, otras discutíamos todos amargamente y a gritos sobre los entresijos argumentales de Akira o sobre la presunta inocencia de Michael Jackson... También fuimos obsequiados por un par de monólogos totalmente improvisados de Jay y tan jodidamente geniales que fue difícil no ceder ante la evidencia de que la única manera de llegar a lo más alto en la vida es bajar la guardia, y surfear sin ningún miedo en la intuición. Obviamente, sobre todo de cara al final de la noche, sucumbimos también a la pausa y a algunos silencios inabarcables. Recuerdo uno de estos especialmente, cuando Sonsoles y yo cogimos un par de las toallas que usábamos para proteger el material y nos tumbamos en la hierba. Yo nunca había hablado en serio con él —en broma tampoco muchas veces—, pero aun así, me sentía muy cerca del tipo cuya puerta de habitación tiré no hacía tanto por el balcón de su propia casa. Con las manos en los bolsillos, estuve a punto de decirle un millón de cosas, acerca de lo maravilloso que había sido aquel rodaje, y también el haber podido compartir estas dos semanas tan plenas todos juntos, pero al final fui perspicaz y me callé.

Simplemente me quedé mirando arriba, al cielo, donde las estrellas se multiplicaban por todo el firmamento cubriendo hasta los sitios más recónditos de la bóveda celeste. Cielo santo, aquel día no habría podido contarlas ni con la exageración, había hasta gradaciones de blanco. Había, de hecho, oído hablar mil veces de la Vía Láctea, también acerca del origen de su nombre otras tantas, o estudiado sus constelaciones y mil otras estupideces en el colegio, pero, maldita sea, hasta aquel momento nunca la había visto. Nadie debería hablar de la puta Vía Láctea si no ha estado en una noche como la de Ancares y se ha tumbado borracho y tiritando de frío al lado de un amigo.

Llegados este punto, si te parabas a pensar, había aún una disciplina en la que no había profundizado ni lo más mínimo desde mi, digamos, *llegada* al mundo. Y no se trataba de ninguna fruslería, al revés, consistía en uno de los ámbitos quizás más ricos e inabarcables del ser humano, por no decir acaso el más intrigante. Estoy hablando, en efecto, *de las mujeres*. De hecho, es curioso pero desde que me había quedado sin religión había ligado más bien poco. No se trata tampoco de que en los Testigos anduviera agobiado siempre con líos de faldas, pero sí que podríamos decir que a las mujeres cristianas no les molestaba tanto como a los Ancianos que yo fuera *unrebelde*. De cualquier modo, no era un tema que hubiera dejado apartado, nada más lejos. En el cine, por ejemplo. Andaba por aquellos días perdidamente enamorado de una de las taquilleras. Se trataba de una chica realmente fascinante: morena, tanto de piel como de cabello, ojos azules, un cuerpo escultural; quizás, eso sí, un pelín bajita. Por encima de todo lo demás, lo que más me gustaba de ella era su personalidad; no es que fuera muy lúcida, para qué nos vamos a engañar, pero tenía una mirada sutil, retadora, y un punto de altivez evidente que a mí me parecía de lo más encantador. Recuerdo que siempre le tocaba a ella ir a cambiar las monedas que se acumulaban en las taquillas, y como yo solía ser el último en irme a cenar, no eran pocas las veces que tenía que acudir a mi caja. Nada más la veía venir a lo lejos ya estaba temblando. A continuación, una vez llegaba a la barra, y tras saludarme discretamente, me entregaba una bolsa llena de metales que yo me tiraba como diez minutos separando en montoncitos y contando una y otra vez para no equivocarme, tanto me costaba concentrarme en su presencia. Ella, por su parte, solía ocupar estas esperas casi en silencio, un poco inexpresiva, no sé si pensando en sus cosas, o descansando; aunque no hay que

descartar que le aburriera un poco el lío que yo siempre me armaba con las cuentas, o los comentarios que no podía evitar hacerle en todo momento por culpa de los nervios, ya fuera preguntándole por su puesto trabajo, o quejándome de los acomodadores, que eran los que vivían mejor, no como nosotros, los de bar y los de taquilla, que siempre estábamos apagando fuegos... Estaba totalmente decidido a invitarla a salir, aunque luego, al final, nunca acababa de atreverme. Siempre me parecía que las palabras que me iban a salir en el momento iban a ser muy pueriles, demasiado inocentes, que el hecho de haber pensado tanto en ellas no iba a impedir que luego acabaran pareciendo fuera de lugar; no sé si me explico al respecto de esta sensación. La cuestión es que, antes de que pudiera dar siquiera el menor paso con mi taquillera, la vida decidió ponerse extravagante y me presentó una alternativa que iba a ser difícil de rechazar. Todo sucedió precisamente en el mismo viaje de vuelta de Galicia, más concretamente en el vuelo de Vigo a Barcelona. Resulta que, como no podía ser de otro modo, llegamos al avión en el último minuto y bastante malhumorados, por ser incapaces de no ir siempre al límite a todas partes. Esta vez, además, el avión estaba totalmente atestado, y como habíamos llegado los últimos, y apenas había sitio en los estantes, montamos tal lío con las fundas de guitarra que tuvieron que venir las azafatas a ayudarnos y para que no le sacáramos un ojo a nadie. Estuvimos de suerte porque se trataba de unas azafatas más bien jóvenes, de nuestra edad, y debieron pensar que éramos estrellas de rock, o algo por el estilo, porque en lugar de enfadarse con nosotros por montar aquel percal nos atendieron de forma muy solícita; la que me ayudó a mí, concretamente, me miró un par de veces con ojitos de cordero degollado. Luego resultó que ellas llevaban aún más marcha que nosotros, no tengo más que decir que cuando estábamos todos sentados, con el cinturón puesto, y el avión empezando ya a circular lentamente por el aeropuerto, se dedicaron a tomarse el pelo entre ellas. Con la que más se cebaron fue con la pobre que, en mitad del pasillo, intentaba dar en aquel momento las instrucciones de seguridad, a la que interrumpieron por megafonía para comunicarle a todo el pasaje que era su cumpleaños, y pedir luego un aplauso para ella. Dios sabe si aquella pobre chica cumplía años de verdad o si le estaban gastando algún tipo de novatada, pero a duras penas pudo acabar la demostración, entre las risas de sus compañeras y los vítores del pasaje, y luego aún tuvo que pasar más vergüenza cuando Leo, que no se pierde ni una, le pidió que se acercara a su vera. Entonces, tras felicitarla personalmente, le entregó a modo de regalo de cumpleaños una de las galletitas que acababa de comprarse en la terminal. Tuvo que empezar la maniobra del despegue para que la tripulación se retirara a sus

asientos y todo el mundo se calmara un poco.

Fue minutos más tarde, circulando ya a velocidad de crucero por el cielo de Galicia, y mientras yo sacaba un libro y le daba mis cascos a Sonsoles —que se había dedicado toda la maniobra de despegue a mirar mi reproductor de música con evidente envidia—, que una sombra me sorprendió apostándose a mi lado y quedándose quieta allí mismo sin hacer nada. Cuando giré la vista y vi que se trataba de una de las azafatas, para ser más exactos, la que me había ayudado antes a colocar mi equipaje, pensé que venía a echarnos la bronca por lo de las guitarras.

—¿Vais a dar un concierto a Barcelona? —me preguntó enseguida. Yo tardé como un minuto y medio en saber a qué demonios se refería.

—¡Ah! No, no —le respondí—, las guitarras no son en realidad guitarras. Son solamente *equipo de rodaje*.

—¿Entonces venís de dar uno en Vigo? —insistió. Sin duda no me había entendido. El avión era pequeño y estaba atestado, por lo que es posible que el ruido que reverberaba en la cabina no le dejara oír bien mis palabras. Intenté, pues, repetirle lo de que veníamos de rodaje y, como me había puesto bastante nervioso, me dio también por explicarle que en realidad Leo y Zorn, que estaban detrás de mí, sí que eran guitarristas de verdad, para añadir luego que Sonsoles, que para aquel momento nos miraba perplejo a mi lado y sin quitarse los cascos, tocaba el bajo eléctrico. A punto estuve de decirle que a Jay sus hermanas le habían regalado una harmónica por su cumpleaños hacía un par de meses. Ella, mientras yo hablaba, iba asintiendo, a pesar de lo cual me dio la sensación de que seguía sin oír, o sin entender un ápice de lo que le estaba diciendo, y cuando acabé, tras desearnos suerte, se marchó por donde había venido. Obviamente, aun cuando la azafata no había dado ni dos pasos, ya tenía a todos los chicos encima de mí, preguntándome qué quería, y si le había pedido el teléfono. Yo les conté entonces lo que me había preguntado, y que nuestra conversación se había limitado, básicamente, a no entendernos en absoluto, para luego añadir que quizá ellos estaban acostumbrados a que las azafatas les fueran tirando la caña cada vez que viajaban en avión, pero que no era este mi caso, y que, de cualquier modo, habría sido difícil pedirle el teléfono a alguien que es incapaz de entender una sola palabra de lo que le estás diciendo. Ellos, igualmente, me siguieron pinchando aún un buen rato más, hasta que, a falta de novedades, se aburrieron y acabaron por dejar estar el tema. Por lo menos hasta que llegamos a Barcelona. Más que nada porque allí, mientras nos desabrochábamos los cinturones, otra azafata diferente, una a la que no habíamos visto hasta el momento, se acercó a nuestra

posición y, tras alcanzarme un papelito, me dijo que era de parte de *Mónica*, su compañera, *la que había hablado antes conmigo*. Cuando, acto y seguido, desplegué el papel, pude observar que contenía en su mismo centro una línea con nueve números manuscritos. Hete aquí el dichoso número de teléfono. Ahora sí que me apetecía hablar del tema.

Al día siguiente recurrí sin tardanza a Marcos. No quería errar el tiro y pensé que Marcos, un maño con pintas de gitano recién salido de Woodstock, nuestro playboy personal, iba a ser sin duda el tipo perfecto para asesorarme. Lo primero que me dijo, una vez le hube detallado la cuestión, fue que tenía que abrir bien los ojos puesto que no sabía nada de ella. No sabía, por ejemplo, si estaba buscando alguien con quien *casarse*, o simplemente echar un polvo salvaje con un rockero; aunque lo más lógico, me aclaró, sería que se tratara de lo segundo. De todos modos, siguió, lo mejor sería atacar el tema desde un punto neutral, es decir, llamarla al cabo de cinco días: menos podrían hacerme parecer *pegajoso*, mientras que más, *distante*. También me dio algunos consejos más en este sentido, entre los cuales me recomendó que reservara sitio en un restaurante en concreto del centro, del que me dio la dirección y el teléfono. Me aseguró que, fuera como me fuera todo, si la llevaba luego a cenar allí, *habría premio seguro*.

Y así, tal y como me dijo Marcos, es como hice: no llamé a mi azafata hasta que pasaron *exactamente* cinco días. La espera, todo hay que decirlo, se me hizo un auténtico infierno. Entre otras cosas, porque, por alguna extraña razón, no había manera humana de volver a la sana rutina que había llevado hasta justo antes de irme a Ancares con mis amigos. No conseguía concentrarme, por ejemplo, en el teclado, que era, básicamente, lo que había capitalizado mis ratos libres en los últimos meses. De hecho, lo estuve intentando por todos medios: me sentaba delante de él, exactamente como siempre había hecho, me colocaba las partituras manuscritas por Zorn en el atril, y me ponía a practicar los ejercicios; hasta que en un momento dado, y sin el menor motivo aparente, me encontraba con que mi mente se había dispersado, u obturado totalmente. Probaba entonces haciendo un descanso, para volver a intentarlo más tarde, pero ni por esas lo conseguía, así que al final no me quedaba más remedio que abandonar, porque esa no era, desde luego, manera de estudiar música. Era como

si en aquellos días tan plenos y tan locos que había vivido en la montaña me hubiera dejado algo, o algo de mí hubiera cambiado, algo que ahora impedía que me adaptara otra vez a una Barcelona a la que, por cierto, recordaba más grande, o más rápida, por lo menos no tan fría como me la había encontrado; pues este año, y al revés que el anterior, el invierno se había presentado inusitadamente crudo. Luego, además, la casa se había quedado prácticamente vacía. Tras la partida de Pomelo, Clara no había decidido alquilar la habitación a nadie todavía, y hasta ella misma había empezado a pasar más tiempo en casa de su nuevo novio que en la nuestra. Así que, sin otro remedio, ni más distracciones aparte de molestar de vez en cuando al gato, y alguna que otra escapada que hice a casa de los chicos, a los que tampoco podía reclamar mucho, pues se hallaban ambos enfrascados en sus estudios y la película, traté de tomarme esos días como una especie de mala racha, y simplemente sobreviví a ellos como si no hubieran existido, o no hubieran merecido existir.

Hasta que pasaron por fin aquellos cinco días, y pude hacer la dichosa llamada a mi azafata. Ella —cosa que, curiosamente, ya empezaba a dudar que fuera a suceder—, se acordó enseguida de mí, y concertamos una cita para el martes de la semana siguiente, que es cuando ambos podíamos coincidir. Así que luego solamente tuve que esperar otros cuatro días más bajo la cáustica pesadez de mi ansiedad y mi aburrimiento, en los que me dediqué básicamente a explorar cuantas horas seguidas podía dormir. El día antes de que llegara la cita, por lo menos, traté de aprovechar el tiempo dejando todo el piso —hasta la terraza incluso— como los chorros del oro, y haciendo una inmensa colada, con la esperanza de que si acabábamos la velada aquí, no creyera que vivía en casa un vagabundo. Luego, cumplidas las siete en punto, me fui a arreglar para la cita. Lo hice, por supuesto, bien a conciencia: me puse un pantalón recién lavado, y que había dejado bien plegado debajo de mi portátil para que diera toda la sensación de que estaba planchado, me afeité y acicalé por lo menos durante diez minutos delante del mohoso espejo del baño, y, como colofón, me puse mi jersey de las ocasiones especiales. Cuando habían dado las ocho, y la hora de marcharme, no me habría reconocido ni mi madre: estaba hecho un auténtico pincel, con los ánimos renovados, y listo para acabar de un plumazo con esta lamentable racha por la que ahora me había dado por pasar. Qué demonios, tenía una cita con una azafata de vuelo que había conocido apenas una semana antes en los mismos cielos del Norte, ¿qué otra cosa sino una mujer podía darle la vuelta a la vida de uno como si fuera un calcetín?

A todas estas, habíamos quedado en Plaça Catalunya, en el café Zurich, y cuando

llegué allí, de espaldas al kiosco, y apoyadas en la barandilla del metro, me encontré a varias chicas esperando. Esto es algo en lo que no había reparado hasta el momento, pero la verdad es que no me acordaba en absoluto de la cara de mi azafata. De hecho, ahora fui totalmente incapaz de reconocerla entre aquella fila de chicas; Dios sabe si era de una de ellas, o si iba a estar en cualquier otro lado, por la terraza del bar tomando un café, o simplemente llegando tarde. No tuve más remedio, pues, que dejarme ver un rato por allí, haciéndome el despistado, hasta que me pareció que una de las chicas me estaba mirando con cierta insistencia, acaso un poco incrédula, por lo que decidí probar suerte con ella.

—¿Eres la azafata del vuelo Vigo-Barcelona? —le dije.

—Sí, soy Mónica. ¿Y tú el guitarrista?

—Sí, me llamo Elí —le respondí.

Confirmadas, pues, nuestras identidades, nos dimos un par de tímidos besos y a continuación nos quedamos allí unos segundos, de pie, mirando a nuestro alrededor, y sin saber muy bien qué decir ni qué hacer. Eran, además, las ocho y media, es decir, demasiado pronto para ir al restaurante, y también demasiado tarde para ir a un cine o cualquiera de esas cosas que puedes hacer cuando no sabes qué hacer con una chica. Enseguida me pregunté cómo podía haber concertado una cita a una hora tan mala. Por suerte Mónica al final me propuso de embocar la Rambla y pasear un rato por allí, y a mí la idea me pareció tan simple y tan evidente, que enseguida me reproché no haberla tenido yo antes. Por supuesto le dije que estaba de acuerdo, y no tardamos en arrancar a andar hacia el paso de peatones que conectaba con el popular paseo.

Instantes más tarde, mientras sobrepasábamos la Font de Canaletes, ambos seguíamos aún totalmente en silencio. Ella no lo sé, pero yo estaba de lo más nervioso, aunque tampoco era algo que me tuviera preocupado en exceso. En realidad se trataba más o menos de lo que me pasaba siempre que quedaba con una chica; con un poco de suerte cabía esperar que para cuando llegara el momento de presentarme a sus padres hubiera conseguido empezar a relajarme un poco. También hay que decir que era ésta la primera vez que salía con alguien con quien no compartiera, aunque fuera de forma vaga, religión; además de que debía hacer algo así como un año que la mayor intimidad que había tenido con una mujer había sido la vez que me llevé a Luna al almacén para confesarle que me había equivocado con el jarabe y que hacía como una hora que estábamos sirviendo 7up en lugar de Fanta de Limón... Era, pues, a todas luces lógico que ahora necesitara mi tiempo para acostumbrarme a ocupar un espacio común con alguien desconocido, tener al lado una cara extraña, llena de

matices que se desplegaban con la mayor novedad. También es cierto que, durante este rato que llevábamos juntos, y en el que por primera vez había podido fijarme en Mónica con un poco de detenimiento, había descubierto algunas cosas en ella que me habían desencantado un poco. Por ejemplo, no acababa de convencerme su manera de vestir. No es que yo sea muy refinado en estos menesteres, pero había algunas partes de su indumentaria que enseguida me dejaron algo sorprendido. Se había puesto, por ejemplo, unos tejanos y un discreto chaleco de pana, y llevaba el pelo recogido en un improvisado moño y sin peinar. Hasta ahí no pasaba nada, por supuesto, quizás yo habría elegido algo un poco más elegante, o atrevido incluso, pero tampoco podía reprocharle nada; ni que yo hubiera acudido a la cita con pajarita y chaqué. Sin embargo, resulta que debajo del chaleco llevaba también una camiseta a la que enseguida que eché un ojo le encontré algo que me llamó vivamente la atención. Fue justo cuando pasábamos por al lado de la luz fluorescente de un quiosco que me di cuenta de que en la parte de arriba, y coronando un dibujo borroso, llevaba imprimida en letras grandes y ocres el nombre *delron Maiden*. He de reconocer que eso no me hizo el hombre más feliz sobre la tierra. No es que ahora fuera a desilusionarme con una chica por una cuestión tan irrisoria como la música que escuchaba, o la ropa que llevaba, pero sí que, pasado un rato, y sumadas a esta algunas otras razones, no todas necesariamente tan tangibles, no me había quedado muy convencido de que me hallara anteexactamente mi tipo de mujer. No sé si me explico: Mónica, por lo menos tras la primera impresión, no me había parecido del todo, digamos, *guapa*.

—¿Qué tal el grupo de música? —me preguntó ella rompiendo el largo silencio que se había establecido entre los dos desde que habíamos salido de Plaça Catalunya. Yo la verdad es que en esos momentos aún estaba demasiado enfrascado en mi decepción como para que me apeteciera ponerme a charlar, pero también calculé que si de repente optaba por negarle la palabra a Mónica lo único que iba a conseguir era empeorarlo todo, así que sencillamente le volví a explicar —por tercera vez— que no éramos un grupo de música, sino *unequipo de rodaje*. Ella, tras mi aclaración, asintió.

—Pero sí que soy músico —dije instantes después. Tampoco era mi intención arruinar ahora su fantasía.

—Y, ¿qué tocas?

—El piano.

—¡Ah!, vaya, el piano es uno de mis instrumentos favoritos. ¿Y qué música haces?

—Varias, pero estoy preparándome para improvisar. Jazz, sobre todo.

—¿Jazz? Madre mía, el Jazz es verdaderamente difícil, ¿no?

—Hombre, tiene sus cosillas.

—Ya, lo imagino.

—¿A ti qué música te gusta? —le dije tras unos segundos de silencio—. El Heavy, supongo

—Sí, bueno, escucho de todo. ¿Lo dices por la camiseta? La verdad es que soy un desastre. Llegué ayer de Liverpool y me olvidé de poner la lavadora, así que tuve que pedirle hoy a mi padre que me dejara una.

—Es bonita —le dije.

—Ahora que lo dices, también me gusta el Jazz. Ray Charles, por ejemplo, tengo dos discos suyos.

Yo asentí, y, acto y seguido, le hice una pequeña aclaración al respecto de la afirmación que acababa de hacer, diciéndole que, si bien Ray Charles era un músico increíble, *quizás* no sería del todo apropiado englobar su música dentro del Jazz; mejor hacerlo dentro del Soul, o del Blues, llegado el caso. Si lo que verdaderamente andaba buscando, le informé, era un buen pianista de Jazz, no iba a tener más remedio que recurrir a Bill Evans, que era posiblemente el mayor de todos los tiempos. Luego también le cité algunos nombres más, como los de McCoy Tyner o Herbie Hancock, así como de otros músicos que no eran pianistas, como Zorn —el de verdad— o el inmenso Elvin Jones, aunque, como en ningún momento me dio la impresión de que ella tuviera la menor idea de lo que le estaba diciendo, al final decidí callarme.

—¿Y tú haces algo aparte de lo de azafata? —le pregunté. Así, si hablaba ella, yo correría menos riesgos de decir estupideces. Mónica me dijo entonces que sí, y a continuación inició una explicación acerca de unos estudios universitarios que había cursado y que luego había tenido que interrumpir, y a la que yo, a partir de los treinta segundos, fui incapaz de seguir nada. Entre otras cosas sucedía que, aun siendo pronto y martes, subían muchos extranjeros borrachos por la Rambla que se dedicaban todos sin excepción a mirar lascivamente a mi acompañante. No es que me supiera mal que la miraran, si es que acaso a ellos les parecía guapa, pero sí que me tocaba las narices que no se preocuparan en disimular lo más mínimo ante mi presencia; alguno de ellos incluso le soltó un piropo. El caso es que la charla tampoco le duró tanto a Mónica, y no tardamos en quedarnos otra vez completamente en silencio. Estuvimos, de hecho, como un cuarto de hora así, paseando sin decirnos absolutamente nada, prácticamente ni mirándonos, hasta que al final, mientras pasábamos por encima del mosaico de Miró, se me ocurrió una cosa y decidí expresársela a Mónica:

—Oye, ¿no te parece que andamos como al contrario? —le comenté.

—¿A qué te refieres?

De todas las cosas que en las que durante este rato me había estado fijando de ella, a parte de su vestuario, me había llamado bastante la atención su manera de andar. Tenía un paso bastante irregular, quizá diría que tenso. No digo que me disgustara especialmente, simplemente me parecía curioso.

—Tú andas como si el suelo fuera deslizante. Así. —Traté de imitarla—. Mientras que yo ando como si me fuera dando contra las farolas cada vez que apoyo el pie izquierdo. Por primera vez conseguí que Mónica se riera. Aunque en el fondo no me pareció muy entusiasmada con lo que acababa de decirle.

—No me refiero a que andes mal.

—Tengo los pies cocidos de trabajar.

—De hecho yo tengo un problema en la rodilla, y como ando mal, por eso me fijo. Pero andas bien...

Pues bien, tras aquella lamentable charla, y de otro cuarto de hora en el más fúnebre silencio, llegamos por fin al término de la Rambla y yo, para aquel entonces, ya hacía rato que pensaba que todo aquello no estaba siendo más que un error. Es lo que sucedía cuando quedabas con una chica a la que conocías de haber visto una sola vez y con la que habías cruzado apenas un par de inaudibles frases, que el más absoluto fracaso era simplemente uno de los posibles resultados. Así que, una vez hubimos alcanzado el muelle, y tras habernos acomodado en uno de los penumbrosos bancos que había por allí frente al mar, decidí no esperar más y sincerarme con ella:

—Esto, Mónica...

—Dime.

Suspiré y me quedé meditando acerca de la manera de más apropiada de enfocar el tema.

—Verás, la verdad es que no estoy muy seguro de que esto esté funcionando.

Mónica se quedó ahora unos instantes en silencio, mirándome con unos ojos como muy brillantes, tampoco con una expresión excesivamente sorprendida, ni preocupada, simplemente como si sintiera bastante curiosidad por lo que estaba sucediendo en estos momentos, y por lo que yo tuviera intención de decirle a continuación.

—¿Por qué?, o sea, ¿por qué lo crees? —me respondió.

—No sé. No sé decir el por qué.

—Tú, ¿tienes ganas de marcharte? —me preguntó comprensiva—, ¿lo dejamos aquí?

La verdad es que ahora no pude evitar quedarme un poco confundido, pensando en

silencio, mientras ella esperaba mi respuesta pacientemente.

—No, no... en absoluto. En realidad no lo decía por mí. Pensaba más en ti. Yo estoy bien aquí contigo. —Por alguna extraña razón, ahora que lo tenía todo a mi favor me echaba para atrás; quizás, con las cosas tan fáciles, había acabado por confiarme, o simplemente me dio por sentir cierta condescendencia por ella; aunque tampoco había que descartar que esta vez ni siquiera estuviera mintiendo.

—Si lo dices por mí, yo también estoy bien. En serio. Me alegro de haberte conocido, Elí. Y de estar aquí contigo. No es un cumplido.

Asentí, y a continuación me quedé simplemente observando el encantador paisaje de las sombrías embarcaciones aparcadas en el muelle y chapoteando al vaivén del suave oleaje. En realidad era un asco de paisaje, pero como había estado ya en ese lugar con mi abuelo y mi hermano un millón de veces esperando para montar en las Golondrinas le guardaba cierto cariño.

—¿Tienes novio? —le pregunté a Mónica instantes más tarde, por decir algo, y también por parecer un tipo moderno y abierto a cualquier posibilidad.

—No —respondió ella riéndose. Aunque pronto pareció preocuparse—. ¿Y tú novia?

—No.

Asintió.

—Yo nunca he tenido relaciones demasiado largas —siguió diciendo ahora, como si me hablara de un defecto suyo.

—Hombre, son difíciles estas cosas.

—Me cuesta quedarme mucho tiempo en un sitio... Me gusta mucho viajar, por ejemplo.

—Por eso te has hecho auxiliar de vuelo.

Ella me dijo que sí con una sonrisa y a mí, curiosamente, en ese preciso momento me vinieron a la cabeza algunas preguntas que siempre me habían provocado mucha curiosidad al respecto de las azafatas, y que enseguida me di cuenta que iba a ser difícil encontrar una ocasión mejor para responderlas. Le cuestioné, por ejemplo, acerca de si era cierto que no podían ponerse implantes mamarios porque les podían explotar en pleno vuelo, o también si siempre andaban todas detrás del comandante por los pasillos de las terminales. Ella respondió a todo sin ofenderse lo más mínimo, es más, en un tono diría que bastante alegre, y luego hasta se arrancó con alguna que otra anécdota, como la de la fiesta de cumpleaños del avión, que me confirmó que no era una novatada, aunque tanto ella como sus compañeras sabían perfectamente que a la pobre chica le estaban haciendo pasar una vergüenza terrible felicitándola allí

delante de todo el pasaje... Al cabo del rato, curiosamente, hasta empezaba a sentirme un poco más relajado allí con Mónica. Fue, de hecho, en aquellos momentos que se me ocurrió un idea que no tardé en expresar a Mónica: le propuse de olvidarnos del restaurante —que, a todas estas, nos iba a salir por un ojo de la cara—, e ir directamente para mi casa. Ella se quedó entonces unos segundos en silencio, mirándome un poco extrañada, aunque no tardó en volver a aquella expresión tan tranquila y brillante que tenía antes y decirme que *vale*, y que una vez llegáramos, y siempre y cuando a mí me apeteciera, me invitaba *aun chino*. A mí me pareció una idea genial, y así se lo hice patente, tras lo cual recogimos nuestros enseres, y nos pusimos en marcha.

Desandado el camino hasta la parada de Drassanes, y una vez ya en el metro, solamente tardamos algo así como un año en llegar a mi casa. Lo que sucedió, básicamente, es que me armé un tremendo lío para conseguir hacer bien el transbordo hasta nuestra línea. Llevaba toda la vida haciendo el trayecto a mi casa desde Plaça Catalunya y viceversa, pero aquella noche, precisamente cuando no me habría ido mal tener un poco más de concentración, resulta que me daba por estar más despistado y patoso que nunca. Tuve la suerte, por lo menos, de que Mónica no se irritara demasiado con mis despistes, antes bien, a ratos incluso parecía que se estaba de lo más entretenida; por lo menos cada vez que yo bajaba a una estación y me llevaba las manos a la cabeza al descubrir que me había vuelto a equivocar, soltaba una sonora carcajada. Y hay que decir que en su caso tenía mérito, sobre todo teniendo en cuenta que el metro le daba bastante miedo. De hecho, no era exactamente el metro lo que le daba miedo, sino *los andenes*. Cada vez que pasábamos por uno —y aquella noche pasamos por unos cuantos—, me pedía que me interpusiera entre la vía y ella, como para protegerla. Al final, cuando ya estábamos a punto de acabar aquel calvario de transbordos y cambios de vagón, no pude evitar preguntarle por qué hacía aquello, y ella entonces me confesó que tenía miedo, miedo del *vacío*, para ser más exactos. Luego me contó que era algo que le pasaba desde pequeña, no con los metros, porque en Navalacruz, su pueblo natal, obviamente no había metro, pero sí con cualquier cosa que tuviera cierta profundidad, las alcantarillas, por ejemplo, o el desagüe del fondo de las piscinas. Aún a día de hoy no había conseguido encontrarle la explicación. Yo nunca había oído hablar de ese miedo pero, de cualquier modo, enseguida le dije que la única manera correcta de tratar con los miedos es hacerles frente, como, por ejemplo, andando por el mismo borde del andén, lo más cerca posible de la vía, no irle pidiendo a la gente que la protegiera, a lo que ella me dio toda la razón del mundo.

Al final, cosa que ya empezaba a dudar que fuéramos a conseguir, dimos con la parada de Sagrada Familia y, tras recorrer un par de manzanas, nos plantamos en mi casa. Una vez arriba, y como buen anfitrión, le presenté a Mónica lo primero de todo al gato, y luego los tres hicimos un pequeño recorrido para enseñarle el piso, haciendo especial hincapié en el curioso y viejo calentador que tenía la ducha, una especie de cisterna repleta de tubos y antiguas llaves de paso, y al que, para divertir a las visitas, Clara y yo nos referíamos como *lacabeza nuclear*. A continuación, y tras ofrecerle asiento en el sofá del comedor, traje un par de platos y cubiertos, y luego llamé al restaurante chino que había mantenido con vida a Pomelo durante su estancia en este piso, y cuyas tarjetas de visita en forma de imán tapizaban casi por completo la puerta de la nevera. Mientras esperábamos, se me ocurrió también una idea para amenizar un poco la velada, y darle también un cierto toque romántico: me fui para mi habitación, rebusqué entre mis discos, y pinché en el ordenador uno que tenía de Ray Charles. Cuando saqué la cabeza para preguntarle a Mónica si le parecía bien, y de paso a comprobar cuán maestra había sido mi jugada, ella me respondió comedida. Desde luego, si esperaba que pusiera a los Iron Maiden, se iba a llevar una buena decepción. Instantes más tarde estábamos los dos sentados en el sofá, charlando otra vez. En esta ocasión ella me estuvo contando acerca de la vida tan nómada que había tenido; me dijo que se había mudado con doce años a Oviedo, y que luego con veinte, dos menos de los que tenía ahora, había venido aquí, a Barcelona, a Gavà, siempre por cuestiones del trabajo de su padre. Yo, por mi parte, le conté también algunas cosas de mi vida, tratando de saltarme las partes más morbosas, lo que la dejó en algo más bien monótono y previsible. Igualmente, durante todo este rato, y también mientras cenábamos, estuvimos realmente a gusto, como habíamos estado antes, charlando tranquilamente de nuestras vidas, o por lo menos de aspectos bastante reconocibles de ellas, sin que los silencios incómodos se prolongaran esta vez más allá de un límite soportable. Así que, cuando se nos agotó un poco la charla, recién recogidos los platos, y sentados los dos cómodamente en el sofá, estuve a punto de besarla. Aunque luego no me atreví. No habría sido un mal momento, desde luego, pero es posible que no me encontrara todavía todo lo relajado que esperaba. En lugar de eso, le propuse a Mónica de poner una película, y ella enseguida me dijo que le parecía una idea estupenda. Así que me levanté, me di un garbeo por la habitación de Clara, y volví con el primer DVD que encontré por allí con una portada de aspecto llamativo. Tras su beneplácito, lo puse en el lector, apagué a las luces, y, de nuevo en mi sitio en el sofá, le di *alplay*.

No tuvo que llegar la película ni siquiera a la mitad de su metraje para que me diera cuenta de que estábamos viendo algo realmente espantoso. Enseguida me pregunté cómo demonios podía haberseme ocurrido ir a buscar un DVD a la habitación de Clara; habría sido casi mejor ir a ver si Pomelo había olvidado alguno de sus bodrios de artes marciales en su antigua leonera. De cualquier modo, tampoco es que ahora pudiera hacer mucho al respecto, porque Mónica, al contrario de mí, sí que parecía estar bastante interesada en ella, con lo que decidí conformarme y perderme un poco en mis propios pensamientos mientras repasaba los objetos que había por el comedor, los posters, las lámparas, los silenciosos andares para arriba y para abajo del gato... Curiosamente, al pasar de los minutos, encontré también otra distracción, y ésta resultó ser bastante mejor que las anteriores. Más concretamente, se me ocurrió volver a fijarme en Mónica. Y es que ahora, en la penumbra de un comedor iluminado solamente por el televisor, y después de haber pasado todo este rato tan tranquilo con ella, me costó encontrarle tantos defectos como antes. Mirándola bien, por ejemplo, quizás con un poco más de sutileza, le descubrí un porte ciertamente interesante, con sus manos plegadas con gesto distinguido en el regazo, mientras su mirada no alteraba un ápice su dulzura, aun estando meramente dirigida al televisor. También, y gracias precisamente a lo distraída que se encontraba con la película, pude volver a echar un vistazo a aquel lamentable estampado de Iron Maiden, y ahora me pareció adivinar en él un par de redondeces muy bien proporcionadas, dos volúmenes bien coquetos, no muy lejanos del tamaño y la proporción merecedores de recibir el apelativo de *perfectos*. La verdad es que a estas alturas incluso me resultaba un poco difícil entender cómo en algún momento de la noche podía no haber *vistoguapaa* esta chica. El caso es que al final me di cuenta de que si me iba a esperar a estar completamente relajado para hacer algún tipo de movimiento con Mónica, podía darnos perfectamente la tercera cita, por lo que decidí que había llegado ya la hora de pasar a la acción. Valoré, pues, lo primero de todo, mis opciones. Quería hacer una buena jugada, atrevida, pero a la vez sin perder el romanticismo; tampoco era plan ahora que me viera aparecer de repente entre las sombras y se llevara el susto de su vida, dando de este modo con todo al garete. A estos efectos se me ocurrió que podría llamar antes que nada un poco su atención. Por ejemplo: apretujándome contra ella en el sofá; o cogiéndola de la mano; incluso se me pasó por la cabeza recurrir al clásico de pasarle el brazo por encima de los hombros. Sin embargo, todas estas opciones, aunque en el momento de imaginarlas parecían tener cierta verosimilitud, luego, a la hora de ponerlas a la práctica, me hacían sentir de lo más absurdo, con lo que acababa

siempre por desestimarlas. También consideré otras ideas que se me fueron ocurriendo en los siguientes minutos, algunas un poco más apañadas que las anteriores, aunque no lo suficiente, otras directamente insensatas; hasta que, cuando llevaba ya como un cuarto de hora así, nada más que teniendo ideas, y descartándolas todas una tras otra, mientras por el camino me iba poniendo a cada vez más nervioso, llegué a la conclusión de que mi fallo en estos momentos, y quizá durante toda la noche, estaba siendo precisamente ése, el de pensar demasiado, con lo que enseguida me dije que tenía que hacer algo, sin darle más vueltas. Y a continuación no se me ocurrió otra cosa más que pronunciar su nombre en voz alta.

—Dime —me contestó Mónica girándose hacia mi posición.

Yo me la quedé entonces mirando fijamente, totalmente confundido porque ninguna de las malditas cosas que había estado pensando durante los últimos minutos, o durante toda aquella noche, tenía ahora el menor sentido, y simplemente le sonreí.

—¿Qué pasa? —me insistió, también ahora ella sonriendo. La verdad es que si algo tenía bonito esta chica, más aún que las manos —y los pechos—, eso era, sin duda, la sonrisa. La sonrisa y, sobre todo, la mirada. Me quedé, de hecho, prendado como un bobo nada más que mirándola, y sólo acerté a decirle que la película me estaba pareciendo horrible.

—Pues apagamos la tele —me dijo tranquilamente Mónica, y acto y seguido cogió ella misma el mando para darle al botón de apagar. Luego lo volvió a dejar en el sofá y dirigió de nuevo hacia mí esa mirada tan brillante y tan dulce que, a pesar de todo, había estado regalándome toda la noche. Es curioso porque en estos mismos momentos ninguno de los dos parecía estar ya en absoluto nervioso, parecía, de hecho, como si ambos hubiéramos pasado por un proceso similar, o mejor dicho paralelo, como si yo, gracias a su sutileza y a su paciencia, me hubiera librado justo en este mismo momento por fin de mi absurdo y pesado ego, y a ella, a su vez, también le estuviera pareciendo perfecto que yo le montara uno de mis numeritos tan torpes y tan inocentes. Llegó incluso un momento en que era evidente que Mónica se había hecho ya a la idea de que si no daba ella el paso allí no lo iba a dar nadie, y puede que lo hubiera hecho, parecía, de hecho, a punto de darlo, cuando yo me levanté del sofá de un respingo y me puse a como diez metros de su posición. No sé ni por qué lo hice, probablemente porque de repente me había puesto más triste que el demonio y no quería por nada del mundo que se diera cuenta. Fingir estar triste tiene su gracia como truco para ligar, pero estar triste de verdad tiene el *sex appeal* de un dolor de estómago. Así que simplemente estuve como diez minutos seguidos hablando como un descosido

de la película y de lo primero que me pasaba por la cabeza; le dije que sin duda no se la iba a recomendar a nadie, quizá a alguien que no me cayera demasiado bien, como a Pinochet, por ejemplo. Ella siguió sonriéndome tranquilamente en todo momento, totalmente en mi onda, aunque, pasados unos minutos, me comentó que se le había hecho un poco tarde, y que se tenía que marchar a casa, que al día siguiente entraba a trabajar muy temprano. Me ofrecí insistentemente en acompañarla hasta la parada del bus nocturno, cosa a la que ella se negó de plano. Luego, antes de desaparecer por la puerta de mi casa con aquellos andares que tan entrañables se habían hecho aquella noche, y tras mostrarme por última vez aquella preciosa sonrisa suya, me dio las gracias; a día de hoy todavía no sé de qué.

Aquel mismo fin semana había montada unagordísima en el piso. Resulta que la Navidad estaba ya a la vuelta de la esquina, y como los gallegos iban a estar por aquel entonces en su tierra natal con la familia, a alguien se le ocurrió adelantar algunos días la fiesta, y celebrarla así todos juntos. Llegado el sábado por la noche, y a pesar de que estaba realmente cansado tras haber trabajado toda la tarde en el cine, no dudé ni un segundo en pasarme por el piso: ésta no me perdía por nada del mundo. Al rato de haber llegado, de hecho, ya me sentía como si estuviera en el mismísimo cielo, allí, con un cubata en mi mano, la música de los Rolling pinchada en el comedor a toda potencia, y todo el personal para arriba y para abajo, evolucionando el color de sus rostros al ir de estancia en estancia por el piso. Aquella noche, además, me había dado por ponerme totalmente en plan payaso. Resulta que hacía algunos días que me había dado cuenta de que, por alguna extraña razón, oculta muy probablemente en las penumbras de una intrépida infancia, ahora era perfectamente capaz de tocar la *Marcha Turca* de Mozart abofeteándome la mandíbula. Incluyendo la parte trinada. Nada más llegar a la fiesta no había podido esperar un segundo en enseñárselo a los chicos, y ellos, como no podía ser de otro modo, habían rodado por el suelo de la risa. Ahora, cada vez que me cruzaba con cualquiera de ellos, en la cocina, en la sala VIP —durante el día conocida como la habitación de Zorn—, o de camino al baño, no podían evitar pedirme que se lo repitiera. Y ya que estábamos metidos en temario, aproveché también para mostrarles todo el repertorio que había desarrollado años atrás con Lucía: la cremallera —en todas sus variantes, desde la bragueta hasta la de tienda de campaña—, el sonido de limpiar un cristal con un paño, o el de un lápiz firmando... También les enseñé a correr como se había inventado ella aquella vez, y al

cabo de poco ya los podías ver a todos yéndose a servir cubatas corriendo con los brazos desencajados y los pies por delante. Solamente Vives enfrió un poco la broma al decir que aquello se lo había robado a Groucho. No era verdad en absoluto; por la manera en que Lucía se lo inventó era obvio que lo había hecho de forma genuina. De todos modos, lo que más triunfó entre todas las payasadas que hice aquella noche fue, sin duda ninguna, *la bocina*. Cada vez que veía un grupo de personas bailando o charlando, me acercaba a ellos, cogía al primero al que tenía a mano, y le apretaba un pezón a la vez que hacía sonar la bocina, con lo que conseguía que todo el mundo desternillara. Con las chicas, que aquel día eran pocas y se marcharon pronto, obviamente hice una pequeña variación: en lugar de tocarles las tetas, me apretaba el paquete a mí mismo; no era cuestión tampoco de sacarle ventaja al asunto... Finalmente, como guinda a mi actuación, agarré una pizarrita que encontré desperdigada entre los trastos del *chill-out*, le até un par de cuerdas de guitarra de Leo —que en la basura de su habitación se contaban a pares—, y me la colgué del cuello al modo de Gabino Diego en *¡Ay Carmela!*. Ahora me dedicaba a cambiar tragos de cubata por la posibilidad de escribir en ella: esta noche tenía toda la intención de beber gratis. Fue en mitad de la jarana, después de darme un trago de lo que indudablemente era *ungin-tonic*, y escribir a continuación en la pizarra: *¿Has potado con el diablo a la luz de la luna?*, que Adam me dijo que en la habitación de Sonsoles me estaban esperando. Yo le di las gracias, atravesé el largo pasillo, y cuando llegué allí, y conseguí abrir la puerta —que tras su vuelo rasante por la Diagonal se encasquillaba un poco—, me encontré a Marcos y a Zorn sentados en la cama de Sonsoles, pintándose unas rallas encima de la carátula de un CD, y hablando sin el menor respiro, tan puestos estaban ya. A la vista de aquel panorama no pude evitar recordar la primera vez que probé la cocaína. Fue en esta misma habitación, pocas semanas después de haber empezado a alternar con toda esta tropa. Recuerdo que, al contrario de ahora, la estancia estaba totalmente atestada de gente, y que era el propio Sonsoles quien había pintado seis rallas encima de la parte trasera de la Strato de Leo, cinco para los participantes y una pequeña para hacer un chino. A mí, como novato, me tocaba esnifar el primero, y todo el mundo a mi alrededor me miraba atentamente, guardando un expectante silencio ante lo que iba a ser mi bautismo en la droga. A pesar de todo, la verdad es que no acababa de tenerlo muy claro. En realidad hacía aún bastante poco que había empezado a asistir a estas fiestas, así como a beber, y a fumar —si es que podía llamarse fumar a lo que le hacía a los cigarros—, y a enfrentarme a toda aquella larga lista de cosas que hasta hacía apenas unas semanas eran absolutamente

desconocidas para mí, por lo que ponerme ahora, ya tan pronto, con las drogas duras, me parecía que era casi como empezar la casa por el tejado. De todos modos, no iba a decepcionar a toda aquella gente que había venido a propósito a la habitación por mí, y además, qué demonios, la vida es corta, y yo no tenía ninguna intención dejarme muchas cosas por probar antes de que la juventud se esfumara. De modo que enseguida me sacudí las reticencias y me acerqué decidido a aquella guitarra. Eso sí, cuando vi el montoncito fusiforme de droga que me tocaba, le dije a Sonsoles, aún con el billete de cinco euros metido en la nariz, que era un pelín demasiado grande. Él se me quedó mirando unos segundos con expresión un poco extrañada, se encogió de hombros, y cogió la tarjeta de crédito para desviar un poco de la coca de mi ralla a la del chino. *¿Así mejor?*, me preguntó. *Perfecto*, le respondí. Seguía habiendo demasiada a mi modo de ver, pero decirle que quitara más habría sido una mariconada. Pues bien, al respecto a lo que sucedió a continuación... Para empezar hay que tener en cuenta lo nervioso que de por sí ya estaba. Pero es que además nadie me había explicado cómo funcionaba esto —nunca nadie te explica cómo funcionan las malditas drogas—. Así que cuando acerqué la nariz y fui a aspirar me encontré con que mis pulmones estaban llenos de aire, de modo que instintivamente lo saqué. Y lo saqué delante de la guitarra. Y fuerte. Y todas las rallas, la chiquita, las grandes y la mía fueron a parar al jersey de Sonsoles. Nadie se rió esta vez. Nadie se *ríenunca* con la cocaína.

—¡Entre maestro! —me saludó Zorn, alegre como unas castañuelas nada más verme—, su mercancía está lista para el consumo.

Yo lo saludé también a él y a Marcos, dándoles un abrazo a cada uno, y a continuación me senté en una silla, frente a mis dos amigos. No tardaron en pasarme el CD donde reposaba una hilera de pequeños gránulos de blanco satinado en espera de mi nariz; aunque yo enseguida me lo pensé y luego les di las gracias y les dije que esta noche no iba a tomar.

—No me apetece demasiado —les comenté.

Lo cierto es que, aun sin haber probado muchas variedades, ni tampoco con demasiada frecuencia, en el fondo las drogas nunca habían acabado de convencerme. No es que temiera engancharme, ni a que me diera una sobredosis, estas cosas son en realidad más complejas de lo que la gente suele creer; tampoco me asustaba el daño que podía hacerle a mi cuerpo: al paso al que yo iba, ¿qué me podía pasar, que llegara a viejo con unas cuantas neuronas menos? Lo que sucedía, simplemente, es que siempre que las tomaba luego solía quedarme una sensación, digamos, un poco ambigua, una sensación de como si estuviera haciendo *trampas*. No sé si me explico;

es como si lo que experimentabas de drogas pudiera llegar ser la cosa más maravillosa del mundo —también podía ser la más vacía—, pero que luego no fuera tan fácil llevarte lo vivido para el mundo real. O que, aunque lo fuera, en el camino perdiera irremisiblemente algún tipo de valor, o quizás vigencia; lo mismo que pasa, en realidad, con los sueños, o los buenos ejemplos, aunque con estos no te dejas tanta pasta, y no corres luego el riesgo de tener que pagar los platos rotos con una resaca de aúpa. La cuestión es que, aunque esta vez no tomé, sí que me quedé allí sentado un rato, al lado de mis dos amigos, recordándoles lo que me pasó aquella primera vez que esnifé. Ahora sí que se rieron con ganas; Marcos, de hecho, recordaba con especial claridad la cara que puso Sonsoles nada más ver que acababa de destruir un cuarto de su pollo. Rato después, cuando ya los tres nos habíamos intercambiado uno por uno de aquella habitación por otros usuarios, y tras haber hecho otro buen par de mis paseos étlicos —y haber tenido, por lo tanto, el privilegio de contemplar por el camino algunas de las extravagantes escenas que ya a esa hora empezaban a tener lugar en aquella mágica casa—, me tropecé de casualidad con Jay, que salía en aquel momento de Escocia. Nada más verlo, y bajo un irreprimible impulso, decidí colgarle un brazo del cuello, y acto y seguido me lo llevé conmigo para la cocina. Acababan de entrarme unas terribles ganas de expresarme, y como con Jay es tan divertido hablar, pensé que era absolutamente necesario que dispusiera ante nosotros unas buenas circunstancias favorables a la conversación. Pues bien, dicho y hecho, fue pisar la cocina, y Jay y yo empezamos a hablar desafortadamentedeabsolutamentetodo. Tan en serio estuvimos conversando, y tanto rato permanecimos allí, en el mismo sitio, que al final hasta empezó a añadirsenos gente. El primero de todos fue Zorn, que aprovechó que había ido a rellenar su cubata, y que, mientras lo hacía, no había podido aguantarse de obstruir un argumento de Jay. Más tarde también se pasaron por allí Sonsoles y Leo, que, Dios sabe por qué, venían ocultándose de Vives; y al final hasta se apuntó Adam. Tanta ilusión me hizo, en un momento dado, tenerlos a todos allí, que de repente se me ocurrió una pregunta que no esperé un solo instante en expresarles. Les pregunté, más concretamente, si sabían qué diferencia había entre esas fiestas y las demás. La verdad es que yo no había estado —ni por casualidad— en lasdemás, pero, de cualquier modo, sí sabía la diferencia. *El amor*, les dije. *Si miras a tu alrededor no hay nada más que amor*, les indiqué. Mis cinco amigos dedicaron entonces unos segundos a asentir ante mi afirmación con gesto de sumiller, o acaso con el de alguien que acaba de llegar a una conversación y se ha perdido una parte importante de ella. De todos ellos, solamente Zorn, que era el único que siempre, antes incluso de que yo abriera la

boca, ya me había entendido, sonreía relajadamente, como si supiera *exactamente*, y con todos los matices, a qué me estaba refiriendo. Instantes después alguien debió interpretar que lo que le faltaba a ese momento era un buen abrazo, y acabamos todos entrecruzando nuestros brazos y formando un corro, para, acto y seguido, ponernos a hacer el indio, y a gritar y empujarnos los unos a otros a ver si conseguíamos que alguien se tropezara y se cayera al suelo. Antes de que se deshiciera entre risas aquel círculo de borrachos, pensé con suma alegría en la noche, y también en la vida, y me dije que, afortunadamente, los buenos tiempos no habían hecho más que empezar. Luego, con todos vueltos ya a nuestra individualidad, Adam tomó la palabra y nos dijo que *el amor* siempre era bien recibido, pero que él había venido allí a avisarnos de que había otra ronda esperándonos en la habitación de Sonsoles, y que *de forma madura y ordenada*, nos rogaba que hiciéramos el favor de ir desfilando. Todos, pues, arrancaron de pronto a correr con la delicadeza de una manada de bisontes, y no tardaron en desaparecer por el fondo del pasillo, dejándome a mí allí, solo en la cocina.

Tras una meada en Escocia, enseguida encontré una nueva distracción. Resulta que en el recibidor acababa de generarse de forma totalmente espontánea otra conversación. Cuando puse la oreja, me encontré con que estaba ya funcionando a toda mecha, y a tal volumen, que incluso la música —que estaba sonando allí al lado mismo— no conseguía hacerle la menor sombra. El tema en liza en esta ocasión era ni más ni menos que *el arte*; más exactamente, alguien parecía estar elaborando una detallada distinción entre artistas de talento genuino y otros a los que consideraba meros advenedizos oportunistas. Enseguida me añadí, y escuché cómo se traía a colación toda una ristra de nombres: de grupos de música, de actores, pintores, fotógrafos, productores —hasta de algún que otro presentador de televisión—, ante cada uno de los cuales todo corro reaccionaba con grandes vítores o desprecios, o, de vez en cuando, sumiéndose en las más agresivas controversias. Yo, tras todos aquellos meses de presenciar charlas de índole similar, ahora conocía sino todos los nombres que se dijeron, sí una buena parte de ellos, así que no me fue muy difícil seguir en todo momento la conversación, dejándome imbuir por aquella pasión de gritos y fechas y tecnicismos, e incluso, tan pronto como encontré algo coherente y más o menos articulado que decir, añadí mi parte. Pocos minutos después, sin embargo, y como hablar de arte es algo que siempre acaba dando sed, no tuve más remedio que marcharme a la cocina a servirme otro cubata, y a mi vuelta, parecía como si hubiera pasado un siglo: Jay acababa de unirse a la conversación, y en apenas unos instantes había conseguido convertirla en otra de sus imposibles comparativas entre

cine y cualquier otra disciplina. Intenté igualmente reengancharme, pero justo cuando apenas llevaba unos segundos allí, emergieron de la cocina, bailando y con el botellón en la mano, Marcos y Vives, y nos empujaron a todos a la calle a gritos de *Led Zeppelin*.

Bajamos por la calle Marina haciendo el auténtico mono. Parecía que se fuera a acabar el mundo de las voces y los saltos que dábamos. Estábamos completamente eufóricos. Sin embargo, una vez pasada la boca de metro de Monumental, vimos algo a lo lejos que de repente nos dejó a todos mudos. Allí, al fondo, a unos cien metros, los contornos diédricos de un autobús nocturno acababan de perfilarse en la travesía con la Gran Vía, y se disponían a atravesar la calle para seguir su camino hacia la parada. Décimas de segundo después de aquel avistamiento, y como si acabáramos de oír un disparo, arrancamos todos a correr. Leo y yo, por supuesto, que siempre fuimos los que nos tomamos este tipo de cosas más en serio, fuimos los que llegamos antes. Corrimos tanto, que durante unos segundos conseguimos mantenernos a la par que el bus, llegando incluso los tres a la vez a la parada, en lo que fue una de las carreras más apasionantes —y desequilibradas— de mi vida. Luego conseguimos retener el bus hasta que llegaron los demás, y gracias a Dios, pues de otro modo la noche habría quedado totalmente desprestigiada, pudimos ponernos en marcha diligentemente hacia el centro. Durante el trayecto nos dedicamos a bebernos la mitad del botellón, y a contener un poco la adrenalina. Había un par de señoras mayores en el bus y no era tampoco nuestra intención que se asustaran.

Tras algo así como diez minutos de viaje llegamos a Plaça Catalunya, y embocamos rápidamente la Rambla. Allí nos mezclamos con el jolgorio que transitaba el paseo, y que a esa hora, y en pleno sábado, era multitudinario. Todo en derredor había gente de un aspecto extravagante, muchos, además, tan o más desmadrados de lo que estábamos nosotros. Durante este rato no pude hacer otra cosa más que fijarme en aquellas caras tan aleatorias, y analizar las que me llamaban más la atención. Por ejemplo, apenas unos metros más adelante de nuestra posición caminaba una pareja de aspecto ciertamente peculiar. La chica era pelirroja y tenía un acusado deje de vulnerabilidad, acentuado, además, por el hecho de que vestía con ropa que le he visto ponerse a mi abuela; lo que inevitablemente me recordó a Clara. Su acompañante

tampoco le andaba muy a la zaga: un chico alto, rapado al cero, con un par de largas y frondosas patillas, llevaba, además, un pañuelo rojo atado al cuello, que, así como el resto de su indumentaria: camisa negra abierta, un tatuaje emergiendo del cuello y pantalones de pitillo, parecía fruto de una minuciosa elaboración. Los dos se pasaron todo el rato que los estuve mirando manteniendo una postura bastante tensa, el chico sujetando a su pareja del brazo, y comentándole algo que ella se limitaba a escuchar con desdén, hasta que giraron por una de las calles que llevaban al Raval. Entonces, un poco más adelante, y entre la muchedumbre de gente, me fijé también en otra chica que había apoyada en el lateral de uno de los kioscos de flores que a esta hora hacía ya mucho rato que estaban cerrados. Ésta contaría no más de veinte años de edad y había algo en ella que llamaba ineludiblemente la atención: su belleza era algo fuera de lo común. Una tez delicada como el jade, los ojos muy abiertos, sorprendidos, deslumbrados por el espectáculo de luces y voces del paseo. Parecía estar esperando a alguien con actitud inquieta; quizá a sus amigas, pensé lo primero de todo, aunque cuando reparé en lo elegante de su aspecto: una gruesa chaqueta de plumón de color blanco, tacones, y un maquillaje demasiado recargado, decidí que era a su novio. No tardó, de todos modos, en descubrir que la miraba, para enseguida apartar su mirada. Fue entonces, cuando ya hacía unos segundos que la habíamos sobrepasado, que no pude evitar que de repente se prendiera en mi interior toda una ristra de preguntas que me dejaron totalmente confundido, por su cuantía e intensidad. De todas ellas me sorprendió especialmente una: si había dejado de ser cariñoso. Hay que decir que en ningún momento se me ocurrió cómo demonios había llegado a mí esa duda, ni tampoco que me pareciera muy coherente —no estaba ni siquiera muy seguro de haber sido nunca alguien especialmente cariñoso—, pero, de cualquier modo, no quise dejar pasar la oportunidad de poner en marcha una investigación. Llamé, pues, a Leo, que de todos los presentes era sin duda el único con los arrestos suficientes para llevar a cabo tan arriesgada misión, y le señalé a una mujer seleccionada totalmente al azar de cuantas había paseando tan tranquilamente a aquella hora por la Rambla. Entonces, le confesé que la amaba, y le dije que no era capaz de hacer nada al respecto, por lo que creía que era menester que alguien tomara inmediatamente el control de la situación. A Leo, como no podía ser de otro modo, le pareció una circunstancia sumamente comprensible, así que, tras mostrar su solidaridad conmigo, y quedarse después unos segundos meditando, decidió acercarse cautelosamente en dirección a aquella misma mujer. Antes de darle alcance, sin embargo, hizo una extraña maniobra: la esquivó y corrió a esconderse debajo de un banco que había unos

metros más adelante. Entonces, cuando la chica justo pasaba por al lado del banco, Leo salió arrastrándose de su refugio y se puso a agarrarla de los tobillos y a gritar para asustarla. Ni que decir tiene que a ella no le hizo la menor gracia la bromita, a pesar de que había visto perfectamente a Leo acometer todo el proceso.

—Creo que no le vas a gustar —me comunicó mi amigo volviendo a mi posición. Yo le dije entonces que no importaba, que había descubierto otro par de mozas mucho mejores que aquella. Lo arrastré, pues, conmigo, y me planté delante de ellas, tras lo cual me presenté a mí mismo como un hombre *muy preparado para la vida moderna*, y a Leo como mi callista. Esta vez les hicimos algo de gracia, aunque no consintieron en seguir el juego. No nos íbamos a rendir por ello. Establecimos turnos, y decidimos trabar conversación con algunas mujeres más, a ser posible extranjeras —a las que teníamos por más dóciles que las autóctonas—, probando en todo momento con variopintas estrategias; diciendo, por ejemplo, que éramos un equipo y que nunca trabajábamos solos, o haciéndonos pasar por funcionarios puestos allí por el ayuntamiento para asegurarnos de que todo el mundo fuera feliz; incluso nos presentamos como Testigos de Jehová. Al final, ya totalmente desesperado, Leo le recitó arrodillado a una damisela una poesía de Manuel Machado tan desgarradora que le habría hecho saltar las lágrimas al más pintado; aunque a él no le sirvió de mucho más que para granjearse un par de sonrisas de los paseantes. Haciendo balance podríamos decir que todas se divirtieron, excepto algunas más antipáticas, aunque luego ninguna de ellas solía saber qué hacer con ello. Tampoco nosotros sabíamos muy bien qué buscábamos. Al final de todo, solamente un par de chicas, las más guapas de todas, todo hay que decirlo, decidieron tirar del hilo, incluso una de ellas se apostó sus gafas de sol a que ganaba a Leo en una carrera entre dos quioscos sin quitarse los tacones. Ganó Leo, obviamente, y tal y como fue la cosa podías apostar a que habría ganado igual aunque ella se hubiera quitado los tacones, pero de todos modos le perdonó las gafas de sol. A continuación, tras la carrera, y cuando ya les íbamos a proponer de ir a algún sitio a tomar algo los cuatro juntos, fue el mismo Leo quien decidió llevarme un poco a parte para hablar conmigo. Resguardados del oído de nuestras acompañantes, me comentó que, si su intuición no le fallaba, probablemente aquellas chicas tan cordiales no debían superar los *dieciséis*. Ahora que me lo decía me pareció ciertamente probable, y en quórum acordamos despedirnos cortésmente de ellas y salir enseguida a buscar a nuestros colegas, a los que hacía rato que habíamos perdido la pista. De todos ellos, solamente encontramos a Zorn. El tipo iba más despistado que un demonio, caminando por el centro de la Rambla, y cuando nos vio

se llevó enseguida las manos a la cabeza y se puso a dar saltos. Nos explicó que había perdido la pista del grupo porque una puta nigeriana lo había agarrado como un muñeco y había empezado a magrearlo por todos lados. *Folla, folla, chupa, chupa*, dijo que le decía la puta, y que no había manera de deshacerse de ella. También dijo que suerte que no llevaba pasta encima, porque si no quizá ya no lo veíamos más aquella noche...

A los demás ya no los encontramos hasta que llegamos a Plaça Reial, precisamente en la misma cola del Sidecar. No debía hacer mucho tiempo que se encontraban allí, porque la cola era kilométrica y no estaban precisamente en una posición muy privilegiada. Ya de nuevo con ellos aprovechamos la espera para acabar de rematar el botellón, hacer un par de turnos para ir a mear, y algunos también para pintarse otra ronda de coca. Unos veinte minutos después, por fin, nos dejaron pasar. Enseguida nos encontramos con que el local estaba casi a reventar: apenas sí podía uno circular por las escaleras de bajada. Nos costó un mundo atravesar el garito y apalancarnos en el único hueco libre, un rincón al lado del escenario; ubicación, por lo demás, infame: no daba el aire acondicionado, y el altavoz reventaba como un terremoto. También la música era aquel día de lo peor, todo temas nuevos, modernos, sin la menor sustancia. Solamente de vez en cuando sonaba algún temazo, quizás algo de Nirvana, y entonces nos poníamos todos a botar y a gritar como locos. Fue en una éstas, cuando llevaban sonando seguidos varios temas horribles, que Marcos debió cansarse y se encaramó a la cabina del DJ. Sólo Dios sabe cómo pero, tras quedarse allí apostado, insultando a ratos al pobre chaval y a otros exaltando a los Doors, al final consiguió que nos pincharan *Rock and Roll* de los Zeppelin. Casi se hunde la discoteca. Todos nosotros, los que estábamos allí, y los demás también por efecto contagio, empezamos a saltar, a agarrarnos unos a otros, a empujarnos, y a gritar. Yo tenía al mismo Marcos al lado asido del cuello de su camisa, gritándonos los dos la letra de la canción y todo tipo de insultos hasta quedarnos sin voz. Tuvieron que venir varias veces los seguratas a amenazarnos con echarnos de allí para que decidiéramos bajar un poco el nivel de la euforia. Habría sido más inteligente por su parte esperar un par de minutos, los que quedaban para que se acabara la canción y el DJ volviera a los temas de mierda.

Fue al cabo de unas pocas canciones más, y mientras los demás empezaban a liarse unos pitillos, que me encontré con que me habían entrado ganas de moverme. Aprovechando la tesitura opté por ir al baño y entonces, a mitad de camino, y sin mediar provocación, una chica se me tiró a bailar encima. Estaba verdaderamente borracho, y la luz era más bien pobre, pero aun así me pareció apreciar en su rostro

una singular fealdad. Tenía el cutis brillante, como de hojalata, y las facciones irregulares, casi reticuladas, como la fea de *Las señoritas de la calle Aviñón*. A pesar de todo tenía un cuerpo bonito, así que decidí hacer algo útil con ella. Me acerqué, pues, a su oído y le pregunté si le gustaba aquel chico, señalando a un tipo que bailaba solo, bajo la potente luz de un foco, y que no era otro sino Zorn en todo su esplendor. Ella me dijo que sí y yo, para acabar de convencerla, le prometí que, aunque a simple vista quizás no lo parecía, se trataba del tipo más elegante de la discoteca, y que valía la pena que lo considerara con él. La chica me miró, asintió algo confundida, y se marchó hasta la posición de Zorn, quien, tras palpar un poco, y una vez asegurado que lo que tenía encima era un cuerpo femenino, no tuvo tantos remilgos como yo. Libre, pues, de obstáculos, y contento por haber hecho felices a un par de personas, pude seguir tranquilamente mi camino hasta el baño.

Una vez adentro, me puse a mear en un urinario, y enseguida se añadieron a mi lado dos tipos que venían hablando sin respiro. Se les notaba a un quilómetro de distancia que iban puestos hasta las cejas. Viéndolos marcharse, instantes más tarde, sin haber detenido la cháchara por un solo segundo, me dije que me había dado por empezar a experimentar con las drogas justo cuando todo el mundo se metía quilos de todo; ¿quedará algo todavía en la faz de la tierra en lo que ser original? Volviendo al bullicio de la pista de baile, descubrí con sorpresa que ya no me encontraba tan a gusto como había estado hacía apenas unos minutos. Me sentía, de hecho, ciertamente mareado; puede que con la bromita de la pizarra hubiera acabado mezclando demasiados alcoholes. No tardé, pues, en dirigir mis pasos hacia donde estaban los chicos, pensando que reuniéndome de nuevo con ellos, y haciendo un poco el indio a su lado, me iba a olvidar del colocón que llevaba; aunque luego, a mitad de camino, cambié de opinión. Se me ocurrió que lo que me estaba sucediendo en estos momentos era algo que necesariamente tenía que vivir solo. Así pues, giré sobre mis talones y no tardé en empezar a descubrir elementos nuevos de la discoteca: conocí a un par de rusos gordos como buñuelos de bacalao y vestidos con sendas camisetas de Los Planetas, a una sueca con un nombre tan imposible que tuvo que repetírmelo como unas diez veces antes de que fuera capaz de retenerlo... También me quedé mirando fijamente hasta que conseguí que desviara su mirada al tipo más alto que había entre el público. No se trataba de alguien muy fornido —de hecho, era más bien delgado—, pero me llamó la atención; supongo que en realidad lo hice solamente por comprobar si era capaz. Minutos más tarde, sin embargo, me sucedió algo que me hizo percatarme de lo realmente borracho que estaba: por mi cabeza pasó una auténtica estupidez. Se me

ocurrió pensar, nada más y nada menos, que estar allí, en la discoteca, no era tan diferente de lo que podía ser estar en un Salón del Reino. Llegados, pues, a este punto, era menester que saliera a la calle a que me diera un poco el aire.

Tras abrirme paso por las escaleras de salida, y conseguir alcanzar la puerta, dejé que el fresco del exterior me aclarara un poco la mente. El mundo me daba vueltas, y tenía serias dudas de mi capacidad de mantener la verticalidad, así que no encontré otro remedio mejor que arrancar a andar. No elegí tampoco un itinerario demasiado extravagante, sencillamente me mantuve por allí cerca, dentro de la plaza, dando vueltas por debajo de los porches, con la cabeza gacha, y fijándome bien en el suelo que pisaba. También, para acabar de amenizar la velada, me coloqué los cascos y me puse un disco de Masada que acababan de sacar con Joe Lovano y que contenía un par de canciones perfectamente capaces de partirme el corazón en pedacitos. Con esa música de los ángeles sonando en mis oídos, y confiando en cada paso que daban mis pies, no pude evitar quedarme ensimismado en el majestuoso paisaje que se presentaba a mi lado: las fuentes en el centro de la plaza, las luces de la policía, los neones de los garitos... Todo parecía parte de una larga melodía, o un solo de duración libre, tocado, en cualquier caso, expresamente para mi uso y disfrute. Me gustó tanto, de hecho, aquel momento, que decidí que lo mejor que podía hacer ahora era alargarlo dirigiendo mis pasos hacia la Rambla, y enfilando luego el camino a casa; sin dejar, por supuesto, en ningún momento de mirar pasmado a mi alrededor, y evitando, en lo posible, la solícita mirada de los lateros, de los vendedores ambulantes de comida y de las putas.

Fue a comienzos de aquella misma semana cuando empecé a notar una sensación como de haber errado el tiro por mucho, como si no hubiera hecho otra cosa en los últimos días, o meses —o incluso en toda mi vida—, más que dar pasos en falso uno tras otro. Lo primero que pensé fue que quizás esto tenía algo que ver con la soledad, con que, llegada la Navidad, todos mis amigos hubieran empezado a esfumarse otra vez de mi vida mientras a mí no me tocaba más remedio que quedarme en Barcelona trabajando. O quizás, me planteé también, todo fuera culpa de aquel tremendo frío que arreciaba a cada vez más conforme nos adentrábamos en el invierno. Era, de cualquier modo, un compendio de varias cosas, pero con el paso de los días, y sin mucho más que hacer en mi día a día más que tratar de resistir a la melancolía, y andar perdido como un perro por mi solitaria casa, empezó a resultarme inevitable estar cada vez con los ojos más abiertos, y atento a todo lo que pasaba a mi alrededor. No es que estuviera preocupado; no, por lo menos, demasiado —ni siquiera era una situación que me viniera muy de nuevo—, simplemente no creía que perder ahora la paciencia, o la concentración, fuera a hacerme ningún bien, si lo que pretendía era hallarle algún tipo de solución al berenjenal en el que me había metido.

Fuera como fuera, aquel mismo jueves el deber me llamaba. Aquel año el día de Nochevieja coincidía en mitad de semana, y los que habíamos hecho ya las vacaciones —y especialmente los que las habíamos hecho cuando nos había dado la gana—, no teníamos más remedio que pasarnos por el cine a suplir los turnos especiales que se habían formado para las fiestas. Siempre pensé que éstas eran unas fechas para que la gente se quedara en casa, a pasar el tiempo con la familia o los allegados, no para ir a ver alguna horripilante película, pero lo cierto es que el dichoso cine se llenó hasta la

bandera. Tuve suerte de que Luna, que necesitaba el dinero, se hubiera ofrecido voluntaria y anduviera también por allí. Cuando la vi, de hecho, a lo lejos, nada más entrar en el gigantesco —y afortunadamente acondicionado— vestíbulo del cine, se me fue de golpe todo el mal humor que llevaba. Vestido ya con mi traje de claqué, y con su inestimable compañía, fue mucho menos pesado hacer frente a las grandes marabuntas que se formaron aquella noche, y que en las peores sesiones se sublimaron en unas colas que llegaron a colapsar hasta la entrada principal. Aquel día, a pesar de que trabajamos bien en todo momento, y con la mayor efectividad, nos vimos quizás un poco superados; no habría estado mal, desde luego, tener a Kike por allí como los sábados, pero hacer venir a un empleado extra a ayudar, aun cuando el trabajo se preveía el doble de lo normal, habría sido ya pedirle demasiado a los jefes. Por lo menos, entre sesión y sesión, tuvimos algún que otro rato más tranquilo, que Luna y yo, una vez limpiado y bien repuesto el bar, aprovechamos para recuperar fuerzas hinchándonos a comer y charlando. En esta ocasión nos dedicamos a poner en práctica una serie de recetas que ella misma había inventado durante mi ausencia en Galicia. Había descubierto, por ejemplo, que si mezclabas directamente los jalapeños de los nachos con las palomitas, los primeros no picaban tanto. De hecho no es que no picaran, es que el sabor de uno se compenetraba perfectamente con el del otro, en lo que venía a ser un maridaje perfecto. También estuvimos guardando un par o tres de nachos de cada bolsa que servíamos, para luego irnos al almacén y metérnoslo todo entre pecho y espalda a la mínima que la barra se quedaba vacía. Todo esto regado, por supuesto, con abundante Coca Cola y un nuevo refresco diseñado por Luna, y que también ofrecíamos en secreto a los clientes más habituales, o a los tarados que de vez en cuando se pasaban por allí, consistente en 7up con un chorrito de Fanta de Naranja o de Limón, al gusto de cada uno. Decir sobra que si los jefes nos pillaban haciendo cualquiera de estas actividades se nos iba a caer el pelo, pero a ninguno de los dos nos importaba lo más mínimo. A Luna porque sabía que el cine se hundiría sin ella —y también sabía que los jefes eran conscientes de ello—, y a mí porque a estas alturas ya me daba lo mismo si me echaban; siempre y cuando, claro está, fuera tras darme una jugosa indemnización.

Así, pues, sin muchos más incidentes a parte del alto volumen de trabajo, nos pasaron las sesiones, y cuando ya solamente quedaba la de golfas, estábamos los dos tan exhaustos, que no teníamos ganas de otra cosa más que de que acabaran rápidamente las dos horas que nos quedaban, y poder así marcharnos para casa. Luna, de hecho, poco antes de la pausa para cenar, me encontró metido en el

almacén, mirando mecánicamente por todas partes, especialmente a cuanta maquineta había por allí, los manómetros del CO2, los tubos que atravesaban de arriba a abajo la estancia, las instalaciones... Es curioso porque cuando trabajaba con Jorge no había manera que me fijara en cómo estaban hechas las instalaciones antes de liarme a agujerear paredes y a destrozar cañerías, pero aquí, en el cine, enseguida que descubría un par de cables juntos me quedaba prendado de ellos. El caso es que, nada más entrar en el almacén, Luna me preguntó qué demonios era lo que estaba haciendo. Yo le respondí que había venido a buscar algo pero que no tenía manera de acordarme de qué se trataba, a lo que ella se dio un hartón de reír, aunque justo después me reprochó que llevaba allí metido como un cuarto de hora.

—Cariño —me dijo—, cógete hoy el primer turno de la cena. Te vendrá bien.

Se lo agradecí y, minutos después, bloqueé la caja, recogí mi anorak, y, tras comprarme un bocata de fuet en la bocadoilería de al lado, salí del cine por la puerta principal. Adentro, en el comedor para empleados, la calefacción estaba puesta a toda potencia, pero ni por todo el oro del mundo habría ido aquella noche a cenar allí. No solamente porque a esas horas la sala fuera a estar atestada de gente, y convertida en un guirigay de risas y olores, sino porque tampoco me apetecía estar con casi nadie con los que me podía tropezar a esa hora, especialmente con mi taquillera. Así que simplemente busqué mi sitio de siempre, en un rincón al lado de la fachada del cine, me senté, y le hiqué el diente al bocadillo. Mirando entonces al centro comercial, no tardé en reparar en lo llamativo del aspecto que presentaba a esas horas: todos los edificios veían definidos sus contornos por el amplio catálogo de sus luces habituales, a las que había que sumar las de Navidad, que, desde luego, no es que escasearan. Especialmente destacable era la discoteca que había justo delante de la puerta cine. Al parecer intentaba recrear una especie de selva tropical en la que las lámparas y las farolas era palmeras y los monos iban vestidos de frac, aunque luego otros elementos venían a sumarse a los anteriores de forma un tanto aleatoria, ya fueran unas ventanas que querían representar los ojos de buey de un barco, o una anacrónica balastrada ornada con flores de color morado y amarillas, algunas en relieve, otras solamente pintura. Finalmente, y por si no era ya arriesgada esta mezcla de conceptos, había toda una serie de luces navideñas, renos, y Papá Noeles repartidos por doquier en la fachada, contrastando notoriamente con los colombianos y ecuatorianos que esperaban en la puerta totalmente emperifollados y con cara de pocos amigos. Me hallaba, precisamente, admirando este curioso panorama cuando vi aparecer a Luna por la puerta y dirigirse hasta mi posición, para acabar sentándose frente a mí. Me hizo

mucha gracia que hubiera decidido venirse a cenar conmigo, a pesar de que en aquel mismo momento tampoco es que me apeteciera nada hablar, ni siquiera con ella. De todos modos enseguida le pregunté por cómo le iba la vida, y ella me anunció, con una amplia sonrisa en los labios, que Kike acababa de mandarle un mensaje diciéndole que había conseguido una beca para volver a la universidad. Me alegré mucho por él y le dije a Luna que, cuando lo volviéramos a ver, aquel mismo fin de semana, había que montarle una celebración, algo fuera de lo común, ir, por ejemplo, a tomar unas birras a la cervecería de la primera planta del centro comercial. A Luna le pareció una idea excelente y acordamos que a la salida llamaríamos a Kike y se lo comunicaríamos. Instantes más tarde le comenté que más que probablemente con el cambio de año iba a dejar el cine. Luna se quedó entonces callada y supuse que se mostraría apenada, aunque en lugar de eso no tardó en ponerse en plan maternal y sugerirme que éste era el momento perfecto para hacer como Kike y labrarme mi porvenir, quizás, *¿por qué no?*, tal y como había hecho él, con *unacarrera*. Yo, como respuesta, le dije que nunca me lo había planteado muy seriamente, pero que, de cualquier modo, no tenía interés en ninguna carrera, a lo que Luna ahora decidió insistirme, enumerándome varias de las posibilidades que, según su criterio, encajarían con mi talento, tales como historia, filología, telecomunicaciones y alguna más, como si los meros nombres fueran un gran muestra de lo que contenían, y un motivo especial para ilusionarse. Al final acabé por cortarla diciéndole con franqueza que creía que nunca había sido buen estudiante, y que, además, estaba demasiado ocupado con mis proyectos como para añadirle a mi horario algo tan rígido como unos estudios universitarios.

—Oye, Elí —me replicó Luna, acaso un poco irritada—, ¿tú que esperas de la vida? Enseguida me di un hartón de reír. A las mujeres siempre se les dio muy bien percatarse de cuando me encontraba perdido, aunque luego tuvieran reacciones un tanto aleatorias, como ahora Luna indignándose. Yo le respondí lo que ya le había dicho más de una vez desde que nos conocíamos, que lo que a mí me gustaba era, en la medida de lo posible, hacer las cosas cada vez mejor, aprender, en definitiva, pero a mi ritmo, con libertad, sin exámenes ni objetivos a un plazo determinado.

—Pero, ¿aprender qué? —insistió.

—Mira —le respondí—, hoy en el metro, viniendo para aquí, he descubierto una cosa.

—¿Qué?

—Como evitar que, al llegar a una estación, el tren te pegue una sacudida.

—¿Cómo? —Luna no podía estar más sorprendida.

—Es muy fácil: en el momento en el que el tren frena, la inercia te lleva hacia adelante,

y luego, al detenerse definitivamente, hay un rebote que te lleva hacia atrás. Pues bien, no tienes más que abandonarte a la inercia de la frenada un instante antes de que acabe de frenar para que una fuerza anule a la otra. Física pura.

—Elí, ¿tú estás bien de la chaveta?

—Es una broma, mujer.

Por Dios, cuando Luna quería hablar en serio era irreductible.

—A ver... —me puse a pensar mientras le daba otro mordisco al bocadillo— ¿Quieres saber lo que quiero?

—¿Qué?

—Quiero que, cuando *me llegue el momento*, estar lúcido.

—¿Cómo? —preguntó perpleja.

—Quiero estar despierto cuando muera, que todos mis sentidos estén alerta.

—¿Despierto? ¿Te refieres a que quieres sufrir?

—Hombre, la verdad es que preferiría no sufrir, pero lo que digo es que no me importaría. Es decir, *querría* que no me importara. Me gustaría poder morir, por ejemplo, como lo hacen los animales, sin que sea un gran drama, de forma totalmente natural. Si quieres que te diga la verdad, estaba pensando más que nada en mi abuelo, creo que me conformaría con no morir como él lo hizo, como si la vida nunca hubiera tenido mucho que ver con él. No me gustaría morirme con la sensación de no haberme enterado de *nada*. No sé si me estoy explicando.

—No lo sé, Elí. ¿Hablas en serio o es otra broma?

—Es una broma. Pero también lo digo un poco en serio.

Le di entonces la última dentellada al bocadillo antes de arrugar el papel que hacía unos instantes lo había contenido, mientras Luna se soltaba el pelo y se lo volvía a recoger con una goma.

—¿Y de qué vas a vivir de mientras aprendes todo esto?

—De trabajar, mujer. Como todo el mundo. Que deje el trabajo no significa que no vaya a buscarme otro.

Cuando llegué a mi casa, sobre la una y media, y tras un curioso viaje en un bus nocturno atestado de borrachos, me encontré con que adentro hacía, inexplicablemente, más frío que en la calle. En estas cuestiones este piso era

tremendo, perdía el calor por los cuatro costados; en verano, de hecho, sucedía lo mismo, como no corría el aire te podías asar allí metido. Además, no teníamos ni una mísera estufa. Pomelo había tenido una que yo le pedía prestada continuamente, pero al dejar el piso se la llevó con él; el tipo dejó toda clase de trastos a su partida, pero a ninguno de ellos podías sacarle la menor utilidad. De todos modos, como tampoco me iba a quedar con la ropa de la calle puesta, me fui para mi habitación, me puse a toda prisa un par de pijamas, uno encima del otro, y un jersey de lana, y salí de nuevo al comedor. A continuación, mientras me frotaba las manos para entrar en calor, estuve valorando la posibilidad de prepararme algo caliente —el bocadillo de antes no me había saciado del todo—, aunque enseguida desistí; era ya muy tarde como para ponerse a cocinar. Instantes más tarde, satisfecho y agotado como estaba, volví a mi habitación, y tras añadir en lo alto de la colcha un saco de dormir que Clara y yo guardábamos para los invitados, me metí directamente en la cama.

No dormí mucho. De hecho, aunque estaba derrengado, no tenía nada de sueño. A parte del insomnio que venía arrastrando los últimos días, muchas veces me sucedía que, después del cine, y más si había sido un día ajetreado como hoy, mi mente se quedaba demasiado activa, como sin acabar de ser capaz de desconectar del todo. Luego, al tratar de dormir, se llenaba de pronto de vivas imágenes del mismo cine: de la olla, de las máquinas de bebida, de las largas hileras de gente en las sesiones más fuertes... Tenía un truco perfecto para cuando me pasaban estas cosas. En lugar de enfadarme y tratar de expulsar por la fuerza todas aquellas imágenes, le seguía el hilo a mi mente y me imaginaba a mí mismo dejando de pronto de servir el pedido, sacando una escopeta de debajo del mostrador, o un sable láser, y aniquilando de dos en dos a toda la cola, para finalmente enfrentarme a la olla, definitivamente mi némesis. Era una manera un poco salvaje de dormirse, no lo negaré, pero curiosamente muchas veces se había mostrado también efectiva. De hecho, esta vez lo probé y funcionó bastante bien, por lo menos hasta que, al cabo de algo así como media hora, empecé a crear también imágenes de mi taquillera, lo que me acabó de desvelar. Pensé entonces en hacerme una paja, pero al final no me animé; hacía realmente demasiado frío, y solamente faltaba que añadiera más impulsos visuales y sensitivos a mi mente. Odiaría, una vez de vuelta a la cama, no encontrar más alternativa que ponerme a matar actrices porno con mi sable láser. Eso sí que habría sido *incivilizado*. Así que lo que hice al final, sencillamente, fue incorporarme, envolverme con la manta y salir de mi habitación.

Nada más abrir la puerta, me sorprendió encontrarme en el comedor con un paisaje

poco menos que sobrecogedor. La noche se matizaba en blanco y negro todo en derredor, tomando la forma de sombras adscritas en las paredes: por una parte contornos estáticos, como si los muros de la casa hubieran sido cizallados con figuras rectangulares, y por el otro perfiles móviles, como las sombras de las plantas del balcón, que se mecían ligeramente al vaivén del viento sin que ningún ruido llegara a atravesar los cristales. No se oía nada, en realidad. Eran poco más de las dos y no debía haber ni una sola alma en la calle; si querías podías creerte perfectamente que te habías quedado completamente solo en Barcelona. Me sentí, por lo menos, un poco solo en estos momentos, no habría estado mal que hubiera andado por casa Clara, aunque fuera en su habitación, durmiendo, o incluso Pomelo; hasta me habría conformado con el gato. Hacía ya un par de días que Clara se lo había llevado a casa de su novio, *para que yo no tuviera que cuidar de él*, me dijo. No había sido, desde luego, una relación sencilla la de Dylan y yo: imposible vivir juntos, y ahora que ya no éramos compañeros de piso, de repente me daba por echarlo de menos. De todos modos, como algo tenía que hacer mientras esperaba a que el sueño acudiera en mi búsqueda, opté por sentarme en el sofá, bien tapado con mi manta, y poner un rato la televisión. Afortunadamente no tuve que cambiar más que un par de veces de canal para encontrar una película recién empezada: *Cowboy de Medianoche*, y como mi padre me la había recomendado tiempo atrás, decidí darle una oportunidad. Fue todo un acierto: tras apenas algunos minutos de visionado ya me parecía estar asistiendo a una auténtica obra maestra. No lo digo solamente por el argumento, que a mi opinión se trataba de una de las mejores lecciones de sencillez y atemperación narrativos de la historia del séptimo arte, sino porque en general encajó totalmente en mi estado de ánimo. Incluso consiguió algo que hacía muchos días que no obtenía de nada: preservarme un poco de la tristeza, aunque fuera sólo por un rato; hasta en las mismas escenas tristes me sentí consolado y lejos de todo dolor. No me costó pensar que era una auténtica pena que no le hubiera hecho caso a mi padre tiempo atrás y la hubiera visto en el momento en que me la recomendó. A día de hoy se habría convertido posiblemente en una de mis películas favoritas, sino en mi favorita de todas.

Hora y media después, cuando los créditos ascendían por la pantalla, había conseguido pasar un rato realmente entretenido, pero también habían dado ya casi las cuatro de la madrugada, la hora más peligrosa de la noche, la hora a partir de la cual ya no hay vuelta atrás, y todavía no había cogido el menor sueño. Tampoco tenía ganas de ver ninguna película más, así que apagué la tele y me quedé allí, quieto donde estaba, observando el panorama. Lo primero que captó mi atención, como

siempre que me hallaba desocupado en el comedor, fueron los posters que había colgados en las paredes. Me estuve fijando bastante rato, por ejemplo, en uno de Miles Davis, en el que el músico aparecía sentado, soplando su trompeta a la luz de un foco, y en contraste con una tenebrosa pared que había a su izquierda. Curiosamente, siendo un póster que yo mismo había colgado haría bastante tiempo, y aun a pesar de que en la oscuridad del comedor no se lo veía bien del todo, no fue hasta en aquel mismo momento en que me di cuenta de que no debía de tratarse más que de un posado. No había más que ver lo bien arreglado que iba Miles, como si hubiera una maquilladora no muy lejos de él vigilando que no se le arrugara la camisa, o sobre todo en la mirada, una mirada de puro aburrimiento, de estar embocando su trompeta por una vez para nada, sólo para que pudieran plasmar aquel momento para la posteridad; nada en realidad, como he dicho. A continuación, cuando ya me había cansado de contemplar a aquel incómodo Miles, me fijé también en unas láminas de Klimt que Clara tenía colgadas en una columna y que a mí, particularmente, nunca me habían gustado lo más mínimo; aunque ahora, sumidas en la tiniebla y brillando más los dorados y platas en contraste con los otros colores, me parecían algo más ricas de matices. Divagué también a lo largo de otros posters, algunos de Clara, como el de Billie Holliday en un escenario de focos y contraluces, otros míos, como los de Joey Baron, partiéndose como siempre de risa en su batería, Greg Cohen y toda *latroupe*... Hasta que finalmente detuve mi mirada en un último póster, más concretamente, y sin el menor género de dudas, el más hermoso de todos. Éste era de Clara —ya me lo había encontrado colgado cuando vine a vivir aquí—, pero me gustaba tanto que muchas veces, cuando estaba en casa solo, escuchando música con los cascos, o haciendo cualquier tarea cotidiana, salía al comedor solamente para quedarme mirándolo embobado. Se trataba de una foto de Marilyn Monroe tomada en una especie de azotea, en lo alto de lo que debía ser algún rascacielos de Nueva York, o de Los Ángeles, probablemente en el descanso de un rodaje. La bella actriz se hallaba acodada en una baranda de piedra con un cigarro en la mano y sin desviar la vista de la calle, que estaba muchos metros más abajo. Su mirada era conmovedora. Parecía emanar de ella una suave angustia, mezclada con cierto cariño, como solemos mirar todos a la calle desde las alturas, sabiendo que la muerte y la vida están tan allí, tocándose como se tocan el mar y el cielo. Tanto me gustó, de hecho, contemplar por enésima vez este póster, que cuando llevaba ya un rato así, nada más que mirándolo, de repente me entraron ganas de imitar aquel gesto. Así que me acerqué hasta la mesa, donde alguien —muy probablemente Zorn, que un día se iba a dejar la cabeza

en mi casa— había olvidado desde hacía días un paquete de tabaco de liar, y me puse a confeccionar un cigarrillo. Tras apenas un par de años conseguí terminarlo, y a continuación, después de darle un par de caladas, y como era obvio que no estaba fumando sino haciendo una especie de pose para mí mismo, se me ocurrió hacer algo totalmente diferente a lo que había venido probando hasta el momento. Le pegué una buena chupada, contuve el humo unos segundos, mientras colocaba la lengua entre los dientes, y lo exhalé con un golpe seco de mandíbula. Enseguida, una bastante identificable Ode humo se fue girando sobre sí misma hasta deshacerse en el centro del comedor. Me quedé perplejo. Por Dios, ¿era posible que hubiera aprendido antes a hacer esa mierda que a fumar? Y justo en ese momento, mientras volvía mi mirada de nuevo a la ventana, hacia aquella Barcelona que, si quería, también era capaz de dar un poco de vértigo, me acordé de repente de Lucía. No fue algo, desde luego, que me cogiera muy por sorpresa, en realidad no había dejado de pensar en ella ni un solo instante desde que nos vimos por última vez, haría a estas alturas un año y medio; ni que decir tiene en noches tan profundas e inabarcables como ésta, en las que era imposible no mirar al fondo de los sitios más penumbrosos de uno mismo. Sí, en cambio, me extrañó un poco la intensidad, o la claridad, con la que la sentí esta vez. Recuerdo, por ejemplo, que meses atrás, cuando me encontraba en situaciones como esta, en que su recuerdo acudía en la predisposición del silencio, era capaz de generar sentimientos relativamente fuertes, ya fuera de decepción, no por algo en concreto, sino en general; o de ira, solamente de forma puntual; obviamente, por lo menos al principio, también la había echado muchísimo de menos. Es evidente que Lucía había ocupado durante mucho tiempo un lugar predominante en mi vida, y que sin ella no habría podido hacer la mitad de los experimentos que hice en aquel entonces, e incluso algunos de los que venía haciendo ahora. Ella había sido, por qué no decirlo, mi maestro: todo lo que ahora tenía en mis manos, mis más preciadas posesiones, que aunque no se trataran de algo muy material, o palpable, sí que eran lo más sólido que había conseguido en mi vida, lo más real, tan ardientes y tan vivas que se movían a cada mirada que les echaba, era difícil imaginar que las hubiera alcanzado sin antes haberla conocido a ella, sin haber sido testigo de esa manera tan suya de amar la vida, tan desde las alturas, tan a vista de pájaro, siempre dispuesta a estrellarse a la mínima turbulencia... Por otro lado, también es cierto que ahora, pasado el tiempo, su imagen se había ido apaciguando en mi mente, quedándose en algo bastante más neutro, o calmado, hasta el punto en que ya no la creía capaz de alterar mi ánimo en lo más mínimo. De hecho, el único sentimiento que solía acompañar a su recuerdo

últimamente, y el que precisamente vino a presentarse con tanta intensidad en estos momentos, no tenía nada que ver, en el fondo, con ella, sino solamente conmigo. Simplemente me entristecía no haber sido capaz de enseñarle nada y o a ella. Y es que, si me ponía a pensar, hasta me costaba recordar un momento en que hubiera conseguido *transmitirle* algo a Lucía, aunque fuera una pequeña muestra de lo que sentía por ella; probablemente, entre otras cosas, porque casi nunca en mi vida he sido capaz de transformar en palabras una mínima parte de lo que siento, por lo menos cuando es el momento de hacerlo. Y mira que había tenido cosas que decirle; ahora mismo, para no ir más lejos, me habría encantado poder explicarle algunas de las cosas que había aprendido en estos últimos meses —o que me había dado cuenta que ya sabía—, cosas que estaba seguro que a ella podrían serle de mucha utilidad, que de una manera u otra, más pronto o más tarde, también ella iba a tener que aprender, como, para no ir más lejos, que rendirse es verdaderamente difícil, acaso una quimera; y eso contando con que realmente sea posible, que no sea nada más que una pérdida de energía y de tiempo. Y sin embargo, ¿cómo le explicabas algo de este calado a Lucía, ya no digo esperando que te hiciera algún tipo de caso, sino, por lo menos, sin que se te durmiera del aburrimiento? Y más teniendo en cuenta que, pasados estos meses, habíamos perdido todo contacto... Hete ahí un par de pensamientos que se plegaban sobre sí mismos, y de los que no iba a salir de otra manera sino con un poco más de aquella tristeza a la que tan fácil estaba siendo aquella noche añadir gravedad, y tan difícil aliviar su intensidad. Es, pues, por esta razón, para no empeorarlo todo, que traté de sacudirme estas malas sensaciones volviendo a mi cigarro, y a todas aquellas tenues luces que vibraban allí afuera, a la Sagrada Familia, convertida en un mosaico de sombras desde hacía horas, *alcohet*, que es como llamaba mi hermano de pequeño a la antena del Tibidabo, y a toda aquella sublime constelación de semáforos y farolas que dibujaban sin definir la vaga extensión de edificios que es, al fin y al cabo, *Barcelona*. Instantes después, se me ocurrió una idea con la que creí haber dado por fin con la clave de todo: si mi gran problema era la tristeza, quizás la solución radicaría simplemente en desahogarme un poco, acaso, por ejemplo, *llorando*. No esperé ni un solo instante en probar. Dejé que toda clase de imágenes llenaran mi cabeza a su antojo, centrándome en todo momento en las que más daño creía que podían hacerme, como las relativas a Lucía, de aquella última noche que pasamos juntos, por ejemplo, y que tanto se parecía a esta, también otras más sueltas, de otras habitaciones de mi vida, y otros colores de cielo. Sin embargo, al final, nada surtió efecto. Aquella noche, pues, no era tampoco una noche para llorar.

Cuando habían dado ya las cinco de la madrugada, y yo llevaba como veinte minutos entre el sofá y aquella gélida ventana, sin otra ocupación más que amargarme mientras hacía cada vez más redondas y regulares Oesde humo, me di cuenta que la vida en el comedor no me estaba resultando mucho más llevadera que en mi habitación, y que, además, fuera del edredón hacía bastante más frío que dentro, por lo que decidí dejar el cigarrillo bien colocado en el cenicero y volver a la cama. Por alguna razón creía que con lo agotado que estaba ahora sí conseguiría dormirme enseguida; aunque no tuve que pasar más que unos minutos estirado bajo las dos mantas para que me resultara obvio que las cosas, esta noche, no habían hecho sino más que empezar a ponerse difíciles. Lo que pasó en esta ocasión fue que, aunque las imágenes del cine se habían esfumado completamente de mi cabeza, tras todo aquel rato vagando en la oscuridad del comedor, mis ojos habían acabado por acostumbrarse a la ausencia de luz. Ahora, por ejemplo, lo que antes habían sido los múltiples puntitos que separaban las baldas de madera de la persiana, empezaron a antojárseme más bien una batería de focos dispuestos por la ciudad, no para otra cosa, sino para participar también en la incordia de mi sueño. Así que llegó un momento en que decidí levantarme y poner solución al problema cerrando más herméticamente la persiana. Hay que decir que la carpintería de mi casa no era precisamente de última generación, y que tuve que abrir la ventana y ponerme a pegarle tirones a las baldas ayudándome de un destornillador, y dejándome el brazo derecho totalmente congelado por el camino. Luego, además, cuando por fin conseguí que se desencasquillara, y bajara de golpe, pegando un tremendo topetazo con el final de las guías, me encontré con que la habitación no se hallaba ni mucho menos a oscuras. Ahora, en el fondo de todo de la estancia, y resplandeciendo contra la pared, había lo que a simple vista habría jurado que se trataba de una *luz azul*. Totalmente desconcertado, lo primero que pensé fue que estaba alucinando, que me había vuelto completamente tarumba, y que lo que tenía delante era una *visión*; y lo segundo que, por una extraña carambola ecológica, una apestosa luciérnaga habría acabado viniendo a buscar pareja a mi habitación. En cualquier caso, me acerqué cautelosamente al lugar de donde se originaba aquel inverosímil foco de luz, para acabar descubriendo que no se trataba de otra cosa sino de uno de los leds de mi piano. Aquel led se acababa de ganar un enemigo. Me dispuse a apagarlo, dándole al interruptor del teclado, pero tras varios intentos no había habido manera; el desgraciado hacía la luz suficiente como para despertar a los del edificio de enfrente, pero estaba enfocado de tal manera que era imposible encontrar nada que se hallara detrás de él. Tras perder la manta un par de veces, de hecho, y después de haber

removido una infinidad de cables y papeles, lo único que había conseguido era que algunos de los otros leds del teclado se apuntaran también a la fiesta y dejaran un estupendo arco iris iluminando todo el techo de mi habitación. Llegados a este punto era menester que cortara por lo sano: me arrodillé y desenchufé el teclado directamente de la corriente. Conseguí, por supuesto, mi objetivo, y todos los leds se apagaron al unísono; aunque ahora, como ya no había ni una pizca de luz en la habitación, y siendo como que ésta no era mi noche de suerte, nada más levantarme me pegué tal cabezazo contra el teclado que lo mandé directamente al suelo, montando todo un escándalo, y quedándome totalmente aturdido. Un perro empezó a ladrar en el piso de abajo, mientras yo me sostenía en la pared, doliéndome de la cabeza, y preguntándome si todo aquello estaba siendo real, o si hacía ya un rato que había conseguido dormirme y ahora estaba en mitad de una extravagante e irónica pesadilla. Cuando, segundos más tarde, me sentí algo más recuperado, me dije a mí mismo que era imposible dar ningún paso en la vida, o hacer la menor probatura, sin molestar por el camino a todo el mundo, e inmediatamente después, avergonzado, y como si con eso pudiera devolverles a los vecinos la tranquilidad perdida, me largué decepcionado de mi habitación.

De nuevo en el misterioso comedor, miré la hora y me volví a embocar el pitillo que antes había dejado en el cenicero a medio acabar. Eran ya casi las seis de la mañana y estaba definitivamente ido, muy probablemente por el insomnio, y por el golpe que acababa de darme en la cabeza; aunque también cabía cierta posibilidad, me dije fugazmente a mí mismo, de que me hallara más lúcido de lo que había estado en mi vida. En cualquier caso, me dije tras darle otro par de caladas al cigarro y soltar dos Oesde humo tan perfectas que habrían merecido estar en un museo, al día siguiente no tenía trabajo, así que no le iba a hacer daño a nadie si dejaba que aquella noche se expresara como le diera la gana. De modo que me hice con uno de los cojines del sofá, y junto con mi manta y el pitillo, decidí instalarme en un sitio cualquiera de la casa, y matar el tiempo allí. El comedor o mi habitación estaban descartados: ya habían tenido su oportunidad y la habían desperdiciado completamente, así que lo primero que hice fue instalarme en la habitación de Clara. Luego, cuando me cansé, pernocté también en la de Pomelo, experiencia, por cierto, ciertamente desagradable; y más tarde probé también el baño, la cocina, y algún que otro de los rincones del pasillo. Pasada una media hora, y tras haber peregrinado por casi toda la casa, solamente me quedaba una estancia por probar: el recibidor. No se trataba, desde luego, del sitio más acogedor del piso, estaba totalmente aislado del resto de las estancias y había como

un dedo de polvo en el suelo, pero por otro lado no tenía ventana y se me ocurrió que quizás ése fuera el único sitio en el poder echar una cabezada; al fin y al cabo, allí no llegaba ni la débil luz de las estrellas. Así que atravesé el pasillo con mi hatillo a cuestas y monté allí mi paradita. Y fue entonces, justo cuando ya me disponía a sentarme, que me encontré de pronto con una imagen que me dejó clavado en mi posición y sin creerme lo que veían mis ojos. Reflejada en el gran espejo de la pared, una mirada yacía totalmente fija contra mí, vacía como la de un toro embistiendo sombras, contrastando con una cara totalmente tiznada de sombras y carente prácticamente de todo matiz, excepto por el hecho de que de la inexpresiva boca colgaba un pitillo horriblemente liado. Estaba tan jodidamente despistado que tardé como un minuto en hacerme a la idea de que eso no era sino mi propia imagen reflejada. Curiosamente, instantes más tarde, una vez sentado ya en el suelo, y sin poder despegar mi mirada ni por un segundo de aquel reflejo, me hizo mucha gracia un detalle que encontré en esa cara que me estaba observando; mi cara, en definitiva. Y es que más allá de toda otra expresión, de la tristeza, o del enfado que pudiera tener, lo que parecía, básicamente, es aterrorizado. Es posible, pues, que no me hubiera vuelto loco del todo aquella noche. Quizás solamente estaba muerto de miedo.

Cuando el amanecer empezó a llenar las paredes del comedor de una tenue capa de grises y platas, me encontraba sentado en el sofá, envuelto en mi sufrida manta, y escuchando totalmente absorto música en mis cascos. Hecho ya a la idea de que aquella noche no iba a dormir un solo minuto, había acabado optando por sentarme en un sitio un poco más cómodo que en el suelo, y hacer a continuación un pequeño repaso a los discos que más me habían estado encandilando los últimos tiempos, entre los que se hallaban, por supuesto, el directo en el Village Vanguard de Bill Evans —que me escuché con todas sus tomas alternativas—, o el *Impressions* de Coltrane. Incluso al final de todo me dio de repente por ponerme a Oasis. Fue una grata sensación: después de un millón de años sin escucharlos, ahora sonaban como *nunca*. Me emocionó tanto, de hecho, aquel ratito de escuchar mi música favorita que llegó un momento en que acabé por quitarme los cascos y optar por hacer algo más práctico: improvisar; ahora, de pronto, después de tantas semanas, me apetecía. Así que hice rápidamente las paces con mi habitación, devolví el teclado a su caballete, y lo encendí. Me hallaba justo sentado ya en la banqueta, y con las manos merodeando el acorde con el que iba a empezar, cuando de repente reparé en algo que me hizo prohibirme a mí mismo tocar una sola tecla. Y es que con la novecita que les había dado a los vecinos era como para ponerse ahora a ofrecer una serenata. En lugar de eso, lo que hice fue volver a levantarme de la silla, abrir completamente la persiana, y empezar un nuevo día.

Con las tripas empezando a armar jaleo, lo primero que hice fue darme un garbeo por la cocina a ver si encontraba algo que desayunar. No fue, desde luego, la mejor de las ideas: no había nada de nada, ni siquiera en los estantes que no eran míos; aún con el

dinero suficiente era incapaz de tener una saludable despensa. Me consoló, por lo menos, pensar que aquella misma tarde era cuando tenía programado en mi agenda pasarme por el supermercado, comprar mi cargamento extra de polvorones de limón de cada año, y comerme los suficientes como para acabar indignado conmigo mismo y con mi absoluta incapacidad para encontrar el equilibrio en nada. Sin ninguna idea mejor, pues, y como en casa no había nada que atrajera mi atención, me vestí, me puse el anorak, y salí a la calle.

Una vez afuera, y sostenido por la delgada luz del amanecer, arranqué a caminar sin motivo ni fin. Con las manos en los bolsillos y una refrescante sensación de anonimato, no me costó dejarme llevar por una especie de agradable corriente, o por un instinto migratorio que casi no tenía ni que atender, y que me hizo recorrer calles y avenidas sin la menor reticencia a alejarme de mi barrio. En un momento dado, sin embargo, y bajo un curioso impulso, decidí subirme en un bus que pasaba casualmente por allí, y que se detuvo a pocos metros de mí. No había un alma dentro, a pesar de lo cual me aposté de pie en mitad del pasillo, en el sitio donde giraba el mecanismo que mantenía unidas las dos carrocerías; sin ningún género de dudas, mi ubicación favorita en los buses. A continuación recorrimos a velocidad de vértigo toda la calle Marina, atravesando aceras totalmente desiertas, aún sumidas en la penumbra, y con las luces de la calle todavía encendidas, sin detenernos un solo momento, porque, aparentemente, nadie quería subir, ni tampoco, por supuesto, bajar. Solamente a mitad de camino encontramos a una persona esperando de pie en una parada y haciendo señas con el brazo. Tras detenernos y abrirse las puertas del autobús con un chasquido neumático, un señor mayor subió costosamente la escalerilla, y recorrió todo el pasillo, agarrándose a los asideros para no trastabillar, pasando también delante de mi posición, hasta sentarse en el otro extremo, como a un quilómetro de distancia mía. Observándolo de reojo, no tardé en apreciar que aquel viejo le tenía cierto aire a mi abuelo. Aunque también es verdad, me dije acto y seguido, que últimamente todos los malditos viejos parecían tenerle cierto aire a mi abuelo.

Después de atravesar otro buen ramillete de aquellas calles a las que la Navidad había arrebatado toda la gente, y dejar en una de ellas al señor mayor, el bus fue a detenerse justo debajo de las dos grandes Torres Mapfre. Esperé unos instantes, a ver si volvíamos a arrancar, pero cuando vi que el conductor sacaba una revista que inmediatamente se ponía a ojear, deduje que habríamos llegado al final del trayecto. Con el mar tan cerca, no había ningún problema, sabía perfectamente por donde podía seguir mi viaje. Me apeé, pues, y atravesé lentamente los dos grandes colosos de

acero hasta dar con el paseo marítimo, en el que había algo más de animación que en las calles, pero en el que apenas había la misma luz, pues ahora las farolas se habían apagado, y un cielo encapotado no permitía al alba acabar de brillar. Con la misma tranquilidad con la que había llegado hasta allí, recorrí toda la ancha avenida peatonal, y más tarde giré por el bulevar de la escollera, un camino más estrecho y solitario, flanqueado en casi toda su extensión por terrazas y chiringuitos cerrados a cal y canto a aquella hora de la mañana. No me detuve hasta dar con el rompeolas. Allí sentado frente al mar, el paisaje que podía verse era simplemente estremecedor: justo delante de mí el agua se movía calmada entre los tremendos bloques del rompeolas en un vaivén rutinario, aunque no exento de matices, mientras arriba las nubes hacían cabriolas de similar cualidad, con tonos más grises sin embargo, algunos francamente negros. A mi izquierda, por otro lado, un largo brazo de hormigón se proyectaba hasta el final de la escollera, multiplicando su altura en varios escalones a medida que se acercaba a tierra firme, hasta quedarse cortado en seco donde estallaba de azul la playa de la Nova Icària. No necesitaba, en realidad, mucho más que aquello. Me quedé, pues, simplemente así un buen rato, dejando que mi mirada divagara en aquella calmada vulgaridad mientras yo, poco a poco, me sentía desaparecer de todo lo que no fuera aquella playa, el hormigón y el mar.

Fue segundos, u horas después, que una especie de estertor me devolvió al mundo. Algo parecía moverse en lontananza, un ruido que llegaba desde el fondo de algo, como un suave rumor que se extendía enormemente a lo largo de la plataforma marina. Sin abrir los ojos, traté de adivinar qué podía ser. Pensé lo primero de todo en gente jugando al fútbol, en una playa quizás, en Mallorca, o en Algeria, desde donde sus voces habrían llegado a mí llevadas por una caprichosa carambola del viento. Luego imaginé también árboles, milenarios acebos frotando sus recias hojas puntiagudas en un bosque antiguo, un bosque de azul y de púrpura, con copas como cristaleras de iglesia y un suelo tapizado de grecas y arabescos. Hasta que al final, justo cuando aquel sonido se ampliaba, ganaba definición, hasta alcanzarme, mezclarse conmigo, morir en mí, descubrí de qué se trataba en realidad. Era agua. Llovía.

Con el pelo mojado, no tardé en pensar que lo único que me faltaba para redondear la curiosa Navidad que me había tocado vivir aquel año, era coger un resfriado, así que me incorporé y desanduve a paso ligero el camino que había hecho minutos antes, tratando de protegerme de la lluvia con la capucha de mi anorak. Antes, sin embargo, que hubiera conseguido llegar al paseo marítimo, la lluvia arreció, y me vi obligado a resguardarme bajo el toldo de la terraza de una marisquería. Desde esa posición, y

viendo el percal que se había montado en apenas unos instantes, no pude evitar volver a acordarme de la petarda de Luci. Como esta vez estaba tan rematadamente tranquilo, de repente fui capaz de pensar en algunas cosas con total claridad, cosas que no tengo ni idea de por qué no había pensado antes, quizá por eso, por miedo, o sencillamente porque soy estúpido. Así que al final no me quedó más remedio que llamarla. Estuve a punto de no hacerlo, no porque me hubiera puesto nervioso, que me lo había puesto, ni porque me diera una vergüenza terrible, que me la daba, sino porque, siendo día festivo, me daba un poco de apuro despertarla. Aunque al final todo me dio absolutamente igual. Es lo que tenía de bueno Lucía, que podías pasarte un año y medio sin demostrarle lo más mínimo lo mucho que la querías, y llamarla luego una buena mañana de Navidad, antes casi ni de que acabara de amanecer, que a los cinco minutos ya te iba a estar relatando con todo lujo de detalles cualquier estupidez.

Palamós, 4 de Enero de 2013